ANEXO 1

SHIEN. EL PODER DEL TIEMPO.

Àngela Escribano Ivars

En las siguientes páginas adjunto toda la novela con las imágenes originales que se presentan en la impresión definitiva. Esta no es una copia para la lectura de la novela, sino para que se aprecie su maquetación.

Facultat de Belles Arts de San Carles

Grado en Bellas Artes

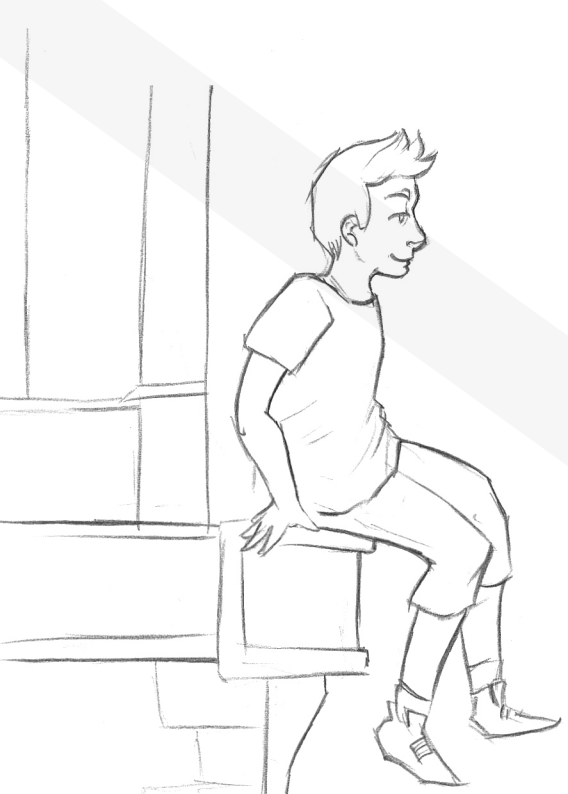
Curso 2013-2014

UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA

UNIVERSITAT POLITECNICA DE VALENCIA
FACULTAT DE BELLES ARTS DE SANT CARLES

SHIEN
EL PODER DEL TIEMPO

CLARA MURGUI GÁLVEZ
ÀNGELA ESCRIBANO IVARS



I
Una oportunidad

El sol quemaba las calles desiertas de aquel pueblo. El calor abrasador amenazaba contra los escasos habitantes de esa localidad. Un aire caliente de poniente recorría las calles lentamente, calentando todo a su paso. Estos eran los síntomas del último día de verano. Antonio padecía el insufrible bochorno sentado en el tejado de la iglesia, mirando cómo se alzaba el pueblo ante sus ojos. Desde ahí podía ver a la gente, haciendo sus rutinarias tareas o a los niños, corriendo por los parques y la plaza principal, aunque esa tarde no había ni un alma por el pueblo. Antonio se pasaba las tardes sentado en el viejo tejado, sin llamar mucho la atención. Le gustaba ese lugar. Era tranquilo, solitario y con muy buena vista, donde podía observar a todo el mundo mientras nadie se fijaba en él.

Dieron las ocho en el campanario y Antonio se tapó las orejas intentando refugiarse del estruendoso ruido de las campanas,

que a veces resultaba muy bello pero de tan cerca era bastante molesto; el sonido del tiempo.
El chico descendió con bastante agilidad por la pared cubierta de piedras de la fachada de la iglesia y aterrizó en la cera, con un mero salto. Se fue a su casa tranquilamente. El pueblo le aburría bastante. No tenía muchos amigos allí. Muchos le miraban mal y se alejaban de él. Suponía que lo trataban así porque era huérfano. Sus padres murieron cuando él era sólo un bebé, y ahora lo cuidaban sus abuelos. Estos le dijeron que fallecieron en un accidente de coche en el que él también viajaba pero logró salvarse. También le habían contado que su única familia a parte de ellos era su tío, hermano de su madre, que se fue del pueblo cuando era joven. Antonio se revolvió su denso pelo dorado, que brillaba cuando le daba el Sol. Prefería no pensar en esas cosas. Hoy era su último día de verano y al día siguiente empezaban las clases, así que se dirigió a su casa dispuesto a terminar sus deberes y a ayudar a su abuela con la cena.

El día siguiente no fue mejor. El profesor de Matemáticas lo expulsó de la clase por culpa de su retraso y después le mandó hacer un examen en la hora del descanso.
-Déjame almorzar. Ahora no me apetece hacer un estúpido examen. -le dijo Antonio, cansado del colegio y todos los que trabajaban en él. -Acabamos de empezar el curso.
-Tú vas a hacer el examen porque yo te lo digo. -le dijo el profesor muy serio -Estoy harto de que llegues tarde a mis clases.
Antonio bostezó.
-Tus clases son muy aburridas...
El profesor se cabreó más de lo que ya estaba.
-Pero niño, ¿de qué vas? ¿Te crees que eres un as en las matemáticas? ¡Si te llevas mal con tus compañeros no lo pagues conmigo!
Antonio le dio el examen al profesor, que se quedó de piedra observando la hoja que el chico le había entregado y el reloj al mismo tiempo.

-Buenas tardes -le dijo Antonio, saliendo por la puerta de la clase.
Las otras clases transcurrieron con ligereza y pronto llegó la hora de ir a casa. Por la tarde ayudó a su abuelo en el huerto, a plantar unos naranjos y a podar otros ya creciditos.
-Antonio, ve a estudiar, hombre. -le dijo el abuelo mientras cortaba unas ramas a un naranjo recaído. -Yo me apaño bien, que tampoco estoy tan viejo.
Antonio se secó el sudor pasándose el antebrazo por la frente.
-Un poco de ejercicio no viene mal - le dijo este contento.
-Pero si estás en los huesos y te estás quedando negro. -le dijo el abuelo riendo -Tanto sol no es bueno. Anda, ve a casa y descansa un poco.
Antonio obedeció sin ganas.

Al siguiente día, durante la clase de Historia, vino su tutora a llamarle. Antonio la siguió, feliz de saltarse la pesada hora tempranera.
-Alfredo me ha dicho que tu examen de Matemáticas está perfecto. -le dijo la tutora, esperando algún tipo de respuesta en el rostro de el chico, pero este se encogió de hombros.
-Eres inteligente. Si quisieras te lo sacarías todo con sobresalientes -le dijo la tutora, preocupada. -¿Por qué no lo intentas?
-¡Odio este colegio! -le dijo este, enfurecido -¡Quiero salir de aquí!
La profesora lo miró sin compasión.
-Eso no son excusas. Vete a clase y esfuérzate. Si no sacas los resultados que tú puedes sacar se lo comunicaré a tus abuelos.
Antonio no quería preocupar a sus abuelos, no quería causarles problemas después de todo lo que hacían por él.
-¿No basta con que las apruebe todas? -se quejó el chico.
-Sabes muy bien que no. -le dijo la tutora -A tus catorce años debería darte vergüenza ese odio repulsivo que sientes hacia los estudios.
-¡Yo no odio los estudios! -le gritó el chico, ofendido -Odio a la gente de este colegio. A los de mi clase, a algunos profesores, a la gente de este pueblo. ¿Qué les he hecho? ¿Por qué les caigo tan mal?

Esta vez la profesora sí que sintió lástima por él. Ella sí sabía por qué lo trataban así. Sabía que mucha gente del pueblo lo repelía, excepto una minoría. Ella se incluía en ese grupo.
-Te aseguro que no es por ti. -le dijo la tutora, con una tenue voz.
-Es por mis padres, ¿verdad? Es porque están muertos, ¡los dos! -le dijo él, con lágrimas en los ojos.
-Yo no te puedo decir nada. No soy la persona más adecuada para hacerlo. -le dijo esta, muy seria. -Y ahora vete a clase.
Cuando terminó el día Antonio se fue a casa y durante la comida decidió preguntarles a sus abuelos una cuestión que toda su vida había estado intentando evitar.
-Abuela, abuelo, ¿por qué la gente me odia?
La abuela soltó el cuchillo de sorpresa y su abuelo se atragantó con un pedazo de carne.
-Antonio, déjalos, esa gente no está bien. -dijo bebiendo un sorbo de vino. Su nieto le había hecho esa misma pregunta años atrás, cuando sólo era un niño al que pudo engañar fácilmente, pero ahora... no se atrevía a contarle la verdad. Sería demasiado fuerte para el chico y no quería preocuparle.
-Pero es que...
-Antonio, hijo, no le des importancia a lo que digan o hagan la gente de este pueblo. Cuando seas mayor nos iremos de aquí. -le dijo la abuela, preocupada.
-Pero este es tu pueblo, abuela. -dijo el chico, muy serio -Si yo no estoy a gusto me iré. Tú te quedarás con el abuelo. Aquí vivís muy bien y yo pronto dejaré de ser una carga para vosotros.
-Tú nunca has sido una carga y lo sabes muy bien -dijo el abuelo, levantando la voz.
-¡Pues contadme la verdad! -gritó Antonio -¿Por qué la gente me evita? ¿Qué tienen contra mí? ¿Quiénes eran mis padres? ¿Quién o qué eran realmente?
La abuela salió de la cocina a preparar té y el abuelo agachó la cabeza.
-Eso no te lo puedo decir, te aseguro que es mejor que no lo sepas.
Antonio, lleno de rabia, tiró todos los trastos de la mesa y le dio una patada a la silla. Salió de su casa muy enfurecido,

con lágrimas en el rostro, saltando chispas.
-¡Si tú no me lo puedes contar... no sé quién va hacerlo! -le dijo gritando mientras se marchaba, sin mirar atrás.
El chico pasó la tarde y toda la noche sentado en la copa de un árbol cercano, mientras sus abuelos lo llamaban a gritos. Al final se dieron por vencidos y se fueron a dormir.
Antonio lloraba de rabia. Estaba harto del mundo y odiaba ese pueblo. Quería salir de allí y averiguar el pasado de sus padres y la razón de la distancia que mantenían con él la mayoría de habitantes del pueblo. Se quedó dormido en una rama de puro agotamiento.

Antonio despertó con los primeros rayos de Sol. Estiró los brazos desperezándose y cayó de la rama; ya no se acordaba de que anoche se quedó dormido encima del árbol. Fue al riachuelo que había cerca de la masía de sus abuelos y se lavó la cara, para despejarse. Cogió unas naranjas de los árboles más cercanos y se las comió tranquilamente. Dieron las siete en el reloj de la plaza; aún le quedaba una hora para ir al colegio. Entonces recordó la charla que tuvo con su tutora la mañana anterior y decidió hacer la redacción que le había mandado la profesora de castellano. Entró sigilosamente en su casa y cogió su mochila. Una vez hubo salido, se sentó en una roca que partía el río en dos, arrancó una hoja de su desgastada libreta y se puso a escribir. En la redacción criticó al pueblo todo lo que podía y más. Dijo que era pequeño, sucio, feo y maloliente. Pero entonces pensó que no era el pueblo lo que le disgustaba, así que arrugó la hoja y se puso a escribir de nuevo, pero esta vez el escrito trataba de una bonita y original descripción del pueblo, pero claro, sin incluir a sus habitantes.
A las ocho Antonio marchó al colegio y, cuando llegó la clase de castellano, entregó la redacción. Carmen, la profesora de castellano, lo miró con desconfianza; no se podía creer que el chico le entregara la redacción que había pedido en la clase anterior.
Al mediodía Antonio volvió a su casa y le pidió perdón a su

abuelo por las destrozas y su enfado, aunque seguía sintiéndose traicionado. El abuelo no aceptó que le pidiera disculpas pero le pidió por favor que no se preocupara por eso, que se lo contarían más adelante, cuando estuviera preparado.
-Preparado... ¿para qué? -se preguntaba una y otra vez Antonio durante las siguientes semanas.

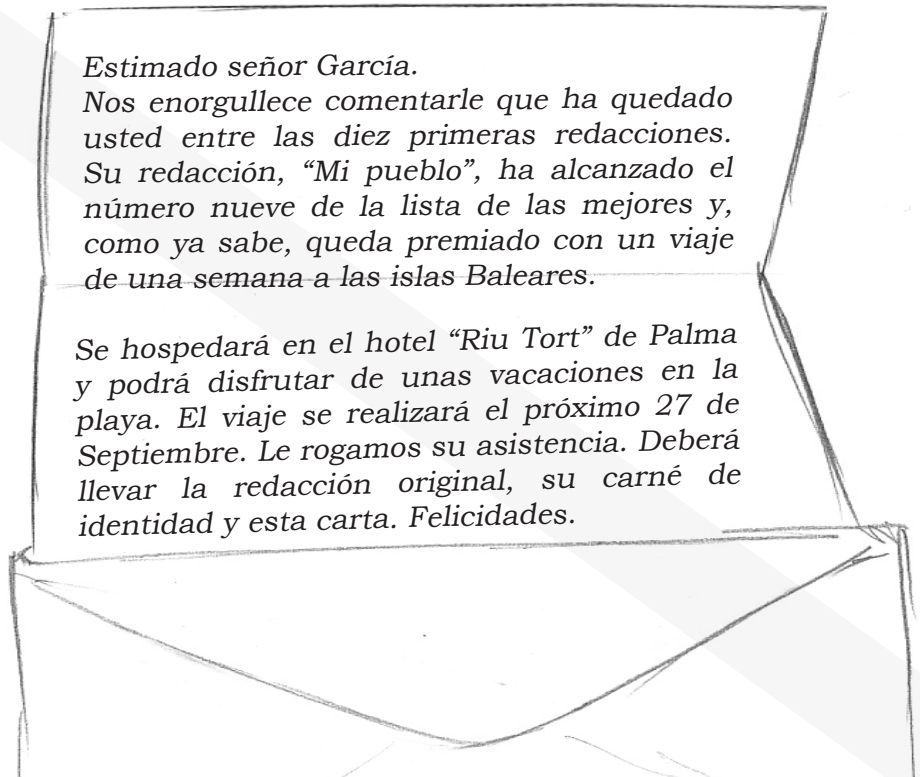
Un día, en clase de Gimnasia, le tocó hacer una prueba de resistencia junto a David, un niño rico y orgulloso que le caía bastante mal.
-No te me acerques, demonio -le dijo con una sonrisa maliciosa.
Antonio siempre le había ignorado, por eso el chico se sorprendió cuando Antonio le contestó.
-¿Por qué me llamas así?
David se asustó por el tono de voz que usó al decirlo. No era un tono enfadado, ni enfurecido. Más bien era de curiosidad.
-¿No lo sabes, niñato? -le dijo David, volviendo a sonreír -Eres una maldición para el pueblo. Tus padres eran brujos endemoniados que controlaban las artes oscuras y trajeron la desgracia a este lugar.
-¡Eso es mentira! –le gritó Antonio, enfurecido.
-Murieron atrapados por su propio poder oscuro y maligno. Hay miles de leyendas sobre la tragedia que causaron tus padres, pero nadie sabe exactamente lo que eran. ¿No lo sabías? Todo el mundo conoce su historia. De jóvenes desaparecieron del pueblo y volvieron veinte años después, pero, ¿sabes?, no habían envejecido. Volvieron igual de jóvenes. Y con ellos llevaron miles de demonios que destruyeron el pueblo sin piedad.
Antonio echaba chispas mientras apretaba los puños con fuerza.
-¡Cállate!
-¿Tus abuelos no te lo habían contado? -le dijo David, divertido. -Ellos se salvaron de la desgracia y te acogieron a ti, el hijo de los García, el maldecido, la amenaza. ¡Vete de este pueblo, eres un peligro para todos nosotros!
Antonio le dio un puñetazo en toda la cara.

-No hables así de mis padres, ¡jamás!
Y se fue corriendo. Saliendo del colegio se cruzó con la profesora de castellano, que le llamó varias veces. Antonio entornó los ojos y, después de pensárselo un poco, se volvió para ver lo que quería.
-Señor García. -dijo la profesora, cansada de llamarle a gritos -Enhorabuena. Su redacción me ha gustado muchísimo. Ha pasado la fase preliminar.
Antonio arqueó una ceja.
-¿Qué fase ni que leches?
-Su redacción, al igual que las del resto de la clase, participaban en un concurso que ofrecieron los miembros de la universidad de la región. -le dijo la profesora, explicándoselo por segunda vez -Cómo se nota que no atiende en clase.
-Lo siento, es que últimamente tengo muchas preocupaciones -le dijo Antonio, disculpándose.
-No me importan sus problemas. Usted ha sido seleccionado sobre todos los concursantes de este colegio. Si los de la universidad aprueban la redacción como una de las diez mejores de la comarca, usted ganará un viaje como premio.
Los ojos de Antonio se iluminaron.
-¿Un viaje? ¿A dónde?
-Eso aún no lo sé. -le dijo la profesora, sorprendida por el cambio de actitud del chico -Pero no se haga muchas ilusiones al respecto.
-Vale, gracias profesora.
Antonio salió del colegio un poco más animado.
En casa no mencionó nada de la conversación que había tenido con David, ni tampoco la conversación con la profesora de castellano. Se limitó a ayudar un poco en el huerto, a terminar sus deberes y a dar un paseo por el campo. Pronto se hizo de noche.
-¡García, García!
Antonio se despertó de un brinco. Se había dormido en el laboratorio mientras la loca de Claire explicaba una reacción endotérmica.
-García, ahora me va a demostrar si ha prestado atención a mis explicaciones.

La profesora de ciencias naturales le caía bastante bien. Era muy estrambótica y excéntrica, pero la más divertida de todas. Detrás de sus pesadas gafas se escondían unos ojos llenos de ilusión por su trabajo; una científica apasionada por la ciencia. Sus clases eran divertidas y amenas pero Antonio se había quedado dormido porque la noche anterior no había pegado ojo.
Antonio cogió una probeta llena de líquido azul y la vertió en un depósito calentado por una llama de gas. Miró de reojo a la profesora, que seguía con un aspecto indiferente. Cogió esta vez una botella de vidrio con un líquido muy pesado y denso y vertió un poco en el interior del matraz. Salieron unas pequeñas chispas y un poco de humo maloliente. Antonio se puso una careta para protegerse del extraño gas que desprendía, pero la profesora seguía mirándolo, arqueando esta vez una ceja.
Por último, Antonio cogió un pequeño vasito lleno de un líquido transparente que parecía ser alcohol y lo vertió también, para intentar parar el humo que no dejaba de salir del matraz. La reacción provocó una pequeña y ruidosa explosión que hizo que todos los de la clase escondieran su cabeza bajo los libros. Antonio se quedó petrificado, con los ojos bien abiertos y aún sujetando el vasito con el alcohol, todo cubierto de hollín y quemaduras, negro hasta el pelo.
La profesora se rió de él, aunque también había quedado un poco sucia por la explosión.
-Gracias García. Nos ha explicado las reacciones exotérmicas, las que desprenden energía, pero esas son las del siguiente tema. -le dijo sonriente. -Para casa los ejercicios de la página veintiséis. Y usted, García, tenga más cuidado y no se duerma en clase, que si no puede salir de aquí mal parado.
Antonio salió del laboratorio y en medio del pasillo se encontró a su tutora.
-Me alegro de sus mejoras... -la tutora retrocedió unos pasos.
-Pero, ¿qué ha hecho usted?
Antonio se sacudió con dos manotazos el negro polvo que llevaba encima.

-Un fallo técnico -le dijo a la tutora.
-Bueno, bien. Disfrute del fin de semana. Puede que le llegue una carta anunciando cómo ha quedado en el concurso de redacciones.
-¿Ya se ha enterado? -le preguntó Antonio, sorprendido.
-Se nota que me preocupo por ti y voy preguntando a todo el mundo por tus resultados. ¿Aún te quejas?
Antonio no respondió y fue directo al lavabo. Cuando se vio en el espejo no pudo reprimir una sonrisa. Su cara estaba completamente negra, excepto sus ojos verdes, que destacaban más que nunca. Su pelo, lleno de hollín, se le había quedado de punta. Se lavó la cara y se aplastó el pelo todo lo que pudo, aunque no logro quitarse completamente todas las marcas de la explosión.

El fin de semana pasó tranquilamente, como otros, hasta que llegó el cartero el domingo por la mañana, como solía hacer, y lanzó las cartas a la puerta de la casa de sus abuelos desde la bicicleta. Antonio salió corriendo. Recogió el periódico y las cartas. Buscó una que estuviera dirigida a él y la encontró. Con la carta bajo el brazo, subió a su habitación y la abrió.



Estimado señor García.
Nos enorgullece comentarle que ha quedado usted entre las diez primeras redacciones. Su redacción, "Mi pueblo", ha alcanzado el número nueve de la lista de las mejores y, como ya sabe, queda premiado con un viaje de una semana a las islas Baleares.

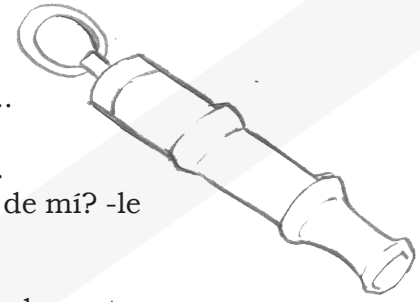
Se hospedará en el hotel "Riu Tort" de Palma y podrá disfrutar de unas vacaciones en la playa. El viaje se realizará el próximo 27 de Septiembre. Le rogamos su asistencia. Deberá llevar la redacción original, su carné de identidad y esta carta. Felicidades.

Antonio saltó de alegría y bajó a comunicárselo a sus abuelos, que también se pusieron muy contentos al ver que se nieto volvía a estar feliz. Durante esas semanas, Antonio se fue a la ciudad con el autobús de la línea para comprar todo lo necesario para el viaje. Estuvo trabajando como repartidor de periódicos, aunque le costó que le ofrecieran el empleo, ya que nadie se fiaba de él. Su abuelo también le dio bastante dinero, lo suficiente para comprar lo que necesitaba llevarse al viaje. Se compró ropa nueva, no muy abrigada pero tampoco de verano, ya que se iban a finales de Septiembre. Se compró una gorra, una mochila pequeña para llevarle siempre encima, un bañador nuevo, dos camisas y una sudadera que le gustó mucho.Una vez en casa se preparó la maleta y colocó muchas otras cosas que le dio su abuela. Cada día estaba más emocionado por el viaje. Se aplicó mucho en los estudios y su tutora estaba muy contenta con su progreso. Hasta se rió de una de las continuas burlas de David y el resto de los de su clase. Sus abuelos no lo habían visto tan feliz desde hacía ya unos cuantos años.

Una tarde, mientras paseaba silbando por la calle, contento de que sólo faltaran tres días para su partida, se tropezó con David y tres de sus amigos, grandes, altos y corpulentos, mayores que él pero cuya apariencia no reflejaba una inteligencia mayor a la de un mosquito.
David se burló del chico y de sus padres y Antonio tuvo que morderse la lengua.
-Oye, chavalín. Hoy no te apetece pegarme, ¿verdad? ¿Y eso? -le dijo, acercándose a él con una sonrisa burlona. -¿Ya te has dado cuenta de lo que eres? ¿Ya has reconocido tus malditos orígenes?
David se echó a reír mientras Antonio se enfurecía y lo miraba con profunda rabia, y, cuando David iba a retomar su ataque alguien lo interrumpió.
Se trataba de un chaval de unos diecisiete años, alto y rubio, de pelo largo, aunque no demasiado, con unas facciones

bien marcadas y una mirada de duro. El joven se acercó a Antonio, David y los demás y se plantó allí, sin más.
-Escuchad, niños, id a jugar a otra parte, pero dejad a mi vecino en paz. -les dijo tranquilamente, sonriendo. Los guardaespaldas de David, aunque tendrían más o menos su edad, se quedaron mirándolo con cara de miedo, un poco asustados. David abrió bien los ojos al verle, y después desplazó su mirada hacia Antonio.
-Veo que te has buscado un amigo -le dijo entre dientes.
-Cállate y vete si no quieres salir mal parado de aquí. -le amenazó el joven.
David miró a sus “amigos” y les indicó con un gesto facial la retirada. Los cuatro se marcharon corriendo.
David sabía bien quién era ese joven y no quería problemas. Se trataba de Eric, conocido en todo el pueblo por su fuerza e ingenio. Eric no era excesivamente corpulento; tenía bastante músculo pero no tanto como los guardaespaldas a los que se iba a enfrontar, pero David no conocía a nadie que hubiera salido bien de un desafió contra él, ya fuera una pelea o una partida al ajedrez.
Antonio miró a su vecino. No lo conocía mucho pero era una de las pocas personas que no lo miraban mal cuando pasaba por delante de ellas.
-Gracias Eric. Me has salvado de una buena. -le agradeció.
Eric lo miró con pena.
-Deberías aprender a defenderte tú solito. Te lo has buscado. -le dijo este. -Si no he oído mal, le has pegado tú antes.
-Le di un puñetazo. -le dijo Antonio, mientras ambos bajaban por la calle principal.
-¿Y eso? -le preguntó el chico, curioso.
-Pues... -Antonio no sabía si decírselo o no -Decía cosas de mi y de mis padres que no son ciertas.
Antonio bajo la cabeza, esperando que Eric le contradijera como el resto de la gente. Pero el chico se limitó a poner las manos en los bolsillos.
-De todas maneras, no tienes por qué pegarle. -le dijo,

mirando cómo el Sol se escondía entre las montañas. Estaba anocheciendo.
Antonio se quedó pensativo durante unos segundos.
-Un momento -le dijo, volviéndose hacia él -¿Cómo me dices eso si tú eres el jefe de las peleas en todo el pueblo?
-Sólo me defiendo -le dijo este, indiferente.
Antonio se encogió de hombros. Llegaron a la calle dónde vivía Antonio.
-Oye, gracias de nuevo. -le dijo despidiéndose.
-Adiós chaval. Bueno, aprende a defenderte. Y cuídate bien mientras yo no esté. -le dijo Eric, de espaldas a él, bajando por la calle.
-¡Espera! -le gritó Antonio -¿Vas a alguna parte?
-Me mudo de aquí. Ya no hay nada que me ate a este lugar. -le dijo, sin volverse. –Quiero ser militar y aquí no puedo cumplir mis sueños.
Antonio se quedó parado. Una persona que le caía bien y tenía que marcharse.
-Eric, te echaré de menos.
Eric se giró y sonrió.
-Por eso te he dicho que tendrás que aprender a defenderte si no quieres echarme de menos. -le dijo paciente y con una sonrisa en los labios.
-Si tú me enseñaras...
Eric sonrió de nuevo.
-Eso está hecho.
Los dos chicos se pasaron el resto de la tarde practicando algunas técnicas de combate, hasta que Antonio, agotado, se dio cuenta que llegaba tarde a la cena.
-Bueno, Eric, que te vaya bien por allí. -le dijo, deseándolo de corazón.
-Igualmente chaval. Espero que nos volvamos a ver. -Eric se sacó un colgante que tenía en el cuello y se lo dio a Antonio.
-Toma. Para ti. Estoy contento de haberte conocido, aunque sea el último día que pase en este pueblo.
Antonio lo cogió y lo examinó unos momentos.



-Muchas gracias. Es... es un... ¿silbato?-le preguntó extrañado.
-Sí, y muy potente. -le explicó Eric.
-Eric, ¿tú crees lo que dice la gente de mí? -le preguntó Antonio, confuso.
Eric se encogió de hombros.
-Yo no me fio de nadie, sólo me fio de la gente que conozco. -le explicó. -Ahora te conozco y sé que no eres así. Además, eso son tonterías, no les hagas caso.
Antonio sonrió.
-Se te hace tarde. Vuelve a casa ya. -le dijo Eric, y Antonio se marchó, un poco triste porque Eric se iba del pueblo pero muy contento por haber hecho un amigo, o, al menos, haber conocido a alguien en el pueblo que se fiara de él.

Y por fin llegó el día de su marcha, y ahí estaba él, cargado con una maleta y una mochila esperando al autobús que les llevaría al puerto donde cogería el barco, acompañado por sus abuelos.
Cuando llegaron al puerto, de grandes dimensiones y lleno de gente que subía y bajaba las escaleras del edificio cargada a más no poder, Antonio se despidió de sus abuelos y fue a la sala que le habían indicado. Enseñó la carta que le enviaron junto con su carné de identidad y el policía que vigilaba la entrada le dejó pasar. Había muchos más jóvenes como él sentados allí, leyendo una revisa o hablando entre ellos emocionados. Antonio se sentó en una silla un poco incómoda para su gusto y esperó a que llegara el jefe de la expedición.
-Chicos, sabéis que estáis aquí por vuestras hazañas en escritura. Os doy mi más sincera enhorabuena. Espero que lo paséis genial en este viaje. -dijo un tipo alto y bien vestido, que debía ser su guía. -Preparaos porque nos vamos a pasar unas magníficas vacaciones “post-veraniegas”.
Todos los chicos rieron de su chiste, todos menos Antonio.

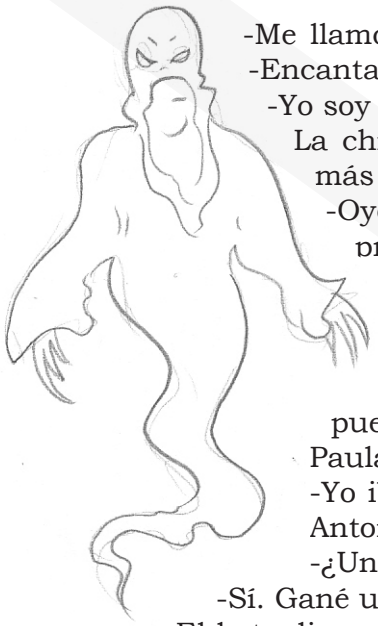
Salieron de uno en uno y se subieron a un bus que les llevó justo a la entrada del barco. El Sol de mediodía quemaba la vista reflejado en los hierros blancos de la nave.
Antonio subió al interior del barco y le dio sus maletas a un botones que esperaba con un carrito metálico. Antonio se subió al ascensor con unos cuantos más y pronto estuvieron en la sala principal. Recogió sus maletas y, una vez le dieron la llave de su camarote, que compartía con tres chicos más, se fue allí y se tumbó en la cama. Cuando sus compañeros entraron en el camarote Antonio cogió algo de dinero y una chaqueta y salió a pasearse por la cubierta y comer algo, ya que no había probado bocado en toda la tarde. Se compró un bol de pasta prefabricado en una tienda china que encontró por los pasillos del barco y se lo comió rápido, sin demasiadas ganas. Luego salió a pasear por la cubierta. De pronto oyó que una voz femenina lo llamaba desde lejos.
-¡Antonio, Antonio!
Al ver que se dirigía a él y que no había otra persona a la que podía llamar, levantó su mano y le gritó un fuerte "¿Qué quieres?". La chica dudó un momento. Parecía que se había equivocado y no era a él a quien llamaba con tanta contundencia. Después de unos segundos de duda se acercó a él y le sonrió sinceramente, como si se conociesen de toda la vida. Después se largo corriendo. "Qué chica más rara" pensó Antonio. La noche cayó sobre el barco y todos los que viajaban en él. Se quedó unas horas contemplando la inmensidad del negro y denso mar que contrastaba con la luminosa cubierta del barco y se mezclaba en la profundidad del cielo oscuro, que se posaba encima de él.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la aparición de un viejo hombre que se acercaba hacia él caminando con dificultad. Iba vestido con túnicas viejas y su cara estaba arrugada por la edad y llena de cicatrices.

-Amigo. Traigo malas noticias. -le dijo el viejo, que parecía aliviado de ver a Antonio. Este lo miró con las cejas arqueadas, con cara de desconfianza.
-¿Qué quiere? -le preguntó, un poco molesto por su presencia.
-En Shien se rumorean cosas terribles que yo sé que son ciertas. Me escapé de él y pude venir a avisaros. El tiempo va a ser abierto de nuevo. Los diez elegidos se enfrentarán por el poder de Shien. Todo el mundo corre un grave peligro. Las criaturas que él ha fabricado son seres malignos destinados a capturar vidas, sin otro objetivo más en sus mentes.
-¡Cállese! -le gritó Antonio. Unos gritos se escuchaban por la cubierta. -Vaya a contarle esos cuentos a otro. No le entiendo. No sé de qué me habla. No soy la persona a la que está buscando.
En ese momento apareció una chica llamándolo. Era la niña de antes.
-¡Tú, chico, ven! -dijo a gritos -¡El barco se está incendiando!
Antonio abrió los ojos de pronto y se quedó paralizado.

-Qué has hecho con el barco, loco. -le dijo al anciano, muy enfadado.
-Te lo decía. El tiempo ya se ha abierto. Desgracias caerán en el mundo entero.
Dos chicos más corrieron hacia él. Estos eran del grupo de los ganadores del concurso de la redacción.
-Venga, no te quedes ahí solo. El monitor nos ha dicho que nos dirijamos a las barquitas de emergencia.
-Ese anciano tiene la culpa de todo. ¡Ha incendiado el barco!
-Ahí no hay ningún anciano. -le dijeron.
Los dos chicos cogieron a Antonio pensando que se había vuelto loco y lo arrastraron al lugar donde les habían indicado. Antonio les propinó un par de codazos y logró huir regresando al lugar donde se encontró con el misterioso anciano, pero este ya no estaba allí. Corrió a su camarote esquivando gente muy alterada y llena de nervios. Cogió su mochila y la cargó con todo lo que pudo de su maleta y volvió al exterior del barco. Intentó localizar a la gente de su expedición, pero ya se habían marchado. Por el camino se tropezó con un tipo muy raro, pelirrojo, que le echó una mirada y se largó sin más. Corrió por la cubierta buscando un bote donde cupiera. Un chico de pelo negro se le quedó mirando fijamente, como si se hubieran visto antes, pero Antonio desvió la mirada.
Estaba ya muy mareado cuando divisó a lo lejos un chico joven que le hacía señas para que se acercara al bote libre. Antonio, confuso y empujado por la gente desesperada cayó al suelo y se desmayó. Se despertó sobresaltado unos minutos después. Reinaba un gran silencio en el barco y el suelo estaba empapado de agua y bastante inclinado. Antonio escupió el agua que había tragado y se acercó a un rincón de la cubierta donde se oía una respiración agitada. Había arrodillada en el suelo una chica rubia, con un vertido blanco lleno de manchas y un poco quemado, que se miraba las manos con los ojos llenos de lágrimas y desconcierto.

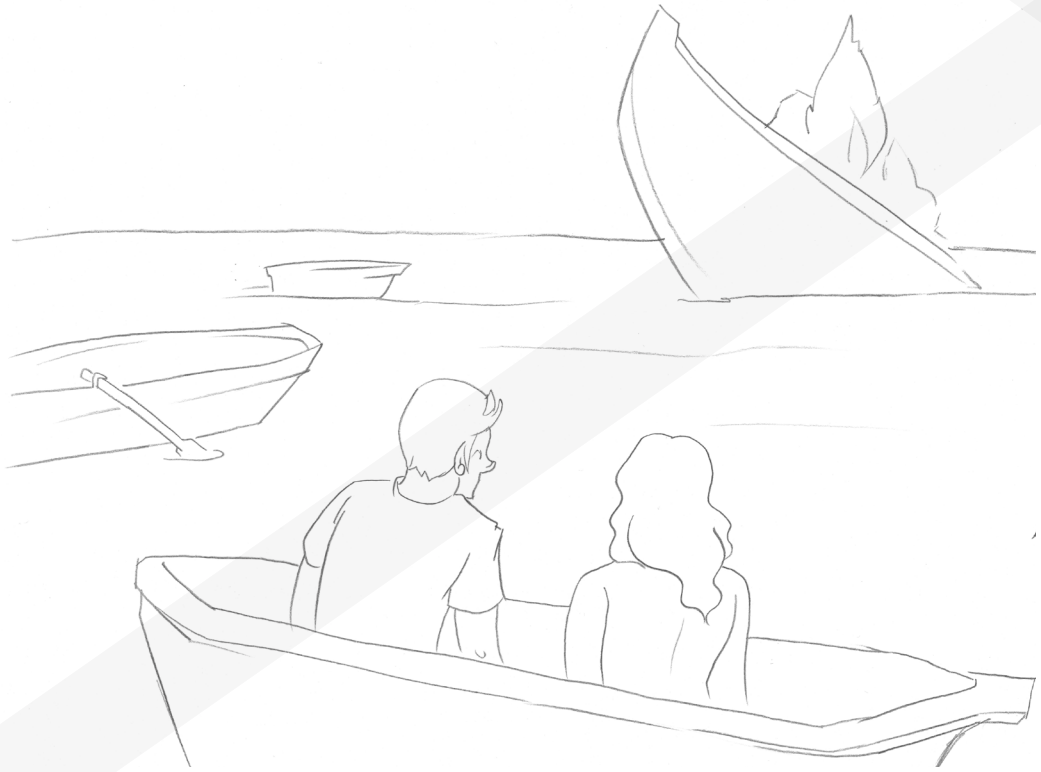
-Oye, ¿sabes dónde está el resto de la gente? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se incendió el barco? -le gritó Antonio.
-"¡Ne me parles pas!" "¡Je suis une assassine!" -le gritó la chica, llorando. Antonio, que había estudiado dos años de francés en el instituto, hizo un esfuerzo por traducir lo que la chica le había dicho. "No me hables. Soy una asesina."
Antonio se alejó de allí lo más rápido que pudo y pronto se encontró con un marinero que lo cogió de un tirón y lo subió a uno de los botes salvavidas.
-Ya no queda nadie más, capitán. -le dijo el marinero.
-No es verdad. Hay una chica en la cubierta. ¡Queda alguien! -dijo Antonio forcejeando por salir del bote.
-Marcos, cógela y revisa por última vez. Nosotros, la tripulación, debemos ser los últimos en abandonar el barco. –le dijo el capitán al joven marinero.
El bote se alejó del gran barco con silencio, remado por dos marineros vestidos con un traje azulado que les hicieron ponerse unos chalecos salvavidas por si se hundían.
Antonio reconoció entre la gente a la chica que lo había avisado del incendio y esta, que también parecía haberlo reconocido, se sentó junto a él.
-¿Es verdad que queda alguien a bordo? -le preguntó a Antonio, en voz baja.
-Sí, una chica. -le dijo él, sin más.
-¿Qué quería ese viejo? -le preguntó la chica, sin saber de qué hablar.
-Un momento... ¿tú también lo has visto? -le dijo Antonio, pensando en que ya no era el único.
-Sí. Estaba hablando contigo cuando yo avisaba a la gente de lo que ocurría a bordo. -le dijo la chica, un poco sorprendida.
-Creí que me lo había imaginado. El resto de la gente no veía a nadie conmigo.
La chica se encogió de hombros.

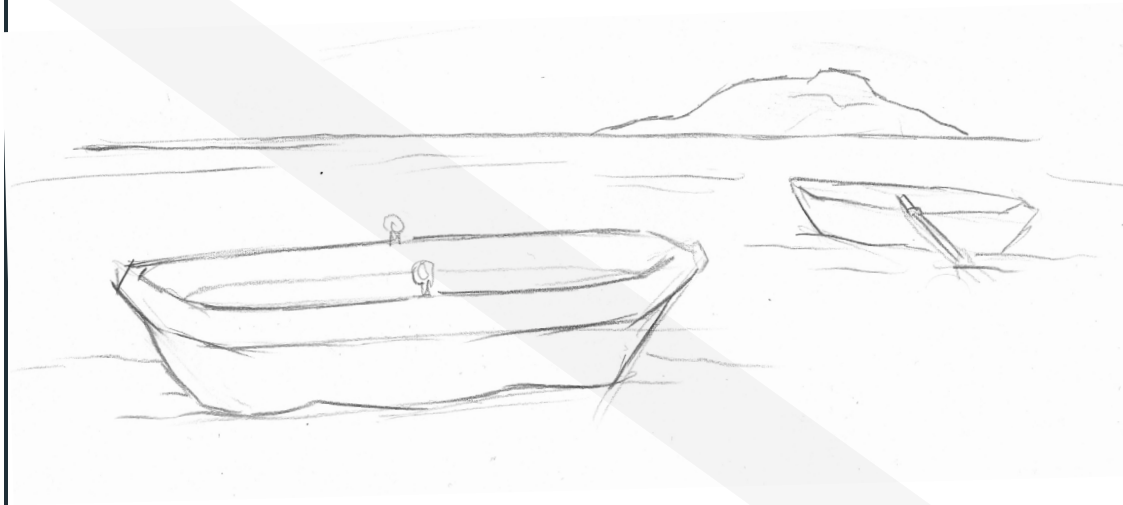


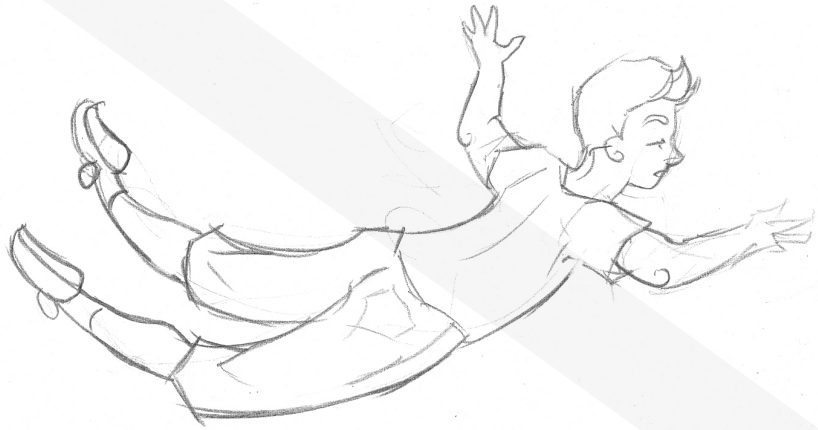
-Me llamo Paula. -le dijo tendiéndole la mano.
-Encantada de conocerte.
-Yo soy Antonio. Un placer.
La chica que se sentaba a su lado parecía más joven que él.
-Oye, ¿por qué viajabas en el barco? -le preguntó Antonio, con curiosidad.
-Me dirigía a Palma para volver a casa. Vivo allí. El colegio al que voy empieza en octubre. Me he venido sola. Mis padres me tenían que esperar en el puerto para cuando regresara. -le dijo Paula, un poco triste.
-Yo iba en un viaje del instituto -le explicó Antonio -pero he perdido a mis compañeros.
-¿Un viaje de instituto a principios del curso?
-Sí. Gané un concurso de una redac…
El bote dio un salto en el mar. La gente de los otros botes empezó a gritar asustada.
-Qué está pasan….
Antonio vio acercándose al capitán una especie de fantasma que lo cogió y lo hizo desaparecer.
-Qué… ¿qué ha sido eso? -preguntó Antonio, alterado. El resto de la gente del bote estaba temblando.
-¡Escuchad, nos tendréis que pagar! -dijo un hombre del bote gritando mientras se reía -No salía en el billete que se fuera a grabar aquí una película. Hace frío, ¿sabéis?
-¡Es magia! -gritó un niño, ilusionado.
Antonio se calmó un poco, quizá fuera una broma de mal gusto.
-Hay que ver lo que pueden hacer los efectos especiales, ¿eh? -les dijo a los demás, con voz asustada. La gente seguía gritando. -Ese bicho parecía real.
Sus compañeros lo miraron extrañados.
-¿Qué bicho? -preguntó el hombre de antes.
-¿No habéis visto un fantasma coger al capitán? -les dijo Paula, desde su asiento.

-¿Nos estáis tomando el pelo? -dijo una mujer.
-Estáis compinchados con los productores. -dijo otro.
-Habéis actuado muy bien pero se os nota la mentira. -les dijo otro -Yo soy actor. Me podríais haber dicho que se rodaba una peli y os hubiese echado una mano.
La gente se puso a hablar entre ella. Antonio y Paula se miraron. Cada vez veían más espíritus rodeando el bote. No tardaron mucho en abalanzarse y coger a más gente. Antonio cogió a Paula del brazo y la sumergió en el agua. Él también se lanzó, cogiendo mucho aire. Sumergidos en el agua, mirando hacia la superficie, se veía una luz inmensa en la oscura noche. Paula intentó salir al exterior para coger aire pero Antonio la volvió a impulsar hacia dentro. La luz cesó y el chico cogió a Paula, que se había quedado inconsciente por la falta de oxigeno y la subió a la superficie. Respiró profundamente y a continuación le dio unas palmadas a la espalda de Paula, que se recuperó enseguida.
-Estás, ¿Es-tás loco? -dijo enfadada, aun recuperándose y tosiendo agua. -Casi me matas.
Antonio no le hizo caso y se fue nadando hacia un bote vació. Ayudó a Paula a montarse en el barquito y a continuación subió él. Necesitaron un buen rato para recuperar su agitada respiración y darse cuenta que a su alrededor no había nadie, que estaban solos en medio del mar.
-Los espíritus han huido. -dijo Antonio.
-Mejor -dijo Paula, un poco enfadada aún con el chico, mientras se escurría su largo y ondulado pelo castaño. El brillo de la luna llena los alumbraba, junto a millones de estrellas que se dejaban ver en la oscura noche.
-Vaya… hoy sí que brillan las estrellas. -dijo Paula, anonada, mirando el inmenso cielo.
Antonio la miró arqueando las cejas.
-Creo que lo que más nos preocupa no son las estrellas en estos momentos.
Paula lo miró haciendo una mueca rara.
-Debe tratarse de una película, como decían los pasajeros.

Nos estarían grabando para ver lo que ocurría. Quizá esos espíritus fueran proyecciones -dijo Paula encogiéndose de hombros, ya que no entendía mucho de cine.
-Pues yo no creo eso. -se quejó Antonio.
Estuvieron algunas horas más en ese bote. Antonio estaba muerto de frió y tiritaba sin parar. Paula ya se había cansado de decirle que era una prueba y se había dormido encima del bote. Antonio notaba como su cuerpo iba cayendo y se iban desvaneciendo sus fuerzas. El sueño le vencía. Tenía la impresión de que quizá, si los encontraban, yacerían sin vida, así que con un gran esfuerzo, venciendo el agarrotamiento del cuerpo mojado en aquellas frías aguas, se sacó el silbato de debajo de su camisa y sopló con todas sus fuerzas, esperando que Eric acudiera a salvarlo, pero su vista se nubló y cayó sin conciencia al helado océano, que lo tragaba lentamente. Él se iba hundiendo sin poder remediarlo. Le pareció ver a Eric nadando hacia él, cogiéndolo por su brazo y tirando de él, hasta conseguir sacarlo del agua. Su vista era borrosa pero distinguió entre las sombras a un joven rubio, con unos trazos poco parecidos a los de Eric, ya que estos eran más suaves y humildes que los de su amigo. La expresión de su rostro le recordó a la de un ángel. Ese extraño personaje angelical le cogió el silbato del cuello, y parecía saber cómo funcionaba, porque sopló con todas sus fuerzas al extraño silbato en medio de la oscuridad, donde Antonio hubiese jurado que nadie podría distinguir que el silbido que él había hecho sonar antes proviniera de su colgante. El agudo silbido rompió el oscuro silencio de la noche.

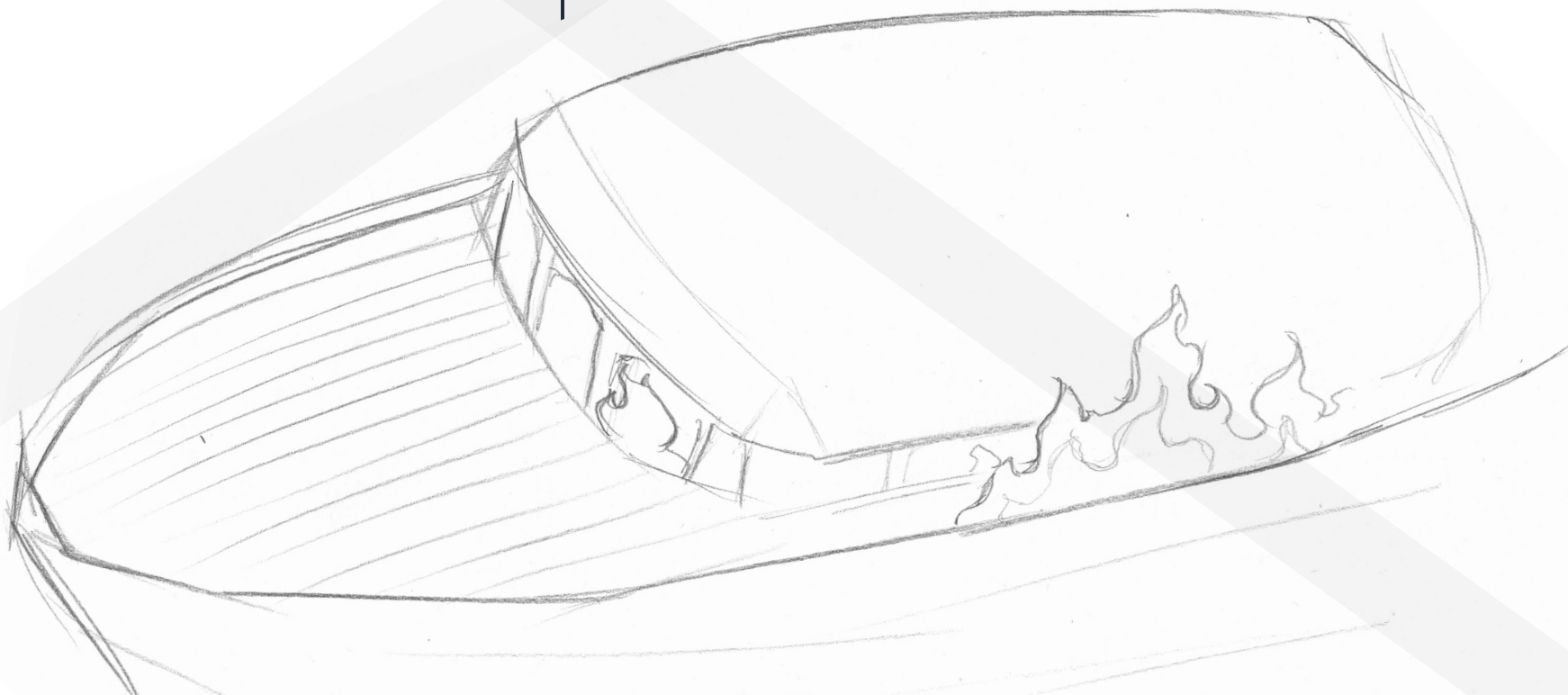






2
Cabrera

Una luna llena, una luna llena en el cielo, en el firmamento. Un barco en medio del mar, brillante y majestuoso. Antonio flotaba por el cielo. No notaba frío, ni sueño, ni sed, ni hambre, pero tampoco alegría, ni tristeza, ni ninguna otra sensación. Se iba acercando al barco tranquilamente. Había un chico mirando el mar en cubierta. Era él. Se acercó a sí mismo. Había también un anciano que le hablaba y él no le hacía mucho caso. Una chica le llamaba. Se trataba de Paula. Siguió paseándose por cubierta, flotando.



Un chico alto cubierto con una manta, con su pelo al viento, le fulminó con una mirada. ¿Sabía acaso que él estaba allí? Nadie más parecía haberse percatado de su presencia. Una chica recogía un bloc de dibujos del suelo encharcado. Antonio pudo ver a través de ese extraño ser en que se había transformado una página de su cuaderno, llena de los "espíritus" que invadirían el barco un poco más tarde. La chica recogió el bloc y lo miró fijamente, un poco asustada, pero con una mirada firme y desafiante. Más adelante un joven se volvió para mirarlo. Sus ojos emitían una sensación amenazante, así que se alejó de él. Un chico pelirrojo también detuvo su mirada en él, al igual que un chico muy moreno que formaba parte de la tripulación y ayudaba a subir a los pasajeros a los botes de emergencia. Antonio se dio cuenta de que estaba rodeado de espíritus, que habían invadido el barco. El cielo se abrió, o eso le pareció a él. De pronto sintió unas terribles ganas de lanzarse sobre alguien, un sentimiento que jamás había experimentado. Se controló como pudo al ver que los demás espíritus estaban capturando a la gente. De repente se incendió la parte superior de la cubierta. Antonio reconoció a la chica que había visto llorando, pero esta vez salía corriendo y se miraba las manos muy asustada. Entonces Antonio empezó a volverse loco, y quería lanzarse sobre una persona también, era una necesidad muy fuerte. Se desplazó a gran velocidad para calmar esa sensación que lo estaba ahogando. Cuando desapareció un poco ese deseo irracional que le invadía por dentro se dio cuenta que los espíritus se marchaban y ya no quedaba nadie en la zona. El barco se hundía poco a poco. Antonio se percató de que estaba metido en el cuerpo de un espíritu y, con mucho miedo y temiéndose lo peor, se volvió hacia donde sabía que se encontraban ellos, Paula y él, escondidos debajo del bote. Entonces su necesidad volvió a crecer en su interior.

-¿Cómo voy a atraparme a mí mismo? -se decía una y otra vez, intentando controlarse. Entonces comenzó a notar otra

presencia, que no estaban solos, y se giró lentamente hacia una roca que sobresalía del mar. Esperaba ver allí al joven angelical que los había salvado, pero se asustó de lo que sus ojos vieron. Sobre la roca se alzaba un personaje alto, cubierto por una capucha negra. Sus ropajes se elevaban con el viento y su rostro quedaba oculto por las sombras. Sólo pudo ver, gracias al resplandor de la luna, una brillante sonrisa, tan perfecta que alcanzaba el matiz de maldad. La parte superior de su cara estaba muy bien definida por unas facciones finas y angulosas. Su piel era pálida. En un momento dado aquella persona pareció percatarse de su presencia y se volvió lentamente. Antonio notó como le infundía respeto, obediencia y temor. Lo último que alcanzó a ver fueron unos ojos rojos malvados en medio de la oscuridad.

Antonio despertó de golpe, sobresaltado.

Se encontraba en una habitación cálida, en una cama cómoda. El Sol entraba con sus luminosos rayos por una gran ventana que había en esa bonita habitación. Estaba rodeado de gente. Entre todos distinguió a Paula, que lo miraba como si fuera un loco recién salido del manicomio. Antonio se incorporó y empezó a recordar lo que había ocurrido y también algunas imágenes de su extraño sueño.

-¿Dónde estoy? -dijo con dificultad.

Un hombre bajito se levantó de una de las sillas que le rodeaban y se aclaró la voz.

-Soy el teniente de la brigada militar de Cabrera...

-¿Cabrera? -le interrumpió Antonio confuso.

Un hombre mucho más alto y con barba negra en forma de perilla le contestó en su lugar.

-Cabrera es una isla bastante pequeña en comparación con Palma. -le explicó. Su voz grave era tranquilizadora. -Estamos cerca de Palma, el destino del barco que naufragó.

Antonio se frotó la cabeza, confuso.

-Mira, nuestros hombres de rescate escucharon un fuerte silbido y os rescataron. Han sido entrenados para casos como este. Podríais haber muerto si hubiésemos tardado un

poco más...-dijo el teniente, esperando a que el chico le diera las gracias, pero no fue así.
-Los otros pasajeros... ¿están bien?
El teniente miró hacia otro lado, disimulando.
-Pues... no hemos encontrado a muchos supervivientes.
-¡Han sido los espíritus! -dijo Antonio, alarmado.
Paula lo miró y con un gesto le mandó callar. El teniente lo miró atónito.
-¿Es... espíritus? Seguramente encontraremos sus cuerpos en el fondo del mar...
-¡¡Han sido los espíritus!! -afirmó Antonio, elevando la voz. Los presentes lo miraban preocupados.
-Creo que lo mejor sería que descansaras un poco más. Jose, hazte cargo de él. Venga, ¡dejadlo descansar! -ordenó el teniente, y él y un grupo más de militares abandonaron la habitación.
-¡No estoy loco! -gritó Antonio, cuando el teniente salía por la puerta, pero este no lo escuchó.
Antonio dio un puñetazo en la cama. Jose, el señor alto, cerró las cortinas de la habitación, ya que entraba mucho sol.
-Te encontré yo, cuando iba en mi barca. Te aseguro que no vi ningún espíritu. -dijo este, sentándose en una de las sillas que habían dejado vacías.
-Paula, ¿a que sí que había unos espíritus? -le dijo este, mirando a Paula con esperanza.
Esta le devolvió la mirada un poco temerosa, sin saber qué decir, temiendo que todos los trataran como locos y los abandonaran a su suerte.
-Bueno, yo...
Antonio le lanzó una mirada de reproche.
-Antonio, nos han ofrecido hospedaje y nos han estado cuidando. Mejor no meternos en líos, ¿vale?
Jose consultó la hora en su reloj de pulsera.
-Mañana a las nueve pasaré a recogeros. Os llevaré a Palma. Allí cogeréis un avión de vuelta a vuestra ciudad. –El rostro de aquel hombre sereno se volvió sombrío.

-Yo soy de aquí -dijo Paula. -Regresaba con mi familia.
-Pues te llevaré a tu casa. -le dijo Jose, y dicho esto se marchó.
Antonio se cruzó de brazos.
-Esto no me gusta.
-A mí tampoco. -le aseguró Paula.
Antonio se giró observando la habitación. Estaba decorada con cortinas espesas y rojas, muy bonitas, y con alfombras de colores cálidos. Los muebles eran de madera elegante y pulida. Tenía una lamparita encima de la mesita de noche. La cama ocupaba casi toda la habitación; era pequeña pero bonita. Antonio comprobó que estaban solos.
-Oye, tú viste a los espíritus igual que yo. -le dijo Antonio, muy serio.
Paula lo miró incómoda.
-Ya, pero... quizá los nervios nos hicieron ver...
Antonio le dio la espalda y se tumbó en la cama de nuevo. Paula, al ver que no le dirigía la palabra, abandonó la estancia. Cuando se marchó, Antonio se levantó y se asomó a la gran ventana de su habitación. Se trataba de una isla montañosa, con muchos árboles, bonitas playas y hierba en los caminos. Era pequeña y bonita. Desde allí se veía el puerto, el faro situando en la cima de una colina, una pequeña zona habitada, formada por algunas barracas militares que parecían estar allí plantadas desde el principio de los tiempos, y un bosquecillo de árboles mediterráneos. Antonio se dio cuenta de que debía de estar en una torre, porque era el punto más alto de la isla. Se vistió con la ropa que le habían dejado, intuyendo que la suya habría quedado en el fondo del mar, y bajó a tomar algo puesto que el estómago le rugía pidiéndole comida.
Al salir de su habitación se tropezó con una sala amueblada con un toque antiguo. En las paredes viejas y humedecidas había colgados numerosos cuadros, algunos de los cuales representaban una cara y otros un papel apergaminado. Los sillones tapizados parecían ofrecer un aspecto cómodo. Unas lámparas de pie marcaban la sala de grandes dimensiones

en la cual Antonio, un tanto sorprendido y desorientado, se situaba. Antonio se asomó a una terraza, desde la que se veía la ventana de la habitación en la que había despertado esa mañana. La terraza era larga, adornada con pilares. Antonio se paseó disfrutando del ambiente cálido de esa isla y de su hermoso paisaje. Jose, el tipo que lo había rescatado, se acercó a él.
-Te gusta esta isla, ¿verdad? -le preguntó mientras contemplaba el paisaje, con una sonrisa en la cara.
-Sí.
-Mi hijo y yo solíamos venir aquí a pasar las vacaciones. Es un lugar muy tranquilo y bonito, sencillo y mágico. -le explicó este, sin esconder su entusiasmo por ese lugar.
-¿Qué es este edificio? -preguntó Antonio, sin poder evitar que la curiosidad le hiciera cosquillas.
-Ca's Pages o "La casa del Pagés", como quieras llamarle. Este es uno de los pocos lugares habitados de la isla. En invierno, puede decirse que es el único. Aquí vive un civil que vigila y cuida la isla todo el año. Es un tipo muy peculiar, créeme, no se ha duchado en su vida. –dijo sin poder contener una risotada. –Pero la naturaleza lo ha acogido como un hijo suyo. Sabe convivir con ella.
Antonio asintió, ensimismado en el hermoso paisaje virgen de aquel lugar.
-¿No viene mucha gente a visitar la isla?
José río con ganas.
-No hombre, no. Sólo lo pueden hacer aquellos que tengan un permiso militar. Esta isla está protegida, por eso está tan bonita. ¿Ves esa torre en ruinas de ahí? -le dijo Jose, señalando un monte cercano. -Se trata del castillo de Cabrera, que fue derrumbado y reconstruido, montones de veces, durante los siglos anteriores.
Antonio notó que la barriga le volvía a rugir.
-Será mejor que bajes a la cocina. Sonia te dará algo de comer.
Antonio buscó a la asistenta de esa casa tradicional tan deshabitada y la encontró preparando una tortilla de queso.

-Buenos días señorito. -le dijo esta. Se trataba de una chica joven, unos tres años mayor que él, con el pelo oscuro y muy largo, una estatura muy elevada para su edad y unos ojos soñadores. Estaba contentísima porqué, desde las desapariciones, la habían contratado para que sirviera al teniente y demás militares que ahora habitaban la isla.
-¿Quieres desayunar?
Antonio frunció el ceño, pero antes de que pudiera abrir la boca, la chica respondió por él.
-De acuerdo, tortilla de queso, un zumo de naranja y un trozo de pan. -Sonia parecía que memorizaba algo en su mente. -Vaya, pues sí que tienes hambre...
Antonio levantó más la ceja, muy sorprendido.
-Vale, te echaré azúcar al zumo. Hay que ver lo consentidos que os tienen aquí -dijo Sonia, mientras volteaba la tortilla en su sartén.
Antonio prefirió no decir nada ante el raro comportamiento de la joven. A la mañana siguiente marcharían a Palma, así que debía prepararse para el viaje. El día pasó rápido. Todo era nuevo para él. Por la noche se arregló una improvisada maleta y se acostó pronto.

Al día siguiente Sonia le despertó a gritos.
-¡Señorito Antonio, baje ya que nos vamos a Mallorca!
Paula ya estaba preparada cuando este bajó. El teniente los hizo subir a una lancha motora que partió rápidamente cuando los tres hubieron subido. El viaje duró una hora más o menos. Antonio pudo distinguir a lo lejos el puerto de Palma. Comieron en un bar de la ciudad, cerca del puerto donde habían desembarcado.
-Las noticias de las tres les informan de unos extraños sucesos que están ocurriendo en la ciudad.
Antonio levantó la cabeza hacia la pequeña televisión que el bar poseía.
-Ayer, a las doce de la noche, naufragó un barco con destino a Palma. La mayoría de los pasajeros han desaparecido. No se

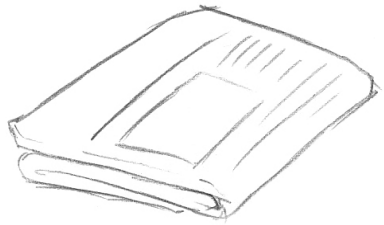
han encontrado sus cadáveres en las profundidades marinas, ni por las playas de la zona. Pero no sólo son estas desapariciones las que nos preocupan. En Palma de Mallorca, hoy han desaparecido ya 500 personas en pocas horas. Las autoridades piden calma y paciencia. Por favor, manténganse en sus casas y no corran peligros absurdos. Que no cunda el pánico.
Antonio miró seriamente al teniente, pidiendo explicaciones. El teniente le devolvió una mirada nerviosa.
-No sé qué ha pasado con los pasajeros de ese barco. -le contestó -Pero dudo que unos espíritus tuvieran algo que ver.
-Yo los vi. -afirmó Antonio. Paula desvió la mirada.
El teniente se tomó un sorbo de su café con infinita paciencia.
-Es absurdo creer lo que dices. ¿Cómo explicas las desapariciones en Palma? ¿Ves espíritus recorriendo las calles?
Antonio calló. El también se lo había preguntado. No había visto ningún "espíritu" des de aquella noche, en la invasión del barco. Cuando empezaba a caer la tarde, el teniente los acompañó al aeropuerto y Antonio no pudo describir lo que veían sus ojos. Miles y miles de personas hacían cola en el aeropuerto para conseguir un billete y marchar de la isla lo más pronto posible. Estaban atemorizados por las continuas desapariciones de las que las diferentes antenas televisivas informaban.
-Dios, no sé qué está pasando aquí. -se quejó el teniente. -Esto es un escándalo. Voy a hablar con el guardia de allí. Le informaré de tu caso y mientras haces cola acompañaré a Paula a su casa. Jose no me contesta al móvil… sólo falta que también haya desaparecido él.
El teniente marchó con paso decidido hacia la cabina de información menos abarrotada de gente.
Paula y Antonio esperaron bastante tiempo sentados en el suelo, debido a que todo el aeropuerto estaba a rebosar. No cabía una aguja. De repente un helado escalofrío le recorrió

a Antonio por la espalda. Se giró y comprobó, asustado, como esos seres a los que él llamaba "espíritus" se acercaban planeando en la oscuridad.
-¡Cuidado! -gritó Antonio, pero no se pudo hacer oír entre los gritos del gentío alborotado. -¡Cuidado! ¡Peligro!
-Están ahí de nuevo. -le dijo a Paula. Antonio la cogió de la mano y la arrastró lejos de allí. Pronto se dio cuenta de que los extraños seres les seguían la pista a ellos dos y que, a la gente que se encontraban por el camino, la hacían desaparecer.
Antonio y Paula corrieron por las calles hasta despistar a los espíritus.
-Mierda, ¿por qué nos siguen? -se quejó Antonio, jadeando.
-No sé, pero… me dan mala espina. Deberíamos haber avisado al teniente.
-Nos hubieran cogido. No sé si te has dado cuenta pero iban tras nosotros.
-¿Nadie más los ha visto? -preguntó Paula confundida.
-Pues yo diría que no.
Llegaron al edificio donde Paula aseguraba vivir. La chica subió por las escaleras mientras que él se sentó en el rellano de la puerta a esperar a su amiga, que le había asegurado que podría quedarse esa noche en su casa y mañana, cuando el ambiente estuviera más tranquilo, lo acompañaría al aeropuerto. Antonio cogió un periódico que estaba tirado por el suelo y lo hojeó esperando encontrar algo de información sobre el naufragio. Encontró varias noticias que no le aportaron nueva información, pero hubo una que le llamo mucho la atención.
"Un chaval de quince años afirma haber visto a los culpables de la desaparición de sus padres: unos fantasmas con reflejos dorados".

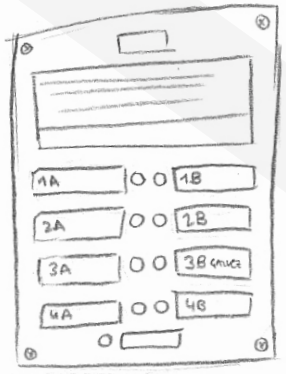
Antonio releyó varias veces el titular, sorprendido. Por fin había encontrado a alguien que también podía ver a esos seres. Estaba empezando a creer que sólo eran imaginaciones

suyas, como el teniente le había dicho, y que Paula, por lástima, le seguía la corriente. Antonio corrió escaleras arriba llamando a Paula a gritos, pero lo que encontró no fue de su agrado.
Paula estaba de rodillas, al pie de una puerta, que debía ser la de su casa. La puerta estaba abierta de par en par, y reinaba un molesto silencio en esa casa. Los muebles estaban intactos, no había nada de anormal, excepto que la casa estaba vacía.
Un señor vestido con un uniforme y cargado de escobas vigilaba la puerta y, al mismo tiempo, llamaba a alguien por el móvil.
-Mierda, la policía de hoy en día no tiene responsabilidad. Todas las líneas están saturadas. ¿Cómo puede ser? -se quejó el portero.
-Escuche, ¿qué ha pasado? -preguntó Antonio, evitando mirar a Paula.
-Ha desaparecido delante de mis narices el matrimonio que vivía aquí. Salían a recoger a su hija y, de pronto, me dijeron que subían a recoger un regalo que le habían comprado para celebrar su llegada. Subí detrás de ellos para advertirles que llegarían tarde al aeropuerto, pero ellos ya no estaban. La policía no me contesta. -dijo el portero, asustado y cabreado a la vez.
-Han sido ellos -afirmó una voz que provenía de Paula, pero Antonio hubiese jurado que no era la de ella. Era una voz rencorosa y vengativa que daba un poco de miedo. Paula se levantó. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero parpadeó varias veces para retenerlas. Entró a su casa y salió con una mochila cargada de cosas. En la mano llevaba una flauta de madera. Por lo visto, era el regalo que sus padres le querían dar.
-Nos vamos. -le dijo a Antonio.
-Pero... ¿a dónde?
-No lo sé. Lejos de aquí.
Los padres de Paula no eran los únicos que habían desaparecido. Con el paso de las horas, el número de víctimas

aumentaba rápidamente y sin control.
-Paula, lee esto. -le dijo Antonio, y le ofreció el periódico, mientras recorrían en silencio una de las calles iluminadas de la isla.
Paula puso cara de sorpresa, pero luego la cambió a una de seriedad.
-Vamos a buscarlo.
-¿Estás loca? ¡Ni siquiera sabes dónde vive! -le dijo un Antonio asustado por las reacciones de su amiga.
Paula le puso el periódico delante de su nariz.
-Lo pone aquí. ¡Vamos!



Antonio corría detrás de Paula, ya que no sabía muy bien dónde se encontraba el S'arenal, ni la calle que el periódico dictaba. Llegaron a la playa, que más bien parecía un desierto por tan vacía como estaba.
Paula se estremeció. Recordaba como noches antes esa misma playa había estado llena de jóvenes bailando o gente paseando en la orilla. Los chicos corrieron siguiendo la línea de la playa hasta que Paula le indicó a Antonio que debían coger ya la carretera y adentrarse por una calle. Antonio veía las tiendas con sus rótulos luminosos y los bares, heladerías y discotecas que hacía poco habían estado en movimiento y que ahora estaban completamente vacías.
Paula entró en el rellano de un edificio, donde había un bar y una tienda de cámaras de fotos. Se acercó a una puerta pequeña y metálica y comprobó algo en el periódico.
-Es aquí. -le dijo a Antonio.
-Pues llama. -le dijo este. -Por aquí no han pasado los espíritus; la tienda está abierta.
-Qué observador.
Paula buscó en el panel de timbres el piso tres y la puerta B. A continuación llamó tres veces, esperando contestación.
-¿Sí?



-¿Eres Alejandro Gálvez?
-Sí, soy yo.
Paula y Antonio se miraron.
-Pero no os pienso abrir. -dijo de nuevo la voz - No acepto vuestra opción de llevarme al manicomio, gracias.
-¡No te vamos a llevar a ningún manicomio! -le insistió Paula, nerviosa.
-Escúchanos. No estás loco, ¿vale?
La voz se rió.
-Eso mismo me han dicho los miles de personas que me han llamado. Iros a freír espárragos.
-¡Tío, estás como una cabra! Creo que sí deberías ir a un manicomio. No somos periodistas ni psicólogos. -le dijo Antonio, que estaba empezando a notar la presencia de los espíritus.
-¿Quiénes sois? -preguntó la voz, sorprendida. Era una voz profunda y madura.
Esta vez tomó Paula la palabra.
-Mira, nosotros también vemos a los espíritus, ¿vale? ¡En el periódico vimos la noticia y venimos a buscarte!
-¿Y cómo os puedo creer?
-Pues...
Antonio se colocó frente al telefonillo.
-Si es verdad que tú puedes ver a esos fantasmas, demostraremos que no estamos locos y no son imaginaciones creadas por la tensión. Tú lo estarás notando. Se acercan aquí cada vez más. ¿No te has dado cuenta?
Durante unos segundos sólo se oían las respiraciones de aquel chico.
-Esperadme, ahora bajo.
Al cabo de cinco minutos pudieron ver salir a un chico alto, de unos quince años, de pelo negro y desordenado, vestido con una camisa azul y unos vaqueros, cargado con una mochila ligera.
-Soy Alejandro. Un placer. -les dijo mientras se estrechaban las manos.

-Me llamo Antonio -le dijo el chico. -Y esta es Paula. ¿Ya nos crees?
-Bueno, yo también he notado que se acercan, pero... ¿Qué hacemos? -dijo el chico, metiendo tranquilamente sus manos en los bolsillos de sus vaqueros.
Los chicos se miraron buscando una respuesta.
-No hay otra opción. Si estimamos nuestra vida tenemos que huir. -dijo el chico, frotándose la cabeza, pensativo.

Los tres chicos corrían por las calles vacías de Palma. Todos los habitantes se concentraban en el aeropuerto, en el puerto y en el mar.
Los chicos se detuvieron en una esquina, muertos de cansancio. Los espíritus que los seguían les iban a dar caza. Antonio, Paula y Jandro se pusieron en posición de ataque, formando un círculo, esperando a sus enemigos, aunque por experiencia sabían que por muchos puñetazos y patadas que les dieran no les harían daño alguno. Cuando los espíritus empezaron a absorberlos, un extraño ser, surgido de la nada, apareció ante ellos y, soltando una onda expansiva, desintegró a los espíritus.
Se trataba del viejo marinero que Antonio vio en el barco.
-¡Yo a ti te conozco! Tienes algo que ver con estos seres y con el incendio del barco. ¿Tú sabes a dónde se llevan a la gente, no? Ahora qué quieres, ¿matarnos? ¡Pues hazlo, pero primero tendrás que cogerme! -le dijo Antonio, descargando toda su ira en aquel viejo marinero.
-Tranquilo, tendrás tus respuestas. Debes saber que yo estoy con vosotros y vengo a ayudaros. -le explicó el viejo con paciencia.
-¿Por qué nosotros vemos a esos seres? -preguntó Paula, nerviosa.
-¿Dónde están mis padres? -dijo Jandro, amenazándole con un puño mientras con el otro le sujetaba el jersey. Los ojos de Jandro empezaron a brillar y volverse de un color blanquecino, pero el viejo rompió el contacto con sus ojos y el chico le soltó.

-Si queréis respuestas, haced lo que yo os diga.
-¿Nos podemos fiar de ti? -le preguntó Jandro, gritando.
-Si no os fiáis de mí... ¿tenéis otra opción?
Los chicos callaron con rabia.
El grupo llegó a una calle donde no se veía movimiento, para variar. Todo era silencio, calma, demasiada calma, pensó Antonio. El viejo los miró meditando las palabras que debía usar.
-Ahora, cuando yo os diga, os marcharéis corriendo al puerto de Palma. Allí encontraréis mi barco. Se llama "el salvador". Subiréis sin llamar la atención y esperaréis a que yo vaya, ¿entendido?
El marinero les dio un empujón hacia el final de la calle. Antonio se quedó paralizado por lo que vio. La gente estaba totalmente parada, como si se tratara de una foto, de una imagen congelada. Había personas en el suelo, llorando, otras corrían huyendo de algo, un grupo de chicos disparaban al cielo, asustados. Pero, ¿por qué temía esa gente?, se preguntaba Antonio. Si no había espíritus en esa zona...
El marinero les dijo que se prepararan para correr. Los espíritus empezaron a perseguirles al instante. Una gran cantidad de seres dorados se desplazaba por las calles detrás de los chicos. Jandro, Antonio y Paula se separaron del marinero durante un momento. Corrieron hacia el puerto. El susurro de una noche calurosa, entre veraniega y otoñal, y la tenue brisa marina los azotaba en la cara mientras corrían desesperadamente. Los chicos se separaron, siguiendo cada uno un camino distinto.
-¿Por qué nos siguen? -pensaba Antonio, mientras escapaba de uno de los espíritus más rápidos. Los seres fantasmagóricos lo acorralaron en el puerto, lejos del barco donde tenía que subir. Antonio, intentando no ser capturado por esos seres, resbaló por una roca y cayó al mar.
Las olas se movían abruptamente, de forma salvaje, indomable. Antonio nadaba con todas sus fuerzas, intentando no ser tragado por las inmensas olas. Entonces distinguió entre la oscuridad de la noche al tipo que había visto antes

en su sueño, ese tipo misterioso encapuchado con su sonrisa endemoniada. El chico levitaba sobre las aguas, que se volvían de una negrura inescrutable a su paso. Antonio parpadeó varias veces, tragando grandes cantidades de agua salada, convenciéndose de que no eran ilusiones propias. El joven se acercó más y le tendió una mano.
-Vamos, dame tu mano. Tú eres muy grande. Tienes gran poder y lo estás derrochando. Si vienes conmigo te enseñaré a usarlo bien. -le dijo el chico con una harmoniosa voz, perfecta y embriagadora.
Antonio, defendiéndose de las olas frías con una mano, tendió la otra hacia el chico, pero dudó un poco antes de dársela.
-¡Tú! ¿Quién eres? ¿Tienes algo que ver con el barco?
El misterioso joven rió.
-¿Te preguntas quién es el causante de esta tragedia? Te lo contaré todo. Veo que ese viejo egoísta no te ha contado nada. No confían en ti. Pero yo sí. Dame tu mano.-insistió.
-Pero...
Antonio alargó más su mano hasta que notó como, al rozar los dedos con los de él, una sensación de frío le recorrió todo el cuerpo, pero no era frío físico, sino algo más interior.
-¡No lo hagas! -gritó una voz detrás de él.
Antonio pudo ver como un chico rubio, el mismo que le salvó la vida en el barco, lo separaba bruscamente de ese joven misterioso. Este levantó la cabeza mostrando unos ojos rojos y un rostro pálido. De pronto desaparecieron los dos jóvenes dejando a Antonio solo en el mar. Antonio, mareado y sin fuerzas, escaló como pudo por las piedras del puerto hasta salir al puente donde se encontraban los barcos.
Alejandro lo llamaba desde el barco a gritos.
-¿Y Paula? -gritó desde el barco.
-¡No lo sé! -contestó Antonio. -¡Voy a buscarla!

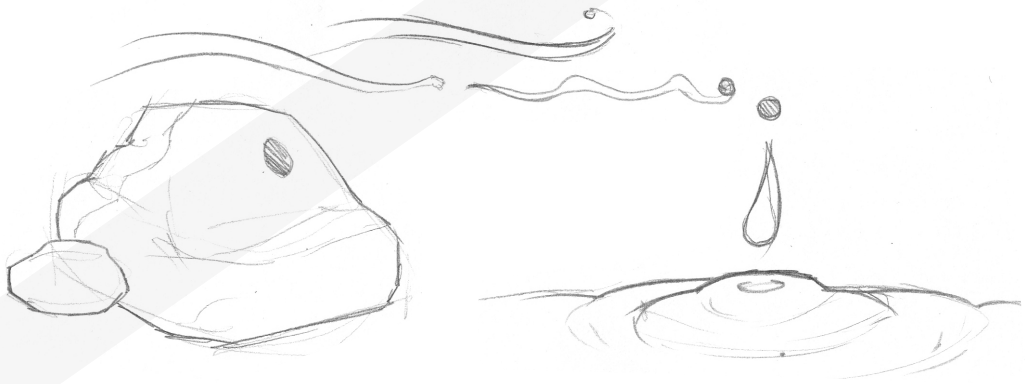
Alejandro puso el motor en marcha. Le extrañaba que los espíritus, que le habían perseguido durante todo el camino, lo ignoraran de esa forma desde que había montado en el

barco. Estaba preocupado porque los chicos no regresaban y el viejo marinero tampoco.
Se sentó en la cubierta y se cruzó de brazos. Entonces empezó a caer de cabeza por un vacío negro, sin final, donde su caída no terminaba nunca. Pensó en el chico rubito, Antonio, y cerró los ojos. Al abrirlos, sus ojos vislumbraron una calle llena de espíritus, y sus brazos, que no eran los suyos, cargaban a una chica inconsciente. Jandro veía cómo corría por la calle y reconoció el cuerpo. Entonces notó cómo caía con el peso de Paula, en un charco enfangado. Los espíritus iban a cogerlos, pero, a través de esos ojos ajenos, vio como una luz que salía de los mismos cegaba a los espíritus, que retrocedían asustados. Vio como se levantaba, cargaba a Paula y la arrastraba hasta un bote, que reconoció como el bote donde él se encontraba, pero lo que más le sorprendió es lo que vio a continuación. Se vio a sí mismo, sentado en la cubierta del velero, con los ojos en blanco, con un aspecto terrorífico. Oyó también una voz procedente de su interior, llamándolo. Entonces vio que un espíritu se le tiraba encima y pudo leer los pensamientos del propietario de esos ojos, del cuerpo en el que él estaba.
-"Me rindo. Voy a morir"
Rápidamente invocó unas palabras que escuchó posteriormente de la boca del cuerpo en el que se encontraba.
-¡No te rindas, corre, el barco es ese rojo de ahí!
Alejandro pudo volver a leer la mente del chico, que se había quedado asombrado por lo que acababa de decir y escuchó lo que pensaba.
-"Estoy loco. O quizá es el ángel de la guarda ese que me ha salvado la vida tantas veces. O son imaginaciones mías... Soy poderoso... ¿Ese chico tendría razón? ¿Debo fiarme de esa gente?"
-¡Imbécil, corre! -pensó Jandro, y esos pensamientos llegaron a la cabeza de Antonio, porque corrió hacia el barco rojo y se subió en él. Los espíritus dejaron de perseguirle, chocando contra una barrera invisible.

Entonces Jandro escuchó cómo pensaba de nuevo:
"Alejandro se ha muerto"
Y quiso abandonar ese cuerpo. Volvió a sentir la sensación de caer en un inmenso vacío y cayó desde el cielo hacia el barquito velero, y se introdujo en su verdadero cuerpo. Abrió los ojos de nuevo y vio enfrente de él a Antonio, que había tirado a Paula al suelo y jadeaba agitadamente.
-¡No estoy muerto! -le gritó a Antonio.
Antonio se quedó mirándolo sorprendido.
-¿Me has leído la mente? -preguntó Antonio, meditando sobre lo que acababa de oír.
Jandro se encogió de hombros.
Los chicos se giraron bruscamente. El viejo marinero acababa de salir de la cabina del barquito.
-Bien, felicidades. Lo habéis conseguido. Habéis esquivado a los espíritus. Venga, sentaos y descansad. El viaje es largo.
-¿Dónde vamos? -preguntó Jandro, jadeando.
-A Cabrera.
A la mañana siguiente, todo estaba más calmado, o eso es lo que le parecía a Antonio. Volvía a estar tumbado en esa cama en la que había despertado la mañana anterior.
-¿Estás bien? -le preguntó Sonia, la sirvienta del ayuntamiento.
-Creo que sí... -dijo Antonio, intentando incorporarse, atacado por una fuerte sensación de mareo.
-Bueno, supongo que estarás un tanto confundido. Después de todo lo que está pasando... las desapariciones, los accidentes de aviones, los naufragios de barcos... parece que Dios se ha vuelto contra nosotros. -dijo Sonia, reflexionando.
-¡Son los malditos espíritus! -exclamó Antonio, levantándose de la cama. -¡¿Y el viejo ese, el que nos trajo aquí esta mañana?!
-Señorito, cálmese. Está abajo, desayunando, pero... ¡espere! ¡Señorito!
Antonio corría bajando de dos en dos los escalones dispuestos en caracol de la torre. Descendió a la primera planta y buscó al viejo marinero por la cocina.
-¿Habéis visto a un marinero por aquí?-les preguntó a los cocineros y cocineras que preparaban la comida.

-Lo siento. No sé a quién te refieres. Vienen muchos marineros a comer aquí, al restaurante que ofrece el ayuntamiento.
Antonio marchó corriendo hasta el comedor, donde iban los escasos habitantes o los turistas a comer.
Vio a unos hombres conversando mientras tomaban una taza de café. Uno de ellos era el teniente, vestido con un traje recién planchado, sin la mínima arruga y luciendo una corbata roja perfectamente colocada sobre la camisa.
A su lado se encontraba el marinero al que Antonio buscaba.
-¡Tú! -le gritó, señalándole con el dedo índice -¡Quiero explicaciones!
-Pobre chico, está un poco trastornado. -dijo el marinero riéndose, disculpándose del comportamiento de Antonio hacia el teniente y los demás.
-Sí, pobre chico. -dijo el teniente, tranquilamente -Ayer me desaparece en Palma así, sin más, delante de mis narices, y después me dice que las desapariciones eran causa de espíritus, fantasmas, ni más ni menos.
Los comensales se echaron a reír. Todos menos un hombre que se sentaba en la mesa de al lado, que permaneció serio y levantó la cabeza, con curiosidad.
El marinero se levantó y dejó unas monedas de oro sobre la mesa.
-Muchas gracias por la acogida y el recibimiento. Esta tarde me reuniré con vos. Me gustaría anunciarle un negocio que quizá le interese.
El viejo cogió a Antonio por el brazo y este intentó apartarse, pero lo agarró con más fuerza y lo arrastró fuera, al pasillo.
-¡Estás loco! ¡¿Cómo vas por ahí diciéndole a todo el mundo que ves espíritus?! -le gritó el marinero, enfadado.
-¡Usted también los ve! -le reprochó el chico, a la defensiva.
El viejo lo soltó del brazo. Iba a paso rápido. A Antonio le costaba seguirle.
-Mira, tú y tus amigos tenéis... Mejor empiezo. -le dijo el viejo marinero.
-Tenemos un poder, ¿verdad? ¡Somos importantes! -le dijo Antonio, enfadado, recordando las palabras del chico encapuchado.

-¿Quién te ha dicho eso?
Antonio calló. Llegaron a la cocina. Paula y Jandro desayunaban en silencio. El viejo marinero, seguido de Antonio, irrumpió en la sala.
-Sentaos. ¿No querías explicaciones? Pues las tendréis.
Giró la cabeza de un lado al otro y, cuando se hubo asegurado de que no había nadie más en la cocina excepto ellos, se sentó y se dispuso a hablar.
-Como iba diciendo… mirad, existe un país, en otra dimensión, llamado Shien. Se trata del país del tiempo, un lugar donde la magnitud del tiempo no existe, y, como ya sabréis, si no hay tiempo no hay espacio, por lo tanto ese país no está en ningún sitio, ¿de acuerdo? -le explicó el viejo. Antonio se quedó mirándolo, pensando que el viejo le estaba tomando el pelo. Paula miraba al marinero como si estuviera loco y Jandro lo observaba como si quisiera descifrar un código secreto en sus palabras. -Desde los tiempos primeros han existido personas con poderes anormales, como en las antiguas civilizaciones habían sabios curanderos, gente que controlaba la telequinesia, faquires que no se quemaban en tocar el fuego, o incluso lo generaban de la nada, personas que guiaban a los demás y otras terriblemente oscuras, y hoy en día los siguen habiendo. Todos estos factores, poderes o como quieras llamarlos vienen de una misma fuente. La primera generación de temporales, nombre que se les da a las personas que poseen el poder del tiempo, eran diez personas, cada una con su elemento: el fuego, el agua, la tierra, el viento, el hielo, el magnetismo, la naturaleza, el poder mental o psíquico, la luz y la oscuridad, crearon un país en otra dimensión donde no existía el tiempo.

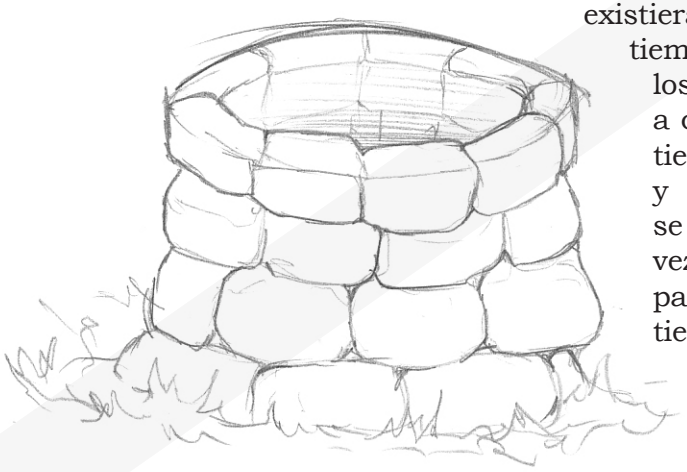


Allí, los temporales podían teletransportarse en cualquier momento de su vida, en caso de peligro, miedo o, simplemente, cuando les viniera en gana. Pero, ¿qué pasa? Mientras esas personas estaban allí, el tiempo pasaba normalmente en la tierra. Esas personas, mientras, en Shien, combinando los diez elementos formaron un ambiente parecido a la Tierra, con la diferencia de que el tiempo no pasaba. Tenían sed, hambre y necesitaban respirar. Pero esas sensaciones, al igual que muchas otras, eran consecuencia del elemento del psíquico, por tanto, eran artificiales. Una persona como yo, que lleva ya un buen tiempo viviendo en Shien, te dirá que no hay comparación en tomarse un buen vaso de vino aquí, en la tierra, que en Shien. Con el paso de los años viviendo en Shien, vas apreciando más la diferencia. Hasta incluso la notarías inhalando aire. O sintiendo los rayos de Sol sobre tu piel. No sé si me explico; aquí en la Tierra es todo más real. No es lo mismo ver un paisaje en una película que por tus propios ojos. -les dijo el viejo muy serio. Los chicos lo miraban con cara de estupefacción. -Como iba diciendo, estos seres, los elementales, volvieron a la Tierra y vieron que habían pasado cientos de años, que eran seres primitivos al lado de las nuevas generaciones. Notaban que su cuerpo envejecía en cada segundo que pasaba y que la Tierra había dejado de ser su hogar. Se habían quedado fuera de lugar. Todos volvieron a Shien.
-Pero, entonces, ¿se quedaron allí para siempre? -preguntó Antonio, empezándose a creer la historia ya que, aunque le resultara muy abstracta e irreal, también le gustaría que la gente le creyera cuando les decía que había visto a los espíritus.
-Buena pregunta. ¿Sabes? Los que poseen el poder del tiempo están condenados a no existir. Mientras tienen el poder pueden ir de la Tierra

a Shien y viceversa, pero cuando mueren, si deciden morir, no han existido. Todo lo que han hecho en la Tierra será conocido por fenómenos sobrenaturales a los cuales podemos llamar magia o Dios. Los creadores de Shien pensaron que era muy peligroso que hubiera más gente como ellos, que pudieran modificar el tiempo. Pensadlo, sería un escándalo en la Tierra. Por eso decidieron “cerrar el tiempo”. Crearon un pozo llamado el Pozo de las sombras y, juntando todos sus elementos mediante un pacto, cerraron el tiempo. Las consecuencias fueron las siguientes: El poder del tiempo desapareció en ellos. Los que quisieron se marcharon a la Tierra; otros se quedaron en Shien. Los que se marcharon a la Tierra ya no pudieron nunca regresar, ya que no poseían el poder, y murieron allí. Los que se quedaron eran inmortales hasta que ellos decidieran, porque desde Shien se puede volver a la Tierra cuando desees, tengas el poder o no.

-Excelente, muy buena la historia pero hay algo que no acabo de entender. ¿Qué tiene que ver esto con lo que está sucediendo ahora? Si cerraron el tiempo esos hombres, se acabó todo, ¿no? ¿Qué pintan los espíritus aquí? -le preguntó Jandro, vacilante.

-Bueno, eso viene ahora. Los que se quedaron en Shien, seis en total, vivieron tranquilamente hasta que el que poseía el poder de la oscuridad, cegado por el afán del poder y el orgullo, sin importarle que él y sus compañeros que permanecían en Shien (los de la Tierra ya habían muerto) existieran o no, abrió el tiempo, traicionando a los demás, y volvieron a caer los poderes del tiempo sobre ellos, y los diez elementos se manifestaron otra vez en la Tierra. ¿Qué pasó? El que abrió el tiempo, que quería



recuperar su elemento, el de la oscuridad, no lo consiguió, sino que ese elemento fue heredado por otro ser de la Tierra y el antiguo elemental de la oscuridad, frustrado, se marchó a la tierra y murió.

-¿Entonces, todos los que poseen el poder del tiempo tienen un elemento?

-No exactamente. Cada vez que se abre el tiempo se heredan en la tierra los diez elementos junto al poder del tiempo. Los que permanecen en Shien en el momento de su apertura heredan solo el poder del tiempo, y los hijos de los temporales también. Pero tienes que saber que para que los que viven en Shien tengan un hijo tienen que ir a la Tierra y esperar nueve meses, porque en Shien no pasa el tiempo, y así pierden nueve meses de su vida. Si un anciano que posee el poder del tiempo, como yo, vive en la Tierra y se traslada a Shien, se quedará con la edad que tiene. Por eso yo, que poseo el poder del tiempo, estoy perdiendo gloriosos minutos de mi vida mientras hablo contigo.

-Vaya... entonces, ¿se ha abierto el tiempo de nuevo? -preguntó Antonio.

-Sí. En Shien guardan y custodian el pozo de las sombras porque quieren existir. Pero un ser muy poderoso, un hombre que se hace llamar Kosh, ha abierto el tiempo de nuevo y ha creado un ejército de espíritus. Los espíritus se crean con el alma de una persona en la cual reina el miedo y la desconfianza, con un grano de arena del desierto central de Shien, y con una esencia de oscuridad. Por eso, los habitantes de Shien, refugiados en una fortaleza para defenderse del poder de Kosh, creemos que él ha heredado el elemento de la oscuridad. Pero sospechamos que para ello tuvo que viajar antes a la Tierra. No se sabe su edad ni su identidad, pero está causando grandes problemas, tanto en Shien como en la Tierra.

-Entonces, todas las personas que atrapan...

-Sí, todas las personas que atrapan se transforman posteriormente en otros espíritus. Los espíritus crean

espíritus, y así sucesivamente. Pero no mueren. Sus cuerpos permanecen en Shien, en las tierras de Kosh, ya que hay una forma de destruir a esos seres.
-¿Cuál? -preguntó Antonio, emocionado, dispuesto a vengarse de ese tal Kosh.
-Sólo los diez elementales, en este caso nueve, porque Kosh va a luchar contra ellos, serán los que, con las armas que les dejaron los creadores de Shien, escondidas en las entrañas del país, que sólo ellos pueden blandir, puedan destruir a los espíritus, devolviendo instantáneamente la arena al desierto, el alma a su dueño y la oscuridad saldrá trasformada en luz. Sólo los poseedores del poder del tiempo pueden ver a los espíritus.
Antonio se levantó del sillón, emocionado.
-Entonces, yo tengo ese poder, soy un elegido, tengo un elemento.
-No te anticipes joven. Me ha faltado decirte que, cuando una persona de la Tierra ve con sus propios ojos el poder del tiempo, lo adquiere también. Por eso, esta vez nos va a costar más cerrar el tiempo que en la vez anterior. La otra vez sólo tuvimos que buscar por la Tierra a los diez elementales, que eran los únicos poseedores del poder del tiempo, y explicarles cómo se cerraba el tiempo. Para cerrar el tiempo tienen que estar los diez elementales de acuerdo. Esta vez, Kosh ha enviado a miles de espíritus, y las personas que, gracias a su confianza y valor, no se dejan atrapar por el espíritu, o las personas que presencian cómo uno de nosotros hace algún uso del poder del tiempo delante de sus narices, adquieren automáticamente el poder del tiempo. Entonces, esta vez, para encontrar a los elementales nos podemos pasar una eternidad, y la Tierra peligra, porque Kosh no sólo planea hacerse con Shien, sino con la Tierra también. Además, si consiguiéramos encontrar a los elegidos, sería casi imposible cerrar el tiempo, ya que tienen que estar los diez elementales de acuerdo y Kosh no lo está. ¿Lo entiendes? Tú y tus amigos fuisteis atacados por los espíritus. Tú y tu amiga los visteis en el barco, y tú... -dijo dirigiéndose a Jandro. - ...tú los pudiste ver cuando los espíritus se llevaron a tus padres, por eso no te cogieron.

-Y entonces ahora... ¿qué se supone que tenemos que hacer?
-Una, proteger a los de Shien, dos, proteger a los de la Tierra, tres buscar a los elegidos y convencer a Kosh. Poco trabajo, ¿verdad?
Antonio se frotó la cabeza, pensativo.
El viejo prosiguió.
-Yo me quedaré aquí en Cabrera, creando barreras antitemporales, para que los espíritus no puedan pasar, y concentraré a toda la gente que quepa aquí. Moriré por los de mi planeta. Pero vosotros iréis a Shien, aprenderéis a desarrollar el poder del tiempo y nos ayudaréis. Yo enviaré a todos los que posean tal poder para formar un ejército contra Kosh.
Paula, que se había quedado con la cuchara llena de cereales sujeta en la mano, se aclaró la garganta para hablar, pero de su boca no salieron palabras. Jandro, indiferente, siguió mirándolo de la misma forma que lo había hecho al entrar.
Antonio insistió.
-¿Cómo se va a Shien?
El viejo marinero rió.
-Eso lo veréis mañana.-hizo un ademán de marcharse, pero se giró hacia los chicos. -Por cierto, me llamo Tim.

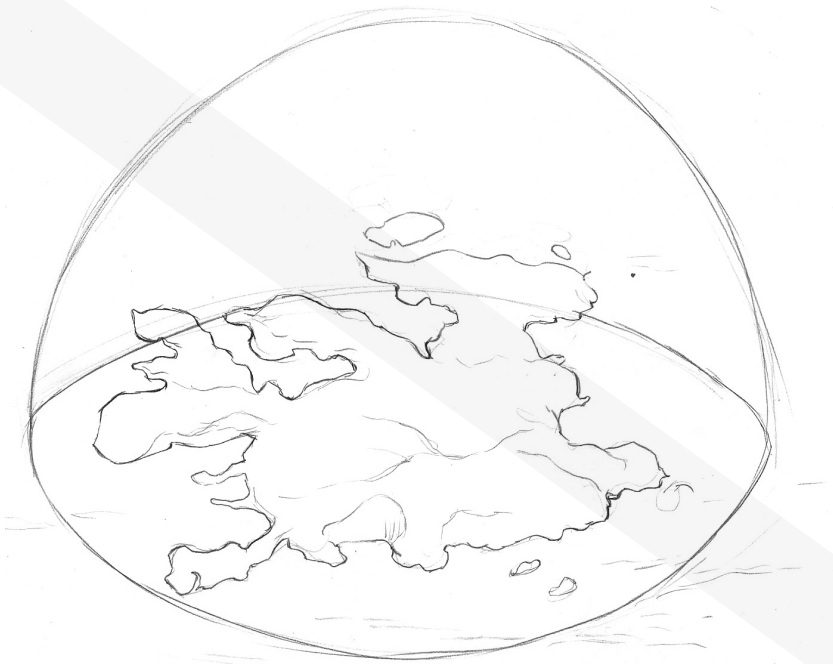
El ayuntamiento de Cabrera, normalmente vacío, rebosaba de vida. El puerto estaba repleto de barcas y la gente corría desesperada por las calles de la pequeña aldea.
Tim, el anciano marinero, observaba el movimiento de Cabrera desde la terraza del ayuntamiento.
-¿Estás seguro de esto?
Un hombre de alta estatura, cubierto por una capa que le llegaba hasta los talones, apareció en la terraza. Tim se giró y le saludó con un movimiento de cabeza.
-Señor, creo que es lo correcto. Envíame tropas y crearé una buena barrera. La gente ya ha empezado a acudir a la isla, tal y como lo planeamos.
-Pero, aun así... Aquí no cabrán muchas personas. -insistió el extraño hombre.

-Iré aumentando mi poder.
-Tienes un límite, y todos lo sabemos.
Tim se levantó y le miró directamente a la cara.
-Mañana te enviaré a unos chicos a Shien. Entrénalos y muéstrales el poder del tiempo. Te iré enviando a gente que posea el poder, así puedes reforzar el ejército contra Kosh. Además, necesitamos gente que busque a los elegidos.
El hombre se acercó a la barandilla de la terraza, dejando que la luz del Sol le iluminara el rostro, un rostro moreno con facciones marcadas, cejas espesas y ojos negros.
-Esos chicos. ¿Crees que alguno pueda ser un elegido? -preguntó el hombre, sin desviar la mirada de el horizonte.
-Lo dudo Señor, lo dudo.
El hombre de la capa se quedó pensativo.
-Mañana os esperaré en la fortaleza. Sobre tu elección, haz lo que quieras. Eres responsable de toda la gente que aquí acuda. Ponles a raya. Si necesitas refuerzos, sólo tienes que pedírmelo. Si te piden respuestas por todo lo de las desapariciones y demás, invéntate algo. Ya sabes, extraterrestres, virus... cosas así.
-Pero, señor, me enviarás una tropa, ¿no?
-Por supuesto. Mañana cuando vengas estará preparada. Nos vemos.
El extraño hombre desapareció.
Tim siguió apoyado en la barandilla, contemplando el atardecer.

Alejandro se colgó la mochila al hombro.
-Vámonos de aquí.
Antonio le cerró el paso.
-Oye, Alejandro, espera. -le dijo, interponiéndose entre él y la puerta.- ¿Estás loco?
-Ese tío sí que está loco, loco de remate. Déjame pasar. -Alejandro le dio un empujón al chico, pero Antonio no se apartó.
-Alejandro. Ambos sabemos que los espíritus existen. Si existen espíritus... ¿por qué no pueden existir los temporales, o un país en otra dimensión?
-Chaval, asenta la cabeza. ¿Qué has sacado en Física?

Antonio se rascó la cabeza, pensativo.
-¿Física? -repitió un poco confuso. -¿Eso de correr?
-¡Va, déjalo! -se quejó el moreno, poniendo los ojos en blanco. -Es im-po-si-ble. Por cierto, deja de llamarme Alejandro. Puedes llamarme Jandro, a secas. Buena suerte en tu aventura, ha sido un placer conocerte, bla, bla, bla...
Jandro volvió a empujarle con fuerza y esta vez consiguió salir por la puerta de la habitación más alta de toda cabrera.
-Jandro, ¿y tus padres? ¿Vas a dejar que permanezcan bajo el poder de ese Kosh?
Jandro se paró en seco.
-No me fío de ese tal Tim. ¿Y si es él quien controla a los espíritus? ¿Y si es él el verdadero "Kosh"? ¡A saber a dónde nos lleva! Todo esto puede ser una trampa, y nosotros, los tontos que caemos en ella.
Antonio se sentó en la cama de esa habitación redonda.
-Tienes razón. ¡Me he emocionado como un idiota! Debería irme a mi pueblo y buscar a mis abuelos. Ellos no deben saber nada y yo aquí estoy, pensando en bobadas.
Jandro lo miró por última vez y se marchó.

-¡Antonio, Antonio!
Antonio entreabrió un ojo.
-¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos?
-¡Antonio, no encuentro a Jandro! -le gritó Paula, alterada.
Antonio se incorporó. Se había quedado dormido sin darse cuenta.
-Paula, déjale. Él tiene razón. Es mejor que dejemos esto estar. Yo mañana me vuelvo a casa.
Paula se quedó paralizada.
-¿Cómo? ¿No vais a Shien? Yo...
-Lo siento, Paula. De verdad. Pero yo tengo a mis abuelos en el pueblo y...
-Ya... bueno, pues, yo... iré a buscar a mis padres.
Paula salió de la habitación. Antonio se volvió a tumbar y se puso a pensar sobre todo lo que estaba ocurriendo.
Los pájaros volvieron a despertarle. Se levantó sobresaltado.



Aún estaba amaneciendo. Recordó que, durante la cena, el viejo marinero llamado Tim les comentó que pasaría la noche en Cabrera, en el ayuntamiento, donde ellos se alojaban. Se puso una camisa y salió de la habitación. Iba descalzo para evitar hacer mucho ruido y despertar a los demás habitantes del ayuntamiento. Bajó los escalones con mucha calma. Llegó a la sala de estar del primer piso y se dirigió a la habitación donde se alojaba Tim. El viejo estaba echado en la cama, dormido, con una botella de Ron en la mano. Antonio frunció el ceño. Siguió avanzando con mucho cuidado hasta el rincón donde se encontraban unos papeles amontonados. Antonio cogió un fardo y los examinó. Estaban escritos con una letra bastante trabajada, muy antigua. Entre ellos había mapas.

-¡Quieto!

Una botella de cristal pasó rozándole la oreja izquierda. Antonio se giró rápidamente.

-Ah, eres tú. No me des esos sustos.

Antonio se había quedado sin habla.

-Una vez que puedo dormir de verdad y va y un crío me despierta. ¿Qué quieres? -le dijo Tim con voz ronca.

-¡Tú, borracho mentiroso!

Tim frunció el ceño.

-Ei, Ei, que hace siglos que no bebo. Aún no me has dicho a qué has venido.

Antonio lo miró desafiante.

-Me voy a mi pueblo. Estoy harto de ti y de los espíritus.

El viejo se echó a reír.

-Créeme, el único lugar seguro de la Tierra es esta estúpida isla. ¿De verdad crees que tu pueblo sigue intocable?

El viejo siguió riendo.

-¡No me fio de ti! -le gritó Antonio.

-Calla, hombre, que vas a despertar a todo el mundo. Ven aquí.

El viejo se levantó de la cama y se acercó a una radio que se encontraba en la mesita de su habitación.

-Mierda, no funciona ningún cacharro de estos. -se quejó.

-Mira, haz lo que quieras. Total, por un chaval menos con el poder del tiempo... Tampoco supone gran cosa.

El viejo se volvió a tumbar. Antonio salió a dar un paseo por la isla. En el puerto no cesaba de llegar gente. Los niños lloraban, la gente se amontonaba en las puertas del ayuntamiento. Era un verdadero caos.

-¡¡¡Antonio, Antonio!!!

Una mujer corría hacia él gritándole sin parar. Antonio no la reconoció hasta que estuvo suficientemente cerca de él.

-Antonio, Dios mío. ¡Menos mal que estas bien!

-¿Pro... profesora?

Antonio se quedó sorprendido ante la presencia de su tutora del colegio del pueblo.

-¡Ay, hijo! -las lágrimas le resbalaban por la cara, ya afectada por los años. -¡Qué desastre! Cuando oímos lo del barco... Tus abuelos estaban muy angustiados... ¡¿Por qué no has llamado?!

-¡No funciona nada! ¡Las líneas cortadas, los móviles sin cobertura, la televisión sin antena!

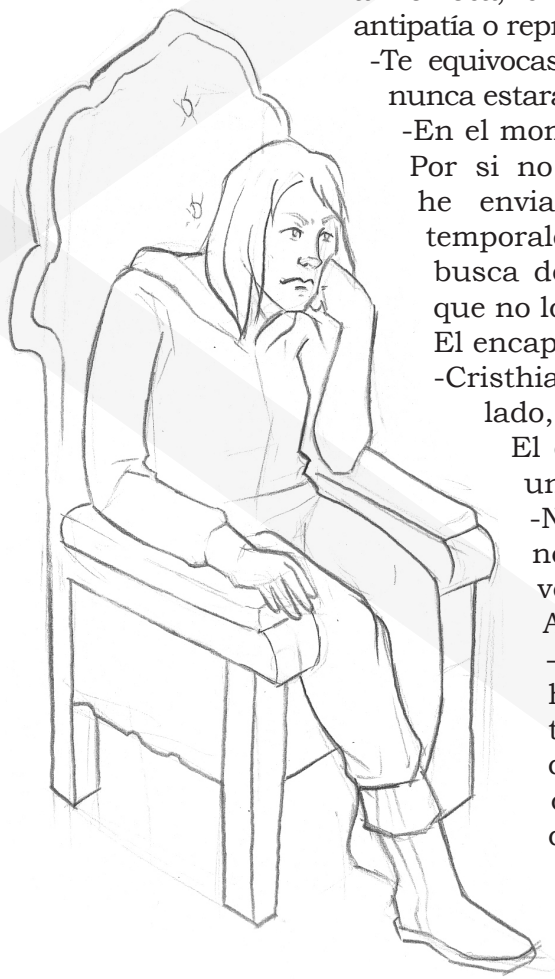
-Tienes razón. ¡Madre mía! No sé lo que está pasando.

La profesora se sentó en un banco del puerto. Antonio se sentó a su lado.

-¿Qué hace aquí, profesora? -le preguntó Antonio, intrigado.
-El pueblo está hecho un desastre. Ha desaparecido prácticamente toda la gente y los que no lo han abandonado. Suerte que yo me fui a casa de mi padre, que el pobre es muy anciano y se encontraba mal. Noticias me llegaron sobre las desgracias del pueblo, que parece que, por lo que dicen, están ocurriendo por todo el mundo. Es un desastre mundial. -La profesora se echó a llorar, desesperada. -Estamos perdidos. Es el fin. Conseguí llegar aquí gracias a este barco -señaló a uno de los barcos que había atracado en el puerto -que pasaba por las ciudades que no habían sido invadidas aún. Unas horas después de mi marcha cayó en sus manos la mía. Muchos barcos han caído por el camino. Pocos han conseguido llegar aquí. Se comunican con señales de humo y, claro, la comunicación es lenta y confusa. Esto es un desastre.
Antonio se había quedado helado.
-Profesora. Este lugar es seguro. No se preocupe por mí. Regresaré con la victoria en la frente. Acabaré con este desastre.
-Pero... ¿qué dice, García? ¿Está usted loco? ¡¡¡García!!!
Antonio echó a correr hacia el bosque, muy convencido de sí mismo.

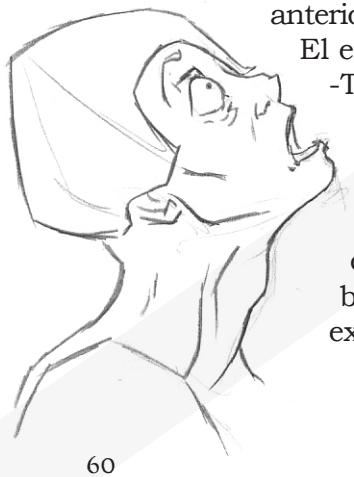
El salón estaba recubierto de unas cortinas transparentes, con reflejos dorados, que impedían la vista hacia fuera pero dejaban pasar la luz al interior. Era una sala redonda, desnuda, pero muy elegante. En un extremo de ese círculo, sentado sobre un trono de oro, un hombre enmascarado, todo vestido de negro, apoyaba su cubierta cabeza sobre su brazo, un tanto aburrido, pero algo le hizo levantar la vista. Alguien irrumpió en la sala. Se trataba de un hombre lleno de polvo, sudor, con una mirada desafiante detrás de las numerosas cicatrices que le desfiguraban la cara y, a la vez, le daban un aspecto más temerario. Entró cojeando, pero con mucha seguridad en cada paso que recorría hacia el encapuchado, el rey de la oscuridad, sin inmutarse de las miradas de reproche que le lanzaban los soldados y los sirvientes de ese señor de negro al que tanto respetaban, extrañados porque no se

hubiera arrodillado ante él y su amo no lo hubiese matado. El enmascarado no se inmutó, más bien se podía vislumbrar una sonrisa en lo que la capucha dejaba ver de su rostro.
-¡Cristhian, para esto de una vez! –le gritó el hombre a pleno pulmón. –No vas a llegar a ninguna parte.
El encapuchado se irguió en su silla y, sin quitarse la oscura prenda que le tapaba los ojos, le contestó:
-Imbécil. Ahora ya no sigo tus órdenes. El máximo poder de este mundo y todos los del universo es la oscuridad, la cual está bajo mis órdenes.
Su voz, al contrario de la del extraño visitante, era suave, harmoniosa, sin ningún rastro de enfado, antipatía o reproche.



-Te equivocas. Hay muchos poderes que nunca estarán a tu alcance. ¡Jamás!
-En el momento en que los atrape, sí. Por si no lo sabías, querido Rahel, he enviado millones de soldados temporales a invadir la Tierra en busca de esas personas. ¿Te crees que no los encontraré?
El encapuchado se echó a reír.
-Cristhian. Siempre he estado a tu lado, pero...
El encapuchado se levantó de un salto.
-No me llames por mi antiguo nombre. –le dijo con una voz más elevada y furiosa. –Ahora soy Kosh. Kosh-Herg.
-Cristhian, yo te comprendo, he pasado por lo mismo que tú, y pude con la oscuridad que me controlaba y me consumía por dentro. ¡No dejes que se apodere de ti!

El enmascarado rió. Su risa era angelical, con un matiz demoníaco.
-Vaya, así que crees que voy a traicionar a mi poder, como tú. No, no voy a caer tan bajo. El tiempo no va a cerrarse jamás, y yo controlaré Shien, la Tierra, y todo el universo. ¿No estás orgulloso de mi, papá?
Todos los presentes en la sala que observaban a ambos personajes discutir se giraron al ver entrar a un tercero por la puerta de mármol. Era un soldado, vestido igual que los otros, con túnicas negras y una insignia dorada en el pecho.
-Mi señor. –el soldado se postró ante el encapuchado y miró con desprecio a el tipo de las cicatrices. –Tengo una mala noticia.
El soldado estaba temblando.
El enmascarado tomó aire y, conteniendo toda su furia, dijo con una voz bastante forzada que el soldado pareció notar.
-¿Qué pasa ahora?
El soldado se agachó más y levantó la cabeza, muerto de miedo.
-Verá… es que… el viejo prisionero de la torre central, bueno, ha… desaparecido.
El silencio invadió la sala durante unos segundos. Luego el encapuchado habló.
-Vaya, sólo era eso. ¿Qué más da uno más que otro? No era muy importante, ¿verdad?
El soldado tragó saliva.
-Verá, señor, es que no sé si recordará quién era, se trata del temporal que… cerró el pozo del tiempo la vez anterior… el señor…
El encapuchado se quedó sin habla.
-Timh… oth…eo…
Levantó la cabeza y soltó un chillido agudo y estridente. Todos los presentes se taparon los oídos. El encapuchado miró al pobre soldado, que se había quedado paralizado, y unos destellos rojos brillaron en la oscuridad del rostro del extraño enmascarado. El soldado empezó



a convulsionarse y a escupir espuma negra de la boca. El encapuchado rompió el contacto con sus ojos y el soldado cayó desplomado. El señor encapuchado volvió la cabeza en busca del tipo de las cicatrices. Había desaparecido. En la sala se oyó otro grito de rabia. Se había hecho de noche.

Alejandro se despertó sobresaltado. Unas gotas de sudor le empapaban la cara.
-¡Jandro! ¡¡¡Jandro!!!
Jandro se volvió rápidamente hacia el lugar donde provenían esos gritos. Se encontraba en medio de un bosque de Cabrera, tumbado en la hierba. Reconoció la voz de Antonio.
-¡¡¡Jandro!!! -Antonio se tropezó con el propio Jandro y cayó de plancha sobre la hierba y la maleza.
-Auuu -se quejó, frotándose la cabeza. -¡Jandro!
Antonio le sonrió sorprendido de encontrarlo allí.
-¿Qué quieres, chaval?
-Oye, Jandro, no sé si Tim es de fiar pero… creo que no tenemos otra salida. -le dijo Antonio muy serio.
-¿Tú no querías volver a tu pueblo? -le preguntó Jandro extrañado.
-Mi pueblo… ya no queda nada de él. Mis abuelos deben estar ya en manos de Kosh…
Jandro lo miró sorprendido.
-Vaya… ¿te lo ha dicho ese Tim, no?
Antonio negó con la cabeza.
-Me lo ha dicho mi tutora del colegio, que vivía en el pueblo.
Jandro se quedó meditando la información que el chico le daba.
-¿Piensas ir a ese Shien a liberar a tus abuelos?
Antonio lo miró seriamente.
-No solamente a eso. Si, por suerte o no, tenemos este poder, debemos aprovecharlo para bien y luchar para que todo vuelva a la normalidad. Todavía no está todo perdido.
Los dos se quedaron en silencio mientras los primeros rayos de Sol bañaban la espesura del bosque.
-Esto… ¿por qué ibas en ese barco? -preguntó Jandro.
-¿A qué viene esa pregunta?

-Curiosidad -le contestó, encogiéndose de hombros. -No sé de dónde venís, ni tú ni la chica.
-Gané un concurso en el instituto. El premio era un viaje a Palma de vacaciones. La invasión de espíritus me pilló en el barco de ida a Palma. -le dijo Antonio, recordando lo que ahora le parecía muy lejano cuando en verdad habían pasado pocos días desde entonces.
-Menudo viajecito...
-Y sobre Paula... la conocí allí, en el barco. Estuvimos a punto de hundirnos cuando un hombre nos salvó.
Jandro lo miró con curiosidad.
-Yo también viajaba en el barco que naufragó. -dijo Jandro.
-¿De verdad? -contestó Antonio impresionado. -¡Ostras!
-Mi padre fue a Valencia. ¿Sabes? Tengo familia por allí. Fuimos a la península para visitar un pueblecito bastante pequeño, donde se suponía que vivían mis parientes. Mi padre me había hablado muchas veces de ellos, de mis abuelos y de mi primo, que era más o menos de mi edad. Pero al llegar mi padre recibió una llamada urgente y tuvimos que volver a Palma. En el viaje de regreso nos atacaron los espíritus. Mi padre me subió a un bote salvavidas con un compañero suyo, ya que él era marinero. Él, con su bote, se puso a rescatar a gente, y al día siguiente regresó a Palma con malas noticias sobre la invasión de los espíritus. Se cortaron las líneas, la comunicación. Esa misma tarde mis padres desaparecieron.
-Yo también tenía un primo en Palma. Pero nunca lo he llegado a conocer.-dijo Antonio.
-Si me dices el apellido... quizá yo lo conozca. ¿Qué edad tiene?
-Un año más que yo, según mis abuelos.
-Pues entonces debe ser de mi edad. ¿Te acuerdas de su apellido?
-Sí, se llamaba de apellido como mi madre...-dijo Antonio pensativo. -Gálvez.
Jandro abrió los ojos sorprendido.
-Gálvez... ¿qué más?
-No lo sé. No me acuerdo de tanto. Su padre era hermano de mi madre. Se llamaba Jose Gálvez, si no recuerdo mal.

Jandro se quedó paralizado.
-¿Conoces a mi primo? -preguntó Antonio emocionado.
-Chaval, ese primo tuyo... soy yo.

3
EL PAÍS DEL TIEMPO

Paula desayunó sin ganas. Se preparó la mochila, se peinó y fue a buscar a Tim, el marinero.
-Buenos días, pequeña. ¿Qué te trae por aquí?
Paula lo miró muy seria.
-Quiero ir a Shien.
Tim le sonrió.
-Genial. Me alegro de oír eso. Esta misma tarde marcha...
-¡Quiero ir a Shien, ahora! -le cortó Paula, muy convencida.
Tim se quedó paralizado ante la reacción de la joven.
-Bueno, pues si tanta prisa tienes... ve a llamar a tus amiguitos y nos iremos.
-Voy yo sola. -dijo Paula, esta vez sin mirarlo directamente.
-Si no me llevas ahora mismo... puede que cambie de opinión.
Tim se quedó un tanto confuso.

-Está bien, ahora mismo te llevo. -le aseguró el marinero.- Primero necesitas concentrar buena parte de tu energía temporal y...
-Perdone, pero no sé de qué me habla.
-¡Ah!, Lo siento... es verdad, no sabes aún de qué se trata la energía ni el poder del tiempo... bueno, pues entonces dame la mano y cierra los ojos.
-¿Podré volver a la Tierra? -preguntó Paula, un poco atemorizada ante la idea de abandonar su mundo.
-Claro que sí. Todos los que están en Shien pueden regresar. Con sólo pensarlo tú volverás a la Tierra. No necesitas ningún tipo de energía temporal ni nada por el estilo. De Shien a la Tierra pueden volver incluso los que no son temporales. No te preocupes por eso. Sin embargo, el proceso contrario es mucho más complicado. De la Tierra a Shien sólo pueden ir aquellos que controlan el poder del tiempo. Y si no lo controlan aún, como es tu caso, deben hacerlo acompañados por una persona que sí lo domine. ¿Lo has entendido?
-Más o menos. -contestó Paula.
-Muy bien. Pues dame la mano. -Paula se la cogió fuerte.
-¡Allá vamos!
La habitación del ayuntamiento donde se alojaba Tim quedó completamente desierta.

Antonio se quedó de piedra ante las palabras de Jandro.
-Mi nombre es Alejandro Gálvez. -le dijo él. -Mi padre, Jose Gálvez. Mi tía, Marisol. Ella falleció. Mi primo se apellidaba García. Me lo dijeron sus abuelos, que supongo que deben ser los tuyos. Si esto es verdad, tú deberás llamarte... Antonio García. ¿Me equivoco?
Antonio siguió mirándolo sin dar crédito a lo que oía.
-¿Viniste a visitarme al pueblo? -preguntó al fin, muy confuso y sorprendido a la vez.
-Sí. Pero al final no pudimos… -dijo Jandro, encogiéndose de hombros. –Ya sabes, la llamada de mi padre.

Los chicos se miraron, sin poder terminar de creérselo aún.
-Bueno, pues somos primos. ¿Qué cosas, no? -dijo Jandro, bastante contento.
-Sí... qué cosas.
-Qué lástima que no conocieras a mis padres, a tus tíos, quiero decir. Y a mi hermano pequeño, Marc, tu nuevo primo.
Antonio frunció un ceño.
-¡Es verdad! Algo me había dicho la abuela…
Los dos chicos se quedaron en silencio, intentando comprender el capricho del destino en hacer que se conociesen en una situación como aquella.
-A mi me llevó a cabrera un tal Jose. Quizá fuera tu padre. Me caía bien. -dijo Antonio.
-A lo mejor... quién sabe. ¿Te imaginas que mi padre fuera el que te salvó? ¡Je! ¡Qué pequeño es el mundo! -dijo Jandro, divertido y, sobretodo, alegre de poder hablar de su padre. Se sentía identificado con Antonio. Él tampoco tenía padres. Y encima su querido padre era el tío de ese chaval.
-No me salvó ese Jose. Fue un ángel.
-¿Un ángel? -preguntó Jandro extrañado.
-No se lo había contado a nadie pero, la noche en que el barco naufragó... estuve a punto de ahogarme. Un ángel tocó este silbato. -Antonio le mostró el colgante que le dio Eric tiempo atrás. -Y gracias a eso, ese Jose me rescató.
-¡Tío, estás mal! -le dijo Jandro metiéndole una colleja.
-Que no, que es verdad. Además, también me salvó una vez que... bueno... tuve un encuentro con un tipo muy raro, con capucha y unas pintas…
Jandro lo miró sorprendido.
-He tenido un sueño en el que salía un tipo encapuchado. Pero era malvado, ¿sabes?
Antonio se enrojeció recordando lo que le dijo. Lo de que era muy poderoso y podía llegar muy lejos si le daba la mano.
-Sí... supongo. -dijo finalmente Antonio. Se enojó consigo mismo por haber sido tan idiota y tan orgulloso al haber querido darle la mano a ese tipo.

-Por cierto. Esa noche pasaron cosas muy raras, ¿no? -continuó Antonio.
-¿A qué te refieres?
-Me leíste la mente. ¡Te metiste en mi mente! -le gritó Antonio.
-Bueno... puede ser. Sé que estabas en peligro y, sin darme cuenta, estaba en tu cuerpo, ¿sabes? Era algo muy raro...
Antonio lo miró sorprendido.
-Realmente todo lo que está ocurriendo no tiene pizca de normalidad.
Se quedaron de nuevo en silencio.
-¿Qué me dices? ¿Te vienes a Shien? -preguntó Antonio sonriendo.
-Tengo que rescatar a mis padres.
-Y yo a mis tíos. -dijo Antonio riendo. -¡Y a nuestros abuelos!
-Y yo tengo que cuidar de un primo que esta como una cabra. -añadió Jandro entre risas.
-Venga, pues marchemos, que ya es casi mediodía y tengo un hambre de mil demonios. Esta tarde Tim nos llevará a ese sitio.
Los dos primos salieron disparados hacia el ayuntamiento, llenos de energía y ganas de ir a ese extraño mundo llamado Shien.

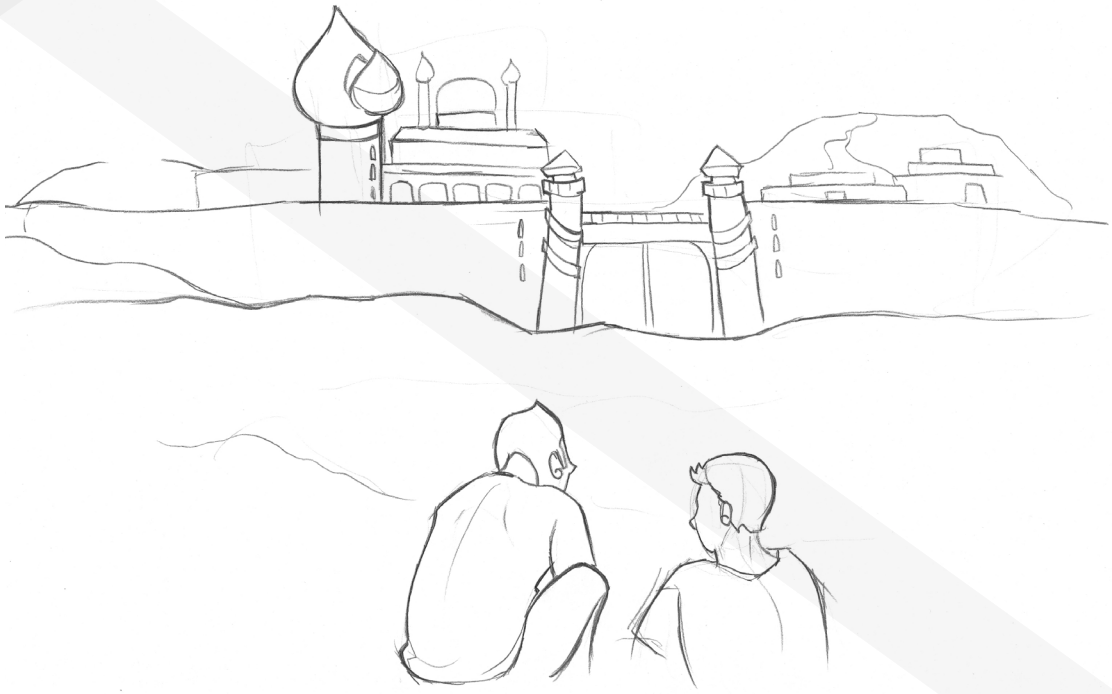
Paula aterrizó en un desierto. El Sol le molestaba con su luminosidad y el calor que emanaba. Miró a su alrededor. Todo era arena, arena dorada. Tim estaba detrás de ella.
-¿Dónde estamos?
-Bienvenida a Shien. -le contestó este. -Nos encontramos en el desierto Sands. Famoso en este país.
Paula miró el desierto sorprendida.
-Vaya...
-Tenemos prisa, pequeña. Lo mejor será ir hacia la frontera antes de que...
-¿Antes de que "qué"?
Tim sonrió.
-Compruébalo tú misma.
Una bandada de espíritus apareció de la nada. Empezaron a acorralarles. Paula se sorprendió de que Tim siguiera sonriendo. Con sólo un chasquido de dedos, una oleada de agua salió disparada de la tierra y los espíritus se deshicieron.

Por una parte, los espíritus se volvieron arena que se unió a la arena del desierto, y por otra, salió una bola luminosa que levitó en el cielo.
-¿Qué son esas luces?- preguntó Paula muy sorprendida.
-Son las almas de los espíritus, que regresan a los cuerpos fisicos. Si quieres rescatar a tus padres, ya puedes ir eliminando a espíritus. A lo mejor tienes suerte y estos eran ellos. Nadie sabe. -le dijo Tim sonriendo. -¿Ves esa bola negra? Es la oscuridad que Kosh pone en cada uno de ellos. La oscuridad también regresa a buscar otra alma que ocupar. Son un poco invencibles, digamos.
Tim cogió a Paula y se la cargó a la espalda. Dio un fuerte salto, lanzó dos olas más y siguió corriendo. Llegaron a unas murallas hechas de piedras, con un aura blanca rodeándolas.
-Soy Timotheo, marinero de los mares terrestres. Identificame.
Tim puso una mano sobre la luz albina y esta desapareció. Dejó a Paula en el suelo y con un empujón abrió la puerta. A continuación la cerró y la luz blanca volvió a aparecer.
-Uf... aquí estamos seguros. Esto es Kandem o el rincón de la frontera, el único lugar seguro que queda en todo Shien.
Un hombre con una larga capa se acercó a ellos. Se quitó la capucha y les sonrió.
-Veo que has llegado conforme lo previsto, mi querido Tim.
-Señor, le presento a Paula Esteve, poseedora del poder del tiempo. -dijo Tim acompañando sus palabras con una reverencia. -Paula, este es Juanjo, el jefe de los renegados.
-Un placer. -dijo esta, nerviosa.
-Estaréis cansados. -dijo Juanjo. -Venid al campamento y descansad.
Paula siguió a Tim y a ese hombre, notando que realmente se encontraba agotada, pero algo no le acababa de cuadrar en su interior.

Jandro y Antonio corrieron por todo el ayuntamiento buscando a Tim.
-¡¡¡Viejo!!!! -gritaba Jandro -¡¡¡Sal de una maldita vez!!!!
-¡¡¡Paula!!!!

Sonia, que estaba quitándo el polvo a los viejos muebles de la salita de estar, les pidió que guardaran silencio.
-Señoritos, relajaos un poco. El alcalde está durmiendo la siesta. -insistió la joven - Os he guardado un plato. Id a comer, que os habéis saltado la comida.
-¿Sonia, dónde está Paula? -preguntó Antonio, atemorizado.
-Ha marchado con el señor Timotheo. Me dijeron que no les hiciera cena, que se iban a Shijen, o algo así. Nunca había oído hablar sobre esa ciudad...
-¡Mierda, se han marchado sin nosotros! -exclamó Antonio.
-¿A qué hora se han ido? -preguntó Jandro, intentando calmarse.
-Hace unos minutos. ¡Señoritos! ¡Eh, Señoritos!
Los dos chicos salieron corriendo de la salita y bajaron las escaleras de tres en tres.
-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Antonio.
-¡Mierda! ¡No lo sé!
Se detuvieron en el jardín. Se cogieron de las manos.
-Vale, ahora piensa en Shien.
Cerraron los ojos con fuerza.
-Esto... nunca he estado allí. -se excusó Antonio.
-¡Ni yo tampoco! -se quejó Jandro. -¡Concéntrate! Un, dos, tres... poder temporal, llévanos a Shien.
Abrieron los ojos pero se encontraban en el mismo sitio.
-Una vez más -insistió Jandro. -¡Poder temporal, llévanos a...!
Sintieron como una mano les cogía de la camiseta muy fuerte.
-¡Aperite Shien!
Los chicos notaron que el aire los absorbía. Un torbellino de colores, una fuerte presión en el pecho... por fin sintieron tierra firme bajo sus pies.
Abrieron los ojos.
-¿Ya... estamos? -preguntó Antonio, con miedo.
Se encontraban en un desierto lleno de arena dorada.
-Pues... no sé -dijo Jandro, sinceramente.
-¡Jandro, cuidado!
La arena comenzó a removerse. Un montón de espíritus salieron de ella y empezaron a atacarles.

Antonio esquivó uno, y otro, pero un tercero lo pilló desprevenido. Se metió en su cuerpo y todo se volvió oscuro.
-¿Mierda, dónde estoy?
Todo lo que le envolvía era oscuridad, un pozo sin fondo.
-¡Jandro! ¡Primo! ¡¡¡Ayúdame!!!! -empezó a gritar como un desesperado. -¡¡Paula!! ¡Tim! ¡¡Socorro!! ¡¡¡Ángel!!!
Abrió los ojos y una luz iluminó toda esa oscuridad. Volvió de repente a la realidad. El espíritu salió disparado. Una bola blanca flotó hasta el cielo. Un poco de arena se esparció por el desierto. Quedaba una bola negra, pero una luz salió del interior de la bola y desapareció.
-¡Vamos, primo!
Antonio empujó a Jandro para evitar que los espíritus lo cogieran. Se tumbaron en el suelo. Los espíritus empezaron a dar vueltas a su alrededor, medio perdidos.
-No nos detectan si estamos tumbados. ¿A qué se puede deber? -pensó Antonio. Y al segundo empezó a oír una voz en el interior de su cabeza. Era la voz de su primo.
-Es por la arena. Esta arena es especial. Tiene energía



temporal de esa que Tim nos habló. Camúflate en ella.
Antonio giró la cabeza despacio hasta su primo y lo miró sorprendido.
-¡Me has leído la mente otra vez! -pensó.
-Tienes razón. Mejor no se lo decimos a nadie, ¿ok?
-Está bien. Vamos a avanzar poco a poco.
Los chicos avanzaron arrastrándose por la arena hasta llegar a una muralla brillante.
-A la de tres nos levantamos y golpeamos la muralla, ¿vale?
-Vale. Una, dos y... ¡¡¡tres!!!!
Los chicos se levantaron y corrieron a toda prisa hacia la muralla. Los espíritus se volvieron rápidamente hacia ellos.
-¡Abridnos! ¡¡Abridnos, por favor!!
Antonio cayó al suelo. Un espíritu se abalanzaba contra él.
La puerta se abrió y unas figuras borrosas aparecieron detrás de ella.

Antonio despertó en una sala llena de gente, tumbado en unos cojines rojos bastante cómodos.
-¿Do... dónde estoy?
Tim se acercó hasta él sonriendo.
-Al final decidiste venir, ¿no? -dijo el viejo sorprendido. -Venga, incorpórate y sírvete la cena.
Todos estaban sentados alrededor de una mesa con platos y copas. Antonio reconoció a Paula, que le dedicó una sonrisa, y a Jandro, que le guiñó un ojo desde una pila de cojines diferente.
El hombre de la capa se levantó.
-Bueno, renegados. Hoy tenemos visita. Demos la bienvenida a estos nuevos temporales.
Se oyeron una serie de aplausos en la sala.
-A partir de hoy debemos ir acostumbrándonos a estas visitas. -se escucharon unas carcajadas. -Cada persona del mundo que entre en contacto con un espíritu... y sobreviva... poseedor del poder del tiempo será. Comed y disfrutad.

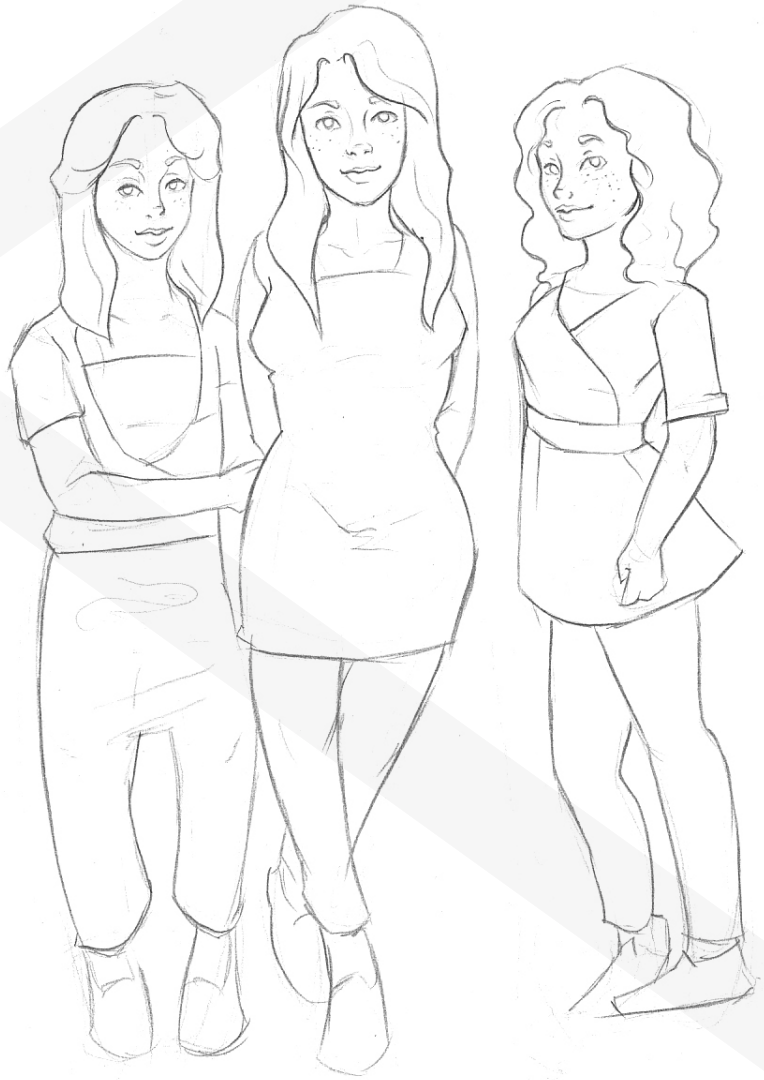
Antonio engulló con hambre todo lo que le ofrecieron. Comida de diferentes culturas, varias bebidas... La gente fue abandonando la sala hasta que sólo quedaron los tres chicos, Tim y el señor de la capa.
-Mi nombre es Juanjo -se presentó el hombre a Antonio y a Jandro.
-Antonio García. -dijo Antonio, -y este es Jan... Alejandro Gálvez.
Tim les pidió silencio.
-Ya dejaremos las presentaciones para más tarde. Hay cosas más importantes que tratar. Primero de todo... ¿alguna pregunta?
Paula, que le temblaban las manos, levantó una a toda prisa y gritó con los ojos cerrados:
-¡¡¡Yo... yo tengo una pregunta!!!
Juanjo la miró sorprendido.
-Adelante pequeña.
Paula lo miró con una seriedad intimidante.
-¿Si este país no existe, no está en el espacio y el tiempo... cómo es que... es igual a la Tierra? -Tim y Juanjo se miraron sorprendidos. -Me refiero al Sol, al calor, al cansancio, al hambre... ¿¡cómo podemos tener todas esas sensaciones cuando se supone que no pasa el tiempo!?
Juanjo soltó una carcajada.
-Muy buena pregunta, sí señor. -le apremió. -Este ambiente se lo debemos a los elementales.
-¿Los... elementales? -repitió Antonio.
-Sí. Los primeros temporales, cada uno con uno de los diez elementos, crearon un país para alejarse de la Tierra y no causar muchas catástrofes con los poderes del tiempo. Hicieron un país para vivir allí inmortalmente. Pero no hemos de olvidar que eran humanos y... echaban de menos su querido planeta Tierra. Por eso, gracias a la combinación de sus elementos, consiguieron crear un mundo similar a la Tierra. La luz y la oscuridad se encargaron del día y de la noche. Aquí no pasa el tiempo, pero nosotros hacemos como si pasara mirando la posición del Sol. Del calor y el frío se encargaron los elementales del fuego y el hielo. De la arena, el suelo terroso... el elementar de la tierra, y los lagos y el

mar el elemental del agua. Las plantas, animales, incluyendo las leyes físicas como la gravedad, le correspondieron al elemental de la naturaleza. El magnetismo, la electricidad... a otro elemental. Y el sentimiento de cansancio, de hambre, de sed, de sueño... al elemental que controla el psíquico. Creedme, sin esos sentimientos, esta vida sería muy aburrida.
-¿Nos podemos morir aquí? -preguntó Jandro.
-Si haces algo para morir regresas automáticamente a la Tierra. -contestó Tim.
-¿Y sobre los espíritus? ¿Cómo se pueden vencer?
Juanjo miró a Antonio con curiosidad.
-Podemos deshacerlos, pero la oscuridad que llevan dentro vuelve a por otro cuerpo. Sólo se pueden destruir definitivamente con la antítesis de la oscuridad. La luz.
Antonio asintió pensativo, recordando lo sucedido con el espíritu que le había atacado intentando poseerlo.
-Por cierto. Vosotros dos hubierais sido espíritus ahora mismo si no os hubiésemos abierto la fortaleza, ¿me equivoco? Esta fortaleza está protegida con barreras anti-temporales, más o menos como la que actualmente protege Cabrera. Los espíritus no la pueden atravesar. Antes dominábamos casi todo el desierto y los Restos Ferrosos, el Volcán Ígneo y parte del mar Neptuno. Kosh fue ganando terreno y ahora sólo nos queda este rincón del desierto Sands, el desierto de la arena dorada, famoso en Shien porque en su corazón se halla el pozo de las sombras, lugar donde, si se reúnen los diez elementales y juntan su poder, pueden cerrar el tiempo. -Juanjo se acomodó en los cojines rojizos. Esa sala no la usaban normalmente, pero hoy se había convertido en el punto de encuentro con los recién llegados. -Supimos que estabais en el desierto cuando detectamos que alguien que no estaba registrado tocó la fortaleza. Fuisteis muy hábiles en huir de los espíritus. Y tú, Timotheo, fuiste un descuidado. La edad te esta afectando. Mira que dejar la puerta de Shien abierta...
-Señor, yo...
Antonio y Jandro se miraron.

-Lo siento mucho -concluyó Tim.
-Intenta que no se repita. Hubiera podido entrar cualquiera.
-Juanjo se puso de pie y se colocó la capa azul marino que colgaba en una percha. - Buenas noches y bienvenidos.
Tim se dirigió hacia los chicos.
-¿Como habéis conseguido llegar aquí? -les dijo enfadado.
-Nosotros... nos concentramos y...
-¡Es imposible! ¡Totalmente imposible! ¡Y estaos seguros de que yo no me dejé la puerta abierta! -aseguró Tim. -Además, me escama que, aun teniendo el poder de los temporales, hayáis podido aguantar el ataque de los espíritus. No sé... aquí hay gato encerrado. ¿Os ha ocurrido algo raro que no me hayáis contado?
Antonio y Jandro se miraron.
-No. -contestaron a la vez.
-Eso espero. -les dijo Tim, sin fiarse demasiado de ellos.
-Vaya... le diré a Juanjo que os entrene bien, quizá alguno de vosotros sea uno de los elegidos, quién sabe...
Tim se marchó cojeando de la sala. Los tres chicos se quedaron solos.
-Gracias tío por no haber nombrado lo de la mente, ya sabes...
-Olvídalo -dijo Antonio.
-Además, yo te vi a ti hacer algo raro también. Lanzaste un rayo de luz sobre ese espíritu. -le dijo Jandro. Antonio se sorprendió.
-Creí haberlo soñado... -dijo confuso. -Bueno, pues en ese caso estamos en paz.
Paula los miró desconfiada.
-¿Pero se puede saber de lo que estáis hablando? ¿Os ocurren cosas raras y os las calláis? Puede ser algo importante.
Jandro y Antonio tragaron saliva atemorizados.
-Pa, Pa, Paula... ¿desde cuándo hace que estás aquí? -preguntó Jandro.
-¡Desde que vosotros aparecisteis por arte de magia, idiotas! -les gritó esta enfurecida. -No sé lo que estáis tramando, pero no me fio ni un pelo de vosotros dos.
-¿Qué quieres, que nos hagan mil pruebas y nos investiguen para comprobar que somos o no elegidos? -dijo Jandro.

Paula y Antonio se lo imaginaron en un quirófano rodeado de médicos con una sonrisa maliciosa y cuchillos en ambas manos. Hicieron una mueca al pensarlo.
-¿Oye... en que estáis pensando? -preguntó Jandro, frunciendo el ceño.
-Esto... en nada -dijeron los dos con una sonrisa.
-Paula, venga, es mejor no contarlo. No acabo de fiarme de esta gente. Puede que todo sea una trampa. -le dijo Antonio, cogiéndola de las manos. -No te preocupes. Saldremos de aquí controlando este poder del que hablan y con nuestros padres o abuelos recuperados. Ya verás, confía en mí.
-Venga, tío, que esto parece una declaración de amor. -Jandro recibió un puñetazo de parte de su primo.
-No te pases, que sólo bromeaba....
Antonio se dirigió hasta la puerta de esa sala.
-Chicos, esto es muy raro. -se quejó Paula.
-Vaya, tendremos que asumirlo, ¿no? Nos quedaremos con esta edad. Creo que tengo complejo de Peter Pan -dijo Jandro entre risas, y Paula le metió una colleja.
-Déjate de bromitas -le regañó.
Los tres chicos se giraron de golpe ante una nueva presencia en la sala. Tres jóvenes, plantadas en la puerta por la que Antonio se disponía a salir, los miraban con curiosidad.
-Vaya, hermana, ¿qué tenemos aquí? -dijo la chica pelirroja, de unos trece años.
-¡Nuevos temporales, qué guay! ¡Y encima de nuestra edad física! -añadió la morena, de unos quince años.
-Dejaos de tonterías. Hay que cumplir órdenes en los momentos tan críticos en los que nos encontramos. -dijo la mayor, dirigiéndose hacia las pequeñas. Era una chica alta, con el pelo largo, liso y rubio, de unos diecisiete años.
-Perdonad que no me haya presentado. Me llamo Alicia. Soy la hija de Juanjo, el jefe de Shien...
-No exageres, hermanita, queda mejor lo de “jefe de los renegados”. -interrumpió la pelirroja. Su hermana la ignoró.
-Ejem. -carraspeó la rubia, haciendo como si nada hubiese

pasado. - Mi padre nos ha mandado que hagamos de vuestras maestras durante una buena temporada. Mañana mismo empezaremos las clases. Os espero a todos con energía y ganas de trabajar.
-Hermana... -dijo la morena -...sólo son tres.
La rubia frunció el ceño.
-Pues mejor. Mañana habrá una prueba para ver el nivel que tenéis, aunque supongo que no tendréis ni idea sobre el poder del tiempo. -concluyó Alicia. -Buenas noches.



La rubia y la morena salieron de la sala dejando a los chicos de piedra.
-Venga, chicos, seguidme, que os mostraré las habitaciones -dijo la pelirroja emocionada. -Por cierto, me llamo Carol.
Carol les llevó por unos largos pasillos que comunicaban con varias salas, hasta que llegaron a una bastante grande, con dos escaleras a cada lado.
-A la izquierda, los chicos. -dijo Carol, contenta de quitarle el mando a su hermana mayor por una vez. -Allí encontrareis habitaciones de tres o cuatro camas cada una. De momento están vacías, así que podéis ocupar la que os venga en gana. Esta era la "antigua" residencia de los estudiantes temporales. Pero con lo de antigua no me malinterpretéis, que no me refiero a que sea vieja. Recordad que aquí ni las cosas ni las personas envejecen. Como hacía tiempo que no se abría el pozo de las sombras, no había nuevos temporales a los que enseñar. Esta es la cuarta era, la cuarta vez que se abre el tiempo desde que empezaron a contar. Eso os lo preguntaré mañana. -dijo la jovencita, guiñándoles el ojo.
-¿Te llamas Paula? -dijo dirigiéndose a la misma.
-Sí. -dijo esta.
-Tendrás más o menos mi edad, creo. -dijo Carol, con una sonrisa.
-Tengo trece años.
-¡Tienes mi misma edad física! Genial. Podemos ser amigas. Como no hay ninguna chica si quieres me quedo a dormir contigo. Es que mis hermanas se van esta noche con mi padre a investigar una cosa que no me quieren contar... -dijo Carol, un poco enfadada con ellos. -Pero ahora que estas aquí no me importa que no me lo cuenten. ¡Ja! ¡Que se fastidien!
-¿Dónde duermes tú? -preguntó Paula con curiosidad.
-Con mis hermanas, en la torre de al lado. Vivimos solas con mi padre. Mi madre está muerta. La mataron unos seguidores de la oscuridad. Pretendían hacer que mi padre se rindiera.
-Vaya, lo siento... -dijo Paula, con lástima.
-¿Y qué hizo tu padre? –preguntó Jandro con curiosidad.
-Mi padre no se rindió. No consintió que los seguidores de la oscuridad se hicieran con Shien. Pero eso fue antes de que

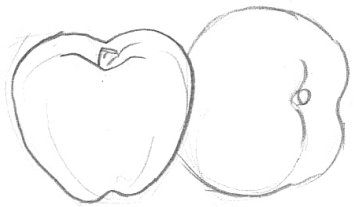
Kosh abriera el tiempo. Pasó justo después de la tercera era. Él lucha por mi madre, por nosotras y por todo el mundo. Es un buen tipo, ¿sabéis? -dijo esta. Luego se dirigió a Paula
-Bueno, ven y te enseño tu habitación. ¡¡Buenas noches chicos!!
-Eh... buenas noches.
Antonio y Jandro se dirigieron a las habitaciones. Eligieron una que daba a la parte del desierto. Se tumbaron en las cómodas camas que había preparadas y no tuvieron tiempo ni de ponerse el pijama. Quedaron completamente dormidos.

4
Concéntrate y vuelve a intentarlo

Antonio abrió los ojos lentamente. Los rayos del Sol le iluminaban la cara despertándolo de su profundo sueño.
Se incorporó sin prisas. La parte derecha de su cama rozaba con una de las paredes de la habitación, donde había una ventana rectangular de grandes dimensiones con vistas al desierto Sands. Se estaba acostumbrando ya a la existencia de ese ventanal, porque los primeros días le había dado un montón de sustos cada vez que se despertaba y creía que iba a caerse edificio abajo. Se quedó observando la dorada arena iluminada por la luz solar, el suave viento que la removía y la tranquilidad y belleza que emanaba. Ya llevaban dos semanas en Shien, y se estaba habituando a esa vida. Todas las mañanas entrenaban con las profesoras. El primer día hicieron una prueba que acabó en un fracaso. Alice decidió trasladarla para más adelante, cuando al menos supieran algunos conceptos sobre el tema. Habían estudiado ya las

bases del poder temporal, un poco de teoría e historia, y hoy iban a empezar con la práctica.
Antonio estaba emocionado. Una de las lecciones que habían dado trataba sobre las extraordinarias propiedades que poseía la arena del desierto Sands, ya que permitía el uso del poder temporal con mayor facilidad, potenciaba las habilidades del individuo y la cantidad de energía que poseía era inmensa. Antonio recordó el momento en que su primo y él habrían acabado en manos de los espíritus de no ser por esa arena, que los camufló. Habían aprendido también que los espíritus son ciegos y sordos, es decir, que se guían por la energía que desprende cualquier ser.
-"Los espíritus detectan la presencia de las personas porque desprendemos calor, pero aún nos perciben mejor cuando nos desplazamos, o hablamos, o hacemos alguna acción física, porque el movimiento, al igual que el calor, es energía. –les había dicho Alice en una de sus clases. –Lógicamente, si usamos el poder temporal, la cantidad de energía que utilizamos y desprendemos en el proceso es muchísimo mayor, por tanto nos detectan con una facilidad sorprendente, incluso a kilómetros y kilómetros de distancia.
-Y porqué en el desierto los espíritus… ¿se marean? –había preguntado su primo.
-Precisamente por la enorme cantidad de energía que posee la arena de allí. Los espíritus detectan tanta que no saben a dónde ir, se sienten desorientados, y las pequeñas cantidades, como las que desprende un ser humano o incluso un temporal, pasan desapercibidas en comparación a la que desprende el desierto.
-Ven aquí Jandro. –Carol ató una venda alrededor de los ojos de Jandro. Le dio unas cuantas vueltas, desorientándolo.
-El pobre chico se va a marear. –le espetó Alice, harta de que su hermana pequeña le fastidiara las clases. Aunque esta vez tenía que reconocer que no había tenido una mala idea. Lástima que no se le hubiera ocurrido a ella primero.
-Muy bien. –dijo Carol al fin, dejando a Jandro en su sitio.

–Ahora ve donde está Alice.
El chico, con los ojos vendados, obedeció.
-¿Cómo sabias que estaba ahí? –preguntó Carol, con una sonrisa.
-Por la voz.
-Muy bien. –Carol les hizo unos guiños al resto. –Ahora ve hacia tu primo.
Todos se pusieron a gritar muy fuerte. Jandro se quedó parado en el sitio.
-¿Por qué no te mueves? –le preguntó Carol, conservando su sonrisa.
-Es que no escucho a Antonio. –se quejó el chico.
-Pues te aseguro que está hablando. –le dijo la pelirroja. –Ahora mismo te sientes como un espíritu en el desierto Sands.
Antonio se rió mucho en esa clase.
Otro día aprendieron que en Shien no se puede detener el tiempo, porque no transcurre. Sin embargo, el cuerpo del individuo que realiza ese ataque siente como un desprendimiento de energía. Con ese método los habitantes de Shien practicaban los poderes para evitar su atrofiamiento. También eran ya conscientes de que no podían lanzar hechizos temporales sin ningún tipo de consideración, debido a que, si los hechizos que lanzaban eran mayores de la energía temporal que poseían, podían acabar malparados e incluso muertos. Esto era una excepción en el desierto Sands, porque en este desierto la energía se canaliza en todo momento y los ataques son ilimitados.
Antonio estaba maravillado con toda esa información, y ya tenía ganas de empezar a dominar el poder temporal y con ello poder rescatar a sus abuelos. Salió de la cama sin hacer ruido para no despertar a su primo, pero al hacerlo se dio cuenta de que estaba solo.
Salió de la habitación. Aún faltaba una hora para el entrenamiento; acababa de amanecer. Antonio subió por unas escaleras de caracol a la terraza del edificio, y una vez arriba se enfiló por el tejado. Allí encontró a su primo, sentado en las tejas, con las manos alrededor de las rodillas, mirando fijamente el horizonte. Su pelo negro se le revolvía al viento.



-¡Estás para una foto! -le saludó Antonio.
-Buenos días- dijo este, devolviéndole el saludo con un movimiento de cabeza.
Antonio se sentó a su lado.
-¿Qué? ¿Preparado para el entrenamiento?
-Claro que sí. -le aseguró Jandro. -Toma, lo he cogido antes de la cocina.
Jandro le ofreció una manzana a su primo.
-Gracias -dijo Antonio, dándole un bocado. -¿Tengo una "fregunta", "fafes"?
Alejandro lo miró con el ceño fruncido.
-No comas con la boca llena -le riñó.
Antonio se echó a reír y por poco se atraganta.
-Se dice: "No hables con la boca llena", pero tú a la tuya, ¿eh?
Jandro le sonrió.
-¿Cuál es esa pregunta? -preguntó con curiosidad.
-Bueno, se trata de mis padres. Una de las razones por las que quería salir del pueblo era por averiguar qué pasó con ellos. Los abuelos no me quisieron contar nada acerca de su pasado, y los niños del pueblo me llamaban "monstruo" sólo porque yo era su hijo. No sé a qué se dedicarían pero me gustaría saberlo. Quería preguntarte si tú sabías algo sobre ellos. ¿No te había contado nada tu padre acerca de ello? Según la abuela, él vivía en el pueblo antes de marcharse a Palma de marinero.
Alejandro se quedó pensativo.
-Pues ahora que lo dices... mi padre nunca me ha hablado de su pasado, ni mencionó que antes había vivido en otro lugar. No sabía nada sobre ti ni tus padres. Me lo contó todo la semana antes de desaparecer.
-Vaya...
Las calles empezaban a llenarse de gente con cestos llenos de fruta o botellas de leche que se dirigían al mercado del pueblo. Algunos iban a trabajar las tierras de cultivo y otros se dirigían vestidos con uniforme hacia sus oficinas. Desde la terraza del

castillo había una buena vista panorámica de todo Kandem.
-Shien se parece mucho a la Tierra, ¿no crees? -preguntó Antonio.
-Bueno... tampoco se parece tanto. Aquí no hay coches, para empezar. Sólo hay un autobús eléctrico que da vueltas por el interior de la muralla. Como esto es tan pequeño...
-Ya... no hay muchos temporales. -comentó Antonio.
-Es como nos explicó Alicia en las clases. Como hace ya veinte años que se abrió el tiempo, los temporales han ido abandonando Shien y son pocos los que han quedado aquí. Además, la mayoría de los temporales están en el bando de Kosh y, por lo tanto, no viven en Kandem. Los que están aquí son sólo una escasa parte, los renegados.
-¿Crees que en Cabrera todo irá bien?
-Claro que sí. Allí esta Tim, el famoso marinero fugitivo de las cárceles de Kosh. Es todo un temporal. -le dijo Jandro.
-Hicimos bien en fiarnos de él. -añadió Antonio.
-¿Quién ha dicho que yo me fié de él?
Antonio y Jandro se echaron a reír.
-Por cierto, Toni, últimamente estoy teniendo sueños muy raros, como el de aquel día en el que un poco más y nos quedamos en la Tierra. Siempre aparece ese tipo encapuchado, pero por el contexto de las conversaciones del sueño... creo que ese tipo es Kosh.
Antonio lo miró extrañado y una vez más sintió escalofríos al recordar que una noche llegó a rozarle la mano, al tipo que había causado todo este desastre en la Tierra, al tipo que se había llevado a sus abuelos.
-Quizá deberías decírselo a Juanjo. -sugirió Antonio.
-Ya pareces Paula -se quejó el chico. -Ahora que ella ya no nos da la tabarra y parece haberlo olvidado, no empieces tú. Hablando de Paula, vayamos a por ella que ya será hora de ir a entrenar.
-Vale, vamos.

Los tres chicos andaban hacia las puertas de la muralla.
-¿Se puede saber por qué sois tan puntuales? -se quejó Paula, devorando un melocotón mientras andaba.

Antonio se encogió de hombros. Siguieron andando hasta llegar al campo de entrenamiento. Era un rectángulo dibujado con pintura blanca sobre la arena del desierto. Lo que le extrañaba a Antonio era que el viento no deshiciera las líneas bien medidas.
-¡Chicos, bienvenidos! -les recibió Carol con un energético grito. -¡Espero que os encontréis a tope de fuerzas porque hoy os espera una clase movidita!
-Hermana, deja ya de hacer el tonto. Eres una cría. -le riñó Alicia.
-¡Jope! ¡No es justo! ¡En clase siempre hablas tú! -se quejó la pequeña.
-Eso no es cierto -dijo la rubia, sonrojándose. -Hoy... hoy... ¡hoy dará la clase Marina!
La quinceañera morena se quedó mirándola con cara de sorpresa.
-Alice, ¿quieres que yo dé la clase?
-Esto... sí. Hoy la darás tú. -Alice se sentó en uno de los bancos que rodeaban el campo de entrenamiento.
-Está bien. -dijo la morena, encogiéndose de hombros. -Esto...
Oyeron unos pasos lejanos. Se trataba de una niña que corría hacia ellos.
La pequeña se plantó delante de Marina y le entregó una carta. El pelo le cubría parte de la cara. Se lo recogió por detrás de las orejas y se asustó al ver a Paula, Jandro y Antonio mirándola fijamente. Los chicos se quedaron asombrados. Tenía unos ojos enormes, marrones oscuros, y el pelo castaño le tapaba parte de la frente, ya que llevaba la raya a un lado. Era una niña preciosa. La chiquilla echó a correr sin decir palabra.

-Bueno, como iba diciendo...
Antonio levantó la mano.
-Profesora Marina, ¿quién es esa niña?
Marina se quedó un poco parada. No estaba acostumbrada a que le llamaran profesora.
-Bueno... esa niña... -se adelantó Carol.
-Es nuestra hermana. -acabó Alice. -Somos cuatro en total. Ella es nuestra hermana pequeña. Tiene siete años, físicamente claro. Realmente creo que, más o menos... sí, tendrá vuestra edad. Ya llevamos unos cuantos años viviendo aquí y nuestros cuerpos no crecen. No es muy sociable que digamos. Teme a los desconocidos, y, además, no habla.
-¡¿No habla?! -exclamaron los tres chicos a la vez.
-No. No habla con nadie. Ni siquiera con nosotras. -dijo Alice, mirando a sus dos hermanas. -Pero estamos acostumbradas, al igual que mi padre. Nos entendemos con ella mediante gestos. La que más confianza tiene con ella...
-Soy yo.-dijo Marina. -Entiendo lo que quiere decirme con sólo una mirada. Aunque no hable, es una chica muy expresiva. Se llama Carmen.
-Vaya... -dijo Paula, impresionada.
El viento removió parte de la arena que rodeaba el campo, pero la arena pintada que lo delimitaba no se movió.
-Bueno, empecemos la clase. Hoy os hablaré sobre los elementos.
Alice se escandalizó.
-¡Marina! ¿Dónde vas? ¿Los elementos? Esa lección es para el segundo año. No se debe dar hasta que no controlen el poder del tiempo...
-Son órdenes de Tim. –le dijo esta, guiñándole un ojo y mostrándole la carta que sujetaba en la mano.
Alice se cruzó de brazos y se volvió a sentar.
-Tranquilos, os explicaré lo esencial –les aseguró la morena, ante la reacción de los chicos, que se habían quedado boquiabiertos.
– En total hay diez elementos diferentes. A saber fuego, tierra, agua, hielo, magnetismo, naturaleza, viento, psíquico, luz y oscuridad. Realmente, todas las personas nacemos con un elemento en nuestro interior. Ese se puede llegar a manifestar durante la vida, o no. Los temporales, al poseer la energía del tiempo, tienen más posibilidades de manifestar ese poder. Sin embargo, los elegidos, poseen un poder tan elevado que

pueden llegar a controlar su elemento al cien por cien. Habréis oído decir que cada vez que se abre el tiempo diez personas del planeta reciben cada uno de los diez elementos. Eso es mentira. No sucede así. En verdad, es el gran poder de los elegidos el que recae sobre esas diez personas, cada una de un elemento distinto. Es decir, si salieran dos elegidos con el mismo elemento, uno de ellos estaría mintiendo. Los elementos no eligen a las personas. Cada uno, en el momento en el que se considera un ser vivo, posee un elemento que lo identifica. Si en la Tierra sólo hubiese una persona que poseyera, por ejemplo, el elemento del fuego, ese sería el elegido al cien por cien de seguridad, si se abriera el tiempo. ¿Entendéis?
-Más o menos. –dijo Jandro, para no desanimarla en su primer día de maestra.
-Mi elemento es el agua. Desde pequeña he ido desarrollándolo. Aun así lo único que puedo hacer es regular el sentido de una pequeña cantidad de agua. Sin embargo, el elegido poseedor de mi elemento seguro que puede controlar el sentido y la corriente de todo un océano. –se explicó Marina.
Los chicos estaban emocionados.
-Mi elemento es el fuego. –dijo la pelirroja, sin poder contener su entusiasmo, y de su dedo salió una tenue llamita flotante.
-¡Uaaau! -dijeron los chicos al unísono.
-Que bobada. –le espetó la rubia, Alice. –Eso no sirve ni para encender un cigarrillo. Si queréis ver algo bueno, mirad esto.
Alice levantó una mano y cerró los ojos con fuerza. Los bancos de hierro empezaron a arrastrarse hasta donde se encontraba Alice.
-Atracción magnética. –les dijo Marina, mientras Alice, con la otra mano, los repelía hasta que volvían a estar más o menos en su lugar. –Este elemento es muy curioso porque también puedes controlar la electricidad.
-Al igual que la naturaleza te permite controlar la gravedad. –añadió Alice. –Pero los poseedores del elemento de la naturaleza no pasan de hacer crecer una plantita.
-¿Qué elemento tenemos nosotros? –preguntó Antonio, con mucha curiosidad.

Alice les guiñó un ojo.
–Eso es tarea vuestra. Tendréis que averiguarlo para mañana.

Antonio, Jandro y Paula salieron por la tarde a dar un paseo por la pequeña aldea llamada Kandem, donde se alojaban.
-¿Cuál será nuestro elemento? –preguntó Paula.
-Ni idea. –respondió Jandro, un poco mosqueado ante la idea de no saber cuál era el suyo ni cómo podría controlarlo.
-¡¡¡Paula!!!
Una chica se acercó corriendo a ellos.
-Paula, que alegría verte. ¿Te vienes conmigo de compras? –le propuso Carol, la hermana pelirroja.
-¿Aquí hay tiendas? –preguntó Paula, con los ojos iluminados por la emoción.
-¡¡Claro!! –le dijo Carol, emocionada también.- ¡Parece mentira que lleves ya dos semanas viviendo aquí!
Las dos chicas se fueron a toda prisa dejando a Antonio y a Jandro un poco desconcertados.
-¿Vamos a dar una vuelta, primo? –propuso Jandro.
-Ok.
Los dos echaron a andar. Cuando llevaban un rato caminando Antonio se paró en seco.
-¿Qué ocurre? –preguntó Jandro.
-Me parece que alguien nos sigue.
-Pues yo no noto nada. Créeme, siempre suelo darme cuenta de las presencias ajenas. Tengo un don, confía en mí –le dijo este guiñándole un ojo.
Antonio se echó a reír y siguieron caminando.
-¿Y este lago?
Habían llegado a las afueras del pueblo. Ya se podía ver la muralla de lejos, pero un lago les obstaculizaba el paso hasta allí.
-Pues no sé. –dijo Jandro. – ¿Lo cruzamos?
Antonio asintió.
Jandro flexionó las rodillas y se dio impulso. Saltó por los aires y aterrizó con una voltereta en la orilla del otro extremo.
-¿Te atreves? –le dijo a Antonio, pero este tragó saliva asustado.

-Paso. –le contestó.
Se quitó la camiseta y se lanzó al agua. Estaba muy fría y eso lo agradeció, porque hacía mucho calor en Shien. Cruzó el lago nadando. Era un lago pequeño y con tres brazadas llegó a la orilla.
Los chicos siguieron caminando, pero se pararon en seco al oír un grito detrás de ellos.
Se giraron los dos a la vez. El grito provenía de Carmen, la hermana de Alice, Carol y Marina. Se estaba ahogando en el lago. Antonio se lanzó rápidamente y nadó hacia ella. La cogió fuerte, porque no paraba de patalear, y la arrastró hacia fuera.
Antonio se apartó el pelo de la cara de un manotazo. La niña lo miraba fijamente.
-Gracias –Una voz aguda se le metió en la mente. –Me llamo Carmen.
Antonio se quedó muy sorprendido ante lo que acababa de escuchar.
-¿Por qué nos seguías? –preguntó en voz alta.
-Eso no te importa. –le contestó la voz dentro de su cabeza.
-Esto… vale.
Jandro se quedó mirándolos extrañado.
-No le digas nada. –le dijo la voz otra vez.- No hablo con él.
-¿Cómo que no hablas conmigo? –le preguntó Jandro. -Te estoy escuchando.
La niña abrió más sus ojos grandes, asustada, y se largó corriendo.
-Pero… ¿Qué has hecho? –le preguntó Antonio a su primo.
-Yo… nada.

La mañana siguiente llegó soleada, como los días anteriores. Los chicos ya se encontraban en el campo de entrenamiento, dispuestos a aprender a controlar el poder temporal.
-Muy bien –empezó Alice. –espero que ya tengáis alguna idea sobre cuál puede ser vuestro elemento. Empecemos.
Alice se puso delante de Antonio.
-Esto… pues… no sé… -dijo Antonio, pensativo. –Creo que es la luz.
Alice se le quedó mirando sorprendida.
-La… ¿la luz? –lo miró más de cerca, entrecerrando sus ojos.

–Poca gente posee ese elemento, ¿sabes? Es el menos común. No conozco a nadie que lo posea. Normalmente, los poseedores del elemento de la luz están destinados a ser combatidores de la oscuridad, es decir, gente realmente poderosa. La luz no sirve sólo que para alumbrar. En una pelea te serviría de poco, claro está. Pero sin embargo la luz es la única que puede hacer frente a la oscuridad. Muy curioso.
Antonio tragó saliva.
-¿Cómo es que estás tan seguro? –le preguntó Alice.
-No estoy seguro. Sólo lo creo. –respondió el chico.
-Pero, ¿se ha manifestado alguna vez en ti? –insistió Alice.
-Pues… -Antonio miró a su primo de reojo, recordando como eliminó a esos espíritus con un rayo de luz salido de sus ojos. –No. Creo que no.
Alice lo miró desconfiada pero siguió con su clase.
-Paula, te toca.
Paula se puso seria.
-Pues… creo que…
Todos la miraron con curiosidad.
-No lo sé. –dijo al fin, abatida.
Alice rió.
-Tranquilos. Id concentrándoos con vuestro elemento y poco a poco conseguiréis que se manifieste. –les dijo Alice –Jandrillo, te toca.
Jandro le fulminó con la mirada.
-No tengo ni idea.
-”Eso no es verdad”
Una voz sonó en la cabeza de todos, excepto en la de Jandro.
Alice se giró hacia su hermana Carmen, que había irrumpido inesperadamente en la clase.
-¿Por qué dices eso? -preguntó.
Jandro se quedó contemplando el panorama muy extrañado.
-”Su elemento es el psíquico” -volvió a sonar la voz. -”Me leyó la mente el otro día”
Todos se volvieron mirando a Jandro, y este les devolvió una mirada de incomprensión.

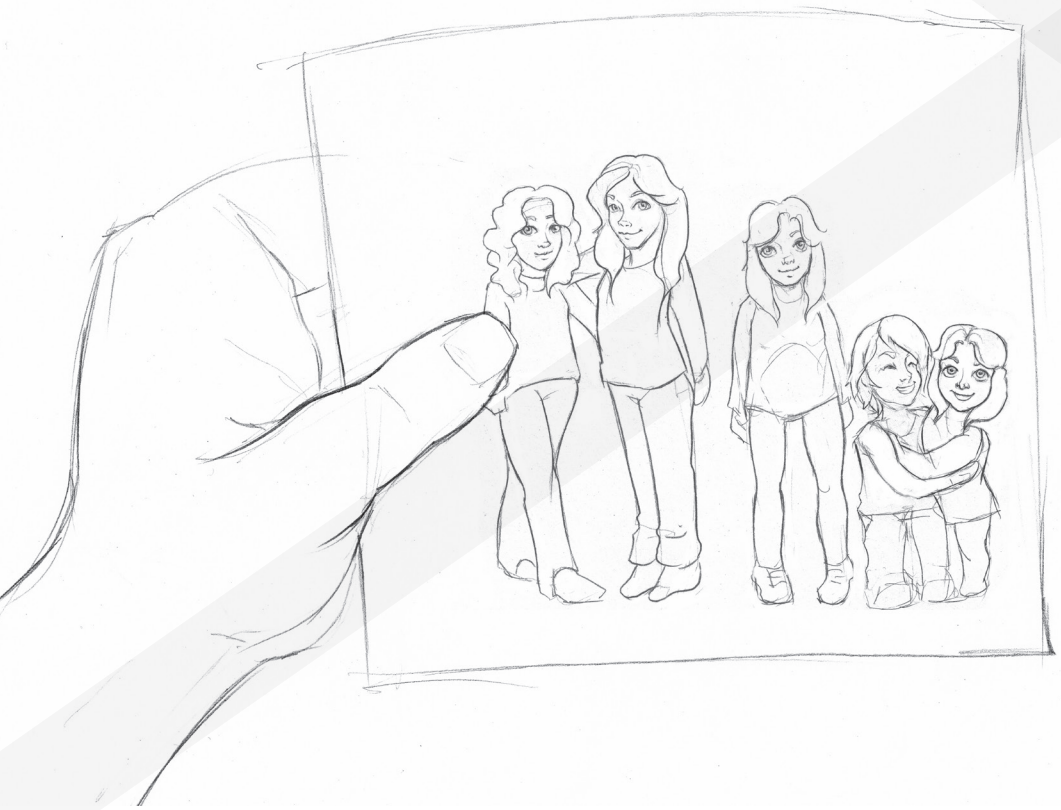
-¿Cómo es que ahora no te la lee? -preguntó Antonio, en voz alta.
-"Le he bloqueado mi mente"
Antonio insistió.
-¿Yo también puedo bloqueársela?
-"Un temporal normal, como tú, yo, o vosotros..." -dijo dirigiéndose al resto, que también escuchaba la voz. -"... poseedor del poder del psíquico, sólo puede leer mentes de la persona la cual deja que se la lean. Si tú te niegas y piensas en otra cosa, él no te la podrá leer. Sin embargo, el elegido del psíquico puede hacer grandes cosas con su elemento".
-¿Entonces tú también lo tienes? -preguntó Antonio de nuevo.
-¿Tener el qué? ¿De qué estáis hablando? -preguntó Jandro, intentando averiguar lo que pensaba esa niña. Cuando vivía con sus padres, hace años, tenía un don especial para saber cómo se encontraba cada persona en cada momento. Pero desde hace unas semanas, desde el accidente del barco, incluso podía leer los pensamientos de sus compañeros.
-"Sí. Yo también tengo este elemento. Nos vemos en la muralla a las siete de la tarde. Ven solo, por favor."
Carmen se fue del campo de entrenamiento a paso ligero. Antonio buscó alguna expresión rara en el rostro de sus compañeros.
-¿Por qué no nos ha contestado? -preguntó Paula.
-Esto... -Antonio se calló. Quizá sólo se había dirigido a él.
Alice los miró a todos sorprendida.
-¿Cuando habéis hablado con mi hermana?
-Ayer -le contestó Jandro.
-Aunque no nos lo haya dicho, el elemento de Carmen es el poder mental. Puede leer y bloquear mentes con mucha facilidad. -les explicó Marina.
-Muy bien. Pues ahora os concentráis en vuestro elemento e intentáis localizar el punto de vuestra energía temporal. Lo necesitaremos para la siguiente clase. -Alicia miró a Jandro.
-¡Y tú! No digas mentiras. Todos sabemos que tu elemento es el psíquico.
Jandro se quedó de piedra. Antonio le hizo un gesto que podía interpretarse como "ya te lo contaré después".

Jandro, Marina y Antonio caminaban hacia la aldea por el camino arenoso que todas las mañanas tenían que cruzar para llegar al campo de entrenamiento.
-Bueno, ¿por qué nos has dicho que te acompañáramos a comprar herramientas si ya compraste ayer las que te mandó tu padre? –preguntó Antonio, extrañado.
Marina puso los ojos en blanco y los miró con mucha paciencia.
-No necesito compañía para comprar herramientas. –dijo tranquilamente. –Si os he hecho venir conmigo es para hablaros sobre algo.
-¿Sobre qué? –preguntó Jandro.
-Sobre mi hermana.
Los chicos la miraron extrañados y confusos a la vez.
-Mi hermana no habla con nadie excepto con nosotros, los de su familia. Desde que mi madre murió sólo habla mediante su mente. Es muy raro que os encontraseis con ella dando un paseo, porque normalmente ella desaparece de la aldea y no sabemos dónde se mete hasta que vuelve de noche. Sólo lo sabe mi padre, ya que si no lo supiera no la dejaría irse sola por ahí. –les explicó Marina.
-Nos seguía –le dijo Antonio.
-Qué raro... Ahora que lo pienso, antes de morir mi madre... fue amiga, muy amiga de una persona con la cuál pasaba más tiempo que con nosotras. –dijo Marina, hablando más bien para ella que para los demás. –Creo que se llamaba Cristhian. Era un chico de unos quince años... ¡Venid!
Marina echó a correr. Antonio y Jandro no entendían nada pero la siguieron. Marina corría muy rápido y los chicos hicieron un esfuerzo por mantenerse a la misma velocidad que ella. Llegaron al castillo donde se alojaban ellos, Juanjo, las cuatro hermanas, el personal del castillo y algún que otro invitado del jefe de los renegados. Marina los condujo por una serie de pasadizos que no habían pisado aún y se detuvo delante de una puerta localizada en lo más alto de unas escaleras de caracol largas y prolongadas, que los chicos habían odiado con todas sus fuerzas mientras subían

en su carrera contrarreloj.
Marina intentó abrir la puerta pero no lo consiguió.
-Esta Carmen… para la edad que tiene… mira que sellarse la puerta…
Jandro se tapó los oídos y gritó quejándose.
-¿Qué ocurre? –le preguntó Marina, preocupada.
-Oigo… voces, gritándome, todas a la vez… -se quejó Jandro, moviendo la cabeza de un lado a otro. –Dicen algo de… de… ¿amigo?
-¿Amigo? –preguntó Marina, y luego se echó a reír. –Vaya… sí que ha desarrollado su elemento durante este tiempo que llevamos en Shien. Ya sabe hasta obstaculizar su habitación. Debe tratarse de Cristhian, es el único amigo que ha tenido en toda su vida. Piénsalo, Jandro.
Jandro se concentró en la palabra Cristhian y la puerta cedió, abriéndoles paso a una habitación de forma circular, llena de ventanas, muy luminosa, con una cama, una mesita de noche y un telescopio en un rincón.
-Esta es la habitación de mi hermana pequeña. Se la eligió ella. Es la habitación más alta del castillo. –les explicó Marina, mientras los chicos examinaban la extraña habitación con los ojos muy abiertos.
Marina se puso a buscar debajo de la cama de su hermana, donde había aglomeraciones de libros y otros papeles amontonados. Sacó una cajita de madera llena de polvo y la abrió con cuidado. Antonio y Jandro se pusieron alrededor de ella para ver su contenido. Había unos billetes y monedas, provenientes de la Tierra, una cajita de chicles, un reloj parado, una bolsa de arena, una piruleta empaquetada y unas fotos.
Marina las cogió. Sólo había tres. En la primera salía una mujer sonriendo. Era muy guapa, tenía el pelo largo cayéndole por los hombros, unos ojos grandes, como los de Carmen, y una sonrisa dulce y sincera en los labios.
-Es mi madre –dijo Marina, aunque los chicos lo habían sabido con sólo verla. –Murió cuando nos marchamos a Shien. La mataron los seguidores de la oscuridad.
Pasó la foto. En la siguiente se encontraba toda la familia.

Juanjo abrazaba la mujer de antes, que sostenía a un bebé con unos grandes ojos, que debía tratarse de Carmen. Una chica rubia discutía con una pelirroja y una morena las miraba pacientemente.
-Esas somos mis hermanas y yo. –les dijo Marina, riéndose, señalando el extraño trío que se encontraba a los pies de sus padres en la foto.
-Y esta es la última –dijo Marina, mientras pasaba la foto de la familia dejando ver una foto más pequeña en la que aparecía un chico de unos quince años mirándolos con una extraña expresión.
Antonio, al verlo, le dio un vuelco el corazón.
Por unos momentos le había parecido verse a él reflejado en esa foto vieja y desgastada, pero pronto se tranquilizó al ver que no se trataba de él. Aunque tenían el mismo color de pelo, el chico de la foto lo tenía más desordenado y puntiagudo, su nariz era un poco más afilada y su sonrisa diferente. Pero los ojos… eran bastante parecidos, casi iguales.
-Vaya… este chico es Toni –dijo Jandro, mirando al chico de la foto y a su primo, a la foto y a su primo, y así varias veces.
-Me lo imaginaba. –les confesó Marina. –Este chico es Cristhian, y es igualito que tú. –le dijo a Antonio.
–Por eso Carmen te seguía. Yo ya no me acordaba de su cara, pero supongo que ella no la debe haber olvidado.
-¿Qué fue de él? –preguntó Antonio, con curiosidad.
-No lo sé muy bien. Sé que conoció a Carmen cuando tenía unos tres años,

y después se fue a la Tierra, en el momento que se abrió el tiempo la anterior vez a esta, en la tercera era. Unos años después de que el tiempo se cerrara, el chico volvió a Shien. Estuvo viviendo en este castillo unos meses y desapareció sin dejar rastro. Entonces ya tenía quince años.
Marina se encogió de hombros. Los chicos volvieron a concentrar su mirada en el joven de la foto, extrañados. Parecía una buena persona, feliz y sonriente. En la mente de Antonio apareció de repente una imagen de una cara encapuchada sonriéndole maléficamente. Cerró los ojos con fuerza intentando hacerla desaparecer. El trozo de cara que la capucha le permitió ver se parecía bastante a la de ese chico, pero su sonrisa era muy diferente.
-¿Ocurre algo? –preguntó Jandro, ante la extraña expresión de su primo.
-No, nada. Estoy bien.



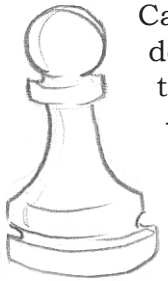
Paula se paseaba pensativa por los pasillos del castillo con una única pregunta rondando en su cabeza: "¿Y cuál será mi elemento?". Ensimismada en sus cavilaciones se tropezó con un par de chicas que no había visto antes.
-Escucha, tú, la de rojo, ¿sabes dónde está el lavabo? –le preguntó una de las jóvenes, mirando de un lado a otro nerviosa.
-Oye, Cynthia, no le hables así. Recuerda que esto no es la Tierra. –le dijo su amiga, en un susurro. –Lo siento, señora. Mi compañera y yo queríamos saber si usted sería tan amable como para indicarnos la dirección al servicio.
Paula las miró arqueando una ceja, muy sorprendida.
-¡Oh, Cynthia, lo que nos faltaba! –se quejó la chica, desanimada. – ¡No hablan nuestro idioma!
-Yo quiero ir al baño… -dijo la otra, mordiéndose el labio.
-Está por ahí. –les dijo Paula, con una voz tímida.
Las dos chicas se quedaron mirándola como si de una extraterrestre se tratara.
-¿Nos entiendes? –preguntó Jesica, con curiosidad.
-Claro. Aquí todo el mundo se entiende. -les dijo Paula, empezando a imaginarse quienes eran esas dos. –Sois nuevas en Shien, ¿no?
-Sí…
-Estamos buscando a Alice, una joven muy simpática que nos asignó una habitación, pero no la encontramos. –le explicó Jesica. –Y Cynthia necesita ir al baño…
-Yo os acompañaré. –se ofreció Paula, más animada.
De camino a los baños la chica les explicó a las dos nuevas como era su nueva vida en Shien y su antigua en la Tierra. Las otras dos le contaron como habían llegado allí y de dónde venían.
-Esto es muy divertido. –les animó Paula. – ¿Sabéis? ¡Todo el mundo posee un elemento, y ahora, en las clases, tenemos que descubrir de cuál se trata!
-¡Qué guay! –exclamó Cynthia, que ya salía del baño. – ¿Y cuál es el tuyo?
-Todavía no lo sé. –dijo Paula, mirándose los pies.
-¿Yo también tengo uno? –preguntó Jesica, emocionada.

-Que sí, que sí. –le dijo Cynthia, llena de entusiasmo. – ¡Yo también quiero ir a esas clases!
-Iréis mañana, supongo. –les dijo Paula, guiñándoles un ojo.
Las tres chicas pusieron rumbo a las habitaciones. Al menos ahora ya no era Paula la única que se comía la cabeza, porque a las otras dos, de vez en cuanto, se les escapaba un… "¿Y cuál será mi elemento?"

El ficticio Sol de Shien empezaba a caer dejando ver un bonito atardecer. Antonio se despidió de sus amigos con la excusa de tener que llevarle un encargo al herrero y se marchó solo camino a la muralla. Los cotidianos paseos por la aldea le sirvieron para coger los caminos adecuados para salir a la puerta de la muralla que daba con el desierto.
Caminaba a buen paso, con los últimos rayos del Sol dándole en la cara y en su rubio pelo. Las casitas de madera, con sus tejados artesanales y sus faroles colgando en la fachada, permanecían la mayoría en silencio ante el paso del chico. En algunas se escuchaba movimiento, cantos y risas y en otras ruidos de martillos, hierros y otros metales.
Por fin llegó al final de la aldea y se topó con la muralla. La puerta estaba custodiada por dos guardias vestidos con un uniforme militar, siguiendo las costumbres de su querido planeta Tierra. Allí no había nadie, y eso que el reloj de la plaza central había dado las siete recientemente. Antonio, que llevaba una capa de un color tostado, se echó la capucha y se sentó apoyado en la muralla, ocultando su cara a los guardias, que se percataron de su presencia pero no le dijeron nada.
-"¿A qué esperas?" –le dijo una voz en su mente. –"Ven."
Antonio intentó concentrarse y enviarle un mensaje telepático pero no obtuvo respuesta, entendiendo con eso que lo de hablar mentalmente con esa niña sólo lo podía hacer su primo.
-"Levántate. No puedo oírte pero tú a mí sí. ¿Ves una colina que hay enfrente? Pues acércate a ella y me encontrarás."
Antonio, obedeciendo a la voz, se levantó y se dirigió a la

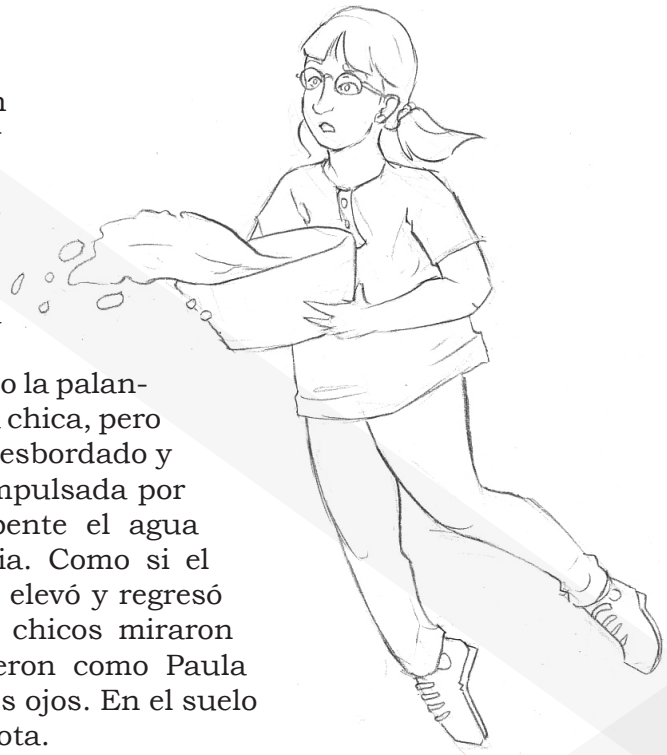
colina, aún con la capucha puesta. Subió por un sendero arenoso. Como estaban próximos al desierto, la colina estaba formada mayoritariamente de arena. Pudo divisar una figura lejana en la cima. Corrió hacia allí. Se trataba de Carmen, que lo esperaba con los brazos cruzados.
Todo parecía dorado. Los rayos del Sol rozaban ya la arena de esa colina, ocultándose para dejar paso a la noche. Esos rayos le daban a la arena un aspecto de pequeñas semillas de oro. Antonio se quitó la capucha. Su pelo había adquirido la misma tonalidad.
-¿Qué quieres? ¿Por qué me has hecho venir? –le preguntó sin vacilar.
Carmen le sonrió maliciosamente.
-"Todo a su tiempo, mi querido Cristhian".
-Yo no soy Cristhian. –le dijo el chico, asustándose de su propia voz, que comparada con la vocecilla que sonaba en su mente parecía fuera de contexto. –Me llamo Antonio, Antonio García. Creo que te has equivocado de persona.
-¡Qué has hecho con Cristhian! ¡Confiésalo!
Antonio la miró preocupado y nervioso.
-Que yo no se nada de Cristhian. No lo conozco. De verdad…
Carmen no pudo disimular en su rostro un rastro de decepción.
-Sé que no eres él. –le dijo la voz. –Lo siento. Puedes marcharte.
-¿Para eso me has hecho venir? Si sabias que no era él…
-Pensé que sabrías algo, quizá que fueras sólo su cuerpo. Además, antes de irte… Gracias por salvarme.
Estas últimas palabras salieron realmente de su boca, con una dulce voz de niña pequeña.
Carmen lo miró con sus grandes ojos y se dio la vuelta.
-¡Espera! ¿Quién era ese Cristhian? ¿Por qué se marchó y de qué te conoció a ti?
-Veo que mi hermana te ha hablado de él. Chivata… –le dijo de nuevo la voz en su mente. –Ese chico me salvó también una vez. Estaba en deuda con él y le enseñé artes marciales y otras técnicas de lucha. Ya está, un favor por otro, no hay amistad entre ambas cosas…
-Un momento, ¿sabes artes marciales? ¡Pero si eres una niña!
-De pequeña, en la Tierra, mi tío me enseñó. Él fue líder de

los campeonatos nacionales, e incluso participó en torneos que se celebraron en China, donde lo tenía más complicado. Era un gran luchador. Yo me pasé mis siete años terrestres mirando como luchaba, y mis otros años invisibles para mi apariencia física, practicando esas posturas y técnicas todas las tardes. En unos meses, ya era una experta. Y hoy en día, en toda la aldea, no hay quien me gane.
Antonio se había quedado de piedra.
-Entonces, lo que haces todas las tardes cuando desapareces…
-Exacto. Suelo practicar, o incluso me he presentado a veces a algún torneíllo que celebran cada año. ¿Ya estás contento? Pues puedes marcharte por dónde has venido.
-Carmen…
La niña se giró y lo miró asustada. La forma de llamarla hizo que se diera la vuelta esperando ver al misterioso chico que desapareció hace un año, pero en su lugar encontró a otro, con un parecido a él asombroso, pero de diferente personalidad.
-…me debes un favor. ¡Enséñame a luchar!



Carol jugaba una partida de ajedrez con Paula. Las dos estaban emocionadas, con las miradas fijas en el tablero, en medio de una quietud tensa.
-Por favor… ¡¿queréis acabar de una vez?! –se quejaba Jandro, sentado en el sillón de enfrente.
-¡Calla Jandro, que voy a ganar! –le reprendió Carol, sin apartar la vista del tablero.
-Mentira, voy a ganar yo. –replicó Paula. –¡Además, Jandro, yo contra ti no vuelvo a jugar! ¡Tramposero! Ya decía yo que siempre me ganabas… normal, ¡con el poder de leer la mente sabías todos mis movimientos con antelación!
-¡Oye, que yo no te leía la mente! No leo la mente cuando me viene en gana, ¿sabes? –le contestó Jandro. –Además, para ganarte a ti no hace falta poseer el elemento del psíquico. Sois más malas…
-¡Me estás desconcentrando! –se quejó Carol.

-Vale, vale…
Se oyó la puerta de entrada a la salita donde ellos se encontraban y Carol levantó la cabeza con una mirada fulminante grabada en sus ojos.
-Ei, que yo no he sido esta vez –se excusó Jandro ante la mirada de la chica.
Se trataba de Antonio, que venía con una capa puesta y una vara de madera, cubierto de sudor y de polvo.
-Tío, ¿dónde te metes últimamente, en la guerra? –le dijo su primo, sorprendido.
-Siento llegar tarde… es que he estado buscando raíces de las plantas esas de las que nos habló Tim…
-Pero si eso es una leyenda. Las plantas no curan. –le explicó Carol.
Antonio se encogió de hombros. Prefirió no contarles nada a sus amigos acerca de los entrenamientos diarios que hacía con su nueva maestra Carmen.
-¡¡¡Buenos días!!!
Una chica alta, con dos coletas y grandes gafas, de aspecto sonriente y soñador, pasó dando saltitos por el salón trayendo consigo una gran palangana de agua.
-Querrás decir buenas tardes, Kiara. –le dijo Paula, devolviéndole la sonrisa.
-¿Aquí no estaba la cocina? –preguntó la chica confundida, aún sujetando la palangana.
-Está al otro lado del castillo. –le explicó Antonio.
Hacía ya dos semanas que Tim les había mandado desde Cabrera un grupo de unos quince temporales. Las órdenes eran comprobar si entre ellos había algún elegido, pero todos ellos habían tenido algún encuentro con los espíritus temporales, así que no se podía comprobar fácilmente que lo fueran.
-Muchas gracias. Parece mentira que lleve ya dos semanas viviendo aquí y no hago más que perderme. –dijo la chica, disculpándose por su despiste. Los chicos le sonrieron, recordando que faltó a una de sus clases porque no encontraba el camino al campo de entrenamiento y pasó una noche en un pasillo porque no daba con su habitación. – ¡Adiós!



La chica tropezó con la vara de Antonio y la palangana salió disparada por los aires. El agua salió del recipiente.
Jandro, que estaba al lado, reaccionó cogiendo en una mano la palangana y con la otra a la chica, pero el agua ya se había desbordado y caía hacia el suelo impulsada por la gravedad. De repente el agua cambió su trayectoria. Como si el suelo la repeliera, se elevó y regresó a la palangana. Los chicos miraron a todas partes y vieron como Paula guiaba el agua con los ojos. En el suelo no quedaba ni una gota.
-Ostras…
Paula se dio cuenta que las miradas de todos sus amigos estaban posadas en ella.
-Yo… yo no he hecho nada. –se excusó.
Carol la cogió del brazo y la arrastró por el pasillo del salón.
-Vamos a buscar a mi padre –dijo entre contenta y sorprendida. –Lo que tú has hecho no lo suele hacer un principiante que aún desconoce cuál es su elemento.
Paula ya llevaba tres semanas intentando descubrir su elemento. Jandro y Antonio intentaban controlar los suyos, cosa que aún no conseguían a la perfección.
Kiara, Jandro y Antonio siguieron a la pelirroja.
-¿Por qué hay que avisar a Juanjo? –preguntó Jandro, sorprendido aún.
-Puede que sea una elegida. Los elegidos tienen un gran poder sobre sus elementos, como ya os explicó Marina.
Los chicos corrieron por el castillo buscando a Juanjo, y

lo encontraron en su despacho, hablando con Esteban, el mensajero oficial que comunicaba Shien con Cabrera.
-Papá, papá, no te lo vas a creer… -empezó Carol.
Juanjo se levantó de su sillón con los brazos abiertos lleno de alegría.
-Tu tampoco, hija mía. –dijo con una voz llena de orgullo.- ¡Esto es maravilloso! ¡Los elegidos están actuando en la Tierra!
Los chicos se quedaron paralizados. Carol soltó el brazo de Paula, que quería huir.
-¿Cómo? ¿Qué…?
-Sí, lo que oís. Sin nosotros tener que actuar y buscar a los elegidos, convencerlos, etcétera… los mismos elegidos se han buscado y encontrado entre sí y se han puesto a destruir las fuentes de oscuridad que Kosh tiene en la Tierra. Hoy mismo, en la Tierra, ha caído la fuente oscura que se encontraba en París. –les dijo Juanjo, sin poder creérselo él tampoco.
-Vaya… -dijo Carol.
-Y yo que pensaba que algún elegido tenía que encontrarse aquí, entre los temporales que habéis venido de la Tierra…– comentó Juanjo. -Interesante…
-Yo también pensaba eso –dijo Carol, alucinada, mirando a Paula.
-¿Pero el elemental de la oscuridad también está luchando contra Kosh? –preguntó Antonio. – ¿No debería apoyarlo?
-Chaval, el elemental de la oscuridad es el propio Kosh. –le dijo Juanjo, sonriendo ante la ignorancia del chico. –Y la noticia que nos ha llegado es que se han reunido unos cuantos elegidos, no todos. Por lo que nos han comentado algunos parisinos que fueron testigos del hecho, hemos deducido que ya se han juntado cuatro, y uno de ellos es el elegido del agua. –ante estas últimas palabras Carol bajó la cabeza, decepcionada. Paula suspiró de puro alivio.
-Pero esto va genial. Dejémosles el trabajo a ellos. Nosotros colaboraremos luchando contra los espíritus y demás seres oscuros. Ellos se encargarán de ir a por Kosh y cerrar el tiempo. Por cierto, Carol, ¿tenías algo que decirme?
Carol miró a sus compañeros y después a su padre.
-No… no papá. Buenas tardes. –dijo haciendo un ademán de marcharse.

-Carol, espera. –la llamó Juanjo. –Dile a tu hermana Alice que mañana necesito que dediquéis la clase a dar información sobre los elegidos, su papel, función, ya sabes… a ti se te da bien todo eso, mejor que mañana des tú la clase.
-Vale, papá. –dijo Carol, feliz de poder dar una clase. – ¡Nos vamos!
Carol arrastró a todos los chicos fuera del despacho y cerró la puerta.
-Sigo diciendo que lo que has hecho no es normal. –dijo Carol. –Aunque ahora que lo pienso… con lo torpe que es Marina… seguro que no ha hecho eso en su vida. ¡Ja!

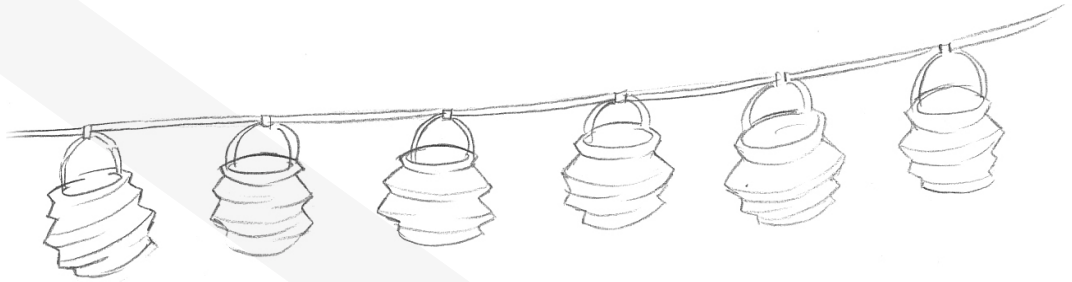
Antonio fue a los baños termales, dispuesto a tomar un baño caliente antes de la cena. Se quitó la capa y la ropa cubierta de polvo y suciedad y se metió en el agua. El agua era cálida, suave y deliciosa para el tacto. El aroma lo embriagaba desvaneciendo el cansancio acumulado durante el intenso entrenamiento. Se inclinó hacia atrás hasta que el agua alcanzó su pelo e inclinó la cabeza. Estuvo un rato en silencio, pensando sobre todo lo que le había ocurrido durante ese tiempo. Una de las preguntas que se formulaban en su cabeza estaba relacionada con sus abuelos, su pueblo, su pasado…
El chico se sobresaltó al escuchar unos pasos y voces lejanas. Esos baños no solían usarlos casi nunca. La gente que vivía en el castillo usaba las duchas o los baños del ala norte.
Antonio escondió su cuerpo en el agua, dejando parte de la cabeza en el exterior, para poder respirar. Aguzó el oído. Se trataban de las voces de Juanjo y… ¡Tim! Hacía semanas que no hablaba con él. Estaba todo el tiempo en Cabrera, y no se le veía muy a menudo porque tenía que encargarse de la barrera temporal para alejar a los espíritus, y a la vez, ensancharla para que cupiera más gente.
-Mi querido Tim. –dijo la voz que reconoció como la de Juanjo. –Así que has venido para decirme…
-Sí, que es muy raro que los elegidos se reúnan solos. Esta era es la más complicada. Ya sabes que cada vez hay más temporales, por la razón de que las personas que sobreviven a un ataque de los espíritus ya poseen el poder. ¿Cómo es

posible que entre ellos se hayan encontrado?
-Da igual, Tim. Mejor. La suerte está de nuestro lado. Como jefe de los renegados voy a triunfar. –le dijo Juanjo, muy emocionado. Tim parecía desconfiar del asunto.
-No lo entiendo. –se quejó.
-Deja eso estar ya y no le des más vueltas. –le aconsejó Juanjo. – ¿Qué me cuentas? ¿Ya has ampliado la barrera?
-Sí. –le dijo Tim. Ambos estaban metiéndose en el agua.
Antonio los escuchaba escondido detrás de una roca.

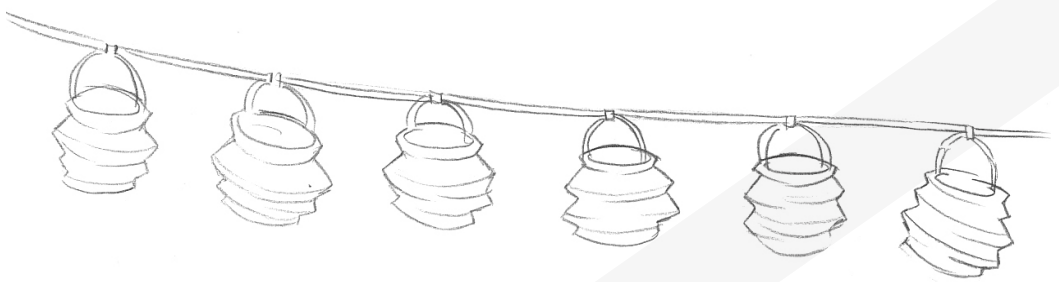
–Cubre todas las Islas Baleares, y la gente sigue viniendo más y más…. Y los fantasmas…. Cada vez aumentan. Están por todo el mundo. La gente se vuelve loca. Suicidios, muertes, todo por el trauma de una revolución singular. La gente le llama la catástrofe infernal. Es muy doloroso de ver. Les he contado el cuento ese que me dijiste sobre un virus y tal, y, para evitar que cunda el pánico, les estamos dando sedantes y demás…
-¿Necesitas más refuerzos? –le preguntó Juanjo, sacándole de sus pensamientos.
-Sí, por favor. –le dijo Tim.
-No quedan muchos, pero te enviaré los que pueda.- le aseguró Juanjo.
-¿Y los chicos, cómo van? –preguntó Tim. –La semana que viene te enviaré un centenar de temporales más. Pero estos entrénalos como soldados temporales, no hace falta que intentes buscar a algún elegido entre ellos.

-Pero, ¿ya se han reunido todos los elegidos en la Tierra? –le preguntó Juanjo. –Esteban me ha dicho que sólo eran unos cuantos.
-No se sabe muy bien. –dijo Tim. –Pero creo que tienes razón. Ellos sabrán lo que hacen.
Antonio permaneció escondido hasta que los hombres se marcharon. Luego se vistió con una camisa blanca que se había llevado consigo y recogió su ropa sucia. Fue a su habitación, se puso unos vaqueros, colocó la ropa polvorienta en un saquito, se lo colgó en el hombro y se fue a la balsa del castillo para lavarla. Cuando hubo terminado, se hizo un poco el pelo y bajó a cenar. El chico se asombró de ver lo que había preparado. Estaba acostumbrado a cenar muy bien, ya que las cocineras eran excelentes, pero lo de hoy era demasiado. Había un montón de invitados, la tapicería y vajilla era lujosa, y la cena suculenta. Antonio cenó como un rey, todo lo que quiso y más, hasta que acabó harto, poco común en él, y se levantó dándole las gracias a Juanjo y a las cocineras diciendo que no tenía más hambre y que ya no podía con el postre. Antonio se dirigió a su habitación, cansado de escuchar voces, gritos y cánticos. La cena se había organizado en motivo de celebración de que los elegidos se habían puesto en marcha. Antonio se tumbó en su cama, sin desvestirse, con los ojos abiertos, pensativo, hasta que unos golpes en la puerta le hicieron dejar de soñar despierto.
-Adelante –dijo este, extrañado de que su primo llamara a la puerta, ya que nunca solía hacerlo.
-Soy yo. –dijo la voz de Paula.
-¡Ah! Pasa, pasa.
Paula entró y se sentó en la silla en la que se sentaba siempre que entraba y se cruzó de piernas.
-¿Por qué te has ido tan pronto? –preguntó con curiosidad.
-No tenía hambre… -dijo el chico, encogiéndose de hombros.
-Oye, no sé dónde te metes últimamente ni me importa, pero deberías concentrarte en tu elemento y entrenar…. Ya sabes, Juanjo no nos puede mantener toda su vida. Le debemos compensar el cuidado que nos está dando. Debemos ayudar a los elegidos. –terminó Paula.

-Ya… yo también pienso eso. Pero… no sé cuál es mi elemento.
-Eso no es verdad. –le contradijo la chica. –Tu elemento es la luz.
-Eso es lo que creía. Pero como Alice dijo, es muy improbable que la luz sea mi elemento, porque no es un elemento común. Y además, sólo se me ha manifestado una vez, y creo que fueron imaginaciones mías.
-Oye, que yo me he dado cuenta hoy de cuál era mi elemento.
-Pues por eso. No me des prisas. –se quejó Antonio.
-Ya… lo siento. –se disculpó esta. –Pero aún así deberías intentarlo con más empeño. Ya llevas tres semanas desapareciendo todas las tardes… Quizá si practicases un poco a lanzar rayos de luz…
-Te he dicho que no sé si la luz es mi elemento. Puede ser otro.
Paula suspiró y se recostó en su silla.
-Nada, déjalo….
Antonio se levantó de su cama y se puso una sudadera de rayas, las deportivas y cogió unas cuantas monedas shinenses. Se dispuso a salir por la puerta, pero antes se giró hacia donde se encontraba Paula.
-Voy a dar una vuelta por el pueblo. ¿Te vienes? –le preguntó.
La chica se incorporó de la silla y se encogió de hombros.
-Si no hay otro remedio…
Los dos chicos salieron del castillo sin decir nada a Juanjo y a sus hijas por temor de que no les dejaran marchar.
Iban caminando por las calles del pueblo, llenas de luces, tenderetes ambulantes, música y ambiente festivo.
-Vaya… que bonito está el pueblo hoy… -dijo Antonio, contento.
-Si te hubieras quedado al final de la cena te hubieras enterado de que el pueblo está de fiesta porque los elegidos están reunidos y se han puesto en movimiento y el tiempo pronto se cerrará, es decir, que dejarán de estar condenados a no existir….
-Venga, cerebrito, que no estamos en clase. –se quejó el chico. Paula le sacó la lengua.
-Pues si no quieres escucharme te tapas los oídos, so memo.
Antonio se tapó los oídos y Paula puso los ojos en blanco.
Se pararon en un tenderete y se compraron un algodón de



azúcar. Vieron unos fuegos artificiales que se disparaban en el ayuntamiento y se dirigieron a la plaza, de donde provenía la música. Se trataba de una fiesta, con música que nunca habían escuchado, compuesta por los compositores y músicos que vivían en Shien, mezcladas con algunos éxitos de la Tierra, como homenaje al querido planeta azul.
Los chicos se sentaron en un banco mirando desde allí cómo bailaban los habitantes de Kandem. Una joven unos años mayor que ellos se acercó a la pareja bailando. Llevaba ropa veraniega y se movía con mucha gracia. Le cogió la mano a Antonio y se lo llevó a bailar. Antonio, arrastrado por la chica, se sentía incómodo y nervioso, y Paula, al ver la expresión del rostro del chico, no pudo evitar una sonrisa burlona.
Antonio no había bailado nunca, pero aprendió con rapidez. La música, energética y llena de ritmo, hacía que le brotara energía y ganas de moverse.
-Oye, rubito, no te había visto antes.
-Soy nuevo… bueno, ya llevo unos meses…
-¿Sólo unos meses? –la joven se echó a reír. –No eres nuevo, qué va… eres nuevísimo.
-¡¿Que qué?!
La chica le sonrió y continuó dejándose llevar por la música.
-Pero un momento… ¿tú cuántos años tienes? –insistió Antonio. –En realidad, me refiero. No a tu edad física, sino…
-Ochenta y cuatro. –dijo la joven sin inmutarse.
-¡¿Ochenta y qué?! –Antonio puso cara de preocupación.
La joven no pudo reprimir una carcajada.
-Es broma, hombre.
Cuando terminó la canción, todo el mundo aplaudió. En la plaza había gente que bailaba en parejas, otros que bailaban solos, otros en grupo y otros que miraban, todos alrededor del escenario donde se encontraban los músicos del grupo.



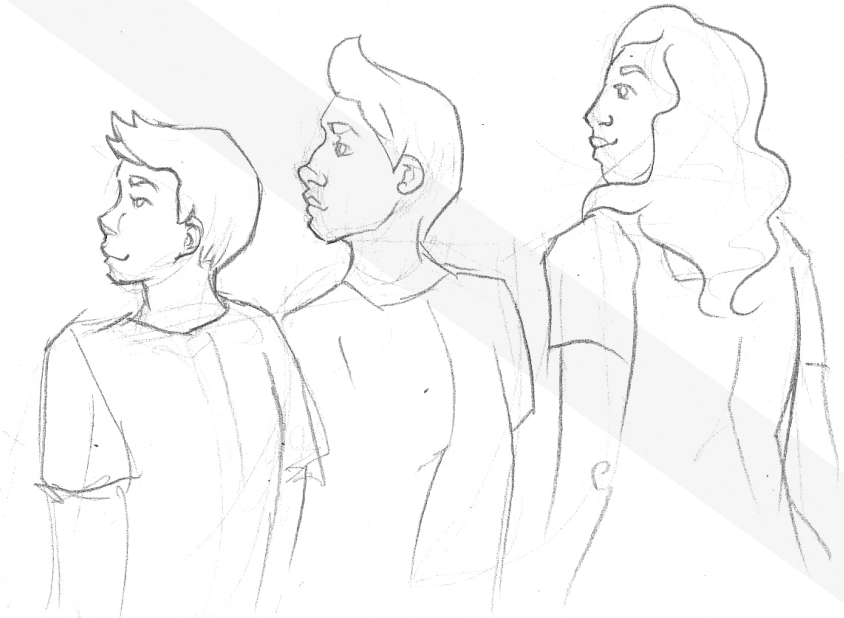
-Muy bien, ahora vamos a hacer un descansito. ¡Volvemos en unos minutos! –dijo el cantante con el micro.
Antonio y la chica bailarina volvieron a donde Paula se encontraba sentada, tomándose un refresco.
-Me llamo Ángeles. –le dijo la morena, presentándose.
-Yo Antonio, un placer.
La chica le dio un beso en la mejilla y se marchó saludándole.
Antonio se quedó un poco parado. Se sentó en el banco sin cambiar la expresión de su rostro.
-Oye, Antonio, despierta. –le dijo Paula, pasándole la mano por los ojos, para que reaccionara.
-Qué, ¿qué pasa?
-Pasar no pasa nada. –le dijo esta riendo. –Anda, toma tu bebida.
-Gracias. –le dijo el chico, y cogió su refresco y la pajita que le ofreció Paula.
-Coca-cola –dijo el chico, saboreando la bebida.
-Sí, Coca-cola. Cuánto tiempo, ¿eh?
Antonio asintió divertido, dando otro sorbo.
-Oye, ¿no quieres bailar? –le preguntó Antonio.
Paula se encogió de hombros.
-No me apetece.
-Pues a mí sí. –dijo el chico, lleno de energía.
Paula lo miró como si estuviera hablando con un marciano.
-Tú no eres Antonio.
-Hoy no. –le dijo el chico, sonriente.
-Pues ve a buscar a "Án-ge-les". –le dijo esta, dando otro sorbo a su bebida.
-Ya se ha ido. –insistió Antonio. –Venga, acompáñame, que me da vergüenza bailar solo….
Paula le cogió la bebida que llevaba en la mano, le destapó la tapita de plástico que cubría el vaso y miró el contenido desconfiada.
-Oye… ¿no se habrán equivocado en la bebida….?

-¡Que no! –le aseguró este. –Venga, va, porfi…
Paula se levantó poniendo los ojos en blanco, y se acercó al escenario seguida de Antonio y de tres chicos más.
-¡Ei, nena, nos habías dicho que no bailabas! –le reprochó un chico.
-Pues mira, me han venido las ganas. –les dijo Paula, sin inmutarse.
Los chicos se miraron y sonrieron.
-Vale, vale… ya lo pillamos, es tu novio, ¿no?
-¿Mi novio? ¿Este zoquete? –les dijo Paula, dándole un capón al pobre Antonio, que no entendía nada. –Estáis de broma, ¿no?
Los chicos se rieron.
-Toma, para ti. –le dijo uno, ofreciéndole un oso de peluche. –Lo hemos ganado en la feria. Nos gusta tirar botellas con las pistolitas, pero no nos gustan los premios.
-Gracias. –dijo Paula, aceptando el regalo.
-Nos vemos, guapa. –le dijo el chico. Y el grupito se marchó en dirección a la feria.
-Oye Paula, que amigos más raros que tienes… -le dijo Antonio.
-Son muy majos. –le dijo Paula, mirando su nuevo peluche.
El grupo volvió con la música y los chicos se pusieron a bailar las alegres canciones que tocaban. Hicieron muchos amigos y conocieron gente del pueblo. Incluso les pareció ver a Marina, su profesora, bailando con unas amigas, y a dos o tres compañeros de clase, de los nuevos temporales. Ya estaba amaneciendo cuando decidieron volver. Lo hicieron con sumo cuidado, para no despertar a nadie. Antonio se tumbó, cansado y sin notarse los pies.
Pero tuvo la sensación de no llegar a dormir una hora siquiera.
-¡Venga, primo, despierta! –le dijo Jandro, poniéndose las zapatillas.
-Voy… -dijo Antonio, intentando incorporarse.
-¿Qué? Anoche estuviste de marcha, ¿no? –le preguntó su primo, con una sonrisa.
-¿¡Me has leído la mente!? –le dijo Antonio sobresaltado.
-No… pero te he oído entrar. –le dijo Jandro. –Tranquilo que no has sido el único. Hoy me he pasado parte de la noche en la terraza, tocando la harmónica, entrenando… y he visto salir y entrar del castillo a montones de…

-¿Entrenando? ¿El qué?-le preguntó Antonio, sorprendido.
-En el pueblo hay un viejo, el sabio Darek, dominante de las técnicas de yudo, taichí, yoga, meditación, etcétera… -le explicó el chico. –Me está enseñando a concentrarme y a aprovechar mi elemento.
-Ah… -dijo el chico, deseando contarle a su primo lo de sus entrenamientos con Carmen, pero su maestra le había hecho prometer que no se lo diría a nadie.
Los dos chicos se marcharon hacia el campo de entrenamiento, para dar la clase.

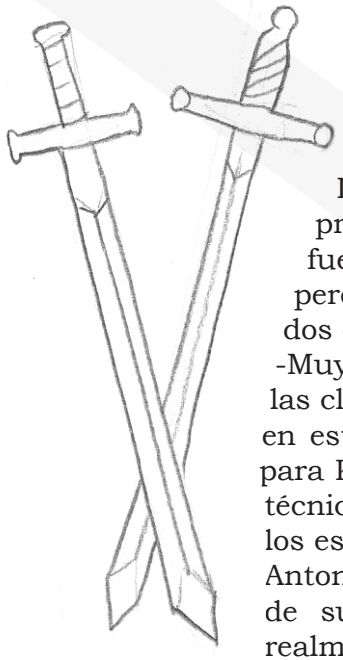
5
Por el bien de todos

-Bien, chicos, preparaos porque la clase de hoy…
-Ejem. -La pelirroja cortó a Alice, que se disponía a dar una buena conferencia.-La clase hoy la doy yo.
-Pero… ¿cómo? –Alice estaba realmente sorprendida.
-Me lo dijo papá. –le informó Carol en tono burleta.
Alice se sentó en uno de los bancos ofendida. Los alumnos estaban acostumbrados a las continuas peleas de ambas hermanas por dar la clase. Antonio estaba sentado en el suelo, entre Jandro y otro chico llamado Iván, un nuevo temporal.
-Bueno, chicos, esta clase la vamos a dedicar a los elegidos, sus elementos y el poder del tiempo. Esta clase es súper importante, así que prestad atención. –les aseguró Carol, con una sonrisa. –A ver… cómo empiezo…



-Eres un desastre como profesora. –le espetó Alice, con los ojos cerrados.
-¡Cállate! –le gritó la pelirroja. –Esto… sí. Bueno, como os iba diciendo, empezaremos por el pozo de las sombras. ¿Alguien sabe lo que es?
Paula y Kiara, la despistadilla, levantaron la mano al unísono.
-Lo podéis decir entre las dos. –dijo Carol, halagada por el interés y atención que ponían sus alumnas.
-Pues el pozo de las sombras es el lugar en el cual se abre o se cierra el tiempo… -empezó una.
-…se encuentra en el centro del desierto Sands y actualmente está en poder de los Shinenses seguidores de la oscuridad, es decir, en los terrenos de Kosh. –acabó la otra.
-Excelente –les apremió Carol. –Como todos sabéis, hay personas cuya ambición puede con ellas y quieren poseer el poder del tiempo para ser diferentes, poderosas y controlar la Tierra. Se creen un Dios o algo por el estilo. A esa gente le da igual lo que piensen los demás, si se condenan a no existir o no, etcétera… esa clase de personas quieren que el tiempo esté abierto. Pero que el tiempo se abra es un peligro, tanto para los de la Tierra, que viven sus vidas con normalidad, como para los temporales, que están condenados a no existir. En la última era, el elegido poseedor de la oscuridad se prestó voluntario para cerrar el tiempo, porque acabó controlando su poder. Ese hombre, llamado Rahel, es el padre de Kosh. Kosh-Herg, poseedor de la oscuridad, lo tenía todo planeado. Él le quitó el reino a su padre Rahel, él abrió el tiempo en esta era, y él, gracias a la información de uno de los elegidos de la antigua era, sabía dónde se iba a abrir el tiempo en esta y hizo lo posible para conseguir ser el elegido del elemento oscuro. Su misión: dominar la Tierra. Nos llegaron noticias de que ha colocado fuentes de oscuridad repartidas por todo el planeta. De esas fuentes salen los espíritus, una buena manera de repartir la oscuridad por todo el mundo. Se rumorea que las fuentes se encuentran en las ocho maravillas, monumentos muy importantes y bellos

situados por todo el planeta. Afortunadamente, los elegidos han “purificado” la primera fuente oscura, que se encontraba en Paris. ¿Alguna pregunta?
Antonio levantó la mano, cosa rara en él.
-¿Cómo es que un elegido de la anterior era le prestó información a Kosh? ¿Y por qué ese elegido sabía dónde se iba a abrir el tiempo en esta era?
-Esa información es más avanzada, pero os lo explicaré. –dijo Carol, sintiéndose una maestra de verdad. –Mi padre me ha contado que el elegido poseedor del poder del psíquico, cuando cierran el tiempo, tiene una visión del lugar donde se va a abrir la próxima vez. Eso ha ayudado durante muchos siglos a los Shinenses, porque cuando alguien abría el tiempo, sabían por qué lugar buscar a los elegidos. Pero en la era pasada, mi padre y los demás intentaron dar con el elegido del psíquico, pero no lo consiguieron. Testigos cuentan que en el momento en que el tiempo se cerró, un ejército de shinenses controlados por la oscuridad secuestró a la mayoría de elegidos de la tercera era. Lo demás ya no lo sé…
Alice miró a su hermana sorprendida, porque eso ni ella lo sabía siquiera. Era consciente de que su hermana se pasaba noches hablando con su padre acerca de los elegidos, ya que le gustaba el tema, pero no esperaba que supiera tanto.
-Bueno, continuemos. Por favor, poneos por grupos los que ya sepáis cuál es vuestro elemento. Los del fuego aquí, los del agua allí, venga, venga. –les ordenó Carol. –Los que aún no lo sepáis porque no se ha manifestado iros con Alice, que os dará algunos consejos.
Pasaron el resto de la mañana intentando controlar su elemento. Antonio estaba solo en el grupo. Ninguno de los temporales que se encontraba allí poseía el elemento de la luz. Jandro iba con tres más, y Paula con cuatro compañeros.
Las clases terminaron y Antonio, después de comer, se preparó para el entrenamiento. Apenas estaba atardeciendo y Antonio ya se encontraba plantado en la colina con su capa y su vara de madera.



-Qué puntualidad –le dijo la voz de su maestra. Carmen acababa de llegar.

–Hoy practicaremos técnicas de espada.

La niña llevaba una vara larga en su mano. Los dos se colocaron uno enfrente de otro, preparados para luchar. El entrenamiento fue intensivo, y Antonio terminó agotado, pero consiguió desarmar a su maestra en dos ocasiones.

-Muy bien, vas mejorando. –le apremió. –Si en las clases de mis hermanas vas tan bien como en estas, seguro que serás un enemigo difícil para Kosh y los suyos. Te digo esto porque las técnicas de lucha poco te van a servir contra los espíritus.

Antonio se quedó pensativo ante las palabras de su maestra. Quería asegurarse de que realmente la luz fuera su elemento. Así que, una vez acabado el entrenamiento, muy convencido, se acercó a la muralla andando. Aprovechó el cambio de guardias y se escapó de la aldea cruzando el muro que la protegía. No quiso alejarse mucho por miedo a que le atacaran demasiados espíritus, pero realmente quería comprobar si la luz era su elemento. Dio unos pasos y, tal y como esperaba, dos espíritus se acercaron a él. Extendió su mano y se concentró en el punto donde creía él que emanaba su fuerza. Nada. Los espíritus se acercaban. Entonces pensó que había sido un idiota por adentrarse en el desierto sin permiso y sin avisar a nadie. Creía que iba a morir, y pensó en sus amigos, en su primo recién encontrado, en la noche anterior con Paula, en las hermanas profes y su maestra. Abrió los ojos, unos ojos de color blanco. Extendió su mano y un rayo de luz atravesó a los espíritus, convirtiéndolos en arena. Salió una bola blanca, que debía ser el alma de la persona a la que habían atrapado. Salió la bola negra de la que Juanjo les había hablado, la que volvía a por otro

humano a la Tierra. Pero esta bola negra, atacada por la luz proveniente de Antonio, se desintegró, como ocurrió la otra vez que estuvo en el desierto con su primo.

Emocionado, regresó corriendo a la muralla, perseguido por unos tres espíritus más, y se metió en la muralla, cerró la puerta con fuerza y se quedó apoyado en la madera, jadeando. Los guardias volvieron con un café en la mano.

-Chico, ¿qué estás haciendo aquí? –preguntó uno de los ellos.

-Na… nada. Adiós.

Antonio se marchó corriendo antes de que pudieran matarlo a preguntas. Se sentía muy bien, porque ralamente sabía que su elemento era la luz. Le hubiera gustado contárselo a sus profesoras, pero no quería que supieran que había salido al desierto sólo. Por tanto, no les dijo nada. Sin embargo, en la siguiente clase, afirmó muy convencido que su elemento era la luz y que el punto de donde le provenía la energía era la felicidad, dejando a los demás chicos y a las tres hermanas boquiabiertos.

La cena de esa noche volvió a ser lujosa, llena de invitados, platos, comida, risas, música y fiesta. Pero esta vez Antonio se quedó hasta el final, esperando el momento del discurso de Juanjo.

-Queridos shinenses, renegados. –les saludó, levantándose de su silla. –Esta noche celebramos las nuevas noticias que nos han llegado desde la Tierra. Hace un par de días cayó la primera fuente oscura en París. Hoy me alaga comunicarles que ha caído otra en Perú, situada en el famoso Machu Pichu.

La gente aplaudió. Juanjo pidió silencio con la mano.

-Sabéis muy bien que sólo se puede destruir la oscuridad de Kosh, tanto las fuentes oscuras como a los espíritus, con el elemento de la luz muy desarrollado o los mismos elegidos con las armas legendarias. Hoy nos ha llegado la maravillosa noticia desde el ejército de espías que ha sido enviado a explorar por las nueve zonas elementales de Shien, que las armas legendarias han desaparecido. Todas excepto dos. Y como ya saben, esas armas no las puede robar Kosh, ni cualquier otra persona, ya sea de su bando o del nuestro,

porque sólo las puede empuñar el elegido que posea el elemento que la caracterice.
Juanjo se quedó mirando las caras que ponían los chicos temporales nuevos.
-Alice, querida. –llamó a su hija.
-¿Sí, papá? –dijo esta, que estaba sentada a su derecha, luciendo un bonito vestido de un color dorado.
-Mañana les haces clase de Geografía, ya me entiendes. –le dijo el padre.
-Genial. La geografía de Shien es mi fuerte. –dijo mirando de reojo a su hermana Carol. Esta le sacó la lengua.

Esa noche estuvieron hablando su primo y él. Decidió contarle lo de su aventura de esa misma tarde a su primo, porque no quería ocultarles nada en secreto a sus amigos, excepto lo de los entrenamientos, pero eso era diferente, porque le había prometido a su maestra que no se lo contaría a nadie.
-Jandro. Tengo algo importante que decirte.
-Pues, venga, suéltalo.
-Pero es que… no quiero decirlo en voz alta. –le confesó Antonio. –Léeme la mente.
-¿¡Qué!? ¿Cómo que te lea la mente? –le dijo su primo confuso.
–No puedo controlar mi elemento a mi gusto, ¿sabes?
-Oye, te será más fácil porque yo pondré la información muy clara en mi cabeza, pensaré en ello intensamente para que tú lo puedas apreciar con poco esfuerzo. Venga, inténtalo, te servirá como entrenamiento. –le apremió Antonio. Jandro se lo pensó un poco y accedió. Cerró los ojos; Antonio también. El rubio se concentró en pensar única y exclusivamente en su excursión al desierto, y el moreno se concentró en sacar su elemento y meterse en su mente. Le costó varios intentos, pero finalmente lo consiguió. Antonio sintió como si le sondearan por dentro. Quiso seguir pensando en eso pero aún así se le escapó alguna imagen de su maestra en el entrenamiento y de la chica llamada Ángeles que conoció la anterior noche en la plaza.
-¡Ahí va! ¿Has hecho eso? –le preguntó Jandro, sorprendido.

-¿El qué?
-Destruir esos espíritus.
-Sí –dijo Antonio, agachando la cabeza.
-Oye, eso está muy mal, no lo vuelvas a hacer. Yo te vi usando el poder de la luz y no tenía ninguna duda sobre si tú poseías el elemento o no. Deberías habérmelo consultado. De todas formas, no vuelvas a salir, y menos solo, es muy peligroso.
-Lo… lo siento.
-Por cierto, ¿quién era esa chica?
Antonio sintió como si le oprimieran el corazón. Había descubierto sus entrenamientos con Carmen, y le sabía profundamente mal habérselo mostrado a su primo sin el consentimiento de su maestra, y temió que ya no quisiera entrenar más con él.
-La chica esa que te ha dado un beso, chaval. –le dijo al mirar la cara de horror de su primo.
-¡Ah! Esa… se llamaba Ángeles. –le dijo el chico, aliviado.
-Vaya… así que ligaste y todo anoche.
Antonio no le hacía caso. Estaba tan contento de haberle contado a alguien lo de su salida… Ahora podría dormir tranquilo. Aunque eso le costó las continuas bromitas de su primo acerca de esa Ángeles, pero no le importaba, se sentía desahogado y mucho mejor.

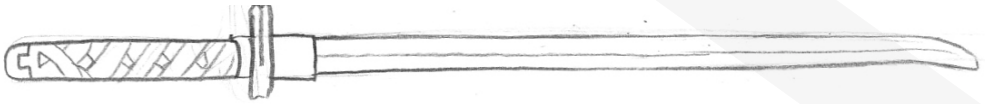
Hacía un día radiante y los chicos ya se encontraban en el campo de entrenamiento, donde daban sus clases todas las mañanas.
-Bien, por dónde empezar… -dijo Alice, mirando al grupo de chicos que cada día crecía en número con la venida de nuevos temporales. –Shien es un país que se encuentra en otra dimensión. No existe. Al igual que ninguno de nosotros existe ahora en este momento, hasta que no se cierre de nuevo el tiempo, claro. Mi tarea de hoy es explicaros un poco sobre la geografía de Shien.
Carol se levantó de los bancos de piedra que rodeaban el campo y se descolgó un tubo de cartón que contenía un mapa enrollado. Lo sujetó de un extremo, y Marina del otro.

Alice se colocó enfrente del mapa, de modo que ella y el mapa quedaban de cara a los alumnos.
-Bien. ¿Veis esta zona de aquí? –comenzó Alice, señalando toda una explanada desierta. El mapa era muy antiguo, lleno de letras en latín, perfectamente escritas en un estilo gótico, pintado a mano. El lugar señalado por Alice se situaba al centro del mapa. A cada lado de la explanada había una especie de círculos que rodeaban diferentes zonas, muy distintas entre sí. –Esto es el desierto Sands, y este punto rojo es el pozo de las sombras, al centro del desierto, o, mejor dicho, al centro de Shien.
Desplazó el dedo hasta una zona situada en el sur. Se trataba de un pueblo rodeado de una muralla.
-Este es el rincón de la frontera, también conocida como Kandem, lugar donde los renegados nos refugiamos. La construyó el elemental de la tierra. Shien está dividido en varias partes. Cada una corresponde a un elemento. Cada elemento creó su parte. ¿Entendéis? El desierto es neutro, es de todos y no es de nadie. Bien, tenéis que saber que en cada parte o aldea elemental de Shien se guarda un arma legendaria que le corresponde al elegido que posee el elemento propio de cada aldea. Ayer nos llegó la noticia que las armas habían

desaparecido de las zonas, incluyendo la del monte Urol, el monte más importante de esta aldea, donde se guardaba el arma legendaria del elemento tierra. Sólo un verdadero elegido poseedor del elemento terrestre podría haberla empuñado. Bueno, seguimos, que me enrollo como las persianas. –Alice cambió de sitio su dedo, dejándolo ahora sobre un bosque en forma de pentágono. –Este es el bosque de las hadas, correspondiente al elegido de la naturaleza. Muy bonito y espectacular, pero desafortunadamente está en posesión de Kosh, al igual que el resto de las zonas.
Alice fue señalando otros sectores, uno a uno.
-Este es el mar Neptuno, situado al oeste de Shien. Este es el Volcán Ígneo, del elemento del fuego. Aquí se encuentra el límite absurdo, del elemento del psíquico. Es el precipicio que separa la zona de la luz de la de la oscuridad. Estos son los restos ferrosos, que se encuentran en el pie del volcán, producidos por la cantidad de hierro que contiene el magma, del elemento controlador del magnetismo y la electricidad. Estas son las Ruinas Amitto, esta es la Cúpula helada y este es el Monte Crepuscular, o el Monte Alfa, correspondiente al elemental de la luz. Justo enfrente se encuentra el Valle Oscuro, o el Valle Omega…
-El valle donde se encuentra Kosh…. –murmuró Antonio, sin darse cuenta que hablaba en voz alta.
-Muy bien. Es el lugar donde Kosh tiene su base, su castillo, aunque se ha hecho con casi todas las zonas. ¿Alguna preguntilla? ¿No? Pues venga, con esto doy por finalizada la clase de hoy.
Los alumnos se disponían a salir, todos al montón.
-¡Esperad! Por favor, ¡silencio! –gritó Alice. –Se me olvidaba. Vamos a partiros en tres grupos para las clases prácticas, sino va a ser un lío. Los que ya sepan o crean cuál es su elemento, que vengan conmigo. Los que lo estén intentando encontrar, que vayan con Marina, y los que habéis venido nuevos estos tres últimos días, con Carol. Ahora sí, ya podéis marcharos.
Esta vez Antonio iba en el grupo de los que lo sabían, y se sentía realmente seguro de pertenecer a él.
Pasaron cuatro semanas más. Cada mañana se reunía con

su grupo, que lo formaban su primo Jandro, con el elemento del psíquico, Paula, con el agua, Iván, con el viento, una niñita con la tierra y él. En esa última semana se habían unido al grupo la despistadilla de Kiara, con la naturaleza, y Alfonso, un chaval que decía controlar unas llamitas de fuego. Alice era la profesora, y hacia su trabajo muy bien. Por las tardes entrenaba con Carmen, que le estaba enseñando técnicas con una katana de verdad, japonesa, que le regaló su tío en la Tierra. Por las noches, Juanjo les había dado permiso para salir, y él y los demás daban vueltas por el pueblo, que se alzaba en fiesta.

Esa misma noche se encontraban paseando por la calle



principal del pueblo, llena de luces brillantes, adornada con banderitas de todos los países. Las calles estaban pintadas y llenas de plantas, llenas de carritos de helados, de tiendas de palomitas y de muchas otras cosas.

Antonio iba con su primo, con Paula y con Kiara, que le explicaba a Paula muy emocionada como supo que su elemento era la naturaleza.

-Siempre me ha gustado la Física. ¡Y las Mates, claro! La naturaleza depende de las leyes naturales. Toda la Tierra, el sistema solar, las galaxias, todo el universo se rige por las mismas leyes. ¿No te parece que eso nos une y nos relaciona con todo el espacio? Es genial. Cuando tropecé y caí de la torre creí que me iba a morir. Fue terrible, pero de repente creció del suelo una planta que frenó mi caída. –le explicaba.

-Vaya… que guay. –le decía Paula. –Es genial esto de los elementos. Pero… ¿a ti no te gustaba dibujar?

-¡Claro que sí! ¡Me encanta dibujar! El dibujo y la Física componen mi vida. –le dijo en tono poético.

-Oye, Toni, vamos a comprarnos algo. –sugirió Jandro. Los chicos se acercaron a uno de los tenderetes. Paula y Kiara se

compraron un algodón de azúcar. Jandro una Coca-Cola, y Antonio una manzana bañada en azúcar. Llegaron a la plaza y se sentaron en un banco. La banda sinfónica de Shien estaba dando un concierto. Después de la primera parte salió el presentador a decir unas palabras:

-Buenas noches shinenses. ¡¡¡Quiero oír ese lema de las fiestas "Hay esperanza"!!! Los elegidos han terminado con otra de las fuentes oscuras de Kosh, situada en España. ¡Que se levanten los de España y salten de alegría!

Los chicos se miraron. Todos menos Kiara, que era italiana. Era realmente genial convivir con gente de otros países y poder comunicarse a la perfección, gracias al primer elemental del psíquico, que permitió que en Shien la gente pudiera hablar, pero de una forma en que todos se entendían. Hablaran en el idioma que hablasen, en la cabeza de uno mismo sonaba a su lengua. Antonio estaba maravillado, ese país era asombroso, sobretodo porque el tiempo no estaba pasando y eso es lo que más le fascinaba.

Unos chavales se levantaron agitando con entusiasmo la bandera española.

-¡Genial! Y ahora, para celebrar este magnífico evento de "auto movilización" de los elegidos, ¡la aldea del sur de Shien, Kandem, va organizar un torneo espectacular! Temporales, es la hora de ver realmente lo que sois capaces de hacer sin vuestro poder temporal, sólo con vuestro poder temporal reflejado en el control de vuestro elemento y con los puños. –gritó el presentador, emocionado. -Os veo entusiasmados. Podéis inscribiros en el concurso en la plaza del pueblo. Si queréis saber más sobre las bases y reglas de la competición visitad el castillo, donde Juanjo os recibirá con los brazos abiertos. ¡¡Un aplauso por nuestro Juanjo!! ¡El mejor líder de todo Shien!

Los chicos aplaudieron eufóricos junto con el resto de la gente. Después de la segunda parte de la orquesta montaron en la plaza un escenario con muchas luces y actuó "El sabor del sábado noche", un grupo de jóvenes de Shien que debutaban

esa misma noche. Fue un éxito. Isabel, la cantante, hizo estremecer a todo Shien con su voz. El ritmo de la noche tomaba vida tras las notas grabadas en los pentagramas, la marcha de la batería, los solos de guitarra y la continua intervención del bajo. Fue una velada inolvidable.
Cuando Antonio llegó a su habitación se dejó caer en su cama y se durmió mientras su primo se ponía el pijama. Compartía la habitación con Jandro, con Iván, el chaval de su grupo, y con Alfonso, un chico muy majo que también iba en su grupo y que era una verdadera máquina en las clases. Superaba todas las pruebas, tanto teóricas como prácticas con un diez de diez. Pero estos dos chicos aún no habían regresado a su habitación.
Después de las clases de la mañana, Jandro, Paula y Antonio decidieron ir al pueblo antes de regresar al castillo. Tenían que darle un mensaje a la hornera de parte de Juanjo. El horno de Shien, llamado "San Roque", se situaba por el centro de la aldea. Era famoso en todo el pueblo por sus riquísimos bizcochos, "cocas de aceite", rosquillas y merengues. Le encargaron la cantidad de pan que Juanjo les había indicado y se dirigieron hacia la plaza, el lugar más popular de toda la aldea.
En la plaza había unos chicos mayores que ellos, al menos físicamente, deslizándose por los bancos y rampas de la plaza con el monopatín. Era un espectáculo diurno y la gente, cargada con las bolsas de la compra, las dejaba en el suelo para aplaudirles.
-¡Eh, chavales! –les gritó un chico desde el otro lado de la plaza. Se trataba de Marcos, un temporal que vivía en el castillo, en una habitación cercana a la de Antonio y los demás. Era bastante alto, con el pelo castaño oscuro y corto, excepto las puntas del final, que se las había dejado largas de modo que se rizaban cubriéndole la nuca. Su piel era muy morena, de un color bronceado, y sus ojos oscuros. Era muy atractivo. Vestía una camiseta blanca con varios letreros de manga corta y unos piratas vaqueros.

Los chicos rodearon la plaza para no interrumpir el espectáculo.
-¡Marcos! ¿Qué tal, tío? –le dijo Jandro, dándole una palmadita en la espalda.
-Bien. Aquí estoy, que me acabo de apuntar al torneo.
-¿Qué torneo? –preguntó Antonio.
-El torneo ese que van a celebrar. ¡Venga ya! No me digáis que no sabíais nada. –dijo Marcos con una sonrisa, mostrando sus dientes ordenados, gracias al corrector que llevaba, que era disimulado pero le brillaba al sonreír y le hacía sesear levemente. –Yo me acabo de apuntar.
-Pero si no sabes aún cuál es tu elemento. –le dijo Paula, confundida.
-Bueno, ya, pero tengo esto. –le dijo a la joven, mostrándole los puños. -Voy a arrasar.
-Anda ya. –le dijo Jandro, sonriéndole. -Venga, nos vemos.
-¿Pero no os apuntáis? –se quejó el chico. –Va, sólo tenéis que escribir vuestro nombre y apellidos en ese papel de ahí.
El chico señaló una hoja colgada en la pared, donde habían garabateados algunos nombres. Al lado había un bolígrafo enganchado a la mesa mediante un muelle.
Jandro se acercó y escribió su nombre.
-Primo, qué dices, ¿te apunto?
-Bueno… –dijo Antonio, sin mucho entusiasmo.
-Va Paulita, tu también. –le apremió Jandro.
-Yo no voy a…. ¿Qué? ¿Cómo se te ocurre escribir mi nombre ahí? ¿Estás loco?
-Va, calla. Seguro que lo haces fenomenal. ¿Qué dices, Antonio?
Antonio se había quedado paralizado al leer el contenido escrito de la hoja. Paula puso su mano en medio de los ojos del chico y del papel pero este no desvió la mirada.
-Toc, toc. ¿Hay alguien ahí? –le dijo, propinándole unos golpes suaves en la cabeza
-Tim… Tim se ha apuntado al torneo. Estamos perdidos. –dijo con un hilo de voz.
-Nos hemos apuntado para divertirnos, ¿eh? –les dijo Jandro. –Y si vemos que va mal la cosa, nos salimos del ring y a

casita. ¿Qué vamos a perder por intentarlo? El premio no está mal.
-Supongo que tienes razón. –le dijo Antonio.
Marcos, que estaba hablando con un par de chicos del pueblo, se despidió de ellos con un gesto de cabeza y los chicos regresaron al castillo.

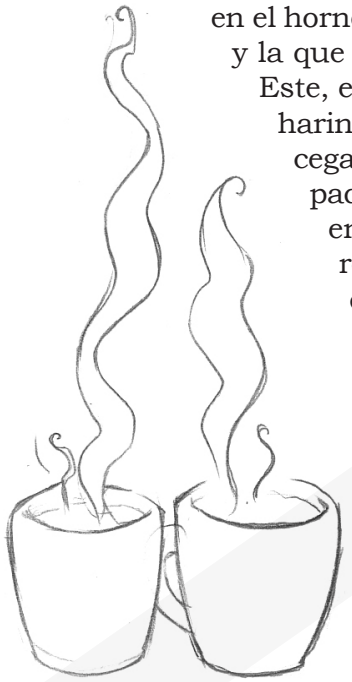
Antonio se acostó a las once y media. Estaba cansado de tanta fiesta y quería recuperar sueño. A las doce en punto un frío glacial le invadió por completo. Antonio, temblando, se levantó en busca de mantas. Las tenía guardadas en un armario de la habitación, pero no las había usado en todo el tiempo que llevaba viviendo allí. Consultó la fecha en su calendario. Teniendo en cuenta que ya pasaban unos minutos de las doce estaban ya en el 24 de Diciembre. El chico se cubrió con las mantas, tiritando. Sólo estaba él en la habitación. Se acomodó en su lecho calentito, y, acurrucado, consiguió conciliar el sueño.
-¡Antonio! ¡Primo! –la voz de Jandro le sacó de sus sueños. – ¡Mira esto! ¡Ha nevado!
Antonio se incorporó sobresaltado. Era verdad. La arena del desierto, que normalmente era un manto dorado por las mañanas, ahora se había transformado en una alfombra blanca de nieve.
-¿Y eso? –preguntó Antonio. –Si ayer por la tarde iba yo con manga corta. ¿A qué viene este frío?
-¿No lo sabías? –le dijo su primo, que llevaba una chaqueta encima del pijama. –En Shien, durante todo el año, hace un tiempo esplendido. Vamos, que es verano constantemente. Pero hay una semana, del 24 de diciembre al 1 de Enero en que hace mucho frío. Lo idearon así los elegidos que formaron Shien. Es en honor al invierno de la Tierra. Parece ser que el elegido del hielo era de Inglaterra y lo hizo coincidir con las fechas en que nosotros celebramos la navidad.
-Vaya… -dijo Antonio. Sus ojos se iluminaron. – ¡Qué guay!
Los chicos fueron en busca de chaquetas y ropa de invierno. Juanjo les había preparado unas mudas en la salita donde

jugaban al ajedrez, justo debajo de las habitaciones. También había colocado un bonito árbol de navidad en un rincón de la sala.
Antonio se colocó dos jerséis de punto y una chaqueta encima. Se puso una bufanda, un gorro de lana y salió, junto a su primo, a los jardines del castillo.
Una helada bola de nieve le dio en toda la cara.
-¡Perdóname Toni! -le gritó Kiara, que parecía ser la causante del impacto de nieve. -No iba para ti.
-¿Y entonces para quién iba? -preguntó Jandro, con una sonrisa.
-¿De verdad quieres saberlo? -Kiara le lanzó una bola más grande a Jandro. Este, que ya se lo esperaba, la esquivó con un rápido movimiento y le lanzó dos bolas más. Paula entró en escena y le lanzó un cubo de nieve a Antonio. El chico, cubierto de blanco, cayó al suelo. Kiara le colocó una zanahoria en la boca.
-Pau, ya tenemos muñeco. -le dijo entre risas.
Los chicos se quitaron la nieve de encima.
-Esta noche es noche buena...
-...¡y mañana navidad!
-Jandro, que te calles, que estoy hablando yo. -le dijo Kiara, lanzándole una nueva bola.
-Lo que quiere decir Kiara es que Juanjo ha organizado una cena especial. -aclaró Paula, sonriendo.
-Maldita Paula, que lo quería decir yo...
-Bueno, chicos, disculpadme. -dijo Antonio, levantando las manos en son de paz. No quería recibir otra bola inesperada.
-Me voy al pueblo un momento, ¿eh?
-Te acompañamos.
-No hace falta, de verdad. -dijo Antonio, que quería ir solo.

-¡Nos vemos a la hora de comer!
Antonio salió corriendo y se despidió con una sonrisa. Tenía que comprarles un regalo a sus amigos. Al menos, sus abuelos y él lo hacían así todas las navidades.
Se paseó por todas las tiendas del pueblo, que no eran muchas. A su primo le compró una daga muy chula que vio en casa del herrero, y se la empaquetó junto con un gorro de lana con unas orejeras de ciervo. Se burlaría un poco de él cuando se lo pusiera. A Paula le compró una funda para su flauta, la que le regalaron sus padres, que se había llevado consigo a Shien, y una pulsera que le gustó. En el caso de Kiara no tuvo que pensárselo mucho. Cogió un libro sobre los agujeros negros de un tal Stephen Hawking y un cuaderno de dibujo, porque el que usaba lo tenía casi lleno. A las tres hermanas les compró una caja de bombones en el horno "San Roque". Le quedaba la persona más difícil... su maestra Carmen. Se lo pensó unos cinco minutos sentado en los bancos de la plaza, hasta que se le ocurrió una buena idea. Se fue a la tienda de Elisa, que vendía un poco de todo, y compró un bonito peluche de un oso marrón. Seguro que le fastidiaría bastante. Antonio no pudo reprimir una sonrisa cuando lo envolvió. Se quedó sin una moneda shinense en el bolsillo, pero no le importó. Ya buscaría algún trabajillo por el pueblo.
Llegó al castillo muy contento. Después de comer se fue con Kiara a la salita, y esta le ayudó a hacerle un dibujo a su maestra.
A las cinco de la tarde salieron los dos hacia los jardines. Allí estaba Jandro, tocando la harmónica, sentado en un banco.
-Primo, te vas a congelar. -le dijo Antonio, acercándose a él.
-¿Y Paula? -preguntó Kiara, buscando a la chica con la mirada.
-Creo que se ha ido a buscaros. -le dijo Jandro, guardando su harmónica.
-Jandrito, creo que tenemos una guerra de bolas pendiente. -le dijo Kiara, con una sonrisa maliciosa.
-Pero si esta mañana has terminado sepultando al pobre Iván...
-Por eso. -le dijo la chica. -Con él ya he terminado. Pero

contigo aún no.
-Pues creo que podríamos cambiar un poco el escenario de combate.-le dijo Jandro, con su típica sonrisa. -¿Qué tal si medimos nuestras fuerzas en una carrera de esquís?
-¿Se puede esquiar aquí en Shien? -A Kiara se le iluminaron los ojos.
-¿No lo sabías? Esta mañana, los renegados han estado habilitando unas pistas de esquí, cerca del monte Urol, donde todos los años, por estas fechas, practican el deporte. -le dijo Jandro -¿Qué, te vienes a esquiar?
-Eso no se pregunta. -le dijo Kiara, emocionada. -¡Antonio, vamos!
-Yo no sé esquiar. -dijo el rubio. -Nunca he ido a la nieve.
-Pues ve a buscar a Paula y veníos a las pistas. Una vez allí ya te enseñaremos.
Antonio se recorrió todo el castillo buscando a Paula. Al final la encontró sentada en un sillón de una de las salas del primer piso.
-¡Paula!
-Buenas. -dijo la chica, poniéndose en pie. -Os estaba buscando. Sólo que ya estaba cansada de dar vueltas por el castillo. ¿Y los demás?
-Kiara y Jandro se han ido a esquiar. -le dijo Antonio.
-Pues a mí, más que esquiar, me apetece tomar un chocolate caliente.
-Pues, en ese caso, vamos a la cocina. -le dijo el chico. -A mí también me apetece bastante.
Los chicos entraron en la cocina, que, para su sorpresa, estaba vacía. Los cocineros habían colocado un cartel en la entrada. "Servíos lo que queráis". Paula le explicó que los cocineros dejaban esa cocina a la disposición de los habitantes del castillo porque ellos se trasladaban a una cocina mucho más grande situada en el sótano que sólo usaban los días especiales, tales como el día de Noche Buena, en fin de año o el día de Acción de Gracias, para preparar grandes y exquisitos manjares.
-Nos tocará hacérnoslo.
Sacaron leche, cuencos, chocolate en polvo. Encontraron también botes de nata, bizcochos, azúcar, harina, y un montón de ingredientes más.

-Oye, tengo una idea. -le dijo Paula, al ver de todo el material del que disponían. -¿Qué tal si hacemos un pastel?
-No sé lo que saldrá… pero no perdemos nada por intentarlo.
Cogieron huevos, harina, levadura, azúcar y leche, y empezaron a mezclarlo todo en un cuenco. No se guiaban por ninguna receta ni por nada por el estilo. Ponían los gramos de cada ingrediente que les daba la gana y lo mezclaban todo.
Paula sacó de un armario una botella de whisky.
-¿Pero qué haces? -preguntó el chico, alarmado.
-Unas gotitas de esto le dará un buen sabor.
-Pero si has puesto media botella…
Antonio le echó dos cucharadas de azúcar.
-¡No le eches más!
-Una buena tarta tiene que estar dulce. -le dijo el chico, guiñándole un ojo.

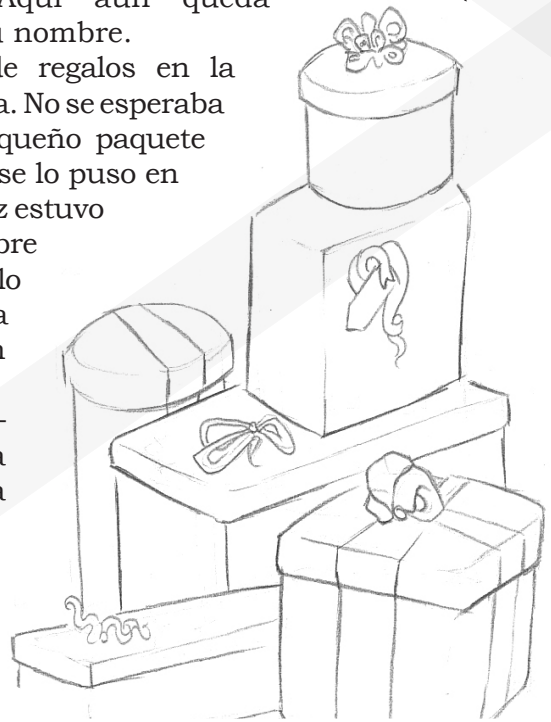


Paula cogió la batidora y montó un paquete de nata que había en la despensa. Antonio colocó la masa en el horno. Paula guardó la nata en una bandeja, y la que le sobró se la lanzó al chico en la cara. Este, en revancha, cogió un paquete entero de harina y se lo lanzó a su amiga. La chica, cegada por el polvo blanco, le lanzó otro paquete medio lleno que tenía sobre la encimera. Antonio notó como la harina le resbalaba por el pelo y por la cara. Quiso quejarse, pero de su boca sólo salió un humo blanquecino.
El horno emitió unos pitidos. Paula sacó lo que debía ser la base de la tarta. La rellenó con chocolate que había estado preparando antes y por encima le colocó la nata. Antonio le puso una guinda en el centro.
-Qué chula nos ha quedado, ¿eh? -dijo muy satisfecho.
-Sí. -dijo Paula. -Pero yo no me la

pienso comer. Quédatela tú y regálasela a quién quieras.
-¿De verdad que no la quieres?
-Quita, quita. -le dijo Paula, riendo. -Eso es veneno.
-Vale, creo que ya se ha quién se la puedo regalar. –murmuró Antonio con una sonrisa maliciosa.
-Bueno, ¿nos tomamos el chocolate caliente o no?
Los chicos se sirvieron una buena taza de chocolate, limpiaron un poco la cocina, guardaron las cosas y se fueron derechitos a darse un baño. Parecían personajes cómicos sacados de alguna película de risa.
Esa noche cenaron muy bien y se fueron pronto a dormir.

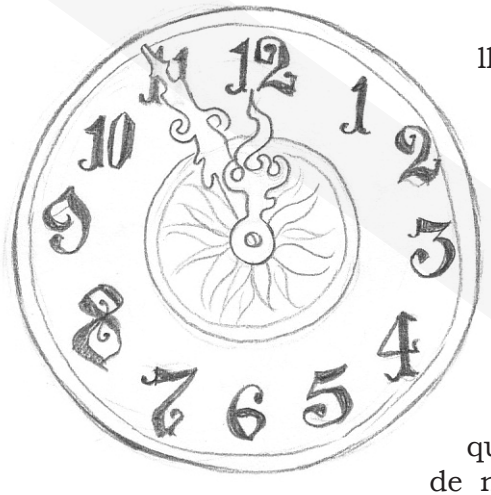
-¡Primo, despierta! -le gritó Jandro desde el piso de abajo.
-¡Tienes un montón de regalos!
Antonio bajó descalzo las escaleras de caracol. Debajo del árbol de navidad había un montón de paquetes envueltos en papel de varios colores. Su primo llevaba puesto el gorro de ciervo que él le había regalado. En las manos sujetaba una daga y la contemplaba emocionado.
-Por cierto, muchas gracias por los regalos. -le dijo con una sonrisa sincera. -Me han gustado muchísimo.
Antonio le devolvió la sonrisa y se dispuso a buscar los suyos. Tenía un montón. Primero destapó el de su primo, a petición de él. Se trataba de una katana chulísima.
-Primo, pero… ¿cómo lo has sabido? -Antonio estaba un poco nervioso. Temía que su primo se hubiese enterado de los entrenamientos con Carmen, ya que hacía unos días que su maestra había empezado las lecciones de manejo de la espada. -¿Cómo sabías que yo quería una katana?
-No lo sabía. Darek me ofreció dos, y yo tuve el presentimiento de que te gustaría.
-Eres el mejor.
Antonio desenvolvió el resto de regalos, emocionado. Paula le había comprado una sudadera muy chula y una pulsera dorada en forma de una gruesa cadena. Se puso la sudadera encima del pijama y la pulsera en la muñeca izquierda. Abrió

el de Kiara. Se trataba de un cubo de Rubik en el que había adjuntado una nota: “Si consigues hacerlo en menos de una semana… te daré otro regalo.”
-Imposible– pensó Antonio, dejando el cubo a un lado. Pronto descubrió otro regalo más pequeño al lado. En él se escondían un montón de chocolatinas con un dibujo en el que salían él y Kiara sonriendo. Antonio no pudo evitar que se le escapara una risita.
También recibió otros regalos, como el de Tim, que se trataba de un libro sobre la historia de Shien y una bolsita pequeña de cuero en forma de colgante.
Paula y Kiara subieron de desayunar cargadas con sus regalos y les dieron las gracias. Paula ya llevaba la pulsera de Antonio puesta y Kiara había empezado a leerse el libro mientras desayunaba.
-Antonio, ¿dónde vas? –le preguntó Paula cuando el chico se disponía a subir las escaleras de su habitación para guardar sus regalos. –Aquí aún queda un paquete por abrir, y va a tu nombre.
Antonio dejó el montón de regalos en la escalera y regresó a toda prisa. No se esperaba ninguno más. Cogió un pequeño paquete cuidadosamente envuelto y se lo puso en el bolsillo del pijama. Una vez estuvo en la habitación, sentado sobre la cama, lo abrió. El regalo consistía en una cinta negra con el nombre de Cristhian bordado en oro.
-Debe ser de la maestra.... –pensó Antonio, y esbozó una sonrisa. –Espero que le haya gustado mi regalo.



Los chicos disfrutaron de unos días de nieve y frío

que pasaron con rapidez. El último día del año llegó de forma inevitable, y todos los renegados acudieron a la cena de noche vieja por invitación de Juanjo. El jefe de los renegados preparó una súper fiesta de fin de año en el salón del castillo. Había de todo: gambas, empanadillas, mermelada, quesos, ensaladillas, calamares, ternera, pasteles de calabaza, de frutas, de chocolate, tiramisú, suflés, flan… y, sobretodo, un gigantesco pollo relleno de frutos secos y cebolla frita. Después del postre, todos los renegados se prepararon para las doce campanadas. Los relojes normales no funcionaban en Shien, pero los shinenses habían inventado una especie de reloj que funcionaba de forma electrónica y que los renegados controlaban desde un ordenador, que media el tiempo siguiendo un sistema hidráulico que marcaba intervalos exactos de un segundo terrestre.
Antonio consultó su reloj, que le proporcionaron a él y a los demás al llegar a Shien. Faltaban sólo cinco minutos para la medianoche. Kiara se estaba pelando las uvas para no atragantarse con los huesos. El ambiente era tenso. Llegaron las doce y con ellas las famosísimas campanadas. Cuando dio la sexta campana Tim ya se había terminado todas las uvas. Paula no daba abasto. A Jandro le entró la risa tonta. Cuando dio la última campanada los chicos se abrazaron y se felicitaron el nuevo año. Volvía a hacer muchísimo calor, así que corrieron a cambiarse de ropa. Se pusieron pelucas de colores y gorros de payaso. Alice, que iba vestida con un elegante traje fucsia hasta los pies, anunció que llegaba la hora del karaoke. Brindaron con champan y, en el jardín, dispararon fuegos artificiales. Fue una fiesta increíble. Después de dos copas de champan y una de licor de manzana, Paula y Kiara lograron convencer a Antonio para que las acompañara al karaoke. Eligieron la canción de Mecano “Un año más”, una de las favoritas de Paula. Kiara, que no se sabía la letra, leía el español con un acento muy peculiar y gracioso, sin quitar ojo a las letras de la pantalla. Empezaron cantando ellos tres, con las pelucas puestas, y terminaron



llenando el escenario. Jandro se les unió a mitad canción. Carol, empujada por sus hermanas, subió al escenario para cantar el estribillo, emocionada. Al final se les unió Marina, que ese día estaba guapísima con un elegante vestido azul celeste. Kiara, con un gesto, invitó a Iván a unirse, ya que se sentía mal después de la paliza que le había metido en la guerra de nieve. Marcos, el compañero de habitación de Jandro y Antonio, se subió con él. En el trozo final se subió una decena de gente más, incluida Alice, y los que no cabían en el escenario que habían montado en el salón, acompañaban el ritmo de la canción con los mecheros encendidos o, los poseedores del elemento del fuego, con una llamita en el dedo. Fue muy divertido. Carmen, que no se había presentado a la cena, les observaba desde un rincón del salón donde nadie la podía ver, ya que no estaba iluminado y la oscuridad la protegía. Mientras veía el espectáculo, la niña se zampaba una tarta de nata y chocolate que, para su estricto gusto, no estaba nada mal.

Antonio y Jandro se levantaron a las siete de la tarde. Se habían pasado toda la noche de fiesta. Esperaron a Paula sentados en los sillones de la salita, y cuando esta estuvo lista, bajaron a comer algo a la cocina. Los cocineros habían vuelto a su puesto y les prepararon unos sándwiches de frutas riquísimos. Se dieron una ducha para despejarse y salieron a dar un paseo. Estuvieron practicando un poco con sus elementos, ya que a la mañana siguiente se reanudaban las clases. Antonio se despidió de sus dos amigos y se fue a entrenar con su maestra. Le había llegado una orden

telepática bien clara a su mente de parte de la pequeña.

En la colina más cercana de la frontera, donde el Sol se escondía cada tarde, dos chicos se movían a una gran velocidad, enfrascados en un combate.
La niña, con un movimiento del brazo derecho, tumbó al chico bloqueándole por completo.
-Ma… maestra. ¡Eres genial! –le dijo este, sin poder moverse.
-"Eso te pasa por no pensar antes de actuar" –le dijo la voz de la niña en la cabeza del chico.
-He pensado esta técnica miles de veces, y lo tenía planeado…
-"No lo digo por eso."-la niña lo miró muy seria. –"Es por lo del torneo".
El chico arqueó una ceja. Otra vez le había leído la mente.
-Es que… mi primo quería apuntarse, y además… pensamos que sería divertido.
-"Sí. Para mí será muy divertido ver cómo te machacan, pero creo que para ti no lo será." –Carmen se cruzó de brazos.
-"Tienes que saber que los que se inscriben allí son gente que vive en Shien un montón de años, que se entrena constantemente, y lo vas a tener difícil, chico."
-Pero maestra, sólo quiero probar mi entrenamiento en un combate real. No pretendo ganar. –le dijo el chico, con voz inocente- ¿Te vas a inscribir?
-"No es asunto tuyo" "Se acabó el entrenamiento por hoy."
Antonio iba a marcharse, pero se detuvo un momento, pensativo.
-Oye, Maestra… ¿tú no sales al pueblo? Ahora hay fiestas y eso.
Carmen lo miró con un brillo extraño en sus ojos.
-No. –esta vez habló con su propia voz, la de una niña de siete años, dulce e indefensa.
-Pues te vienes mañana, a la hora del entrenamiento, y te acompaño a la plaza, y así te inscribes en el torneo. –le propuso Antonio.
Carmen se lo pensó durante un buen rato.
-"Bueno, vale, pero sólo esa tarde. No me gusta estar con la gente".
-Pues pasaré por tu habitación a las siete, ¿vale?

-“Haz lo que quieras”
Antonio se marchó contento, pensando que él no podría hacer nada en ese torneo, pero si conseguía que su maestra se inscribiera, la niña los dejaría hechos polvo a todos sus contrincantes y, al menos, ella sí que ganaría el premio.
La cena estuvo muy bien. Juanjo anunció que habían enviado unas tropas de temporales hacia los terrenos de Kosh, el valle oscuro, para recuperar territorio aprovechando que la mayoría de los espíritus estaban en la Tierra luchando contra los elegidos.
-Todo marcha sobre ruedas. –dijo este, para finalizar su discurso nocturno.

Antonio, Jandro y Paula salieron al jardín del castillo, que era precioso por la noche, gracias a su extensa hierba, sus numerosas flores, árboles y fuentes, y las luces que lo iluminaban. Fueron a buscar a Kiara, que se encontraba dibujando con su bloc de dibujos nuevo una bonita fuente de mármol rodeada de vegetación.
-Te está quedando genial. –le dijo Antonio, sorprendido por la facilidad de dibujar de la chica.
-Shhh… no me desconcentres, que estoy haciendo las sombras.
-Ah, vale –dijo Antonio riéndose. Esa chica era realmente divertida.
Los chicos se sentaron con ella, en el banco situado frente a la fuente, bajo un hermoso cielo estrellado.
-¡Paula, Kiara!
Carol corría rápidamente hacia ellos, tan rápidamente que tropezó con una de las raíces de un sauce y calló de plancha.
-Vaya… -dijo levantándose. -Qué bien que estéis aquí.
-Carol, ¿qué tal? –le dijo Paula, saludándola.
-Genial. Mis hermanas y yo (excepto Carmen, claro) venimos de inscribirnos a un torneo que organiza la frontera…
-¡Ostras! ¡Pues nosotros también nos hemos apuntado! –dijo Antonio.
-¿A sí? –exclamó la pelirroja emocionada, pero después cambió la expresión de su rostro. –Pues chavales, os van a machacar.
Carol se acercó a Kiara, que seguía dibujando.

-Hola Carol. –dijo esta, sin apartar la vista del dibujo.
-Kiara, no crees que deberías difuminar un pelín más esta línea para darle un cierto matiz de volumen…
La mano de Kiara se detuvo en seco.
-Pues tienes razón. –dijo mirando el dibujo sorprendida. –Vaya, Carol, que observadora.
Carol se echó a reír.
-No me hagas caso, me lo he inventado. Nunca se me ha dado bien dibujar.
Kiara frunció el ceño.
-Pues deberías intentarlo. Serías buena.
Los chicos estuvieron de charla hasta que un sonido parecido al de una alarma les interrumpió. Se trataba de la sirena de emergencia, la alarma que sonaba en el caso de que se produjera una invasión de la muralla.
-¡Chicos, quedaos aquí, no os mováis! –les ordeno Carol. –Voy a ver lo que está pasando.
Carol se marchó corriendo, con dos pequeñas llamitas concentradas en sus dedos índices.
Los chicos permanecieron inmóviles durante media hora, hasta que, entre la vegetación, vieron a un par de espíritus, que les rodeaban.
-¿Y ahora qué? –se quejó Antonio.
Kiara cerró los ojos fuertemente. Los volvió a abrir. Sus ojos habían adoptado un color lácteo. Levantó una mano suavemente, y al mismo tiempo surgió una enredadera de la tierra. La planta creció rodeando a los chicos, y, para sorpresa de estos, los espíritus no podían atravesarla, porque no se trataba de una planta normal, sino de una especie de barrera temporal.
-¡Genial! –exclamó Jandro, realmente sorprendido.
Los ojos de Kiara volvieron a la normalidad y esta se desmayó. Había sobrepasado el límite de su energía. Los espíritus, poco a poco, deshacían esa esencia temporal de las plantas de Kiara, y cada vez las plantas se mustiaban más y más.
Paula estiró su brazo en dirección a la fuente de mármol. Se concentró en el punto de donde venía su energía, de la serenidad

de su alma. Se relajó e inspiró dos o tres veces y, con los ojos cerrados, desplazó el brazo erguido con el puño apretado hacia donde se encontraba uno de los espíritus deshaciendo la barrera vegetal. Una ráfaga de agua flotaba desde la fuente hasta el punto donde señalaba el brazo de la chica. Entonces, Paula abrió la mano con energía, haciendo que el agua se estrellara con una gran potencia contra uno de los espíritus, que se desintegró, saliendo unos granitos de arena dorada y una bola negra, que Antonio destruyó con la mirada, con un tenue rayo de luz. Jandro tenía su mirada concentrada en el espíritu que quedaba. Entonces se metió en su mente.

-asihgrouifosidufo%aoidhf&(483kjdhklzjdh&&))whv

Un montón de códigos indescifrables e ilógicos pasaron por su mente.

-Ahora sólo me obedeces a mí. –pensó el chico, dentro de la mente del espíritu. – ¡Oscuridad, abandona este cuerpo!

-"¡Mis hijos, quiero ver a mis hijos! ¡Que no se los lleven estos fantasmas!" –Una voz de una mujer llorando sonó en la mente de Alejandro. Este regresó a su cuerpo. La bola negra ya estaba flotando en el aire, y Antonio la deshizo con otra mirada. Jandro se sentía mareado. Antonio se dejó caer en el suelo. Paula se había desmayado. Jandro estaba tumbado en el banco. Y así estuvieron unas cuantas horas más hasta que alguien los encontró.

-Mierda. –la voz de Juanjo resonaba en la cabeza de Antonio, que había recuperado el conocimiento. El chico se dio cuenta de que estaba tumbado en una superficie lisa, y que tenía un intenso dolor de cabeza. No podía abrir los ojos, estaba realmente cansado. –Debí de haberlo supuesto. Kosh siempre con un as en la manga.

-Pero, capitán, ¿ahora qué? –preguntó la voz de su secretario Esteban con un tono de preocupación. – ¿Cómo les va a sentar esto al pueblo? Están celebrando lo de los elegidos y ahora…

-No tienen por qué saberlo. Ojos que no ven, corazón que no siente. –sonó la voz de Juanjo de nuevo. –Los espíritus fueron destruidos. Consiguió entrar alguno que otro pero ahora mismo están todos eliminados. Por suerte no llegaron al pueblo. Sería un escándalo para los renegados que una bandada de espíritus hubiera alcanzado la barrera. Piénsalo bien. Es mejor no manchar su alegría.

-Lo que usted diga, señor.

-Ahora bien, quiero duplicar, no… triplicar los refuerzos de la muralla.

-Pero, capitán, no quedan más temporales… los ejércitos activos los enviamos a la Tierra, junto con Tim, para proteger a los humanos normales, y los ejércitos de reserva los hemos enviado contra Kosh. Parece que este tenía planeado atacarnos. Su ejercito es casi infinito.

-Así que esto sólo es un aviso….

-Creo que lo mejor sería alertar al pueblo. –sugirió Esteban.

-No. No vamos a decir nada sobre esto. Es por el bien de todos. Hablaré con Alice. –le dijo Juanjo. –Puede retirarse.

-Sí, mi capitán.

Antonio permaneció en esa postura durante una media hora. La habitación estaba en completo silencio. Volvió a oír voces. Esta vez eran de Alice y su padre.

-Alice, querida. Crees que ellos pudieron…

-Papá, son sólo unos temporales en aprendizaje. No pueden controlar los elementos como si tal cosa.

-Pero según dos jardineros testigos, los chicos acabaron con los espíritus. –insistió Juanjo.

-¿Me estás intentando decir que ellos son elegidos?

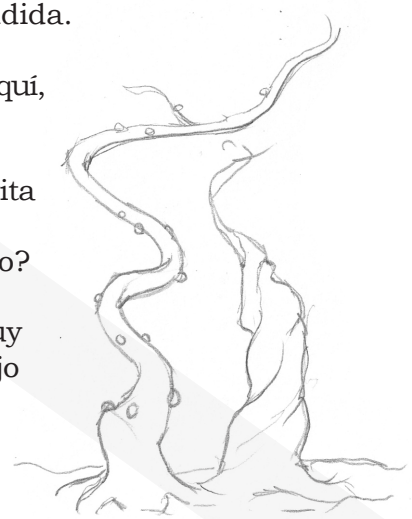
Juanjo suspiró.

-No es eso. Ellos no son elegidos. Los elegidos ahora mismo están destruyendo una a una las fuentes de oscuridad de Kosh. Lo que quiero decirte es que… si realmente fueran tan poderosos como para destruir a los espíritus, podían hacer guardia en la muralla….

-¡Papá! ¿Qué estás diciendo? –le gritó Alice, enfadada. Antonio dio un salto asustado, pero los presentes no parecieron

darse cuenta de ello. –No puedes poner a estos chicos en peligro por muy poderosos que sean. Están en proceso de aprendizaje. No te lo permito. Seguro que hay gente en el pueblo mucho mejor que ellos.
-¡Claro! ¡Alice, hija, eres espléndida! –le apremió su padre, emocionado. –¡El torneo! Los finalistas del torneo tendrán el honor de proteger a su pueblo. Por supuesto, se les pagará como es debido, y duplicaremos el premio del concurso.
-Yo me he apuntado. –le dijo Alice.
-Pero tú vas a proteger igualmente la barrera, aunque pierdas, como yo. No nos queda otra opción.
-¿Carmen también va a proteger la muralla? No me lo creo.
-Tu hermana no le quita ojo. De hecho fue ella la que nos dio la alarma. –le explicó Juanjo.
Alice arqueó las cejas.
-Qué rara es.
Juanjo se rió.
-Es igual que su madre. Bueno, cuando los chicos se despierten les das clase. Clases intensivas. Cuando más pronto acaben el aprendizaje, más podrán sernos útiles para proteger Shien. Ese era el objetivo de enviarlos aquí, ¿recuerdas?
Antonio no pudo aguantar más.
-¡Alice, podemos ayudar! ¡Juanjo tiene razón!
Alice y Juanjo se quedaron de piedra.
-Pe…pero Antonio, no habéis terminado….
-No, Antonio. Alice tiene razón. No estáis en condiciones de luchar contra nadie. Debéis centraros en las clases, y tranquilos, que ya podréis ayudar más adelante. En este país hay tiempo de sobra.
Juanjo se marchó, riendo.
-Bueno, Antonio. Dentro de media hora, clase. Si tus compañeros no se han despertado… déjalos descansar, pero tú te vienes. Y ya sabes, ni una palabra de esto a nadie. Díselo a tus amigos. El pueblo no debe enterarse.
-Alice, ¿pero no sería mejor que lo supieran?
-Si se enteraran de esto… sería un caos. Perderían los

estribos, la calma, y se lanzarían todos a luchar. Sin una previa organización… esto se convertiría en una auténtica masacre. Así que ya sabes.
Antonio asintió con la cabeza. Alice abandonó la habitación.
-Toni, ¿estás bien?
-¡Jandro!
Antonio se levantó de una de las camas de esa habitación. Se trataba de una sala llena de literas y camillas, toda blanca. Era la enfermería del castillo.
-Oye, primo. Esto de los elementos mola, ¿eh?
-No bromees con esto. Lo que ocurrió anoche es mejor que no hubiera ocurrido. –le regañó Antonio.
-Mira quién fue a hablar, el loco suicida que se va al desierto a combatir espíritus y a probar su elemento.
Antonio sonrió.
Paula se incorporó.
-¿Qué es todo este ruido…? -dijo, frotándose la espalda. –Vaya… que daño.
-Menuda nochecita. –dijo una voz, que provenía de la cama de al lado. Era Kiara, que se desperezaba bostezando. –No me acuerdo de nada. Bueno, sólo de que unos espíritus nos atacaron.
-Y tú nos protegiste con unas plantas temporales. –dijo Antonio, divertido.
-¿A sí? –Kiara estaba un poco confundida.
–Bueno, ¿pero pudimos con ellos o no?
-Si no en estos momentos no estaríamos aquí, ¿no crees? –dijo Jandro, con una sonrisa.
Kiara asintió.
-Bueno, chicos, dentro de media horita clase. –les avisó Antonio.
-¿Clase? ¿Después de lo que ha ocurrido? –se quejó Jandro.
-Anoche hicimos una clase intensa y muy práctica. Así que ahora a descansar. –dijo Kiara, tumbándose de nuevo en la cama.



Pero, a pesar de los contratiempos, a la media hora los chicos ya se encontraban cruzando el arenoso sendero de camino al campo de entrenamiento.
-No sé qué pinto yo aquí. Me estoy muriendo de sueño… -se quejó Kiara, con sus redondas gafas resbalándole por la nariz.
-Ya estamos llegando…
Alice les esperaba, junto con los otros temporales.
-Buenos días chicos. ¿Se os han pegado las sabanas?
-Sí…- dijeron todos al unísono, sin mucho entusiasmo. Alice también parecía a punto de dormirse. En su cara había un leve rastro de ojeras. Carol se encontraba allí también, y saludó a los chicos con una sonrisa, como disculpándose de haberlos dejado solos anoche.
-La clase de hoy… -dijo bostezando la rubia. –La dedicaremos a explicar y estudiar los lugares donde Kosh ha instalado sus fuentes de oscuridad, que ahora mismo están siendo destruidas por los elegidos. Kosh ha escogido ocho maravillas que estén repartidas por el mundo para instalar sus fuentes oscuras. No tienen por qué ser las más hermosas, o las más grandes, ni las más populares. Ha escogido ocho monumentos que repartan la oscuridad por cada rincón del planeta.
-¿Qué maravillas son? –preguntó Marcos. Hoy era una clase colectiva, y todos los grupos se juntaban.
-Os las nombraré por los continentes en las que se encuentran. -les dijo Alice. -En América del Norte, Kosh ha instalado su fuente oscura en la famosísima Estatua de la Libertad.
Los alumnos hicieron una mueca, horrorizados.
-En América del Sur -prosiguió Alice. -la fuente de oscuridad

se encuentra en el Machu Picchu. En Asia tenemos la Gran Muralla China y el bellísimo Taj Mahal. En África tenemos las maravillosas pirámides egipcias de Giza. En Europa se encuentra la elegante Torre Eiffel y la magnífica Acrópolis de Atenas. La última fuente oscura se encuentra también en Europa. Se trata de la Alhambra de Granada. Suponemos que Kosh ha escogido esta maravilla para controlar a Tim, ya que, al igual que Cabrera, la Alhambra se encuentra en España.
-¿Pero cómo pueden destruir esas maravillas? –gritó Iván, sin acabar de creérselo.
-Ya no voy a poder dibujarlas… -se lamentó Kiara. – ¡Buaaaaa!
-Oye, chicos, tranquilizaos. –dijo Alice, intentando apagar los murmullos de sus alumnos. –Lo hacen por el bien de todos.
Antonio recordó que Juanjo había murmurado las mismas palabras… "por el bien de todos".
-Cuánta sangre fría deben tener… -dijo Paula, sin acabar de asimilarlo.
-Bueno, chicos, siento no daros una información más detallada pero tenemos prisa. Dividíos en los grupos de siempre y practicaremos alguna cosilla. ¡Venga!
Carol cogió a su grupo de temporales recién llegados y los sentó a todos en círculo para explicarles algunas de las cosas más básicas. Los que tenían a Marina como profesora se juntaron con el grupo de Antonio.
-¿Y Marina? –preguntó Marcos, preocupado.
-Hoy no ha podido venir. –les explicó Alice –Pero tranquilos, yo os daré hoy la clase. Los de mi grupo, poneos por parejas. Ya podéis empezar.
Antonio y Jandro se pusieron a practicar hechizos temporales contra ellos mismos. En Shien no tenían efecto, pero podían notar una chispita en su interior indicándoles que lo habían ejecutado correctamente. Paula se había puesto de pareja con Kiara, pero Alice las separó porque no paraban de hablar. Esta vez Paula se puso en el grupo de Alfonso y la niña, que se llamaba Lidia. A Kiara le tocó con Iván. Alice se arrepintió de haber separado a las dos amigas, porque Kiara e Iván parecían dispuestos a matarse con un simple hechizo temporal de clase C.

-¿Te crees mejor por ser el chico guaperas de turno? –le espetó Kiara. –Pues estás muy equivocado. ¡Prueba con esto!
Kiara hizo crecer unas plantitas que rodearon los pies del chico y lo hicieron caer de rodillas.
-Oye, científica loca, que sólo te he dicho que vayas con cuidado porque puedes acabar mal parada.
-Vas de guay, ¿no? Pues ale, toma esto.
Las plantas empezaron a envolver al chico. Todos los alumnos temporales habían detenido su entrenamiento para ver la original pelea. Alice no podía creer lo que veía.
Iván levantó una mano y una ráfaga de viento salió de la nada, golpeando a Kiara y haciéndole perder el equilibrio.
Los chicos aplaudieron. Kiara se levantó, sonrojada, e Iván, con un pequeño impulso, deshizo todas las plantitas que lo envolvían.
-¿Veis chicos? Esto es lo que podéis hacer si practicáis y os esforzáis mucho. –dijo Alice, sorprendida, sin terminar de creérselo.- "Vaya temporales. Cómo dominan su elemento…"
-Oye, ¿probamos a usar el nuestro? –le propuso Antonio a su primo.
-Vale.
Antonio pensó en la alegría, la felicidad… pero no consiguió alumbrar a su primo más que con un tenue rayito de luz. Jandro tampoco consiguió meterse en la mente del chico, ni leérsela, ni nada por el estilo.
Paula, sin embargo, había conseguido dejar al pobre Alfonso totalmente empapado.
-¡Se acabó por hoy!
Antonio, después de comer, se echó un rato en su cama para descansar. Se despertó sobresaltado. Se había quedado dormido y ya eran las seis y cuarto. Un poco más y olvidaba que tenía que pasar a recoger a su maestra para dar un paseo por el pueblo.
Antonio se dio una ducha y se vistió rápidamente. Se puso unos vaqueros un poco descoloridos y una camiseta negra. Encima se puso la sudadera de manga corta con capucha que Paula le había regalado por Navidad. Se encontró con

Paula en el pasillo.
-¿Dónde vas a estas horas? –le preguntó esta, contenta de que se hubiera puesto la ropa que le compró.
-Voy a… a visitar a unos amigos del pueblo. –le dijo este, sonriéndole.
-No será que has quedado con esa tal Ángeles, ¿no? –dijo Paula, sin quitarle los ojos de encima.
-Que no, tranqui.
-¿Tranquila yo? –Paula le sonrió. –El que debería tranquilizarse eres tú. Anda venga, ven un momento a mi habitación.
Antonio la siguió, mirando el reloj nervioso, pero no quiso decir nada porque si le explicaba que iba a acompañar a Carmen, la niña más reservada de todo Shien, empezaría a bombardearle a preguntas y le acabaría sacando lo de los entrenamientos.
Paula se puso a buscar en su armario.
-Toma. –le puso una gorra de lana de un tono marrón claro en la cabeza. –El otro día me pasé por la tienda de Elisa y me gustó.
-¿Cuánto te debo? –le preguntó Antonio, sacándose la cartera del bolsillo.
-Considéralo un regalo. –le dijo esta. Antonio se subió un poco la visera, que le tapaba la vista. –Gírate.
Antonio le obedeció y la chica le arregló un poco el pelo por detrás.
-¿Te vas a dejar el pelo largo? Es que a este ritmo… –le comentó la chica, sonriendo.
-Ah, pues… no me acordaba, no me he fijado, ¡ya me llegará por los hombros!
Paula se echó a reír.
-Que aquí no pasa el tiempo, bobo. Lo tienes igual que cuando viniste. Estás un poco despistadillo, ¿no?
Antonio le sacó la lengua y se despidió mientras salía corriendo por el pasillo.
Subió las escaleras que daban a la torre más alta de todo el castillo, de dos en dos, hasta llegar a la puerta de la habitación de su maestra.
Dio unos golpecitos a la puerta, un poco nervioso, temiendo que ella se enfadara por el retraso y no quisiera salir del

castillo. Por una vez que la había convencido…
Carmen abrió la puerta, ante la sorpresa del chico. Lo miró sin cambiar la expresión de su rostro, salió de su habitación, cerró la puerta y siguió caminando, ignorando a Antonio y pasando de largo.
-¡Eh, oye, espera!
Antonio estaba asombrado porque Carmen no parecía su maestra, siempre vestida con sus trajes de combate. Hoy parecía una niña normal. Llevaba un vestidito blanco, corto y sin mangas, que terminaba en unos volantes, y unas botas a conjunto con una chaqueta torera de color marrón. El pelo, que siempre lo llevaba recogido con una coleta, lo llevaba suelto, a excepción de un pequeño recogido con dos mechones para que no le molestase en la cara.
-"¡Que no soy un extraterrestre!" –se quejó la niña. Antonio sonrió.
-Perdona, es que aún no me acabo de creer que tú seas mi maestra. Me es raro verte con ropa de calle.
-"Pues si quieres me la quito".
-No, no, es broma. Te queda muy bien.
Carmen ignoró su comentario. Los chicos llegaron al pueblo y se acercaron a la plaza para que la niña se inscribiera en el torneo Había un coro de chicos alrededor del cartel.
-Oye, Maestra, ¿piensas apuntarte o no? –le dijo el chico, incorporándose un poco para que sólo le pudiera escuchar la niña, que se había quedado parada a tres metros del cartel.
-"Es que… esos de ahí me conocen".
-¿Pero qué dices? –le dijo Antonio, confundido. –Si tú no sales del castillo.
-"Soy la ganadora de la mayoría de los torneos que se organizan en Shien."
Antonio se quedó pensativo y, finalmente, se quitó la gorra y se la puso a Carmen.
-Ve, anda, que yo te espero aquí.
Carmen se acercó al cartel. Los chicos le dejaron paso.
-¿Dónde va una niñita tan dulce solita? –le dijo uno.
-Pequeña, ¿te has perdido? Porque no te irás a inscribir al

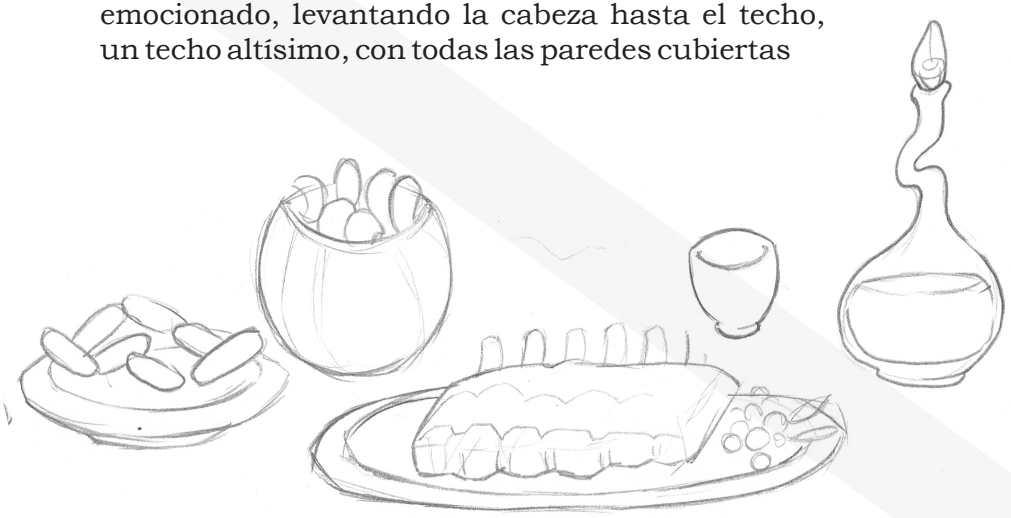
torneo, ¿verdad?
Carmen cogió el bolígrafo y escribió su nombre, sin vacilar.
Los chicos se quedaron de piedra.
-Ostras, tú no debes ser…
-Ahora que lo pienso…
-No serás la "Infalible Ojos Grandes"….
Carmen agachó más su cabeza y corrió hasta donde se encontraba Antonio. No quería que descubrieran su identidad, porque empezarían a acosarla para que les enseñara sus técnicas, y ella no tenía ganas de ser una profesora de lucha a la cual pudieran acudir todos los ciudadanos del pueblo. Ella sólo enseñaba a aquel a quien se lo debiera y que ella quisiera, como era el caso de Antonio, por eso el chico se sentía afortunado.
-¿Es tu hermana? –preguntó uno de los chicos.
Antonio la miró durante unos segundos.
-Sí, claro, es mi hermanita pequeña. –dijo con una sonrisa, poniéndole la mano sobre la cabeza de la niña. –¿No es adorable?
Carmen lo fulminó con la mirada.
-"Estás muerto" –dijo la voz de la niña, resonando fuertemente en la cabeza de Antonio.
-¿Y la dejas que se inscriba en el torneo? Es peligroso. No sé qué clase de hermano eres.
-Le hacía ilusión y… como era su cumpleaños… pues he dejado que se inscriba. Ya sabéis… que se inscriba no quiere decir que luego vaya a…
Los chicos asintieron sonriendo.
-Adiós pequeña, feliz cumpleaños.
Antonio y Carmen se alejaron caminando de allí.
-Lo siento, pero si no llego a actuar te hubiesen pillado. –le dijo Antonio. –Pero no entiendo por qué no quieres que sepan que eres la mejor luchadora de todo Shien.
-"No te importa."
Antonio se encogió de hombros.
Pasaron por una feria llena de atracciones que habían montado los Shinenses para celebrar la caída de otra de las fuentes oscuras.

-¿Te apetece subir a algo?
Los chicos se subieron a un barco balanceador y después a una lanzadera. Carmen estaba emocionada, riendo sin parar, mostrando sus dientes de leche en cada sonrisa.
Se estaba comportando como una niña de su edad, al menos de su edad física. Carmen arrastró al chico a montarse en la montaña rusa, y después al tren del terror. El chico estaba temblando de miedo mientras la niña no dejaba de reír. Luego se compraron unos churros con azúcar para merendar y dieron un paseo por el pueblo. Como estaban agotados de tanto caminar se sentaron en un banco, y Carmen se quedó dormida en el hombro del chico. Antonio sonrió. Al fin y al cabo sólo era una niña, por muy fuerte que fuera. Antonio alquiló una motocicleta y despertó a su maestra.
-Ei, bella durmiente, que ya es de noche.
Carmen se levantó de un salto, y para sorpresa del chico, estaba sonriendo. Subió en la moto, colocándose delante de Antonio.
-Maestra, ¿piensas conducir tú?
Pero la voz de Antonio quedó ahogada por el estruendo proveniente del tubo de escape, ya que Carmen había acelerado la moto al máximo. Antonio se cogió fuerte para evitar salir despedido.
-¡¿Oye, desde cuando sabes conducir?!
-"Yo no he dicho que sepa" –le respondió la voz de la niña. –"Por cierto, hoy sí que es mi cumpleaños."
Pararon en la puerta del castillo. Antonio se había pasado todo el viaje rezando para que no se cayeran.
-Ya sabía que era tu cumple. Me lo dijo tu hermana Marina, que por cierto, no sé dónde se ha metido últimamente.
-"Bocazas"
-Bueno, toma. –Antonio se sacó un paquete del bolsillo. Carmen no mostró entusiasmo al recibirlo, pero Antonio le pudo ver un brillo de emoción en sus grandes ojos marrones. Lo desenvolvió rápidamente. Era una pulsera, una esclava plateada con el nombre de la niña grabado.
-Gracias.
-No hay de qué. Veo que por fin te decides a hablarme con

tu verdadera voz. Esta tarde parecía un loco hablando solo.
Carmen sonrió.
-Bueno, no te olvides del entrenamiento mañana, ¿eh? –le dijo Carmen, poniéndose seria.
-Tranquila hermanita. –le dijo el chico, sonriéndole, y se puso de cuclillas para quedar a su altura, y le dio un beso en la mejilla. -Buenas noches peque.
Carmen le lanzó una mirada amenazadora y el chico se echó a reír mientras entraba al castillo.

6
EL TORNEO

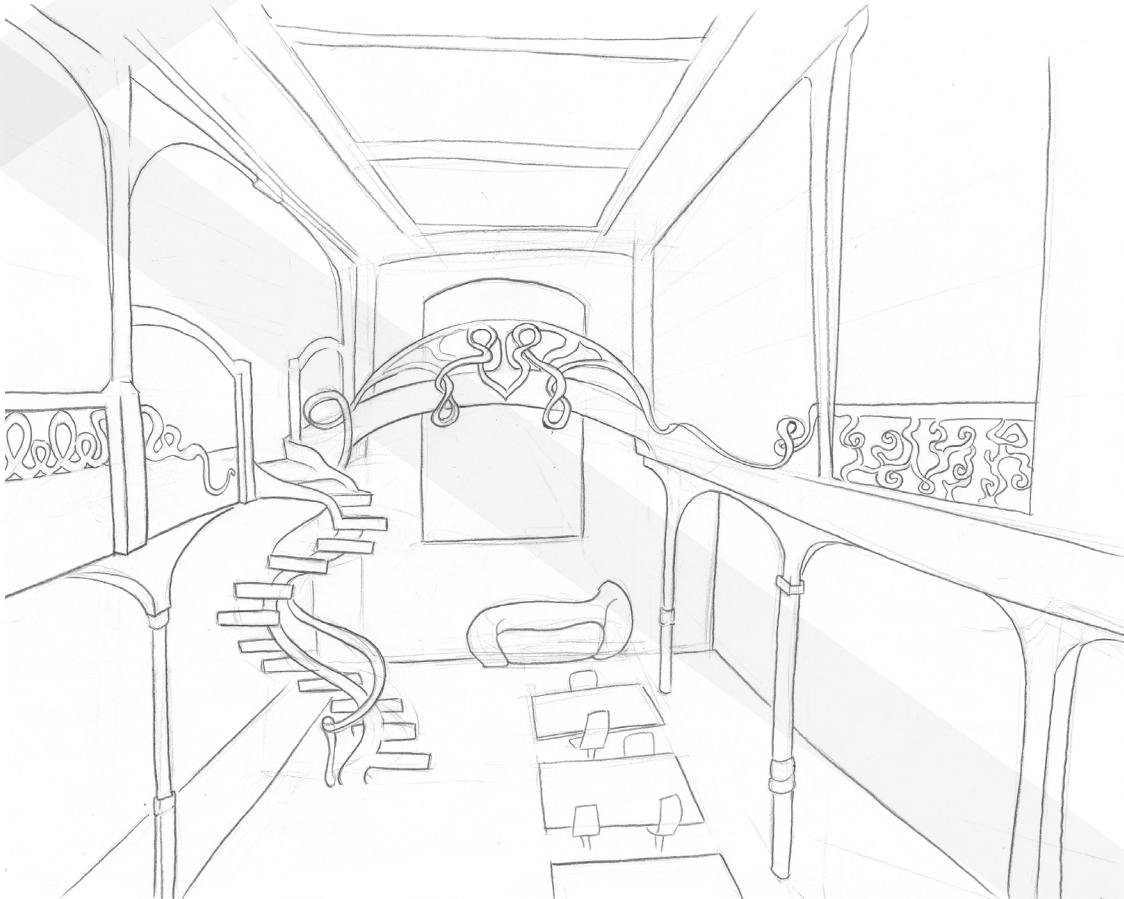
Esa misma noche, durante la cena, Juanjo brindó por su hija Carmen y disculpó su ausencia, porque, naturalmente, la niña no estaba presente en ella.
Anunció que el premio del torneo se duplicaría y que a partir de ese momento ya podía comunicarse por todo el pueblo, haciendo así a los más fuertes de Shien inscribirse, ya sea por el orgullo de ser el ganador o por el premio.
Después de cenar, Paula, Jandro y Antonio fueron a la biblioteca. Ésta se encontraba dentro del castillo y era enorme. Antonio sólo había visto algo así en las películas. Era la biblioteca más grande de todo Shien. Medio castillo estaba dedicado a esta sala. Todos los habitantes del país del tiempo podían acceder a los libros porque el castillo, además de ser la escuela de aprendizaje de los temporales, también era la biblioteca más importante del país.
-La biblioteca de Alejandría... -dijo Antonio, emocionado, levantando la cabeza hasta el techo, un techo altísimo, con todas las paredes cubiertas



y forradas de estanterías repletas de libros.
-Mejor que la de Alejandría. Aquí debe haber libros desde el principio de los siglos hasta la actualidad. Piensa que los temporales han existido prácticamente desde que se formó la especie humana. ¡Brillante! –exclamó Jandro, maravillado.
Paula ya no estaba con ellos. Se había subido a una de las miles escaleras que había enganchadas a las estanterías y que permitían desplazarse por ellas.
Los chicos se pasearon por el interior de la inmensa biblioteca. Ya hacía mucho tiempo que vivían allí y ni siquiera la habían visitado. Ellos prácticamente conocían el ala del castillo donde dormían.
La biblioteca estaba vacía. Por el día, según suponían los chicos, estaría repleta de gente alquilando libros, ya que había un montón de libros esparcidos en las mesas de estudio y los sillones de lectura.
Llegaron al centro de la sala, donde se encontraron con una señora vieja y bajita, con el pelo blanco recogido en un moño, que los miraba a través de unas alargadas gafas de media luna, con cara de pocos amigos, detrás de una mesa de madera repleta de libros.
-Buenas noches. ¿Desean algo? –les dijo, mientras escribía algo con su afilada pluma.
-No, gracias. Sólo paseábamos. –le dijo Antonio, amablemente.
Cogieron un mapa en forma de tríptico que había amontonados encima de la mesa de esa señora y se guiaron con él hasta llegar a la zona de "jóvenes". Allí había libros de todo tipo: de fantasía, de comedia, de acción, de aventuras, de amor y de ciencia-ficción. Paula ya se encontraba allí esperándolos.
-Paula, ¿cómo has llegado? –le preguntó Antonio sorprendido.
-Esto es una especie de laberinto. Y hay numerosas estanterías que esconden puertas secretas. ¡¡Está genial!
Antonio y Jandro se miraron, sonriendo.
-Paula, baja ya de esa escalera y haznos de guía, porfi. –le pidió Antonio.

Paula descendió por un tubo de madera paralelo a un estante.
-Vamos a visitar la sala de ciencias. –les dijo Paula, guiándoles a otra sala dentro de la biblioteca. –Geología, Biología, Química, Física…
Los chicos se detuvieron de golpe. Kiara estaba tumbada en un sillón, con un batín y unas grandes y llamativas zapatillas de dormir, leyendo un pesado libro titulado "Mecánica cuántica".
Los chicos se acercaron al sofá donde ella leía tan concentrada.
-¡Kiiaraaa!
Kiara levantó la cabeza sobresaltada, como si acabara de despertar de un sueño.
-Ah, chicos. Buenas noches. –les dijo, incorporándose para dejarles sitio en el sofá. Los chicos se sentaron. Antonio se puso a hojear un libro titulado "¿El fin del universo?".
-Kiara, ¿vas a venir a vernos combatir en el torneo? –le preguntó Paula.
-Claro. Yo también me he inscrito.
-¡¿Cómo?! –exclamó Jandro, extrañado.
-Es que el tonto de Iván me ha provocado lo suficiente como para que quiera vengarme de él. ¿Y qué mejor lugar que en un torneo? –dijo la chica, feliz.
-Supongo que tienes razón. –reflexionó Paula. –¿Sabes cuando empiezan las rondas eliminatorias?
-Creo que la semana que viene, el viernes. –dijo Kiara, dudando un poco.
-Sí, eso ya lo sabemos. –le dijo Jandro. –¿Pero sabes a qué hora?
Kiara movió la cabeza en forma de negación.
-A las cuatro y media. –respondió Antonio, sin apartar la vista del libro.
-¿Y tú cómo lo sabes? –le preguntó Jandro.
-Me enteré ayer, en el pueblo.
Antonio temía por si empezaban a preguntarle por qué había bajado al pueblo pero, para su suerte, su primo no insistió.
Kiara regresó a su libro, un "tocho" que se mantenía abierto encima de sus rodillas por una página repleta de fórmulas.
-Oye, Kiara, ¿desde cuándo te gusta la Física? –preguntó

Jandro, echándole un vistazo al libro con el ceño fruncido.-Yo no entiendo ni pipa. Estas fórmulas no las he dado, y soy más mayor que tú.
-Creí que te gustaba dibujar… -dijo Antonio, confundido.
Kiara cerró el pesado libro provocando un sordo ruido. Lo dejó en la mesita, al lado de la lámpara.
-Me encanta dibujar. –le dijo a Antonio. –Pero eso no quiere decir que estas cosas no me interesen. De hecho me gustan, me apasionan, pero digamos que de forma diferente.
-"El dibujo y la Física componen su vida" –dijo Paula, en tono burlón, recordando las palabras que la chica le había dicho unos días antes.
-Es que me toca repetirlo mil veces. –se quejó Kiara, mosqueada.
-Pues mira, te lo escribes en un papelito y te lo cuelgas en la espalda. –le dijo Jandro, con su pícara sonrisa. –"I'm Kiara. I love Physics and Drawing."
Kiara le dio una colleja.
-No te pases, Jandrito. –le advirtió, con una suave voz amenazante. –Que no lo repetiría si no me lo preguntaseis tanto.
-Yo me saqué Física con un cinco el año pasado. –dijo Antonio, con una sonrisa burlona. –Me acuerdo que en el examen de cinemática saqué un ocho y la mitad de las estúpidas crías sabelotodo de mi clase, que se aprendían el libro de texto de memoria suspendieron.
Estuvieron un rato charlando y riendo, intentando no alzar mucho la voz, ya que la señora Inma, la bibliotecaria, había ido ya dos veces hasta la sala donde se encontraban para llamarles la atención por el escándalo de las risas. Estuvieron allí hasta que les entró sueño y se fueron a sus habitaciones.
Antonio se despertó a causa de una pesadilla en la que miles de espíritus lo consumían. Miró su reloj de pulsera. Eran las cinco de la mañana. Como no tenía sueño, se levantó sin hacer ruido y se puso la bata de dormir. Salió de puntillas, para evitar despertar a alguien. Decidió ir a la biblioteca, que para su sorpresa estaba abierta. Antonio cogió un farol de mano, que había colgado en una percha de la entrada, y lo encendió. La biblioteca estaba tenuemente iluminada por la luz de las miles de estrellas que brillaban en el cielo nocturno, desde las grandes ventanas acristaladas que cubrían el techo de la sala principal. Antonio se guió gracias al mapa y la luz del farol, deambulando por los pasillos, asombrado por la cantidad de libros que guardaba cada sala. Acabó por perderse, sin saber cómo volver, y decidió sentarse en una de esas mesitas de estudio que formaban parte del mobiliario de la biblioteca para consultar el mapa. En la mesa había una lamparita y la encendió. Miró a su alrededor. Esa sala no la había visto antes. Era una sala circular, a diferencia de las demás. No tenía ventanas. Los libros de las estanterías entraban muy viejos y cubiertos de polvo. Antonio se acercó a una de las estanterías, mientras iba leyendo los cartelitos informativos de cada estante.



-“Leyendas de la oscuridad”, “La sombra del tiempo”, “La verdadera historia de la tercera era”…
Antonio tuvo una inmensa curiosidad por leer esos libros. Intentó coger uno de ellos, pero estaban unidos al estante con una cadena, de forma que no se podían sacar. Consiguió abrir uno que se encontraba a la altura de su cabeza y, sin separarse del estante por la limitación que le causaba la cadena que enganchaba el libro en su lugar, leyó un poco de su contenido. Lo abrió por una página en la que salía un dibujo de un monte rojizo que desprendía rayos de luz multicolor, donde en la cima había dibujados un demonio monstruoso junto con ángeles, sirenas, hadas y otros seres un tanto peculiares. El libro relataba una batalla que tuvo lugar hace miles de años entre un demonio y una tribu australiana. Era curioso, pero lo devolvió a su lugar. Siguió leyendo títulos.
-“Luz contra oscuridad”, “El pozo de las sombras”, “La Historia de Shien”, “Técnicas de hipnotismo”, “Técnicas mentales”, “Técnicas de lucha”.
Antonio se detuvo ante ese estante y se fijó en los libros que lo formaban. Cogió uno que trataba de Kung-Fu, y otro de Karate. Luego uno de yudo y otro de técnicas de concentración. Estos libros no estaban protegidos con cadenas, así que los pudo coger sin ningún problema. Se sentó en la mesita de estudio y se puso a leer, perdiendo la noción del tiempo. Se quedó dormido.
Cuando se despertó todo seguía igual; oscuro y con un silencio absoluto a su alrededor. Antonio consultó su reloj. Eran ya las nueve y media de la mañana. Guardó los libros, todos excepto uno que se titulaba “La defensa es el mejor ataque”, y este se lo puso debajo del brazo. Cogió el farolillo y el mapa, y se marchó de esa habitación. Pasó varios pasillos, e incluso un pasadizo. No sabía dónde se encontraba porque esa habitación no se hallaba en el mapa. Dio con un pasillo sin salida. Se recostó en una estantería a tomar aire y, para su sorpresa, esta dio la vuelta, haciéndole caer en una sala

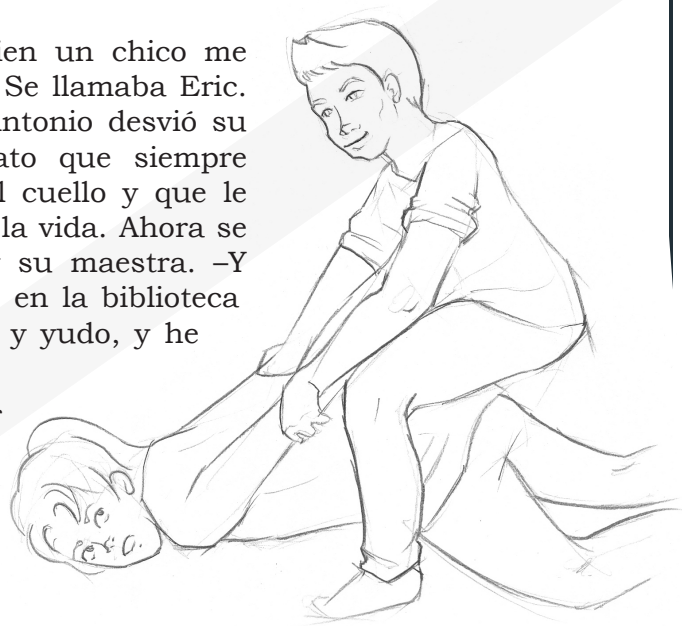
llena de gente, que, afortunadamente, no se percató de su presencia, ya que estaban profundamente concentrados en sus lecturas. Antonio apagó el farol; era de día. Ahora sí, guiándose con el mapa, llegó hasta donde la señora Inma se encontraba, y pidió prestado el libro. Tuvo que rellenar un formulario y la bibliotecaria, amablemente, le dio un carnet de socio. Se lo guardó en uno de los bolsillos del pantalón y se fue. Aunque fuera con el pijama puesto, la gente estaba tan concentrada en sus lecturas que pasó completamente desapercibido.
Se vistió con rapidez. Sus compañeros de habitación estaban durmiendo aún, todos excepto su primo. Su cama estaba vacía. Antonio supuso que se habría ido a visitar a ese sabio al que tanto admiraba todo el pueblo. El chico bajó a desayunar. Las cocineras le sirvieron un vaso de leche, unas tostadas y un zumo, que él se devoró con mucho gusto.
Después de desayunar pasó a por Paula y se fueron juntos a la clase.
La clase fue muy práctica y lo pasaron bien. Esta vez se puso de pareja con Paula, y estuvieron practicando hechizos temporales defensivos durante toda la mañana. Jandro llegó media hora tarde y se disculpó por su retraso. Cuando la clase terminó, Antonio se marchó al castillo acompañado por Paula, Jandro y Kiara. Los chicos no paraban de reírse mientras Kiara les contaba que una cocinera, poniéndole el desayuno, había derramado el zumo por el suelo y que Tania, una temporal muy antipática, se había resbalado cayendo de culo. Antonio les contó lo de su aventura nocturna, pero los chicos no se lo creyeron.
-Lo habrás soñado. –le dijo Kiara. –No hay ningún lugar de la biblioteca en el que los libros estén encadenados y no haya ventanas, y además, es muy raro que no salga en el mapa.
Antonio les habló del libro que había cogido, y Kiara le explicó que libros de técnicas de lucha había por todas partes.
Finalmente el pobre Antonio no sabía si realmente lo había soñado o no.

Una niña les observaba desde la colina más alejada de la aldea, o más cercana a la frontera.
-No es él. –dijo Carmen en un leve susurro, muy raro en ella, ya que solía hablar mentalmente y escuchar su voz era verdaderamente poco común.
-Ya te lo dije, hermana. –dijo una voz detrás de ella. Se trataba de Marina, que llevaba la cara llena de arañazos, heridas, con los ropajes rasgados. –Ya te dije que no era él.
Carmen sonrió con melancolía. Ese chico que andaba de camino al pueblo no era su Cristhian. Tenía que reconocer que se parecían muchísimo, ya que en algunos momentos incluso ella dudó que no fueran la misma persona. Y le hubiera gustado que lo fuese, pero no era así. Físicamente, Cristhian era de la misma estatura que su alumno, eran prácticamente confundibles. Pero ella sí podía distinguirlos. Cristhian tenía el mismo color de ojos que Antonio pero un tono más grisáceo. Las fracciones las tenía apenas más marcadas, el pelo del mismo tono dorado, pero mucho más desordenado. Su sonrisa era pícara mientras la de Antonio era muy inocente. Las orejas de Cristhian acababan más puntiagudas y sus venas se marcaban mucho más en su piel. Por lo demás eran un calco.
-"Que duermas bien, peque."
Las palabras del chico resonaban en su cabeza una y otra vez. Esas mismas palabras se las dijo alguien en una ocasión, hace tiempo, con el mismo tono de voz y la misma sonrisa. Esas palabras se las dijo Cristhian antes de desaparecer, y ahora su alumno se las repetía. Pero, aunque en ese momento creyó muy convencidamente que las palabras salían de la boca de su Cristhian, estaba más convencida aún de que no eran para nada la misma persona y que, realmente, se parecían bien poco interiormente. Eran dos polos opuestos. Antonio era abierto, honrado, muy humilde y amistoso. Cristhian era ambicioso, muy seguro de sí mismo, muy reservado y poco hablador. Antonio bajaba acompañado todos los días ese mismo sendero de camino a la aldea y

Cristhian lo hacia completamente solo. Antonio siempre volvía de sus entrenamientos sucio, lleno de rasguños y con alguna que otra tirita en la mejilla, mientras que Cristhian resplandecía de orden y limpieza, sin conocer el sabor del polvo del suelo arenoso de aquella colina. Antonio era impaciente y se alteraba fácilmente, y Cristhian era sereno, tranquilo, infalible…
Tanto como se parecían físicamente se diferenciaban en su interior. Carmen suspiró, totalmente convencida.
-Carmen –le dijo su hermana. –Ese chico es Antonio.

Antonio estaba nervioso. Ya hacía casi un mes desde que se enteró de lo del torneo y se apuntó, y durante ese tiempo había esperado ansioso el día en que se celebrara.
-Mañana empiezan las pruebas eliminatorias. –le dijo su primo.
-Ya lo sé… -se quejó él, nervioso.
-Tranquilo. Nos saldrá bien. –le dijo Jandro. –Esta tarde voy al pueblo. Si quieres venirte conmigo…
-No, gracias. –le dijo el chico. –Tengo que prepararme para el torneo.
-Vale. –le dijo Jandro, más alegre. – ¡Prepárate a tope! No me falles, chavalín. ¡Nos vemos!
Antonio se cerró en la habitación y se pasó horas practicando algunas llaves que el libro enseñaba. Luego se fue a su habitual entrenamiento con su maestra.
-¡Buenas tardes! –le saludó el chico, al llegar a la cima de la colina, donde la niña lo esperaba.
-"Hoy no voy a tener la más mínima compasión contigo." –le dijo la voz de la niña en su mente. –"Prepárate para lo que es bueno."
"Considéralo un entrenamiento intensivo para el torneo."
-Perfecto, justo lo que necesitaba.- le dijo el chico con una sonrisa.
Carmen, a una velocidad increíble, se abalanzó sobre él. Antonio abrió los ojos sorprendido. Empezó a ejecutar las técnicas de lucha que su maestra le había enseñado. Consiguió ejecutarlas en un tiempo récord para él, pero su maestra le iba ganando terreno. Él estaba cansado, agotado, lleno de sudor. Su maestra lo miró con pena.

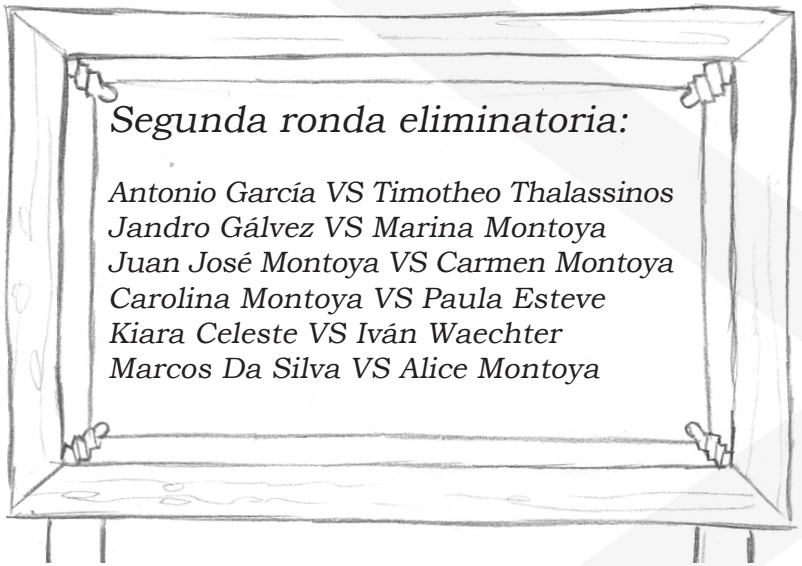
-¿Eso es todo lo que sabes hacer? –le dijo con su propia voz. Me esperaba más de ti.
Antonio, que se encontraba tumbado en el suelo, se levantó con mucho esfuerzo. Le costaba mantenerse en pie. Su maestra estaba enfrente de él. La niña permanecía completamente ilesa, sin señales de cansancio, sin perder el ritmo de la respiración.
Antonio volvió a la carga. Duró cincuenta segundos en pie. Carmen lo tumbó contra el suelo polvoriento y se lanzó contra él para darle un golpe final. Antonio decidió rendirse. No podía hacer nada contra ella. Era demasiado fuerte. Su maestra conocía perfectamente la técnica que él usaba, ya que se la había enseñado ella, y le bloqueaba todos sus movimientos. Cuando Carmen estuvo a escasos milímetros de él, el chico reaccionó. Dio la voltereta hacia atrás, hizo un giro rápido, cogió a Carmen por la mano derecha, con la mano libre le presionó el hombro contrario y la hizo caer. Colocó su rodilla sobre la pierna de la niña y colocó el cuerpo de modo que la dejó inmovilizada. Estaba muy sorprendido; tanto él como su maestra.
-Excelente –le dijo esta, impresionada. –¿Quién te ha enseñado a ejecutar esa llave?
Antonio no la soltó.
-Antes de venir a Shien un chico me enseño a defenderme. Se llamaba Eric. Un buen luchador. –Antonio desvió su mirada hacia el silbato que siempre llevaba colgando en el cuello y que le había llegado a salvar la vida. Ahora se balanceaba entre él y su maestra. –Y ayer encontré un libro en la biblioteca sobre llaves de karate y yudo, y he estado practicando.
Pero ha sido un reflejo. no era mi intención.
-“Genial. No está nada mal”.



Con un ligero y rápido movimiento, la niña se deshizo de las manos de Antonio y apareció detrás de él, presionándole un punto de la espalda con el dedo índice.
-“Intenta moverte” –le ordenó la voz.
-No… no puedo. –dijo el chico, sintiendo que ningún músculo le obedecía.
-“Muy bien. Suerte mañana” –le dijo la niña, quitándose el polvo de las manos y las rodillas. –“Sigue practicando, que aún tienes mucho que aprender.”

Llegó el día tan esperado en el que se celebraban las rondas eliminatorias. Antonio ardía de emoción. Se puso su capa de combate y se fue al ring, que se encontraba en el centro de la plaza. Todos los renegados estaban allí, sentados en los bancos que habían dispuesto en forma de gradas alrededor del escenario de combate, de pie…. Todos con una bebida en la mano o un paquete de palomitas, preparados para el espectáculo. Al poco tiempo llegó su primo, que se colocó a su lado. Y un poco más tarde llegaron Kiara y Paula entonando una ridícula canción. El presentador les dio la bienvenida. Les explicó las reglas, a ellos y al público, y los presentó. Cuando presentaron a Tim, a Juanjo y a Carmen, la gente saltó de sus asientos, vitoreándoles.
Se pasaron la tarde combatiendo. Antonio se enfrentó contra cinco hombres y tres mujeres. Le fue fácil vencerlos, porque no tenían mucha idea de artes marciales, ni cualquier otra táctica de lucha. Sus oponentes utilizaban sus elementos, pero sus resultados eran deprimentes, ya que sólo conseguían encender una llamita en el dedo o hacer correr un poco de tenue viento, más parecido a una brisa refrescante. La noche cayó sobre ellos.
El presentador y el jurado estuvieron unos minutos deliberando y comentando sus conclusiones. Antonio se reunió con Jandro, que seguía en el ring, y con Paula, rodeada de un gran charco de agua, y Kiara e Iván, que se miraban competitivos. También pudo divisar a las cuatro hermanas y a su padre.

-Muy bien. –anunció el presentador. –Aquí, en el panel central, encontraréis la clasificación y los siguientes combates que tendrán lugar mañana. Ya hemos eliminado a los aspirantes. ¡Estos son los verdaderos participantes de este torneo Shinense!
La gente aplaudió fervorosamente. Los jueces colgaron en el panel un gran cartel. Los chicos se acercaron para verlo mejor.



Paula y Carol se miraron entre risueñas y asustadas. Kiara dio un salto de alegría e Iván se cruzó de brazos, convencido de su victoria. Alice saludó a Marcos, y este le devolvió una sonrisa. Jandro buscó a Marina entre la gente, pero no la encontró, y eso que la había visto luchando. Juanjo se acercó a su hija Carmen, y le rodeó los hombros con su brazo. Carmen levantó la vista, con su rostro inmutable y sus grandes ojos, mirándole fijamente.
Antonio cayó de rodillas al suelo. ¿Por qué a él? ¿Por qué debía ser él quien se enfrentara a Tim? De pronto se sintió como una hormiga pisoteada por un luchador de sumo. Jandro le animó un poco, y juntos fueron a hablar con los jueces, pero estos dijeron que no podían cambiar nada, que eso salía al azar.

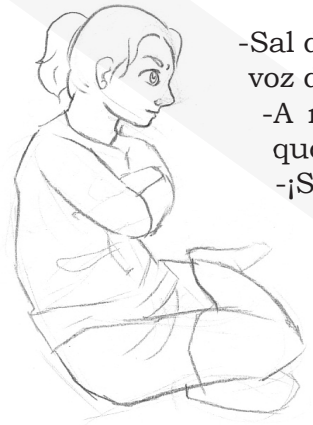
-Primo, estoy acabado… -le dijo Antonio, deprimido, arrastrando los pies camino al castillo.
-Ya somos dos. –le dijo Jandro. –Yo me enfrentaré con Marina. Ya ves.
Antonio llegó al castillo y se tumbó en su habitación. No bajó a cenar. Paula fue más tarde a traerle algo de comida.
-No tengo ganas. –le dijo este, dándose media vuelta en la cama, dándole la espalda.
-Pues sin tenerlas. –le dijo Paula, dejándole la bandeja encima de la mesa. –Si no comes no tendrás energía para el combate de mañana.
-Soy hombre muerto.
Paula puso los ojos en blanco y suspiró.
-¡¿Quieres no ser tan cabezota?! –le recriminó. – ¿Piensas morirte de hambre?
Antonio se incorporó y se quedó sentado en la cama.
-¿Tu elemento es la luz, no? –le dijo Paula. El chico asintió. –La luz es la verdad, es el valor, es la fuerza que necesitas para enfrentarte a Tim.
-¿Qué le hago? ¿Le lanzo un rayito para que me vea mejor? –le dijo este, irónico.
Paula se cruzó de brazos, pensativa.
-Pues… lánzatelo a ti mismo. Date fuerza. –le aconsejó. –La luz… El Sol la desprende a cada segundo y es una estrella que está a miles de quilómetros de aquí y se formó hace miles y millones de años, y su luz aún nos llega, nos alumbra y nos guía. ¿Crees que el Sol se ha rendido? Tú puedes ser ese Sol. Debes serlo.
Antonio apretó los puños.
-Venga, sol, a cenar. –le dijo Paula, divertida.
-No me llames sol.
-Es que te comportas como él. -dijo la chica, encogiéndose de hombros. -Justo cuando atardecía has desaparecido para esconderte en tu cuarto.
Antonio cogió la bandeja y se puso a cenar.
-Suerte. –le dijo la chica. –Nos vemos mañana.
Paula, al salir de la habitación, se tropezó con Carol.

-¿Estás preparada para la derrota? -dijo la pelirroja, contenta.
-Yo no. ¿Y tú? -dijo Paula riendo.
-Dentro de lo que cabe, me alegro que me haya tocado competir contigo. -dijo Carol.-Será divertido.
-Eso sobretodo. -le aseguró Paula. -Yo me lo pienso pasar bien.
-Oye, Pau, ¿dónde se ha metido Sandra?
-¿Qué Sandra? -dijo Paula extrañada. -¿De quién me hablas?
-Esa que iba con vosotras…
-Carol, ven aquí inmediatamente. -le gritó Alice desde la otra punta del castillo. -Llevo una hora buscándote por todo el castillo.
-Pues sí que estás cegata. -le dijo Carol con un toque de sarcasmo.
-¡Mocosa engreída, repítelo si te atreves! -le gritó su hermana.
Luego cayó en cuenta de la presencia de Paula y le dedicó una sonrisa -Lo siento Paula, de verdad.
-Sí, Paula, siento que tengas que aguantar los gritos de un mono enfurecido. -dijo Carol, encogiéndose de hombros.
-¡¡Pero cómo te atreves…!! -las dos hermanas se alejaron corriendo escaleras abajo. Paula sonrió para sí misma.

Antonio cenó y se puso a leer el libro que se había sacado en la biblioteca. Pensó en lo que le dijo Paula. ¿Podría realmente sacar la fuerza de su luz? El chico se durmió mientras leía el libro, y no se dio cuenta de que su primo volvió vestido con una larga capa, y que Alfonso se puso a hacer el deber de Alice a las dos de la madrugada, y que Marcos regresó el último, con el pelo mojado, acabado de ducharse, e hizo quinientos abdominales antes de dormirse.

La gente de la aldea hervía de alegría. El ambiente festivo era enorme allí, en la plaza de un pueblo que ni siquiera existía. Antonio temblaba de pies a cabeza mientras esperaba sentado en la carpa que habían instalado para los participantes.
Había al menos dos mil personas reunidas en la plaza, que se quedaba muy pequeña para toda esa gente. Todos los renegados esperaban impacientes los resultados del torneo. Incluso hicieron apuestas.

Jandro entró en la carpa. El interior era acogedor. Había bancos de madera, armarios con trajes, capas y otras prendas, y un botiquín de emergencias.
-No he visto a Marina por ningún lado. -se quejó Jandro, y se sentó al lado de su primo. -Venga, Toni, que puedes hacerlo. Tu combate es el penúltimo.
-Qué bien. -dijo el chico, sin mucho entusiasmo.
-Primero se enfrentarán Carmen y Juanjo. -le informó el moreno. -Pobre niña… la va a machacar.
-Yo no estaría tan seguro.-le dijo Antonio. Y juntos salieron a ver el combate que estaba a punto de empezar.
El combate fue memorable. Espectacular. Jamás visto. Ambos oponentes olvidaron su relación familiar y se concentraron en dar más de sí.
Subieron al ring y se dio inicio al combate. Carmen se sentó en el suelo de piernas cruzadas y cerró los ojos. Juanjo se puso de cuclillas y colocó dos dedos de sus manos en cada lateral de la cabeza. Toda la plaza quedó en silencio, y poco a poco empezaron a oírse los murmullos del público.
-¿Qué están haciendo? -preguntó Antonio, confundido.
-Carmen sabe luchar muy bien. ¿Qué hace ahí sentada?
Jandro se encogió de hombros.
-Siento una energía muy elevada. -le informó al rubio. -Voy a intentar leerles la mente.
Jandro cerró los ojos y al segundo cayó del asiento de las gradas empujado por una fuerza sobrenatural.
-Jandro. ¿Estás bien? -le dijo su primo, ayudándole a levantarse.
-¡Ostras! Esos dos dominan el elemento del psíquico. Y ambos lo usan de manera genial. Están peleando con la mente. -le dijo este, emocionado. -Mira.
Jandro colocó una mano sobre la cabeza de su primo y volvió a cerrar los ojos. Antonio sintió como si cayera en un inmenso vacío, sintiendo en su barriga los nervios, con el corazón latiendo forzosamente a causa de la sensación de caída. No podía gritar. Quedó parado en medio de la nada, y entonces vislumbró escenas, pensamientos, órdenes…



-Sal del ring. ¡Sal del ring, ya! -se trataba de la voz de Juanjo.

-A mi no me ordenes. Relájate. Sólo tienes que alejarte de mi dos centímetros más..

-¡Salte del ring o acabaré contigo!

-No puedes. Estoy protegida. Ahora aléjate un centímetro de mí.

Las voces quedaron en silencio durante un segundo.

-¡Mierda, Carmen! Estoy orgulloso de ti, de cómo manejas tu elemento, pero aun así... ¿qué quieres de mí? ¿Por qué quieres que me aleje? No pienso hacerlo.

-Ya lo has hecho. Ahora... un centímetro más... sólo uno y te dejaré en paz. Yo tengo ahora el control de tu mente.

Antonio volvió en sí.

-¿Sólo ha pasado un segundo? -dijo este, sorprendido.

-Sí. -le contestó Jandro. -Es genial esa Carmen. Como controla a su padre. Si te fijas, Juanjo se ha separado medio centímetro de ella. ¿Pero qué pretenderá con eso? Porque para echarle del ring le haría falta moverlo unos trescientos centí- metros más.

Antonio se quedó pensativo durante unos segundos. Entonces lo encajó todo. Su maestra, en una ocasión, le explicó que su tío tenía una técnica secreta, de su propia cosecha, que le permitía derrotar a los enemigos de un solo golpe. Sólo que requería mucha concentración y la probabilidad de ejecutarla bien era mínima. El enemigo tenía que estar a ciento quince centímetros del ejecutante, es decir, casi a metro y medio, ya que si no lo estaba esa técnica no se podía llevar a cabo.

-¡Maestra, no! -gritó Antonio.- ¡Es muy arriesgado! ¡Si no te sale bien... acabará contigo!

Jandro lo miró confuso. Antonio no se dio cuenta. Se había levantado del sitio y miraba a la pareja de oponentes como si lo demás hubiese desaparecido. Toda la plaza estaba en tensión. Juanjo se movió un poco, y milímetro a milímetro fue retrocediendo

más y más hasta que se quedó a ciento quince centímetros exactos de su hija. Entonces fue visto y no visto. La niña dio un salto espectacular, con una gran velocidad. Se quedó en el aire suspendida. Cerró los ojos. Descendió hacia su padre dando tres volteretas aéreas a toda velocidad y potencia y, cuando acabó con la tercera, colocó los pies en los hombros de su padre y lo inmovilizó por el cuello, e impulsada por la inercia y la energía que llevaba, pillando a su padre desprevenido y desorientado, hizo una cuarta voltereta arrastrando a su padre con los pies por el aire y aterrizó en el suelo, con los pies aún enganchados en el cuello de su padre. Ella aterrizó de pie, pero su padre yacía tumbado en el suelo, inconsciente por el golpe recibido. La gente saltó de sus asientos, vitoreando a la niña. Gritaban emocionados. La plaza era un gran estruendo de aplausos y gritos. Todos, al unísono, contaban la cuenta atrás.

-Ha ganado “la Infalible Ojos Grandes” -anunció el presentador, intentando hacerse oír entre el gentío.- Para variar. Las apuestas estaban muy reñidas. Unos apostaban por nuestro magnífico jefe Juanjo, y otros, los más veteranos en esto de los torneos, han apostado por la jovencita. Muy gracioso. La hija le ha metido una buena paliza a su padre, y lo mejor de todo es que no sabemos ni siquiera como ha logrado superar su barrera protectora. Genial. ¡Felicidades!

La gente volvió a aplaudir, sin enterarse muy bien de lo que había sucedido durante todo el combate, excepto el final, que les había impresionado mucho.

-Siguiente combate… ¡Marcos Da Silva versus nuestra querida Alice! –gritó el presentador.– Maestra contra alumno.
Alice llevaba el control del combate. Daba la impresión que, por querer motivar al alumno, la rubia no había acabado con él desde un primer momento. Tampoco es que Alice tuviera mucho que hacer en ese torneo, ya que no le servía de nada usar su gran poder temporal en Shien, y su poder elemental era muy limitado, al igual que todos los Shinenses, aunque se había pasado años intentando controlarlo. Alice, como buena sobrina de su tío campeón de artes marciales, se defendía de una forma ágil y eficaz contra los ataques de Marcos, que en un principio sólo la empujaba, ya que le daba vergüenza pegarle a una chica que, encima, era su maestra. Luego ya empezó con puñetazos y patadas, pero de nada le sirvió contra la chica. Alice no atacaba, sólo se defendía. A los siete minutos, cansada de defenderse, Alice colocó una mano sobre el hombro del chico y cerró los ojos. Marcos no sintió nada. El público fue conquistado por un silencio tenaz. El chico cerró los ojos, inspirando aire.
-¿Pero, qué…? –le dijo Alice. La rubia volvió a cerrar los ojos, sin quitar la mano del hombro del chico, que no se defendía. Siguió sin pasar absolutamente nada.
-¿Eh? –Alice se miraba la mano, preocupada y asombrada a la vez. – ¿Cómo es posible? ¿No te afecta la electricidad? Entonces tu elemento debe ser…
El chico, que seguía con los ojos cerrados, levantó poco a poco la mano. Un fuerte temblor hizo estallar miles de gritos. La tierra se movía de forma radical. En medio del escenario se abrió una grieta, que fue haciéndose más y más grande. Marcos levantó más su mano. Cuarenta rocas salieron despedidas abruptamente hacia el cielo.
-¡Para, para! ¡Me rindo! –gritó Alice, cubriéndose la cabeza con ambos brazos, viendo que no tenía nada que hacer contra esas rocas y temiendo por la seguridad del público.
Las rocas permanecían suspendidas en el cielo. Marcos volvió en sí. Los grandes bloques de tierra empezaron a

caer en picado. La gente gritaba de pánico. Jandro levantó una mano, haciendo que las rocas que se caían hacia ellos cambiaran su dirección, repeliéndolas. Antonio abrazó a Paula, protegiéndola con su cuerpo de la caída de las rocas, ya que dudaba que la barrera de su primo funcionara a la perfección. Todo transcurrió durante unos segundos. Las rocas, cambiando su energía potencial por cinética a medida que iban descendiendo, se encontraban ya a unos pocos metros del suelo. Todo se paró de golpe. Antonio notó como su cuerpo empezaba a flotar. En verdad todo flotaba: las rocas levitaban inofensivamente, el público se miraba el cuerpo, luego miraba el suelo y finalmente rezaban o estallaban en suspiros de alivio.
Kiara se encontraba con la mano estirada, de pie, en posición de lanzar un ataque. Pero ella sabía muy bien que no lo había lanzado. Se trataba de una substracción de la gravedad, algo que sólo podría haber hecho aquel poseedor del elemento de la naturaleza con un control total, el elegido de la naturaleza. La chica se giró buscando al causante, y encontró a una persona justo detrás suya. Era una chica, un poco más alta que ella, vestida con unos atuendos muy extraños. Parecía un personaje sacado de una peli. En la espalda llevaba dos espadas con sus respectivas fundas, cruzadas. Una capucha le impedía verle bien la cara. Ella parecía tan sorprendida como ella misma. Las dos se quedaron mirándose unos largos segundos. La chica sonrió.
-¿Eres la elegida de la naturaleza? –preguntó Kiara, asombrada.
-Sólo soy un espejo, un reflejo tuyo. Depende de ti que yo lo sea. –le dijo la chica. Luego desapareció. Kiara se quedó contemplando el lugar donde antes había estado la extraña mujer. La gente gritaba a sus espaldas. Se sintió más pesada, y con un ligero dolor de cabeza. La gravedad volvía a influir sobre Shien de nuevo.
Se atrasaron los siguientes combates para el próximo día. El palacio estaba abarrotado de gente. Policías Shinenses se habían llevado a Marcos. La gente pedía explicaciones y Juanjo no podía atenderles. Estaba tumbado en su cama,

recuperándose del combate. Había más gente allí aglomerada que viendo el torneo.
Marina se cruzó con el trío, que huía de toda aquella gentada.
-¡Antonio, Jandro, Paula! –les llamó, muy alterada. –Tenemos que sacar a Marcos de ahí. Es mi alumno. Su intención no era hacerle daño a Alice. He hablado con mi padre. No podemos dejar que se lo lleven.
-¿Y qué hacemos? –dijo Antonio, alarmado.
-Alice y yo iremos a por él. Buscad a Carol y decidle que necesitamos ejecutar el plan de emergencia ciento tres. Ayudadla a convencer a mi hermana Carmen. Venga, manos a la obra.
Marina se marchó corriendo, en sentido contrario a la gente que entraba al palacio sin control. Empezó a buscar a Alice entre el gentío. La encontró hablando con un chico rubio que no había visto en su vida.
-Alice, rápido. –le dijo, cogiéndola del brazo izquierdo. – No hay tiempo para charlas.
-Marina… ese chico es un…
-Vamos, corre.
Las dos hermanas se alejaron del chico a toda prisa. Este se quedó un tanto desconcertado.
Los chicos buscaron a Carol y a su hermana Carmen. Kiara se unió al grupo. El plan de emergencia ciento tres consistía en abrir un túnel subterráneo que comunicaba con el cuarto de Carmen, que a disgusto había accedido a la ejecución del plan. Cruzaron el pasadizo corriendo, hasta llegar al final, iluminándose con unas antorchas.
-Ahora debemos esperar hasta oír la señal. Entonces bajaremos la palanca. ¿Entendido? –les informó Carol, encendiendo de nuevo la antorcha de Paula, que se había apagado al correr. Kiara se sentó en el suelo, agotada.
Antonio y Jandro cogieron la palanca con fuerza. Carmen se cruzó de brazos.
-Oye, tú, el niño del pelo negro. –dijo Carmen dirigiéndose a Jandro. –Concéntrate en el exterior.

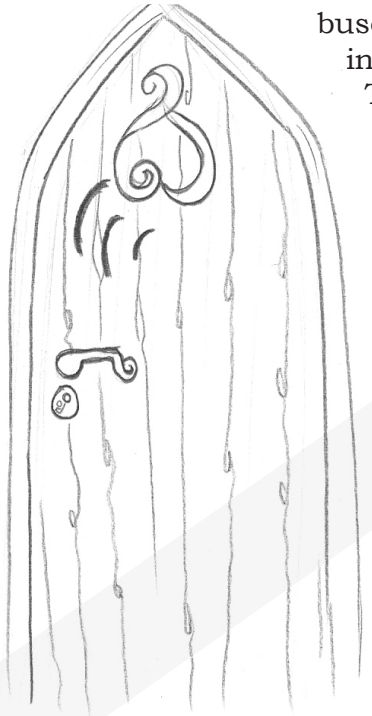
-¿Qué exterior? –le dijo Jandro, desconcentrado.-Estamos en un túnel.
Carmen entornó los ojos y señaló al techo. Luego cerró los ojos. Jandro la imitó, dejando a Antonio solo con la palanca.
-La señal la tengo que detectar yo. –les dijo Carmen, con su característica voz mental, sin abrir la boca. –Pero ahora mismo me va a ser muy difícil, porque hay cientos de personas pensando y gritando ahí arriba. Necesito ayuda para localizar la mente de mis hermanas, en especial la de Marina, la que conozco mejor.
Justo un par de metros arriba de sus cabezas, una corriente de gente arramblaba la puerta central del palacio. Los policías querían salir del edificio, arrastrando a Marcos con ellos.
-¡Esperad! –gritaron dos chicas, haciéndose oír por encima de la multitud. Los guardias se giraron.
-¿Qué ocurre? –les preguntaron.
-No os podéis llevar a ese chico. Es inocente. –gritó Marina.
-Claro que podemos. –dijo el policía que parecía ser el jefe. –Este chico es una amenaza. Ha intentado acabar con todos nosotros. En el torneo existen unas normas que se deben seguir. Apartaos y dejadnos salir.
-Si queréis salir de aquí tendréis que llevarnos con vosotros. –dijo Alice.
-Hermana. Creo que no tenemos nada que hacer contra ellos. Son los mejores policías de todo Shien. Nos entregaremos voluntariamente. –le dijo Marina.
Los policías sonrieron orgullosos, sin darse cuenta que Marina le guiñaba un ojo a su hermana.
Las dos hermanas se pusieron una a cada lado de Marcos, que no sabía que estaba ocurriendo. Los tres chicos estaban rodeados de policías. Siguieron caminando hacia el exterior de la puerta, y en el momento que los tres, solo ellos, estuvieron sobre la alfombra cuadrada que cubría la entrada, Marina pensó con todas sus fuerzas en su hermana Carmen. De repente se abrió una compuerta oculta por la alfombra y los

chicos desaparecieron. Los policías se pararon en seco al darse cuenta que los tres chicos habían desaparecido. Todos miraron al cielo, esperando verlos levitar o algo así, sin sospechar que los chicos se hallaban a dos metros bajo sus pies.
Alice, Marina y Marcos habían aterrizado en el suelo, tumbados. Paula y Carol les ayudaban a levantarse. Antonio jadeaba junto a la palanca. La había abierto y cerrado en un tiempo mínimo para que nadie se diera cuenta de la existencia de una trampilla. Jandro y Carmen se frotaban la cabeza, exhaustos por el esfuerzo que habían empleado en detectar la señal.
Los chicos regresaron a la habitación de Carmen, donde se encontraba la entrada del pasadizo. Carmen cerró la puerta de su habitación circular con su particular sistema de contraseña y se tumbó en la cama. Marina les ofreció a todos un cojín para sentarse y sacó del armario de su hermana un juego de té.
-No te he dado permiso para que les ofrezcas mis cosas. –le dijo Carmen a su hermana telepáticamente.
-Ya lo sé. Tampoco yo te lo he pedido, desagradecida. –le dijo esta, en voz alta. Carmen le sacó la lengua, enfurecida, como una niña de siete años, dándoles la espalda a todos.
-Bueno, aquí estamos a salvo hasta que mi padre se recupere del todo y ponga un poco de orden. –dijo Alice, suspirando.
-Marcos, ahora te toca hablar, ¿cómo es que no nos habías dicho que ya sabías cuál era tu elemento? No había visto a ningún temporal poseedor del elemento terrestre con tal poder. –le dijo Marina, preocupada.
-Yo… yo no sabía cuál era mi elemento hasta que Alice me lo dijo. –se excusó Marcos, con la cabeza gacha.
-Es verdad. –dijo Alice. –Yo se lo dije cuando no le afectó mi corriente eléctrica. Los poseedores del elemento terrestre son inmunes a las corrientes eléctricas. Suelen trabajar en Shien como electricistas, junto con los poseedores del elemento del magnetismo, que incluye el control de la electricidad.
-Entonces, ¿en ese momento descubriste tu elemento?

-insistió Marina, con voz reconciliadora, para no asustar al chico, que parecía atemorizado.
-Sí. En ese momento sentí una fuerza de una gran magnitud. Era una mezcla de alegría por haber descubierto al fin mi elemento y unas ganas de ganar el torneo terribles. Entonces no sé lo que pasó, estaba fuera de mi. Cuando recuperé el control unas grandes rocas caían sobre mí. Creía que iba a ser mi fin. No sabía pararlas. –dijo Marcos mirándose los pies.
-El chico tiene razón. –dijo Carmen. –Dice la verdad.
-En su mente falta el fragmento de los segundos correspondientes a la elevación de las rocas. –añadió Jandro, muy serio. –No sabía pararlas. Quizá estaba él más desconcentrado que todos nosotros.
-Vaya… sólo había oído que tal fenómeno podían hacerlo los elegidos. –dijo Marina, sorprendida.
-¿Y si fuera un elegido? –preguntó Paula.

Los chicos se miraron buscando respuesta.

-Imposible. Durante vuestro combate… -dijo Carol a Alice y a Marcos. -… Esteban vino buscando a Papá. Pero como estaba inconsciente me lo dijo a mí. Me dijo que Tim le había dicho que había caído otra maravilla, y testigos habían visto como el elegido de la Tierra le daba el toque final al monumento.



-Aun así no lo entiendo…

Unos golpes secos procedentes del otro lado de la puerta inundaron la habitación. Los chicos se quedaron parados, de piedra.

-No sé quién es. –dijo Carmen, asustada. –Es un poseedor del elemento del psíquico, porque no me es nada fácil penetrar en su mente…

-Es Juanjo. –les dijo Jandro. Carmen lo miró con sus grandes ojos, todavía más abiertos, muy sorprendida.

Alice se puso de pié y abrió la puerta. Juanjo entró en la habitación y cerró la puerta bruscamente. Los chicos le contaron a Juanjo todo lo que sabían sobre el asunto.

-Vaya… así que nos encontramos delante de un chico superdotado…
-No se me dan bien las mates. –dijo el chico, más relajado.
-No me refiero a tu cerebro, sino a tu elemento. Investigaré en la biblioteca. Nunca había visto un caso igual…
-Yo, durante el torneo, he visto a una mujer que ha suprimido la gravedad. –dijo Kiara, que había permanecido en silencio, recuperándose aún de aquel extraño encuentro.

Los chicos la miraron arqueando las cejas, muy sorprendidos.

-Es verdad, ya no me acordaba. ¡La gravedad desapareció justo en el momento en que las rocas caían sobre nosotros! –dijo Alice, golpeando la cama de Carmen con un puño. Esta le fulminó con una de sus miradas.
-Un poseedor del elemento de la naturaleza tiene que tener mucho control para hacer tal cosa. Un poder semejante al de un elegido.
-Le pregunté si lo era. –dijo Kiara.
-¿Sí? ¿Y qué te dijo? –preguntó Juanjo, sorprendido y lleno de curiosidad.
-Pues… no me dio una respuesta nada clara. –dijo la chica, confusa.
-Vaya… muy interesante. Investigaré sobre todo esto. –les dijo Juanjo. –De todas formas, tú, Marcos, vendrás conmigo a luchar contra los espíritus. Sólo se pueden combatir con los elementos. Nos serás de mucha ayuda.
-Pero, papá… -le dijo Marina.
-Hija, el entrenamiento para él ha concluido. Nos hace falta. Kosh cada vez está más cerca de nosotros. –le dijo Juanjo. –Marcos, te dejaré terminar el torneo. Pero cuando termine, ya sabes.

Marcos asintió, un poco asustado. Juanjo se marchó de la habitación, muy nervioso y confundido. Los chicos salieron

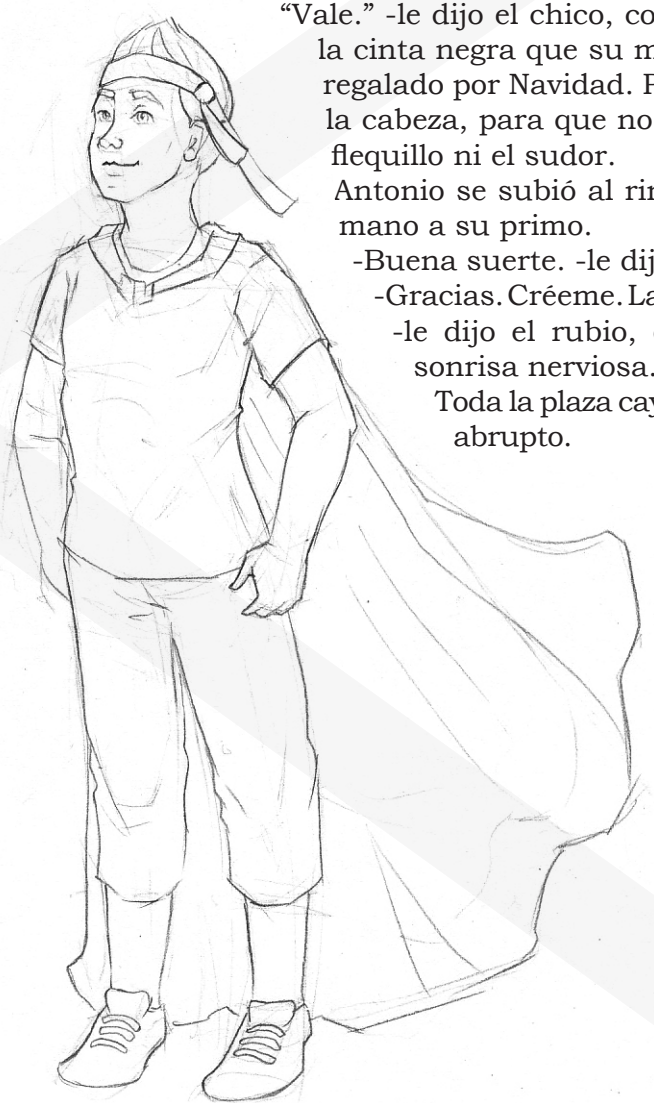
detrás de él. Estaban cansados y mañana les esperaba un día lleno de combates. Jandro se disponía a salir cuando Carmen lo detuvo.
-Espérate un momento. Quiero hablar contigo. –le dijo mentalmente. Jandro se esperó a que salieran todos y, pasando desapercibido, cerró la puerta quedándose dentro de la habitación.
-Brillante. –le dijo Carmen. –Has podido localizar a mi padre, cuando yo, que soy la más avanzada en el control de mi elemento en todo Shien, no he podido. Y no sólo eso; ahora mismo has conseguido que nadie notara tu presencia, pasar desapercibido. Es realmente brillante. ¿Cuál es tu nombre?
-Alejandro Gálvez. –le dijo este.
-Ellos no lo notan, pero yo sí. Quizá ese niño, Marcos, no sea un caso único. Tú ya me entiendes. Tranquilo, no diré nada sobre esto.
Jandro la miró sin entender nada.
-¿Puedo marcharme ya? –pensó.
-No es que puedas, es que debes. –le dijo la voz. –Y no lo olvides, a mí no me engañas. Qué generación de temporales más curiosa.
Jandro bajó las escaleras de la torre un poco confuso. Le dolía la cabeza por todo lo ocurrido, y el siguiente combate era el suyo. En la planta inferior Juanjo intentaba calmar a la gente curiosa, que seguía acosando el castillo. Esteban, el mensajero, le informó sobre la hora del combate y el chico se fue a dormir para olvidarse de lo ocurrido y repostar energías para la mañana.

El escenario del combate volvía a estar recuperado. El equipo de mantenimiento se había pasado toda la noche arreglando las grietas, quitando las rocas y restaurando la plaza.
Antonio acompañó a su primo al ring y le puso una mano sobre su hombro.
-Suerte.
Jandro, un poco nervioso, muy raro en él, dio tres grandes zancadas hacia el centro del ring. Marina ya lo estaba esperando. Antonio se sentó en primera fila, para no perderse detalle,

pero alguien lo llamó. Se trataba de Juanjo. Antonio se levantó rápidamente y acudió a donde él se encontraba.
-Buenos días, señor. ¿Ocurre algo? -preguntó.
-Sí. Y es algo muy serio. -le dijo Juanjo. -Acompáñame.
Antonio siguió al jefe de los renegados hasta el paseo de las flores, otro lugar destacado de Shien, pero hoy estaba desierto. Se trataba de una calle ancha, empedrada, decorada con plantas y flores donde los miércoles instalaban casetas y tenderetes, haciendo un mercado largo y estrecho donde los Shinenses compraban, vendían y regateaban.
-Señor, es usted admirable. ¡Hay que ver la gente que ha venido hoy a la plaza! Yo creía que no vendría nadie después de lo de ayer... ¡y hoy aún hay más gente!
-Yo no hice nada. -le aseguró Juanjo. -Es el éxito del torneo. La gente se vuelve loca. Nunca habían visto jamás un poder tan grande sobre los elementos como el caso de Marcos. Primero se asustaron, pero ahora están impresionados y quieren más.
-Bueno, ¿y qué me tenía que decir? -preguntó Antonio, al escuchar los aplausos de la gente. Su primo ya había empezado el combate.
-Los elegidos han ayudado a Tim ensanchando la barrera antitemporal por toda la Península Ibérica. Esto ha sido posible gracias a la energía de los elegidos y a la destrucción de la fuente de España, ya que ahora Kosh ya no puede enviar espíritus contra Cabrera de esa forma tan eficaz. Pero Kosh no se va a rendir tan fácilmente, ¿entiendes?
-Sí, claro. -dijo Antonio, asintiendo con la cabeza.
-Nuestros espías nos han informado de que Kosh ha enviado contra los renegados que están luchando en sus dominios unos seres superiores a los espíritus. También nos han informado de que las dos armas legendarias que quedaban por coger han desaparecido. Los elegidos están todos reunidos. -le explicó Juanjo. –Tengo miedo. Se avecina la lucha final. Está claro que a los elegidos aún les quedan bastantes fuentes oscuras que destruir, pero no me fío ni un pelo de Kosh. Sigue atacándonos.

Hemos enviado todos los refuerzos posibles. Ahora el problema lo tenemos nosotros. Prácticamente no queda nadie en la aldea que sea capaz de defendernos. Si Kosh nos atacara... sería nuestro fin. Por eso creo que deberíais terminar ya vuestras clases y ayudar a la defensa.
-Claro. -dijo Antonio. -Lo haremos lo mejor que podamos.
-Mi hija insiste en que aún no sabéis lo suficiente. Así que he pensado que por las mañanas daréis media hora de clase y el resto a vigilar. Se os pondrán unos turnos de vigilancia que deberéis de cumplir con la máxima restricción. Lo siento, de verdad.
-No te preocupes. Será un placer ayudar a Shien. -dijo Antonio, sonriendo, orgulloso de servir de ayuda.
La gente estalló en gritos y aplausos. Antonio se despidió de Juanjo y corrió hacia la plaza a una gran velocidad.
-No... No por favor.... que Jandro esté bien... espero que Marina no haya sido muy dura con él.... -pensó mientras corría. Pero muy grande fue su sorpresa cuando, al llegar a la plaza, vio a su primo de pie en el ring, triunfante, y a Marina tumbada en el suelo, consciente pero paralizada.
Antonio corrió junto a Paula y Kiara, que aplaudían emocionadas.
-Chicas, qué... ¿qué ha pasado?
-¡Ha sido genial! ¡Jandro es el mejor! -gritó Kiara, sin dejar de aplaudir y silbar.
-Ha utilizado su gran control en su elemento para leerle la mente a mi hermana y se ha anticipado a todos sus movimientos. A mitad de combate, mi hermana atacaba sin pensar, para evitar que el chico se le anticipase, pero entonces...
-¡Maestra! -dijo Antonio, sorprendido. Carmen estaba una fila atrás de ellos.
-... Alejandro empezó a usar una técnica oculta ninja, que yo desconozco. Acabó con ella sin mucho esfuerzo. -continuo la niña.
-No me ha defraudado para nada. Ha estado muy interesante.
-Ahora te toca a ti, palurdillo.-le dijo Kiara, mirándose las manos, rojas y encendidas de tanto aplaudir.
-Antonio, ten cuidado. -le dijo Paula, colocándole bien la capa de combate.

-Que no me voy a la guerra. -se quejó el chico.
Carmen se quedó mirándolo en silencio.
"Maestra, estoy perdido." –pensó el chico, para comunicarse con Carmen sin que los demás lo pudiesen captar. - "No tengo nada que hacer contra Tim. Mi elemento no sirve para la lucha."
-"Creo que no pierdes nada en intentarlo." -le dijo la niña mentalmente.- "Demuéstrame que eres digno de ser mi alumno."
"Vale." -le dijo el chico, confiado. Se sacó la cinta negra que su maestra le había regalado por Navidad. Paula se la ató a la cabeza, para que no le molestase el flequillo ni el sudor.
Antonio se subió al ring y le chocó la mano a su primo.
-Buena suerte. -le dijo el moreno.
-Gracias. Créeme. La voy a necesitar. -le dijo el rubio, esbozando una sonrisa nerviosa...
Toda la plaza cayó en un silencio abrupto.



Tim aun no había aparecido.
-Bueno, señores y señoras, he aquí a otro alumno temporal. Ya hemos visto que los alumnos no son unos simples aficionados. Pero este va a tener el honor de enfrentarse al legendario y antiguo elegido del agua... ¡Timotheo!
Tim salió de la nada, en medio del ring. Vestía ropa de marinero y llevaba un pañuelo que le cubría parte de la cabeza. Antonio, sin embargo, llevaba una larga capa que le llegaba hasta los pies y una cinta atada en su frente.
-Y ahora... ¡que empiece el combate!
Antonio estaba temblando de pies a cabeza. Se desplazó en círculo alrededor de Tim. Éste lo miraba divertido.
-Bueno, chico. Veamos lo que has aprendido y lo que eres capaz de hacer. Tim se lanzó sobre él con una gran fuerza. Antonio lo esquivó rápidamente, como le había enseñado su maestra. Emprendieron una lucha cuerpo a cuerpo. Tim tenía mucha experiencia, pero su vejez le ralentizaba, y sus ataques eran más lentos que los de Antonio, que se movía como si danzara, con una agilidad sorprendente.
-Vaya... eres bueno. Me vas a hacer luchar en serio. -le dijo el marinero.
-Te estoy esperando. -le dijo el chico, mucho más tranquilo y seguro de sí mismo.
Tim se arremangó las mangas y extendió los brazos. Comenzó a brotar una inmensidad de agua, a una potencia brutal. Antonio fue empujado por esa agua y un poco más es expulsado del ring en menos de medio segundo. El chico dio un gran salto esquivando el chorro. Era una escena de ciencia ficción. Los chorros de agua iban disparados hacia el chico y este los esquivaba como podía. El público pronto acabó empapado. Antonio no podía más, estaba agotado. Entonces pensó en su elemento. No servía para atacar a su oponente, pero... quizá le sirviera a él para su propio bien. La voz de Paula inundó su mente: “Lánzatelo a ti mismo. Date fuerza”.
“Gracias Paulita.” –pensó el chico. –“Eso es justamente lo que voy a hacer.”

Antonio, aprovechando un descuido de su enemigo, cerró los ojos y se concentro en momentos felices. Por su mente pasó una imagen de Paula sonriéndole mientras paseaban por el pueblo, otra de su primo, dándole un codazo en una clase en la que casi de durmió, otra en la que aparecía Kiara dibujándoles a todos, otra imagen donde salía él entrenando con su maestra, otra con la figura de Eric, de sus abuelos, de su tutora...
Antonio empezó a brillar con fuerza, con mucha fuerza. Tim no podía prácticamente apuntar; la luz que emitía lo cegaba. Era una mini estrella brillante. No se le distinguía dentro de tanta luz. El chico, impulsado por una energía inmensa y una fuerza de voluntad devastadora, empezó a moverse a una velocidad de vértigo, haciéndese prácticamente invisible en el movimiento, desplazándose de un sitio a otro del ring mareando por completo a su oponente. Tim salió disparado hacia el cielo, impulsado por dos potentes chorros de agua que él mismo había disparado para elevarse. Antonio dio un salto tremendo. La batalla se había trasladado a las alturas. Antonio cogió a Tim de los brazos, inmovilizándolo, y los dos cayeron en picado hacia el centro del ring, como un rayo de luz de unas dimensiones espectaculares. Hubo una pequeña explosión. Habían hecho un agujero con la caída. La gente se levantó de las sillas, intentando ver lo que había sucedido en el interior del agujero. La luz cegadora cesó. Del agujero salió Antonio, jadeando. Estaba hecho polvo: su capa estaba quemada y desgarrada en algunos tramos, el pelo y el rostro los tenía cubiertos de polvo y arena. Salió del agujero a gatas, arrastrando consigo a Tim, que parecía estar inconsciente. Pero no. Tim se lanzó contra él de nuevo, con sus últimas fuerzas. La gente gritó sorprendida. Pero Antonio cogió al marinero y lo tumbó mediante una llave de kárate, y lo inmovilizó con sólo presionar una parte de su espalda con el dedo índice.
-Diez, nueve, ocho... -el presentador empezó la cuenta atrás-Tres, dos, uno...

La gente estalló en aplausos y gritos. Antonio, mareado, se dejó caer al suelo y se quedó allí tumbado, sin fuerza para levantarse.
-¡Genial! Un combate memorable. ¡Aquí tenemos a un poseedor de la luz! Son muy raros de ver, como ya sabéis. Nuestro Tim ha acabado hecho polvo. ¡Magnífico! ¡Increíble! -gritó el presentador, fuera de sus casillas.
Antonio pudo ver como Paula y Kiara lo recogían del suelo. Jandro hablaba con los enfermeros más atrás. Notó como lo ponían sobre una camilla y perdió el conocimiento.

7
Lo importante es participar

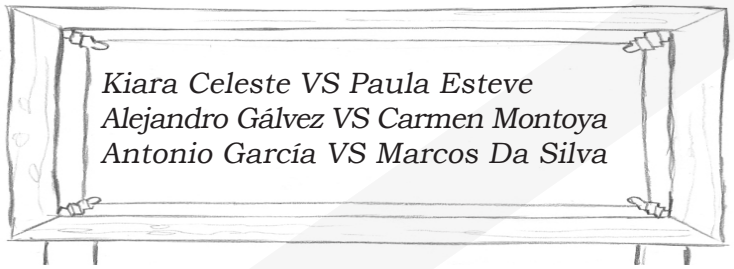
Despertó en la enfermería del castillo. Era de día. Paula estaba dormida con un libro en sus manos en una silla al lado de su cama.
Antonio se incorporó. Le dolía la cabeza.
-No... Combates no... Carol... no...
-Paula -le dijo el chico, despertándola.
-¡Ah! Buenos días, Toni, que bien que ya te hayas recuperado. ¡Estuviste genial! -le dijo ella, emocionada.
-Oye, Paula, ¿y tu combate qué? Cómo... quiero decir...

-Gané -dijo Paula sin mucho entusiasmo. -Carol posee el elemento del fuego, y no podía hacer nada contra mí. Imité a Tim, y con un chorrito de agua la tiré del ring, pero no era mi intención ganar. Yo no quería pelear, por eso la eliminé así.
-No fue un "chorrito de nada." -dijo una voz detrás de ellos. Se trataba de Carol, que les observaba apoyada en el umbral de la puerta de la enfermería.. -Fue un chorrote de dos metros de diámetro. Tim está impresionado. Dice que eso no se lo ha visto hacer a nadie excepto él, que era el antiguo elegido del agua.
-¿Ah, sí? -dijo Antonio, sorprendido. -No lo sabía. Ignoraba que él fuese un antiguo elegido. ¿No sabes qué fue de los demás?
-No. Muchos fueron atrapados por Kosh, como el antiguo elemental del psíquico, como ya os conté. Los demás están muertos o viven en la Tierra. Tim es el único que se quedó en Shien y no fue atrapado por Kosh.
-Vaya... -dijo Antonio, un poco decepcionado. -Pero bueno, Paula, has estado magnífica.
-Pero si no me has visto.-dijo la chica, dejando el libro sobre la mesita.
-Pero me lo imagino. -dijo Antonio, sonriéndole.
Jandro entró en la habitación.
-¿Qué tal? -le dijo, con una sonrisa.
-Genial. -Antonio alargó el brazo derecho para saludar a su primo pero un dolor similar a mil agujas punzantes le recorrió todo el brazo.
-Tienes una fractura en el brazo derecho. -le dijo Jandro. -Tendrás que recuperarte para tu próximo combate.
-¿Próximo combate? -dijo el chico, sorprendido. -¿Ya han hecho las clasificaciones?
-"Sip". Han dado un intervalo de dos semanas para recuperarse y prepararse. -le dijo Jandro. -Tú te enfrentarás contra Marcos. Yo contra tu querida maestra.
-¿Contra Carmen? -le dijo Antonio. De pronto se le iluminó la cara. -¡Bien! ¡No me a tocado contra ella! ¡¡Qué suerte tengo!! De repente se quedó parado, y giró la cabeza lentamente hasta donde se encontraba su primo.
-¿Cómo sabes que es mi maestra? -le dijo Antonio.

-A estas alturas todo el mundo lo sabe. -le dijo su primo, riéndose. -Hasta Carmen nos lo dijo. Tranquilo, sabemos que no nos lo podías decir porque ella no te lo permitía. Nos lo ha contado todo. Ayer fue un día lleno de sorpresas.
-¿Ayer? -dijo Antonio. – ¿Ya ha pasado un día?
-Claro que sí, dormilón. -le dijo Paula, burlándose de él.
-¿Y tú contra quién te enfrentarás? -le preguntó Jandro a Paula.
-Contra Kiara. -dijo Paula, encogiéndose de hombros.
-¿Kiara ganó? -preguntó Antonio, sorprendido.
-Pues claro que gané. -dijo Kiara, entrando en la enfermería.
-¿Qué te creías? ¿Que no iba a ganarle a este piltrafilla?
Kiara entró arrastrando a Iván, que iba lleno de arañazos en la cara.
-Kiara e Iván combatieron los últimos. Kiara levantó todo un bosque en el ring de árboles andantes. Iván provocó un remolino. Fue genial. -le explicó Paula.
-Pero naturalmente, gané yo. -dijo Kiara, sonriente.
-Por muy poco -se quejó Iván. -Te arranqué todos los árboles con el viento, pero no lo pude controlar y el viento...
-Se lo llevó a él también.-dijo Kiara, sujetándose con una mano los riñones, llorando de la risa. -¡Ay, madre! ¡Que me muero de risa! ¡Gané gracias a su estupidez!
-No te pases. -dijo Iván, apretando los labios.

Paula se dirigía a la biblioteca cuando se encontró con Antonio y Jandro por un pasillo.
-¿Paulita, dónde vas?
-He quedado con Kiara en la biblio. -les dijo. -Hemos decidido ir a comer al pueblo, así ya estamos allí para cuando empiecen los combates y no tenemos que ir con prisas. Yo combato contra Ki, y puede que seamos las primeras.
Jandro y Antonio se miraron.
-Vale, nos apuntamos. -dijo Antonio.
Llegaron a la puerta de la biblioteca. Allí estaba Kiara esperando.
-Si va Ki yo no voy. -dijo Jandro, bromeando, cuando Kiara se acercó a ellos.
-Haz lo que quieras, so memo. -le dijo Kiara, de brazos cruzados.

Jandro se echó a reír. Le pasó un brazo alrededor de los hombros.
-¡Pero cómo no voy a querer ir contigo! -dijo el chico, riendo aún. -Sin ti no me divertiría tanto.
Kiara le estampó un libro en la cabeza.
-Mira, Jandrito, yo de ti me guardaría tus bromitas. -le dijo Kiara, con una sonrisa maliciosa. -A no ser que prefieras enfrentarte a mi bonito libro de Física...
Jandro le sonrió.
-¿Ves por qué me lo paso tan bien contigo?
Antonio parecía nervioso.
-¿Te pasa algo? -le preguntó Paula, extrañada de que el chico no se hubiera reído en todo el rato.
-No nada. -dijo Antonio, dedicándole una sonrisa. -¿Habéis visto a Marcos?
-Yo lo he visto antes de venir aquí, en los jardines. -dijo Paula. - Estaba practicando para el combate de esta tarde.
Antonio se quedó un tanto pensativo.
Los chicos llegaron a la plaza temprano. La gente ya les estaba esperando con aplausos y gritos. Todos les silbaban a su paso. Habían tomado un buen plato de espaguetis en el restaurante del pueblo antes de marcharse hacia la plaza. Se quedaron mirando el cartel de combates.

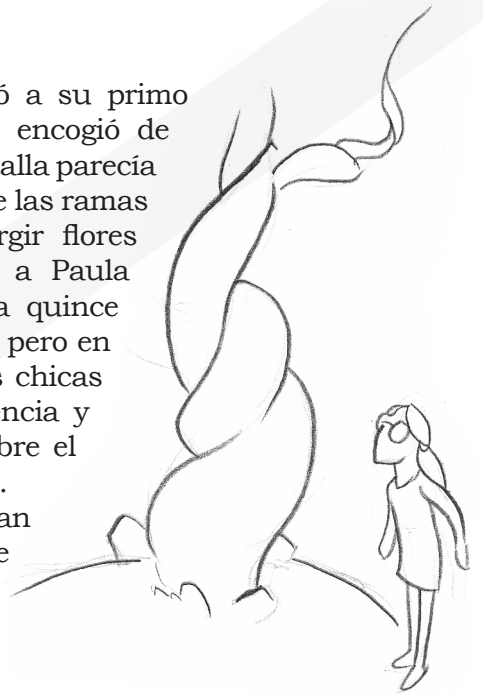


-Paula, vamos las primeras... -dijo Kiara nerviosa.
-Ya...
-Mejor que vayamos a pillar sitio. -les dijo Antonio.
-¿Qué sitio? Tenemos la primera fila reservada. -le dijo Jandro. -Que somos los campeones, chaval.

Paula se quitó la camiseta. Llevaba un bañador debajo. Dijo que le molestaba la ropa mojada durante el combate. Se puso una visera para que no le molestase el sol y unos shorts encima del bañador. Iba equipada con chanclas.
Kiara llevaba unos pantalones muy raros: en la pierna derecha eran cortos y en la izquierda, largos.
-Parece que vayáis a un desfile de moda- les dijo Antonio, burlón.
Él se había puesto una capa idéntica a la que llevaba en su combate contra Tim, ya que la antigua había acabado hecha pedazos.
-Suerte Paula. –le dijo Kiara con una sonrisa cómplice.
-¡Suerte Ki! –le dijo Paula devolviéndole la sonrisa.
-¡Que no me llames Ki!
Las chicas subieron al ring. El público estalló en aplausos. Jandro y Antonio se sentaron en los asientos reservados para los participantes, donde también se encontraban Carmen y Marcos. El Sol irrumpía en medio de un despejado cielo gris. Un joven vestido con una camisa a rayas rojas y blancas les ofreció unas bebidas. Antonio pidió cuatro Coca-Colas y se las pagó al chico. Luego las repartió entre sus compañeros. Jandro la cogió con mucho gusto, su maestra chasqueó algo con la lengua que Antonio interpretó como un “gracias” y Marcos se quedó mirándolo con la ceja derecha fruncida en señal de desconcierto.
-¿Es para mí? –preguntó el chico.
-Claro. –le dijo – Si no la quieres me la bebo yo.
-Gracias –dijo este, cogiéndola. La abrió produciendo un ruido seco a causa del gas. –Antonio, ¿no?
Antonio asintió afirmativamente.
-Ahora eres mi rival. –le dijo el rubio, sonriéndole.- La verdad es que me das un poco de miedo. Ya sabes, por lo de Marina...
-No era mi intención. –dijo este, muy seco.
-Lo siento. –el combate había empezado. –Oye, ¿de dónde eres?
-Soy brasileño, ¿sabes? –le dijo el moreno, bebiendo un trago de su refresco. –Mis padres, mis hermanos y yo solíamos ir a España en Septiembre, para visitar a unos tíos. Lo hacíamos cada año. A mi me encantaba, claro. Siempre me perdía la primera semana de instituto.

-¿Cuántos años tienes?
-Dieciséis. –le dijo el chico, aunque lo dijo un tanto confuso. –Bueno, tenía dieciséis antes de venir a Shien, claro. Ahora tendré unos dieciséis y medio.
Antonio suspiró. Hacía ya seis meses que vivían en Shien. Su vida había dado un giro espectacular desde que dejó la Tierra, sus abuelos, su pueblo, su infancia…
-¿Cómo viniste a Shien? –le preguntó, con curiosidad.
-Bueno, mis padres y yo nos encontrábamos en España cuando mis tíos me buscaron un trabajo en el barco donde trabajaba un conocido suyo. Me dijeron que podía hacer un viaje de prueba como tripulante, y, si les gustaba, me contratarían para el verano siguiente. Yo acepté la propuesta. Conocía bastante el español y los tripulantes me entendían, a pesar de mi pésimo acento. El destino del barco era Palma de Mallorca. Decían que era una bonita isla con su preciosa catedral, etcétera… Era mi primer día en barco, pero a mitad del camino el barco se incendió. –le dijo Marcos. Antonio empezó a sentir punzadas dolorosas en su barriga y abrió los ojos impresionado. –Empezaron a venir fantasmas, se llevaron a un montón de gente, yo me salvé, desplazado por las olas, hasta que me encontraron unos señores que viajaban en un helicóptero. Me llevaron a Palma y me tuvieron en un pabellón donde había muchas personas sin identificar, perdidas, al igual que yo. Pasaron unas semanas horribles. La policía no daba abasto. La gente que vivía conmigo en ese pabellón iba desapareciendo y yo veía como los espíritus se los llevaban. Unos señores me llevaron aquí. Bueno, el resto de la historia ya lo conoces.
-Yo también viajaba en un barco que se incendió…
Los chicos no pudieron hablar más. La gente les interrumpió con un fuerte aplauso. Las chicas, en el ring, luchaban con todas sus fuerzas, o al menos eso creían los espectadores.
Kiara hizo crecer unas plantas cuyas raíces destrozaron la superficie del ring, y Paula cerró los ojos. Para asombro de todos, del cielo, raso como estaba, empezaron a caer gotas de agua que mojaban esas plantas que crecían y crecían. La gente

aplaudía alucinada. Antonio miró a su primo con el ceño fruncido. Jandro se encogió de hombros. Aquello más que una batalla parecía un espectáculo. De los extremos de las ramas de las plantas empezaron a surgir flores coloradas. Las plantas elevaron a Paula y a Kiara hasta que quedaron a quince metros del suelo. Seguía lloviendo pero en el ring no caía una sola gota. Las chicas se inclinaron en forma de reverencia y las flores cayeron como lluvia sobre el público, que aplaudió emocionado.



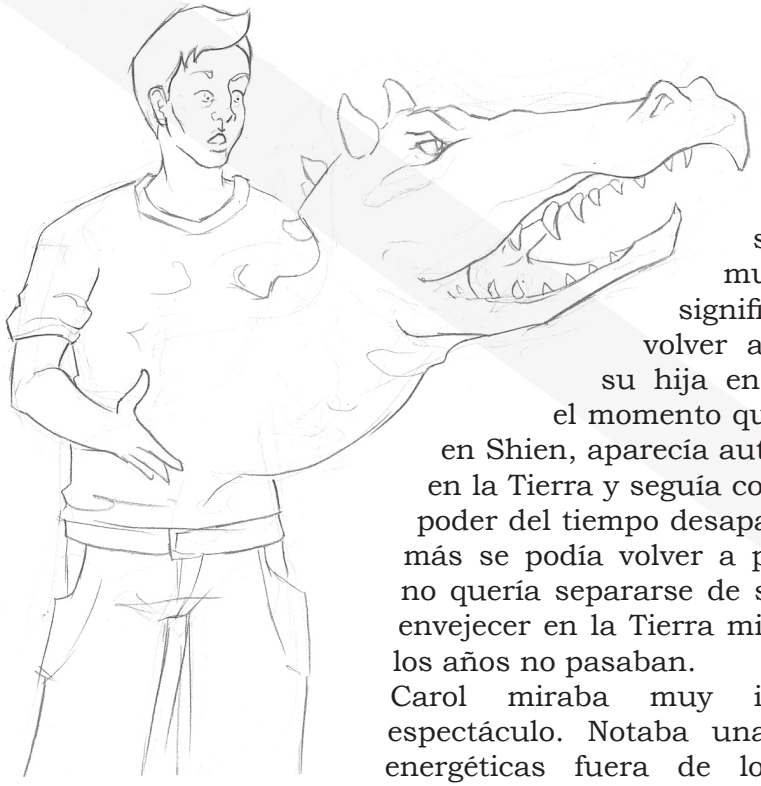
-Mira por donde éstas ya lo tenían planeado. -dijo Jandro, quitándose los pétalos de la cabeza.
-No tenían intención de luchar. -dijo Antonio entre risas. -Era una burla a las peleas.
-¡Menudo espectáculo! -anunció el presentador. -¡Un fuerte aplauso para las señoritas Paula Esteve y Kiara Celeste!
Carmen se levantó de su silla. Llevaba una capa larga de un color grisáceo con la capucha de la capa puesta. Se la quitó con ambas manos. Su pelo ondulaba al viento. Su aspecto era de una niñita inofensiva, pero su mirada era profunda y madura, serena y amenazadora a la vez.
Jandro se levantó también. Le tendió una mano, para ayudarla a bajar el escalón de las gradas. Carmen la rechazó. Ambos descendieron de las gradas y subieron al ring, lleno de hierbajos, plantas y raíces, cubierto por un manto colorido de flores.
-Esperen, señores, esperen. -les dijo el presentador. -Aún no pueden empezar su combate. El ring está en muy malas condiciones...
-No se preocupe. Nos conformamos con poco. -le dijo Jandro.
-Lo que queremos es empezar ya. -dijo la voz de Carmen en la mente del presentador. -Queremos medir nuestras fuerzas, ¿no es así, Alejandro?
-Correcto.

Ambos se colocaron en el escenario de combate. Paula le dio una palmadita a Jandro.
-No hagas ninguna tontería. -le aconsejó muy seria. -Te la vas a jugar.
-Puedo sobrado con esa cría.
-No la subestimes.
Cada uno se colocó en una punta del ring. El juez bajó las banderas, señal de que el combate había empezado.
Carmen y Jandro se sumieron en una lucha nunca vista. Por una parte, la lucha era física, ya que Carmen y Jandro atacaban con sus mejores técnicas. Por otra, psicológica; cada uno estaba metido en la mente del contrario. Carmen realizó una finta rapidísima, colocándose justo detrás de él, preparada para realizar una embestida, pero Jandro le había leído la mente y, mediante una técnica ninja, la multiplicación de cuerpos, una técnica ilusionista causada por la rapidez del movimiento, logró confundir a Carmen y ganar posición en el combate. Sacó sus shurikens y con una voltereta atrapó a Carmen lanzándole esas estrellas metálicas. Carmen dio una vuelta sobre sí misma y le devolvió los shurikens.
-Señor Gálvez, las armas no están permitidas en este torneo.
-¡¡Lo siento!! -gritó Jandro. El chico estaba usando un 95% de su concentración en los movimientos de la niña y, el resto, era el porcentaje que le unía al mundo, un mundo que para muchos no existía, un mundo llamado Shien.
-Estúpido, con armas no me puedes herir. –le dijo Carmen con su voz burlona, penetrando en su mente, la cual cosa significaba que sólo el chico la podía escuchar.
-Con armas no… pero, ¿qué tal con esto?
Jandro se dispuso a hacer la técnica más peligrosa que su maestro le había enseñado, la técnica del dragón rojo, una técnica eficaz, ágil y muy potente, pero a la vez peligrosa, con un alto índice de probabilidades de fallo y que exigía un consumo elevado de la energía del individuo que la ejecutaba. A Carmen no le hizo falta leer la mente del chico para intuir su próximo movimiento, ya que conocía esa técnica a la

perfección. Desde que llegó a Shien se había pasado los días y las horas practicándola, intentando ejecutarla a la perfección, pero no lo consiguió ninguna de esas veces. Sólo conocía a dos persona que la había realizado con éxito: su famoso tío karateka y su querido discípulo Cristhian, que la aprendió con una rapidez extraordinaria.
-¡Niñato! ¡Qué haces! ¡Esa técnica está prohibida por los maestros! –le gritó Carmen, esta vez con su verdadera voz, en medio del estruendo de unos remolinos que se levantaban entorno a Jandro.
-Veo que la conoces. –le gritó este, mientras movía las manos y los dedos mecánicamente. A cada movimiento que hacía aparecían más de esos curiosos torbellinos que se colocaban en torno a él, en posición de espera, como si esperaran una simple orden para lanzarse encima de su enemigo. –Dices que está prohibida, ¿no? Entonces… ¿Por qué me estás imitando?
Carmen realizaba los mismos movimientos que el chico. Los extraños torbellinos también la rodeaban a ella.
-¡Estás loco! ¡No tienes nivel para realizarla! –le gritó esta, sofocada. Las lágrimas se le resbalaban por los ojos. –¡Vas a morir!
Jandro recordó que su maestro, cuando se la mencionó, le prohibió su uso, como bien decía Carmen. Pero el chico no sabía que podía llegar a tal extremo, a la propia muerte.
-¡Pero si me sale bien no tengo por qué morir! –dijo el chico temblando. Un escalofrío le recorría la espalda mientras su energía fluía sin reparo, canalizándose a través de sus manos, formando más y más torbellinos.
-Pero si te sale bien y no mueres tú… ¡moriremos todos! –le gritó la niña, desesperada. –¿Por qué te crees que estoy ejecutándola yo también? Porque existe una pequeña posibilidad que las dos fuerzas se igualen y se neutralice. ¡Pero esa posibilidad es ínfima! ¡Detente!
Jandro intentó parar. De hecho ya lo estaba intentando desde hacía rato, pero sus manos ya no obedecían a su cerebro. Sus manos se movían por sí mismas, realizando los últimos movimientos de la técnica legendaria. Era tanta la energía

que había canalizado que la propia inercia le empujaba a finalizar la técnica.
-No puedo parar. ¡He perdido el control de mi mismo! –le gritó Jandro, alarmado.
La gente que los rodeaba dejó de escuchar la conversación porque el ruido desprendido por los torbellinos era atronador. Comenzaron a oler que podía ser peligroso y fueron abandonando las gradas. Sólo quedaron contemplando el espectáculo los que se habían gastado parte de sus ahorros en la compra de un asiento VIP y los mantenedores y patrocinadores del torneo.
-¡Marchaos todos de aquí! –gritó Jandro.
-¡Eso no va a funcionar! –le dijo Carmen, usando la mente como medio de comunicación. –¡Tranquilízate! Tenemos este poder y debemos usarlo. La energía de esta técnica nos ha envuelto de modo que sólo nos podemos comunicar mentalmente tú y yo, y, naturalmente, gritar no nos va a servir de nada en medio de este ruido inmenso.
-¿Y qué podemos hacer? –le preguntó Jandro, devolviéndole el mensaje mental mientras acababa ya los últimos movimientos de la técnica. Estos eran los más peligrosos. Un simple fallo y podía estallar toda la energía contra él mismo. Jandro era consciente que a esas alturas ya no podía cesar la ejecución porque, aunque había vuelto a poseer el control de sus manos, si interrumpía la técnica a estos niveles, podía estallar todo y causar una catástrofe.
-Yo no puedo atravesar esa barrera y comunicarme con el exterior. ¡Pero quizá tú sí! ¡Tienes un poder extraordinario, equivalente al de un elegido! Sé que tú puedes hacerlo. Hazlo por todos tus amigos, por mi padre, que te ha acogido, por mis hermanas, que te han enseñado… por todo lo que te importe. ¡Inténtalo!
Jandro quiso protestar, pero no podía seguir hablando. El 99% de su mente ahora estaba concentrada en el movimiento de sus manos. A estos niveles finales la ejecución de la técnica requería una concentración absoluta. Jandro desvió ese uno por ciento lejos de la técnica e intentó concentrarse en la

mente de su primo, que era la que le era más fácil visitar, ya que era la persona que mejor conocía interiormente.
-¡Toni, evacua a la gente!
Las palabras del mensaje telepático se fueron desintegrando conforme iban atravesando la barrera de energía.
-Mierda. –Jandro se concentró ahora con un dos por ciento. El sudor le caía por la frente y las manos se le resbalaban. Cerró los ojos e hizo una fuerza descomunal estrujando su órgano mental a tope, explotando su cerebro, aprovechando toda fuerza que pudiera sacar de él.
-¡¡¡¡HUYE!!!!
Antonio dio un salto en su asiento. Marcos lo miró asustado. Kiara y Paula, que ya se habían reunido con ellos, se quedaron sorprendidas ante la reacción del chico.
-¿Qué ocurre? –le preguntó Paula, intuyendo que algo no marchaba bien. –¡Antonio, escúchame! ¡¿Qué ocurre?!
-Es la voz de Jandro. –dijo el chico, frotándose la cabeza. –Vaya, que grito.
-¿Qué te ha dicho? –preguntó Kiara, preocupada.
-Dice que… ¡dice que huyamos!
Antonio se levantó como impulsado por un chispazo eléctrico. En las gradas quedaban unas treinta y pico personas.
-Tenemos que sacarlos de aquí… ¡¡ya!!
Paula, Kiara y Marcos se quedaron unos momentos paralizados, pero reaccionaron con fuerza. Paula desalojó una de las filas donde el público no quería abandonar. Le amenazó con romperles los dientes si no la obedecían. Los privilegiados que ocupaban los puestos de lujo se atemorizaron ante la amenaza de la chica, ya que era una de las finalistas del torneo.
Kiara, mediante señas, avisó a Carol y a Juanjo para que se pusieran en acción. Marina y Alice ya se habían puesto en acción desde hacía tiempo. Juanjo, desde que había empezado la aparición de torbellinos, se había quedado paralizado. Su hermano le había hablado numerosas veces de esa técnica y se temía lo peor: la muerte de su hija. Sabía muy bien



que su hija no podía morir en Shien, pero también sabía que la muerte en Shien significaba no poder volver a ver jamás a su hija en ese país. En el momento que uno "moría" en Shien, aparecía automáticamente en la Tierra y seguía con vida, pero el poder del tiempo desaparecía y nunca más se podía volver a poseer. Juanjo no quería separarse de su hija y verla envejecer en la Tierra mientras para él los años no pasaban.

Carol miraba muy interesada el espectáculo. Notaba unas vibraciones energéticas fuera de lo común. Su elemento reaccionaba en ella. Su piel le ardía. Eso ocurría porque esa técnica estaba relacionada con el fuego, ya que, con el último movimiento, entre todos esos torbellinos, los ejecutantes harían aparecer un verdadero dragón de fuego ardiente y diabólico, el legendario y temido dragón rojo.

Los chicos se alejaban corriendo del escenario cubierto de remolinos y fuego, guiando a la gente que no se había marchado aún, cuando una gran explosión los empujó a gran velocidad hacía fuera.

Jandro y Carmen habían finalizado sus técnicas. Los dos al mismo tiempo. De sus pechos salía una monstruosa, gigantesca y elegante figura escamada china. Un gran dragón encendido en fuego, con unos bigotes mitológicos. Los dos dragones gemelos se encontraron el aire. Uno se zambulló en otro. Los remolinos se tragaron el ring, destrozando todo lo que encontraban a su paso. Jandro, de rodillas, gritaba destrozándose la voz,

convulsionándose por el dolor que le producía la bestia al salir de su cuerpo. Carmen chillaba llorando. Era demasiado esfuerzo para ella y no aguantaría mucho más. Pensaba que la muerte estaba próxima. Pero no se rindió. Pensó en su Cristhian, pensó que la estaría esperando en algún lugar del universo y decidió aguantar un poco más.

Los dragones se despegaron del cuerpo de los chicos. Jandro abrió los ojos y lo que vio le sorprendió.

-¿Me he muerto?

El chico lo veía todo desde una perspectiva aérea y majestuosa. Se sentía imponente, poderoso y libre. Se vio a sí mismo echado en el suelo, sin conocimiento.

-Sí, he muerto.

Pero el chico se extrañó aun más cuando vio una cola roja fosforescente que formaba parte de su cuerpo. Pronto se dio cuenta que se encontraba en la mente del dragón rojo, que él era ese dragón. Vio a otro dragón idéntico. Un sentimiento extremadamente fuerte de atacar le invadió por completo. Los dragones volvieron a cruzarse produciendo un nuevo estallido más potente que el primero.

-No, debo contenerme. Es mi amiga. Es Carmen.

El dragón comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. Parecía un baile mítico que hubiera sido consecuencia de una pérdida de sensatez, de una repentina locura. Los dos dragones, movidos por las mentes de los chicos, que se oponían al ataque, bailaban una danza infernal, abrasadora, explosiva. La técnica era agresiva y demoledora, pero los chicos, en la mente de los dragones, no tenían ese objetivo ni esos sentimientos.

Jandro tomó el control sobre su dragón. Al menos ya había dejado de moverse de esa forma. El otro dragón seguía haciéndolo. Jandro, al igual que había hecho para llamar a su primo, separó un trozo de sí mismo, de su mente, enviándola al otro dragón. Entonces notó la mente de la niña, que perdía el control del dragón cada vez más. Le ayudó como pudo, limitado por la gran parte de su mente que había dejado atrás, en su dragón, que ahora se movía de

forma autónoma. Jandro no había compartido la mente con nadie y, mientras ayudó a la niña de ojos grandes a tomar el control de su bestia, le leyó parte de su vida y se estremeció con los recuerdos que hacían referencia a ese Cristhian. Ese chico le sonaba de algo. Las connotaciones eran negativas, por tanto no podía ser sólo el asombroso parecido con su primo Antonio. Jandro volvió a su dragón y recuperó su mente entera. Entonces, los dragones, domados finalmente por sus amos, escaparon cielo arriba, desintegrándose en chispas ígneas que bañaban el desierto como una lluvia de fuego. Un auténtico castillo de fuegos artificiales alumbraba un mundo gobernado por la oscuridad, gobernado por un humano oscuro, un humano llamado Kosh.

Jandro sentía hielo quemando su piel. Se encontraba aún bastante mareado; no sabía dónde estaba. Los últimos recuerdos y escenas de su memoria eran dos dragones encendidos en un rojo quemador abrasando el cielo crepuscular.
Abrió los ojos con gran esfuerzo. Por las blancas cortinas que decoraban la sala y las camas cubiertas que le rodeaban intuyó que se encontraba en la enfermería. Se incorporó y sintió el fuego quemándole la piel, un fuego familiar a los últimos acontecimientos pasados.

Quiso hablar pero no pudo. Estaba agotadísimo. Se dejó caer sobre su lecho y cerró los ojos, rindiéndose al cansancio que reinaba en sí mismo.
Le despertaron unas voces. Por los grandes ventanales, ahora descubiertos por las cortinas, pasaba una gran ráfaga de luz que cegaba a todo aquel que se encontraba allí.
-El chico ha consumido su energía de forma violenta. –dijo una voz que no le era conocida. Se trataba de una voz femenina. –Dejadlo reposar.
-Lleva tres meses en este estado. –esta vez era la voz de su primo; una voz preocupada e impulsiva. –Necesito hablar con él.

-Señorito, relájese. El chico se encuentra en coma y lo mejor que podemos hacer por él es dejarlo descansar.
-Toni -murmuró Jandro, con una voz apenas perceptible. De pronto sintió un fuerte peso que caía sobre él y volvió a perder el conocimiento.

Paula y Kiara entraron en la habitación de Antonio. Allí estaba Marcos, animando al chico.
-Aún no ha despertado... -dijo Antonio, mirando a las chicas.
-Juanjo está muy nervioso. -dijo Paula, sentándose a su lado.
-Parece ser que los elegidos han acabado con la penúltima fuente oscura de Kosh; la Muralla China.
-Ya sólo les queda una. -dijo Antonio, sorprendido. -¿Por qué está Juanjo nervioso entonces? ¿No debería estar tranquilo? Sólo queda una fuente, y encima Kosh está de lo más quietecito...
-Precisamente por eso. -dijo Kiara, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros. -Sólo queda una fuente oscura por destruir, y Kosh parece haber desaparecido del mapa. ¿Qué te crees, que se ha cogido vacaciones? Va todo demasiado bien para ser creíble.
Esta vez Marcos tomó la palabra.
-Este mes no hemos tenido casi guardias. -le dijo. -Apenas han atacado espíritus. Es todo muy raro.
Iván irrumpió en la habitación con unos golpecitos en la puerta.

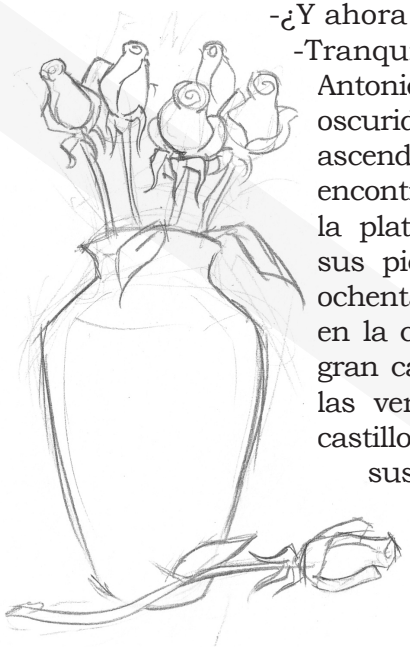
-Chicos... Carmen nos llama.
-¿Carmen? -dijeron todos, bastante sorprendidos. -¿Ya se ha despertado?
-Sí, esta mañana. -dijo Iván. -Ha pedido que nos reunamos esta tarde en el jardín trasero del castillo, al lado de la fuente. Dice que tiene algo que decirnos.
-¿Sobre qué? -preguntó Antonio.
-No me lo ha dicho exactamente. Ni siquiera ha abierto la boca. -dijo Iván, arqueando las cejas. -Pero cuando me he cruzado con ella en el pasillo de la enfermería, me han llegado unas instrucciones muy claras en mi mente: "Nos vemos a las cinco y media en la fuente del jardín de atrás. Avisa a los ganadores del torneo. Tengo algo que tratar con vosotros, sobre el extraño comportamiento de Kosh. No le digáis nada a mi padre".
-¿Que no se lo digamos a Juanjo? -preguntó Paula, desconfiada.
-Parece ser que la pequeña Carmen se le ha adelantado a su padre. -dijo Antonio con una sonrisa.

Las últimas semanas del mes de mayo pasaron entre reuniones y charlas secretas con la pequeña Carmen. La niña tenía pensado un plan arriesgado pero inteligente. Kosh estaba tramando algo y los chicos estaban decididos a pararle los pies.
Antonio, como todas las mañanas, antes de dirigirse a la habitación de su maestra, se pasó por la enfermería.
-Buenos días rubito. -le dijo la enfermera con una ancha sonrisa. -Parece que tu primo ya ha despertado.
Antonio corrió hacia la camilla donde reposaba su primo. Este se incorporó como pudo, pálido como la cera.
-¿Se encuentra mejor? –le preguntó la joven enfermera.
-Supongo. –dijo Jandro. Su cabeza todavía le daba vueltas. Su primo le dio una palmada en la espalda haciéndole perder el equilibrio que con mucho esfuerzo había logrado.
-¡Menudo combate! –le dijo Antonio, sonriendo.
-Ya ves.
-El torneo se anuló. ¡Los tres quedamos ganadores!

-¿Quienes?
-Mi maestra, tú y yo. -le dijo Antonio. -Al final conseguí vencer a Marcos.
-Qué bien... -Jandro miró a ambos lados de su cama. – ¿Y Carmen? ¿Está bien?
Antonio frunció el ceño.
-Bueno... Carmen ya hace tiempo que ha despertado...
Jandro hizo una mueca.
-¿Hace tiempo? ¿Cuánto? ¿Unos minutos?
-Qué dices... hace un mes. -le dijo Antonio.
-¡¡Un mes!! -Jandro se sobresaltó. -¿Pero cuánto tiempo llevo aquí encerrado?
La enfermera le fulminó con la mirada.
-Perdón, cuánto llevo aquí descansando y curándome...
-Llevas exactamente cuatro meses.
Jandro se quedó sin aire.
-Madre mía...
-¡¡Jandro!!
Paula entró corriendo y empezó a dar vueltas a la cama de Jandro.
-¡Qué bien! ¡Ya te has recuperado! –Paula sacó un montón de flores y se las lanzó encima. –Las he cogido esta mañana porque sabía que te pondrías bien.
Antonio la miró con una ceja arqueada.
-Bueno, en verdad te las traía para dejarlas en ese florero... pero ha dado la casualidad de que te has despertado. -dijo Paula, sonriéndole. -Ya era hora, nos tenías muy preocupados.
-Gracias. –dijo el moreno, quitándose los pétalos rotos de encima.
-¿Crees que ya puedes volver al castillo? –le preguntó Antonio. –Queremos hablar contigo sobre los últimos sucesos.
-Sí. Me encuentro mucho mejor. –le aseguró el chico, e hizo un esfuerzo por levantarse de la camilla.
-¿A dónde crees que vas? –le preguntó la enfermera, con los brazos cruzados. -¿Has estado cuatro meses en coma y ahora, a la primera de cambio, quieres abandonar la habitación?
-Ya me encuentro bien. –le dijo Alejandro. –Por favor, creo

que lo que necesito es que me dé el aire.
-Pase usted por recepción y le darán unos calmantes y unas infusiones buenas para aliviar el dolor de sus huesos. Y espere, que tengo que desconectarle el gotero y todos los cables que le mantenían vivo.
-Está bien. –le dijo Jandro. –Me pasaré a por los calmantes. Pero quíteme todas estas máquinas, por favor.
Antonio y Paula le ayudaron a caminar por los pasillos del castillo. Jandro sentía como sus huesos le quemaban por dentro y como le dolían todos sus músculos.
Antonio condujo a Jandro por un pasadizo por el cual su primo nunca había ido. Paula se fue por otro. Antonio guió a su primo a lo largo del pasillo.
-Toni, ¿dónde vamos? –le dijo este extrañado. – ¿A dónde me llevas?
-¡Cállate! –le dijo este, sin devolverle la mirada.
Jandro se apoyaba en su hombro para andar.
-Vas demasiado rápido. –se quejó.
-Tenemos que llegar sin que nadie se dé cuenta de que te has recuperado.
Antonio llegó al final de ese pasadizo que daba a una sala redonda con varias puertas. Había también, decorando un trozo de pared desnuda y agrietada, un viejo tapiz de terciopelo estropeado por la humedad.
-Ya hemos llegado. –dijo Antonio, con los ojos brillantes.
-¿Qué puerta es?
Antonio se acercó a la pared y puso su mano sobre un cirio dorado situado al lado derecho del tapiz. Alejandro creía que lo iba a arrancar, pero lo que hizo fue accionar una especie de palanca en forma de cirio que hizo que el tapiz empezara a elevarse y dejar al descubierto una puerta de madera también corroída por la humedad. Antonio la abrió ayudándose con una anilla de hierro. La puerta chirrió.
-Por esta puerta.
Antonio ayudó a Jandro a pasar por la puerta y, una vez dentro, accionó otro cirio para que el tapiz cubriera de nuevo la entrada secreta.

Antonio se asomó a una especie de tubería.
-Somos nosotros.
La voz resonó por la tubería en forma de eco.
-¿Qué es eso? –preguntó su primo extrañado.
-Una especie de interfono –le explicó este con una sonrisa.
-Venga, sígueme.
Antonio lo guió por una gran sala de techos altos, llena de humedad convertida en diminutas gotas que caían de forma regular de las partes más húmedas del techo. La sala estaba iluminada por una luz blanquecina que atravesaba unas pequeñas rejas acristaladas que debían comunicar con el patio interior del castillo.
Atravesaron la sala y se colocaron en una estantería situada en un lateral de la sala. Antonio pulsó otro interruptor, que esta vez se trataba de un libro que sobresalía del montón. La estantería, junto al suelo que la rodeaba, actuó como una puerta giratoria, llevándose a los chicos detrás y transportándolos a un pequeño cuartito donde reinaba la oscuridad.



-¿Y ahora qué?
-Tranquilo primo.
Antonio pisó un botón ocultado por la oscuridad y Jandro notó la sensación de ascender contra la gravedad, como si se encontraran en un ascensor. De repente, la plataforma sobre la cual reposaban sus pies dio un giro brusco de ciento ochenta grados dejando a ambos primos en la curiosa habitación de Carmen. La gran cantidad de luz que se filtraba por las ventanas de la torre más alta del castillo les cegó por momentos. Cuando sus pupilas se acostumbraron al resplandor luminoso pudieron divisar dentro de la redonda habitación a tres personas

tendiéndoles una mano; habían perdido el equilibrio.
-Jandro, ¿estás bien? –le dijo Kiara, mientras le ayudaba a ponerse en pie.
-Genial.
-Nos tenías muy preocupados –le dijo Marcos, con su habitual sonrisa radiante.
Iván se acercó a Jandro y le dio un empujón.
-Chaval, estuviste genial.
Antonio le puso una palma en el hombro y le sonrió.
-Me alegro que estés bien. Aunque, teniendo en cuenta lo que nos ha dicho Carmen, si no llega a ser por ti ella no hubiera podido recuperar el control sobre su dragón. Eso te convierte a ti en el ganador del combate. Y eso significa que tú y yo tenemos un combate pendiente para decidir quién es el verdadero ganador de este torneo.
Alejandro asintió sonriendo.
-¿Y Paula? –preguntó Kiara.
-Estoy aquí.
Paula salió de un armario junto a Carmen, que ahora lo estaba cerrando.
-Esta habitación mola. –dijo Iván, mientras sus ojos azules la inspeccionaban.
-Bueno, ya estamos todos. –les dijo Carmen –Tenemos poco tiempo, así que vamos al tema.
Los chicos tomaron asiento donde pudieron y se pusieron atentos, preparados para escuchar lo que la niña tenía que decirles.

8
De vuelta a la Tierra

-¡Señor, señor!
La gran sala ovalada, iluminada por grandes velas, estaba ocupada por miles de soldados vestidos con capas, todos encapuchados. En medio de la sala estaba el rey de Shien, el famoso elegido de la oscuridad, con ambos brazos extendidos mientras sus soldados le colocaban una larga capa negra y un brazalete plateado.
Kosh observó al soldado que se dirigía a él con su báculo en mano.
-¡Aquí tiene, señor! –el soldado le tendió el arma y este la cogió con fuerza. El báculo centelleó y se envolvió de tinieblas.
-¿Ya está todo preparado? –su suave voz recorrió la sala en forma de onda explosiva.
-Sí, señor. Todo en orden. ¿Va a marchar ya?
Kosh sonrió sutilmente.
-No. Quiero ver a mi padre.
-A su…
-¡Soltadle!

Dos soldados entraron en la sala arrastrando a un señor alto, de unos cincuenta años, con ojos rasgados que enfocaban una mirada similar a la de un águila, con su cicatriz cortándole el curtido rostro, su nariz puntiaguda, fracciones bien marcadas y angulosas y su barba grisácea cubriéndole la parte inferior de la cara.
-Aquí lo tiene, señor.
La sonrisa del elegido de la oscuridad se ensanchó.
-Buenas noches, papá.
Rahel se levantó sin esfuerzo, ágil como una pluma, a pesar de su edad.
-Cristhian. –la voz ronca del hombre rompió el frío silencio de la estancia. -Déjalo ya. La oscuridad está dominando tu alma. ¡Si aún conservas algo de ti, defiéndete! ¡¿Me oyes, Cristhian?!
Un estallido seco y amortiguado resonó en la sala.
Kosh le había dado una bofetada a ese hombre tan valiente; sus soldados nunca hubieran gozado dirigirse así a su señor.
-No me vuelvas a llamar Cristhian. –le dijo enfurecido. –Mi nombre es Kosh. –levantó la mirada y la capucha dejó ver un par de ojos verdosos magníficamente bellos. –Soy Kosh-Herg, el señor de la oscuridad, ¡y que sepa todo Shien que esta noche la victoria será mía!

Antonio no le quitaba ojo a su primo, preocupado, mientras este deliraba durmiendo. Gemía y murmuraba cosas raras.
-Maestra, ¿seguro que ha sido una buena idea?
Carmen asintió.
-Tu primo tiene un poder extremadamente desarrollado. No he conocido a nadie capaz de separar su mente del resto del cuerpo. ¡Separar su mente! Imagínate. Pudo haber acabado partido toda su vida. Si no hubiese tenido suerte ahora mismo una parte de él viviría en mí. Antes preferiría haberme consumido en un dragón de fuego que compartir mi mente con un renacuajo como él.
-Maestra, te salvó la vida. –A Antonio se le hacía raro oír a su maestra hablando con su voz humana.

-Tuvo suerte. –insistió. –Y lo que no podemos dudar es que tiene un poder sumamente grande. Meterse en la mente de alguien, después de lo que ha sido capaz de hacer, es como sumar uno más uno.
-¡Pero estamos hablando de la mente de Kosh! –le dijo Antonio, preocupado. -¡Y encima, el pobre, se acaba de despertar de un coma de cuatro meses!
Carmen apretó sus labios, adoptando una expresión en su rostro indescriptible.
-Él ha aceptado. -dijo la niña. -Además, tú ya sabías de que iba todo esto. Lo decidimos así durante las reuniones de este último mes, ¿no?
-Pero, aún así... -Antonio se miraba los pies.
Kiara les gritó que se acercaran.
-¡Jandro ha gritado más de lo normal y se ha quedado con los ojos en blanco! –estaba realmente nerviosa. –No habrá muer…
Carmen le dio a Iván un empujón y se colocó frente a Jandro. Colocó una mano en su mente y cerró los ojos con fuerza.
-¡Carmen, no lo hagas! –le gritó Paula, asustada.
-¡Maestra!
Carmen se metió en la mente de Jandro, un poco temerosa pero decidida a aceptar las consecuencias que podría traerle ese atrevimiento.
Empezó a vislumbrar la escena de un tipo alto cubierto con capa y capucha negras con los brazos dirigidos al cielo, pero su expresión no era de gloria, sino de sospecha, como si esperase algo.
-Vaya, vaya.... –el tipo se echó a reír. Su melodiosa risa empapaba los oídos de Carmen y se le clavó en el corazón, haciendo que sus ojos se llenasen de lágrimas. –Algún intrépido poseedor de el elemento del psíquico está siendo es estos momentos testigo de este momento tan importante para mí. ¿Sabes, querido amigo curioso? No me vas a fastidiar los planes. De hecho, no puedes salir de mi mente, ¿verdad?
Carmen intentó salir y no encontró ninguna barrera, porque se encontraba en la mente de Jandro, no en la de Kosh.

-Bueno, pues ya que estás aquí, como invitado de honor… te contaré mi pequeño secreto. –Kosh rió entre dientes. –Hoy mismo voy a mandar mil ejércitos de espíritus a la Tierra y voy a concentrar todas mis fuerzas en esos pardillos, los llamados elegidos. Les voy a hacer papilla. Y si tú eres uno de ellos, ya que pocos poseedores de este elemento pueden llegar al nivel de meterse en la mente de otros, te vas a quedar atrapado aquí hasta que me derroten, es decir, hasta siempre.
Carmen cortó la conexión rápidamente saliendo de la mente de su amigo.
-¡Es nuestro fin!
Los chicos se quedaron de piedra al escuchar las palabras de la niña.
-Por… ¿por qué? ¿¡Qué le ocurre a mi primo!?
-Kosh le ha atrapado. No podemos hacer nada por recuperar su mente.
-¿¡Cómo que no!? –le dijo Antonio, zarandeándola por los hombros. – ¿Quieres decir que he perdido a mi primo para siempre?
-Para siempre… -Carmen tenía la mirada perdida y su rostro indiferente. –Hay una manera…
-¿Cuál? –le gritó Paula.
-Kosh le ha dicho a él que quedará liberado si le vencen. Pero creo que estoy en lo cierto de que si lo vencéis, o así lo hacen los elegidos, Jandro caerá con él.
-Entonces…
-Entonces sólo se podrá desprender del lazo oscuro que lo atrapa si Kosh está muy débil y tiene que utilizar el cien por cien de su poder en otro fin. Ya se lo he dicho a Jandro telepáticamente. Él no puede responderme pero yo si puedo enviarle mensajes, ya que sé con exactitud dónde está su mente, más que nada porque me encontraba en ella justo en el momento que Kosh lo ha atrapado.
-Maestra, si sólo existe esa solución… vamos a por ella.
-¿Y qué piensas hacer? –le preguntó la niña.
-¡Pienso ir a la Tierra y luchar contra ese cretino!

-¡Tú estás loco! –le gritó Carmen – ¡Morirás!
-Yo le acompaño. –dijo Paula, muy seria.
-Y yo.
-Yo también.
-Contad conmigo. –dijo Kiara guiñándoles un ojo.
-¡Ignorantes! ¡Aceptad la realidad! –les gritó Carmen. –No tenéis ninguna posibilidad.
-¡Ayudaremos a los elegidos! –le dijo Antonio, más confiado de poder recuperar a su primo. –Tú misma nos has dicho numerosas veces, al igual que tu padre, que tenemos un control de los elementos fuera de lo común. ¡Pues lo vamos a aprovechar!
-No puedo dejaros marchar así como así. Es un suicidio. Cuando mi padre se entere…
-Tu padre no se va a enterar, y tú nos vas a enviar a la Tierra, a todos juntos, ya que nosotros no controlamos muy bien el método de regreso y cada uno aparecería en una punta del planeta. –le ordenó el chico.
-Yo no me pienso hacer responsable de vuestras estupideces. Si os marcháis a la Tierra no tardaré ni un segundo en comunicárselo a mi padre. De hecho, mi mente ya está preparada para enviarle un mensaje telepático con toda la información de vuestras ridículas osadías. –le dijo Carmen, enfadada y asustada a la vez.
-No quieres hacerte responsable de nosotros… -empezó Antonio. Sus ojos verdosos, que normalmente rebosaban de serenidad, brillaban con una luz cegadora y amenazante. –¡Pero no puedes negar que tú eres la responsable del estado en que se encuentra mi primo! Es la única familia que me queda, y te recuerdo que fuiste tú la que propuso esa estúpida idea de espiar la mente de Kosh. ¡Pues ahora soy yo el que propone una idea tan descabellada como la tuya, pero aun así quizá sea más sensata!
Carmen quiso protestar pero se dio por vencida. Apretó fuertemente los labios y se sentó de brazos cruzados en la cama. Unos largos segundos con ausencia de sonido inundaron la habitación.

-No tenemos mucho tiempo. –dijo Kiara, con actitud pensativa.
Los chicos la miraron con el ceño fruncido.
-Oye, tranquilos, que ya sé que aquí el tiempo no pasa. –dijo esta al darse cuenta de que era objeto de todas las miradas. –Pero en la Tierra sí.
-No, Kiara, tienes razón. –le dijo Paula. –Juanjo no tardará en darse cuenta de la ausencia de Jandro en la enfermería. Recuerda que él posee el elemento del psíquico al igual que Jandro y siguió de cerca sus movimientos en el torneo. Ahora lo tiene más vigilado que nunca.
-Pues, ¿a qué esperamos? –preguntó Marcos.
A Antonio le pellizcaban los nervios en el estómago. Era fácil decirlo pero no era lo mismo poner en práctica lo que él mismo había propuesto.
-Maestra, ¿contamos contigo?
Carmen se mordió los labios de tal manera que empezó a salirle un hilo de sangre por la comisura de ambos.
-Nunca me lo perdonaré.
Carmen se levantó y se colocó en medio de la habitación. Los demás la rodearon y pusieron una mano en sus hombros, tal y como les habían enseñado en las clases de Alice, aunque nunca lo habían puesto en práctica. Carmen cerró los ojos.
-¿A dónde vamos? –le preguntó Antonio.
-Al último sitio que apareció en la mente de Kosh.
Antonio empezó a sentir una sensación de mareo que le produjo angustia. Sentía como sus pies se elevaban de esa luminosa habitación y esta comenzaba a dar vueltas sobre él mismo.
Antonio perdió el conocimiento.
-¡Antonio, Antonio!
Antonio entreabrió los ojos. Una luz deslumbradora, potente, radiante y verdadera le hizo cerrar los ojos de nuevo. Inspiró. Olor a Tierra. Ruido en sus oídos de pájaros y otros animales. Cómo los había echado de menos... Sintió una suave brisa revoloteándole el cabello, muy similar a la de Shien, sólo que esta ya no era un sustituto, sino la verdadera y original esencia del viento. El frío tacto terroso bajo sus dedos le hizo

sentirse parte de algo, parte de un todo. Sentía frío, sensación que su piel recibió con alivio después de las oleadas de falsa calor provenientes del desierto shinense. Y es que ahora todo en Shien le parecía "falso", hasta el propio tiempo, un engaño. Sonrió. Realmente sentía que cada segundo su piel crecía y envejecía mínimamente, aunque sólo eran sus imaginaciones. Se notaba vivo. Sintió una fuerte punzada en el estómago. Tenía hambre, mucha hambre, pero hambre de verdad, no lo que el elemento del psíquico le hacía sentir en Shien para adaptar la vida de allí a la terrestre. También sintió sed. Inclinó su cabeza al sol, que centelleaba en su pelo dorado, y le dedicó una de las sonrisas más sinceras de su vida a ese astro tan peculiar. Se sintió seguro y asentado sobre algo, ya que la fuerza de la gravedad provocada en Shien por el elemental de la naturaleza, por muy exacta que fuera a la de la Tierra, sólo era una ilusión...
-Antonio, ¿te vas a levantar o te dejamos ahí? –le dijo Paula. Antonio abrió finalmente los ojos. El paisaje verdoso le impactó. Era muy diferente al de Shien. Paula sonreía irradiando felicidad.
Antonio inspiró profundamente, manteniendo el aire en sus pulmones y expirándolo con tranquilidad.
-Cómo he echado de menos esto. –le dijo Antonio. Hasta su voz le sonó rara. –Y lo peor es que me he dado cuenta ahora.
-Tranquilo, a mí me pasa lo mismo.
Paula le ayudó a levantarse. Marcos jugaba con unas ramas más allá.
-¿Dónde... estamos? –no le sonaba ese lugar.
-En un sitio jamás pisado por ti. –le dijo Paula. –Adivina.
Antonio recorrió de nuevo el paisaje con la mirada.
-Estamos en Australia. –le dijo Paula sonriendo.

-En Australia…
-Exactamente en Alice Springs.
Kiara estaba estudiando un mapa.
-¿Y Carmen?
-Ha ido a la ciudad a buscar comida. –le dijo Paula.
Carmen se reunió con ellos al mediodía. Iba cargada con varias bolsas de plástico.
Iván encendió un fuego. No hacía mucho frio, pero así podrían iluminarse.
-Maestra. –Antonio masticaba tranquilamente, saboreando cada bocado al máximo, mientras en sus ojos se reflejaban las llamas chisporroteantes del fuego. –Si hemos venido aquí… es porque tú conocías el lugar, ¿verdad?
Carmen asintió.
-"Vine con mi tío cuando era pequeña." –les explicó mentalmente. –"En la mente de Kosh pude ver el lugar donde se reuniría con los elegidos para realizar la lucha final."
-¿Es aquí? –preguntó Paula preocupada.
-"No." - negó Carmen. –"El lugar en cuestión queda un poco lejos, a unos cuatrocientos kilómetros. Lo siento, pero este era el sitio más cercano que había visitado."
Antonio sonrió.
-Si hubiera sido por mí el lugar más cercano hubiese sido Palma.
-¿No habías salido nunca de tu pueblo? -le preguntó Paula.
Antonio se encogió de hombros.
-Soy un tipo raro, ¿no? -le dijo con tono burlón.
Paula le devolvió la sonrisa.
-No hace falta que lo jures. -le aseguró.
-Oye, Ki, cuéntame algo, que estáis todos muy calladitos… -dijo Antonio, dirigiéndose a Kiara, que de vez en cuanto miraba a Carmen y asentía con la cabeza.
Kiara se encogió de hombros, negando con la cabeza.
-Ki no te entiende. –le dijo Marcos, con un acento muy marcado. – Ella es italiana, e Iván habla alemán.
Paula le dedicó una sonrisa a Kiara y esta se la devolvió.
Antonio pareció comprender. En la Tierra había dejado de funcionar el hechizo de Shien, y eso iba a significar un grave problema.
-Pero con Carmen sí hemos podido comunicarnos, y ella no habla español…
-Pero Carmen posee el elemento del psíquico. –le explicó Paula. –Nos entiende porque nos lee la mente y, por los conceptos que imaginamos al hablar, puede interpretar lo que le queremos decir. Al igual que nosotros la hemos entendido a ella.
-Por conceptos…
-Claro. A una persona que jamás ha hablado con Carmen le costaría un montón descifrar los "conceptos". –le explicó Paula. –Pero nosotros llevamos un año comunicándonos con ella así, sobretodo tú. A mí aún me cuesta un poco, pero tú seguro que traduces lo que nos dice automáticamente a palabras de nuestro idioma, por eso ni siquiera te habías percatado que Carmen todavía no ha abierto la boca.
-Pues sí. No lo había pensado. Mi mente lo traduce automáticamente. Antonio miró a su maestra y le sonrió.
Marcos observaba silenciosamente el fuego mientras presionaba con la mano derecha una caja de cerillas que Carmen había comprado en un todo a cien.
Los chicos comieron unas pizzas que Carmen había adquirido en el pueblo, y unos cafés para llevar muy aguados que tomaron sin azúcar, en vasos grandes, con leche fría.
La noche cayó sobre ellos en forma de manto oscuro moteado de puntitos brillantes que, junto a la hoguera, les iluminaban lo justo para no quedarse completamente a oscuras.
Marcos se tumbó en la hierba junto al fuego, que se alzaba amenazante con toda su algidez.
"Sería mejor que descansáramos un poco." -les aconsejó Carmen telepáticamente. –"Tenemos que estar alerta. No sé cuándo ni cómo piensa enfrentarse Kosh con los elegidos, pero sí sé dónde. Repostad energías; os hará falta."
Antonio intentó dormirse, pero no logró conciliar el sueño. El ruido de los exóticos pájaros tropicales le hacía sentirse extraño y a la vez curioso por esa tierra en la cual no había estado jamás. No se parecía en nada a su pueblo. Todo era verde, vegetación

frondosa, ruido de pájaros, alegría tropical.
Antonio se levantó sigilosamente y se adentró en la pequeña selva. Se tumbó en un claro contemplando las estrellas y perdiéndose en ellas. Una rama crujió a su lado. Su cuerpo se puso alerta pero se relajó al darse cuenta que se trataba de Paula.
-¿Qué haces aquí? -le preguntó Antonio.
-Creo que debería preguntarte lo mismo. -le contestó la chica sin desviar la mirada del firmamento.
-No tengo sueño.
-Ya somos dos.
Los chicos permanecieron en silencio contemplando las estrellas mientras los pájaros nocturnos cantaban sus serenatas a la luna.
-Es bonito pensar que no somos nada en comparación al universo. -dijo Paula, en medio de un suspiro. -¿Qué le va importar a él que Kosh reine en la Tierra? Aunque podamos parar el tiempo... ¿somos realmente inmortales? Creo que no. Somos humanos, por eso siempre habrá un momento en el que nos entreguemos al tiempo, porque lo necesitamos. El tiempo es sólo una dimensión. Si viajáramos a una velocidad cercana a la luz o incluso consiguiéramos igualarla... la acción del tiempo disminuiría y, si consiguiéramos meternos en un agujero negro... el tiempo llegaría a desaparecer. Es muy relativo.
-Pero es real. -le dijo Antonio. -Y comprendo que no seamos nada para el universo, pero lo somos todo para la humanidad. Los temporales son los encargados de salvar el mundo. Es nuestra responsabilidad. Dependen de nosotros, de nuestras decisiones. Ese es nuestro papel...
-No te cojas tú las responsabilidades del resto. No quieras ser el protagonista de lo que está pasando. Te traerá muchos problemas. -le aconsejó Paula, muy seria. -Si crees que todo depende de ti estás perdido. Mírate ahora. Te crees el responsable de la vida de tu primo, al igual que la de las demás personas. Si te lo coges así te sentirás culpable toda tu vida...

-Es que lo soy. ¡Porque si tenemos esta habilidad la debemos aprovechar!
-Pero quiero que entiendas que pase lo que pase la Tierra seguirá dándole vueltas al Sol, y que nada cambiará si la especie humana se extingue. Nada, ¿me oyes? No somos nada.
-¡Cállate! ¡Eso es mentira! -Antonio se incorporó. -Si tú caes, todos caen. Si no te vas a esforzar al máximo, vete de aquí, no mereces el poder que tienes.
-¿Te crees que yo lo he elegido? ¿Acaso piensas que no voy a arriesgar hasta mi vida por el resto de la gente, por tu primo, por mis padres, por ti? -Los ojos de Paula empezaron a humedecerse. -Pues estás muy equivocado. Si te digo esto es porque no quiero verte así. No quiero que te preocupes tanto y tomes tú todas las responsabilidades. Hay más gente aparte de nosotros. Confía en los elegidos, que han superado todo lo que Kosh les ha puesto por en medio. ¡Hemos venido a la Tierra para ayudar! Haremos lo que podamos, pero no podemos hacer más de lo que hacemos. ¿Entiendes?
Antonio tragó saliva. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de la chica.
-Me da igual. Haz lo que quieras. Si no quieres ayudar vete a tu casa. -Antonio le dio la espalda.
Paula apretó los labios enfurecida.
-Yo no he dicho eso. No me esperaba esto de ti. De ti no. Pensé que tenías un poco de cabeza, pero ahora creo que el idiota de tu primo tiene más que tú.
-No llames idiota a mi primo. -le gritó Antonio.
-Lo que hizo en el torneo me pareció una actuación suicida. Sin ningún sentido. ¿Cómo le llamas tú a eso? ¿Valentía? Buenas noches.
Paula se marchó enfadada. Jandro y Antonio en el fondo eran iguales. Afán de competencia, de superioridad... Ella hubiese jurado que el joven no era así, pero quizá el peligro lo estaba transformando.
Antonio pensó lo mismo. Quizá su amiga tuviera razón y no debía de sentirse tan importante dentro de todo este

juego. Al fin y al cabo, los elegidos eran los que tenían la responsabilidad en todo esto. Cerró los ojos y se durmió allí mismo. Lo despertó una camioneta vieja y ruidosa que pasó por ese claro atravesando el pequeño bosque.
-Good morning! -saludó el conductor, un tipo grande, corpulento, de piel curtida y bronceada, con la cabeza cubierta por una llamativa gorra roja.
-Buenos días. -le saludó Antonio con la mano. Se sorprendió al ver los árboles que crecían a su alrededor y sus esquemas se rompieron. Esa imagen no encajaba en la luminosa habitación de Shien, donde todas las mañanas, cuando se despertaba, su mirada se perdía por la ventana junto a su cama observando el desierto dorado que se extendía hacia el horizonte. Recordó que Carmen, la noche anterior, les había explicado que estaban en Alice Springs, al centro de Australia, y que debían ir al monte Ulurú, que se encontraba a cuatrocientos kilómetros de esa ciudad. Pero no sabían nada más.
-Are you come from here?
-No.
-Do you speak English?
-A little. -Antonio se arrepintió de no haber atendido a las clases de Inglés y se prometió a sí mismo que, cuando tuviera la ocasión, aprendería a defenderse en el idioma. -Excuse me. You... you can explain me... where is the Ulurú?

Antonio estaba realmente confundido y el hombre de la furgoneta también.
-Ulurú? This is an important mountain here, in Australia. I think that it is the most important mountain. Yes. If you want to go...
-Sorry, I no entiendo.
-My friend speaks Spanish. -le dijo el conductor sonriéndole. -¡Gabriel!

Un hombre delgaducho y moreno se asomó por la ventanilla.
-Buenas. -le dijo con un acento argentino. -¿Que querían?
-Sí, gracias. -Antonio suspiró aliviado. -¿Me podrías indicar el camino al monte Ulurú?
-John, stop. -la camioneta se detuvo y el hombre delgado bajó del viejo transporte.
-¿Para qué querés ir a Ulurú? -le preguntó el hombre extrañado.
Antonio se quedó en blanco. No sabía que decir.
-Hombre, pues porque queremos.
-¿Sos turista?
-Sí. Claro. -le dijo Antonio rápidamente.
-¿De verdad no concés la importancia del monte Ulurú? Parece que no sabés ni el camino a ese monte.
-No, la verdad es que no sé nada sobre el monte ese. -se excusó el chico.
-Have you heard that, John? (¿Has oído esto, John?) -dijo el hombre delgado riéndose. -This boy doesn't know the legend of the... (Este chico no conoce la leyenda de...)
-Turists... -se quejó el inglés.
-No hay drama, chabón, te lo explicaré si querés. Yo soy fanático de las historias de los aborígenes australianos y adoro contarlas. Vamos acá al lado a tomar algo y te cuanto cómo va la historia. ¿Te parece?
-En absoluto. -le dijo Antonio, encogiéndose de hombros. Pensó que sería una buena oportunidad para conocer más sobre el lugar donde Kosh pensaba actuar. Decidió confiar en ellos. Tampoco tenía otra opción. Además, en esta situación, si ellos querrían atacarle, el chico se defendería con una simple detención de tiempo junto con sus técnicas de lucha recientemente adquiridas. -Pero me contarás tú la historia. No entiendo el inglés.

Carmen les repartió unos trozos de pan untados con una mermelada de fresas que había conseguido en un quiosco de la ciudad. Se trataba de una de las ciudades más importantes de Australia. Esa zona central del continente

estaba completamente deshabitada a excepción de la pequeña ciudad, que sobrevivía gracias al turismo. Carmen se enteró esa misma mañana que el interés turístico era debido al monte Ulurú, famoso en la cultura Australiana. No sabía por qué ni le interesaba, pero decidió informarse sobre las visitas turísticas que se realizaban al monte para averiguar más sobre lo que pretendía Kosh.
En efecto, encontró lo que deseaba. En el horario de visitas había un amplio espacio entre las siete y las once de la noche de ese mismo día. Preguntó con el poco inglés que sabía a los que se encargaban de organizar los viajes y estos le dijeron que se debía a que habían recibido una llamada anónima que les avisaba de la colocación de una bomba en el camino al monte y que se mantuviesen alejados. Carmen supuso que la llamada era obra de Kosh, pero también sabía que no era necesario alejar así a la pequeña población. Carmen sabía que Kosh, en el momento que se trasladara a la Tierra, en concreto a ese monte tan extraño, instalaría una de sus fuentes oscuras creadoras de espíritus y estos se encargarían de no dejar testigos a los alrededores. En la ciudad no sabían nada de las desapariciones, ni de los espíritus, ni de los elegidos, ni que ahora el lugar más habitado del planeta era la península ibérica, custodiada por las barreras de un viejo marinero, ni que en Sídney no quedaba un alma, ni que la apertura del tiempo y la acción de un tal Kosh-Herg estaba acabando con sus actividades turísticas. Por eso las tiendas más importantes de la ciudad, los hoteles y otros comercios habían cerrado y la ciudad se iba a pique cada vez más rápido. Los pobres ignorantes que querían marchar de allí por falta de trabajo no sabían lo que se iban a encontrar cuando cogieran el tren para Sídney, que siempre volvía vacío, y todos creían que se debía a que allí se encontraban mejor.
Los chicos desayunaron en silencio. Carmen podía comunicarse bien con todos gracias a su elemento del psíquico. Marcos, que hablaba el español con un acento muy especial, charlaba

con Paula sobre su pasado. Iván permanecía callado todo el tiempo porque era alemán y Kiara era italiana, por tanto no podían comunicarse con los demás exceptuando a Carmen, problema que no había tenido nunca en Shien. Carmen había nacido en la india y posteriormente, antes de abandonar la Tierra, se había mudado a China por la fama de su tío en los combates de lucha. Carmen sabía un poco de inglés por parte de su padre y su lengua materna india por parte de su madre, que murió cuando ella era pequeña. Pero nunca llegó a dominar ningún idioma con exactitud porque ella no hablaba físicamente. Los más cercanos a ella pensaban que era muda, pero su padre sí que podía entenderla, al igual que sus hermanas o su madre, pero de una manera especial. Nunca le gustó vivir en China porque todos los chinitos de su clase se burlaban de ella por las dimensiones de sus ojos, y a pesar que su padre le explicó que eso se debía a la envidia que le tenían, ella siguió sin relacionarse con el país ni integrarse del todo en él. En Shien estudió un poco el inglés y la niña se defendía en el idioma como podía.
Se comunicaba con el resto de los chicos mediante mensajes telepáticos de conceptos. Marcos se liaba un poco, Paula los recibía y los intentaba traducir, pero le costaba. Antonio lo hacía automáticamente, pero Kiara era una experta. Le encantaba descifrar los mensajes de Carmen, y esta suspiraba aliviada al ver como la chica se lo cogía como un juego. Era complicado vivir en la Tierra, pero allí estaban, y también sabía que de aquí unas horas ese mismo lugar donde estaban estaría repleto de espíritus.

Los dos hombres llegaron a Alice Springs en el jeep. El terreno era montañoso. Antonio se tambaleaba en el asiento trasero a cada bache que las gruesas ruedas cruzaban. En el volante del jeep marcaba veintitrés grados. De pronto recordó que no sabía ni en qué día ni en qué mes se encontraban.
-Hoy hace un buen día. –dijo el chico rompiendo el monótono ruido del motor.

-Acá la temperatura siempre es agradable. –le explicó el moreno. –Bueno, siempre no... En enero algunos días son insoportables.
-¿Hace mucho frío?
-¿Frío? –el hombre se rió con ganas. – ¿En Enero frío? Fácilmente puedes derretirte bajo el Sol.
Antonio frunció el ceño. Por su cabeza pasó una imagen en la que salía él rodeado de regalos de Navidad y con un helado en la mano. La deshizo con un movimiento de cabeza.
-Perdón, ¿en qué mes estamos?
El hombre delgado lo miró esta vez con preocupación.
-Pibe, ¿te encontrás bien? –le preguntó nervioso. –Tenés un problema de memoria o...
-Disculpe. Quería decir el día. No se ha que día estamos. –le dijo Antonio, reconociendo que había metido la pata. –Si fuera tan amable...
-Hoy estamos a once, once de Julio. –le explicó, pero seguía mirándole con preocupación. –¿Seguro que estás bien?
Ahora Antonio no sabía si estaba muy bien. Desde lo del torneo había perdido la noción del tiempo. Si el accidente del barco ocurrió el 29 de Septiembre y ahora estaba en Julio... como mínimo se había pasado un año de su vida en Shien.
"Tranquilo". –pensó para sus adentros. –"No he envejecido"
Por la ventanilla del jeep vio un gran cartel en forma de roca del oeste en el cual ponía:

Gabriel, que es como le llamaban al sudamericano, le comentó que Alice Springs era la segunda ciudad más grande del Territorio Norte, colocándose sólo por debajo de Darwin,

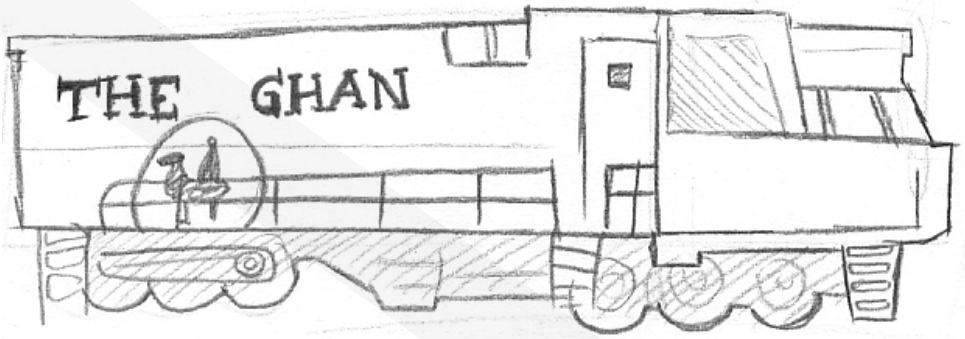
quien le ganaba en número de habitantes. Alice Springs tenía alrededor de veintiséis mil habitantes. Bueno, eso era antes de la apertura del tiempo. Desde Septiembre el número de habitantes se había reducido bastante quedándose en unos quince mil. Pronto pudo Antonio contemplar la ciudad con sus propios ojos. Era muy... extensa. Las casas se repartían espaciosamente por la gran explanada. A Antonio le sorprendió la construcción de esa ciudad turística en medio del desierto australiano. Comió con los dos hombres en un pequeño bar. El bar era luminoso. Antonio se quedó con esa impresión. También le sorprendió que todo estuviera hecho de madera clara. El camarero vestía un gorro de paja y una camisa a rallas rojas. Le pareció un personaje bastante cómico y se preguntó cómo sería la gente de por allí. El camarero parecía conocer a John. Establecieron una conversación en inglés en la que Antonio sólo pudo participar mediante movimientos afirmativos de cabeza combinados con alguna que otra sonrisa. El camarero le sirvió un sándwich de queso y una cerveza. Antonio se tomó el sándwich sin muchas ganas. Sabía a quemado. La cerveza no la probó.
-Pero hombre, ¡tomá!, bebé un trago –le apremió Gabriel.
-No, gracias. –dijo el chico, con un gesto negativo de manos. –No bebo.
El hombre delgado se echo a reír.
-Bueno. –cogió la cerveza de una asa. –Si me permitís...
El hombre se la bebió de tres tragos.
-Necesitaba aclarar la garganta. –se excusó.
Antonio se sentía un poco incómodo. Las miradas de la poca gente que había en el bar se posaban sobre él.
-Así que es verdad que nos vas a ayudar a descargar la leña. –le dijo Gabriel. –Necesitás plata.
-Sí. –le dijo Antonio, muy serio.
El hombre se rió otra vez.
-Sos un tipo muy raro. –le aseguró con una sonrisa. –Pero estás de suerte. John y yo necesitamos a alguien que nos eche una mano en la descarga.

-¡Toni! ¡Toni!
Una panda de jóvenes entró en el bar acompañados por una niña de grandes ojos oscuros.
-Chicos, ¿qué…? –empezó Antonio.
-Estos pibes deben ser los otros miembros de la excursión, ¿me equivoco? –dedujo Gabriel, sorprendido.
-Sí, en efecto. –dijo Antonio haciendo señas para que los demás no dijeran nada raro. –Chicos, sentaos. Estos amables hombres me han contado un poco la historia del Ulurú, el monte que queríamos visitar esta tarde, que para eso hemos venido a Australia…
Iván y Kiara lo miraban de forma extraña, como si no hubiesen entendido nada de lo que el chico hubiese dicho.
Recordó que cada uno hablaba un idioma. Miró a Marcos, quién se encogió de hombros, y acto seguido miró a Paula de reojo. Esta le dio la espalda.
Carmen reaccionó enseguida. Se puso a hablar con Gabriel y John en Inglés. Antonio aceptó que no tenía nada que hacer comparado con su maestra. Seguro que ella les sacaba muchísima más información. Además, ¿quién se iba a negar a una niñita mona de ojitos soñadores? Antonio apretó los labios. Le había vuelto a ganar. Marcos y Kiara se sentaron en la mesa y saludaron al camarero con un “Hii!” de acento forzado. Kiara pidió al camarero con un inglés muy malo que le dejara dibujarlo. Antonio tuvo que reconocer que la chica no conocía la vergüenza y que dibujaba muy bien. Conocía su afición por el Manga y pronto comprendió que el singular camarero australiano seria uno de los personajes de sus propios cómics.
-Paula. –dijo Antonio acercándose a esta. –Tengo que hablar contigo.
Paula le lanzó una mirada entre enfadada y orgullosa.
-Ahora te apetece hablar conmigo, ¿no? –le espetó.- ¡Pues puede que a mí no me apetezca!
-Paula, por favor, es serio. –le aseguró el chico. –Es sobre la Ayers Rock.

Paula le miró confusa.
-¿Ayers Rock?
-Ayers Rock es un sinónimo de Ulurú. –Antonio se sintió aliviado. Al menos consiguió que le hablara. –Oye, Paula, perdóname, ¿vale? Es que la ausencia de mi primo… era la única familia que me quedaba y mi mejor amigo…
Paula sonrió de espaldas a él.
-Está bien. Te perdono. Pero no te pienso pasar ni una a partir de ahora, ¿entendido?
Antonio le sonrió.
-Gracias.
Paula arqueó una ceja.
-¿Qué era lo que querías contarme?
Antonio y Paula se sentaron en una mesa aparte, un poco alejada de la mesa que se encontraban los dos hombres y Carmen charlando, para evitar que estos los oyeran hablar.
Antonio se puso muy serio y carraspeó dos veces. Aclaró su voz imitando muy bien la de un fantástico narrador de leyendas mitológicas.
-“En el corazón del desierto australiano se alza el montículo rojizo Ulurú, el centro de lo que los aborígenes australianos llaman El Tiempo del Sueño, la época del comienzo de todo.”
Los aborígenes, tribus australianas, consideran el Ulurú un monte sagrado que se creó cuando la Tierra aún estaba horneándose, es decir, hace unos cuatro mil cuatrocientos millones de años, ¿verdad listilla?
-Cuatro mil cuatrocientos cincuenta, listo. –Paula le sacó la lengua en tono de burla. Antonio ignoró ese gesto y prosiguió con su historia.
-Los aborígenes afirmaban que allí se alzaron grandes, terribles y desastrosas peleas, en pleno Ulurú, de los hombres canguro frente a los hombres serpiente o yankuntjatjara. Por descontado, los aborígenes consideran una falta de respeto que los turistas visiten el monte con sus cámaras fotográficas y sus risas ingenuas, ignorantes de saber la importancia de tal monte con su cultura y sus antepasados.

-Vaya… Así que ese es el lugar donde Kosh…
-Sí, y créeme, sé por qué ha elegido ese lugar y no otro. –Antonio bajó más la voz –Hace unos doce mil años tuvo lugar el combate, la guerra, la pelea o como quieras llamarle más asombrosa de la historia terrestre. La pelea del Sueño, que le da nombre a este monte peculiar. Encontré la leyenda en un libro de la biblioteca de Shien hace ya tiempo.
A Paula le vino a la mente la asombrosa biblioteca y se mordió el labio. Tenía ganas de volver, aunque eso significaba abandonar de nuevo su propio hogar, la Tierra, aunque esta vez se cuestionó que quizá el hogar no es el lugar físico donde has nacido y al que perteneces. Quizá el hogar fuera el lugar donde te encontrabas "en casa", y la Tierra, deshabitada y vacía, había dejado de ser el "hogar" de Paula.
Antonio tomó un trago de un humeante café que le había servido el camarero vestido de cowboy unos minutos antes, sin que el chico se lo hubiera perdido.
-Como te iba diciendo, el libro en el cual lo leí cuenta que hubo en la Tierra una batalla de grandes dimensiones donde se enfrentaron una tribu australiana contra un malvado demonio llamado Yamanntukosh. El libro describe la época como tiempos de guerras, donde se mezclaba la realidad y la imaginación. El escritor considera al demonio como un ser imaginariamente real, dominado por el tenebroso elemento de la oscuridad. El libro describe la lucha como una consecuencia de una de las primeras aperturas del tiempo y los desastres que esta desencadenó en la Tierra. En la parte final del combate, cuando la tribu lo tenía todo perdido, aparecieron unos seres sobrenaturales que le vencieron, no sin mucho esfuerzo, y le devolvieron a la vida el factor de la normalidad.
-Muy bien, ¿y qué tiene que ver esa bonita leyenda con la historia de los aborígenes y con todo el rollo de Shien?
-Resulta que esa batalla tuvo lugar, según el libro, en un monte rojizo mágico, creado en el inicio del todo, en la fecha que nosotros hemos considerado cuatro mil cuatrocientos cincuenta millones de años, pero nos hemos equivocado.

Tenemos que datar la fecha interpretando bien cada afirmación y conociendo un poco la historia. El Ulurú fue creado en el periodo del Cámbrico, hace unos quinientos cincuenta millones de años. He tenido suerte de que Gabriel haya estudiado geología y me haya informado de todo esto. He fingido que me interesaba el tema y quería estudiar la misma carrera. Al principio se extrañó un poco de mis pésimos conocimientos en geología, pero más o menos lo he sabido llevar bien. Volviendo al tema, el libro data la batalla de una antigüedad de unos doce mil años, tiempo que corresponde a la aparición del Homo Sapiens. Cuando estos aparecieron ya existía de hace mucho el Ulurú. Los aborígenes, exactamente la tribu de los Anangú, ocuparon el monte, impresionados por su asombrosa belleza y respeto que imponía. Para los Anangú, "la Tierra fue creada al principio del Tjukurpa, cuando los seres ancestrales crearon los hitos del paisaje y los seres que los habitan, incluyendo a los seres humanos". Forma parte de su cultura. Deduzco que esos seres ancestrales de los que los Anangú hablan se tratan de los seres sobrenaturales que se describían en aquel libraco de Shien. Me temo que, como bien dice el libro, la pelea que tuvo lugar en el peculiar monte rojizo fue una pelea por una causa temporal, quizá la misma por la que nosotros vamos a luchar ahora. Probablemente la tribu australiana de la que habla el libro se refiera a la antigua tribu de aborígenes Anangú. Creo que Kosh ha elegido este lugar porque, al igual que yo, se ha leído el libro y le ha interesado. Propongo que lo leamos con más calma cuando volvamos a Shien. Una suposición que, de alguna manera, sirve para comprobar mi hipótesis de que él ha leído la leyenda se trata de su nombre, "Kosh", cogido de la última sílaba, que coincide con la tónica, del nombre del demonio oscuro "Yamanntukosh".
-Vaya… así que son ciertas las leyendas -dijo Paula, sorprendida.
-Parece que todo encaja. Mi madre, cuando era pequeña, me contaba que en la Tierra había puntos energéticos en los que algunas tribus primitivas sacaban la energía para curarse de



enfermedades, entrar en armonía con su propio cuerpo, hacer magia... Los puntos estaban repartidos por la Tierra. Quizás Kosh haya elegido este lugar para enfrentarse con los elegidos porque, como has dicho, conoce la leyenda de los aborígenes y sabe que el Ulurú o Ayers Rock es uno de esos puntos donde puede sacar más provecho de su poder temporal. Piensa que la Tierra no es Shien y que aquí no tenemos el desierto para recuperar nuestras fuerzas y cargarnos de energía.

-Quizá este monte también coincida con uno de los puntos de energía. Yo también lo creo, ya que, si se realizó en la antigüedad una batalla de tales dimensiones en ese monte, debía ser por una buena razón. Tratándose de una batalla temporal, la energía es un factor que hay que tener en cuenta. Además, creo que Kosh ha elegido este lugar porque está apartado del resto de continentes y no quiere que haya muertes. Sólo quiere acabar con nosotros y gobernar la Tierra. Piensa que si se cargara a todo el mundo no tendría material para sus espíritus ni para ejercer su poder contra nadie.

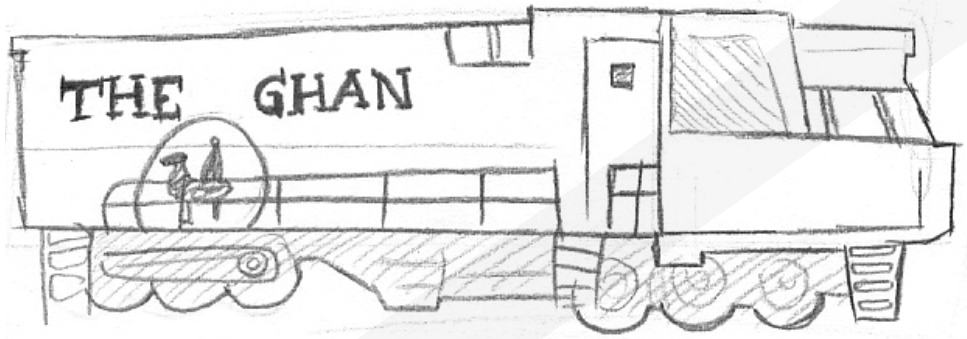
-Pero si el mismo es el que envía a sus espíritus contra la gente...

-Pero los espíritus lo que hacen es quitarles el alma. Sus cuerpos yacen inconscientes, en coma, en el castillo de Kosh. Esa alma se mezcla con su poder oscuro formando más espíritus. Los espíritus no se mueven por órdenes de Kosh, sino por su propio instinto. Ellos sienten una tendencia insoportable de lanzarse contra las personas y arrebatarles el alma.

-¿Y tú cómo lo sabes?-preguntó Paula, frunciendo el ceño.

Antonio se quedó paralizado. ¿Cómo lo sabía? Tenía la sensación de que alguna vez fue un espíritu.

-Yo...



Carmen se acercó a los chicos y les indicó con un mensaje telepático que debían marcharse de allí lo más rápido posible. Kiara se acercó al cajero del metro, acompañada por Carmen, que era la que mejor controlaba el inglés. The Ghan, así se llamaba el famoso tren que cruzaba el desierto australiano levantando polvo fino a su paso.

-Good afternoon. -saludó Carmen, con cortesía. -Please, Could you give me six tickets for go to the airport?

-Sorry, this train doesn't go to the airport. You can go to Kulgera, in direction of Adelaida, or Tennant Creek, to Darwin. If you want to go to the airport you must take a taxi. Is cheaper and better than take a train, believe me.

-Ok, I want a map, please.

El cajero, que era un tipo bajito y rechoncho, con un bigote muy bien cuidado, les dio un mapa del lugar y les deseó un buen viaje. Carmen no tenía dinero, así que no tuvo otro remedio que meterle en la mente que esa niñita tan dulce con acento extranjero ya le había pagado e incluso le había dado de más. El hombre regordete le devolvió unas piezas de moneda. Kiara iba a protestar pero pronto comprendió que era una técnica de Carmen. Reconoció que no podían ir por el país Australiano sin un duro en el bolsillo.

-Thanks for all!

Las chicas dejaron el cajero y se sentaron en uno de los bancos de madera de la estación. Allí estaban Antonio, Marcos, Paula e Iván.

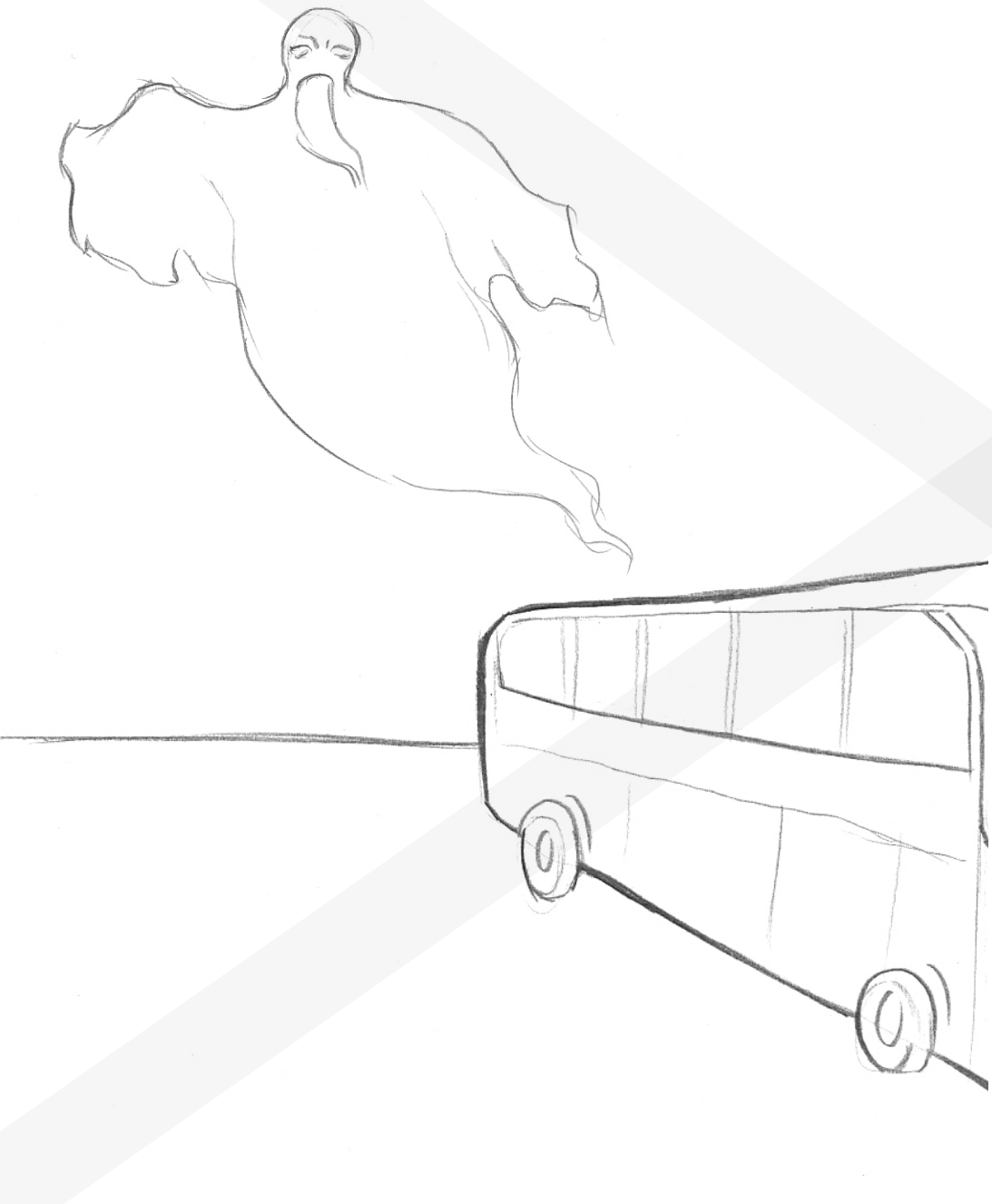
Un ruido estremecedor les silbó en los oídos. El aullido del polvoriento tren despertó la somnolencia bochornosa de aquella

estación vacía. Se acercaba poderoso e impotente, una gran mancha roja en medio del desierto australiano. The Ghan. El logotipo del ten era una silueta blanca de un caballo con su jinete metida en una esfera roja. Great Southern Rallway. El majestuoso tren se puso en marcha, dejando a los chicos detrás.
-Vamos a buscar un taxi. -les dijo Carmen mediante un mensaje telepático.
Después de encontrar uno, que no fue nada difícil, ya que los cochecitos blancos llevaban un cartel en su techo que ponía bien claro la palabra "Taxi", pidieron al taxista que les acercara al aeropuerto. No cabían en un coche, así que el conductor tuvo que llamar a un compañero, y los dos coches marcharon en rumbo al aeropuerto de Alice Springs, por la carretera Stuart Hwy, hacia el sud. Carmen seguía el recorrido escudriñando con sus grandes ojos el mapa recién adquirido. Estaba en Inglés. No era problema para la niña.
Llegaron al aeropuerto. En un gran muro naranja estaban pegadas unas letras de aluminio que brillaban con la intensa luz del Sol.
Antes de abandonar los taxis y de pagarles lo debido (usando la misma táctica de Carmen, es decir, haciéndose con más dinero, aunque en un taxi no pudieron hacerlo porque sólo Carmen controlaba ese poder), vieron otro cartel de camino al Car Park o parking de coches. Welcome to Alice Springs. En todos los carteles ponía lo mismo.
Los chicos entraron en el aeropuerto y Carmen pidió los billetes, porque sólo ella podía saltarse el trámite del permiso que debían tener firmado por un tutor mayor de edad, los DNIs o pasaportes y todo el papeleo. La chica que les atendía quedó satisfecha con las sencillas palabras de Carmen:
-Six tickets, please.
No les cobró nada por los billetes. El poder de Carmen era brillante. Eso pensó Antonio mientras contemplaba la escena maravillado. Tomaron un café y un sándwich antes de embarcar para matar el hambre, que les acechaba como una víbora encerrada durante mucho tiempo y que había sido dejada en libertad.

La noche cayó sobre ellos cuando sobrevolaban el desierto rocoso de Australia. Dejaron atrás la bonita ciudad de Alice Springs, un oasis para los turistas.
-Antonio, Antonio despierta.
Antonio se había quedado dormido. Paula le despertó zarandeándolo. Carmen seguía mirando el mapa, en medio de los dos. En la fila de al lado estaban Marcos, Kiara e Iván.
-Venga, que ya hemos llegado.
La voz de la azafata anunció la llegada al Ayers Rock. Antonio se desperezó silenciosamente. No tenía conciencia del tiempo que había durado el trayecto, pero le había sentado bien dormir. Se sentía repuesto, como ocurría cuando su cuerpo entraba en contacto con la arena de Shien. Hacía tiempo que no dormía.
Salieron del avión y se quedaron reposando en los bancos. Se durmieron. Todos menos Carmen, que vigilaba la escena con sus ojos de búho.
-Están cerca. Ya los puedo oler.
Carmen esperaba con tensión a los espíritus. Sabía que no tardarían mucho en llegar. De hecho se extrañaba que aún no lo hubieran hecho. Cuando los primeros rayos de Sol iluminaron la estancia, la niña despertó a sus compañeros.
El aeropuerto estaba formado por un edificio de una planta, de ladrillos rojizos, a conjunto con sus tejados inclinados y el color de la tierra. El paisaje era impresionante. Si les sorprendió el de Alice Springs, caracterizado por un color marrón claro y terroso, el de esta zona lo superaba con creces. Era un color rojo anaranjado en el cual resaltaba la poca vegetación que había y el cielo azul. Chocaba en la mirada y a la vez era hermoso.
Cogieron un bus que les llevaba desde el aeropuerto hasta el monte Ulurú, ya que no estaba cerca. El Sol ya se situaba por encima de sus cabezas cuando el cielo se volvió gris.
-Ya han llegado. Ya están aquí.
Una nube de espíritus rodeó el bus en el que se encontraban. En el transporte, a parte de ellos, viajaban una anciana, una pareja joven y un hombre solitario. El conductor frenó secamente y

el vehículo dio un golpe violento. La mujer mayor se cayó del asiento. El hombre solitario lanzó una serie de maldiciones. La pareja miraba a todas partes con preocupación.
Los chicos siguieron las instrucciones de Carmen. Marcos se acercó al conductor y lo apartó de su asiento de un empujón. En su lugar se sentó él y puso el aparato en marcha.
-What, What are you doing idiot?!
Marcos le lanzó una mirada fulminante. El conductor cerró la boca. Antonio e Iván levantaron a la mujer y pidieron calma. Carmen cerró los ojos y creó una barrera temporal que protegía y englobaba todo el autobús.
-Si estuviera aquí Jandro. -pensó. -Él tiene mucho más poder que yo.
Kiara contribuía a fortalecer la barrera provocando una lluvia ácida contra los espíritus. El agua temporal les dañaba como gotas de veneno.
Paula, mediante su control sobre el agua, dirigía las gotas contra sus enemigos desde el autobús, sin poder verlos, ya que se guiaba por su presencia temporal.
Carmen abrió su mapa de nuevo y consultó una brújula que guardaba en el bolsillo derecho de sus pantalones.
-Marcos, sigue conduciendo en esa dirección, pero ve girando poco a poco hacia tu derecha, ¿entendido?
En la mente de la niña llegó un mensaje de afirmación. Pronto alcanzarían el monte. Carmen pensó que los numerosos hoteles y parques destinados a los turistas estarían siendo demolidos por los espíritus. Kosh no quería testigos ni invitados a su fiesta. Quizá los famosos aborígenes, los Anangú, hubieran estado de acuerdo con Kosh, es decir, lo hubieran apoyado, porque, realmente, estaba limpiando el monte de los indeseados turistas y dejando que sus antepasados descansasen en paz, sin ser despertados por flashes de cámaras fotográficas, y manos sobadoras de los curiosos acechadores. Quizá ambos, Kosh y la tribu, compartieran un cierto respeto por el monte.
-¡Maestra, no puedo más! -Antonio intentaba hacer salir el Sol para que quemara la oscuridad de todos esos espíritus.

-Son demasiados.
-Sí, tienes razón. -le dijo Carmen, guardándose el mapa debajo de su camiseta y su brújula en el bolsillo. -Ahora toca el golpe final.
-¿Pero qué dices? -pensó Paula. Las gotas de sudor le bajaban por la frente. El esfuerzo era demasiado. -¿Te has vuelto loca?
-Marcos, para, ya hemos llegado.
-Lo siento Carmen. No puedo parar. Se ha roto el pedal del freno. Si paro con el de mano el golpe podría ser mortal.
-Vaya... y no podemos parar el tiempo porque vendrían más espíritus... -pensó Carmen para sí.
A través de las ventanas seguía viéndose el extraño color grisáceo de la niebla fantasmal de los espíritus.
La gente del interior los miraba alucinada. Se sentían amenazados por esos chicos tan raros y mudos, porque no habían pronunciado ni una palabra en todo el trayecto.
-Poned las manos sobre Antonio. Vamos a transmitirle toda nuestra energía.
Los chicos obedecieron a la pequeña. Antonio no entendía nada de nada.
-Antonio, cuando notes un incremento altísimo de tu energía invoca una luz que los ciegue a todos.
-Sí, maestra. -En verdad Antonio no sabía muy bien lo que tenía que hacer, ni a que energía se refería su maestra. Esta confusión también le llegó a la niña junto con el mensaje telepático. En esta clase de comunicación los sentimientos también se percibían.
-Tres, dos, uno, ¡ya!
Antonio empezó a sentirse fuerte, poderoso, invencible. La energía fluía por su interior llenándolo de vida y felicidad. Cerró los ojos, inspiró hondo y soltó un grito atronador que rajó esas tinieblas grisáceas y devolvió la luz al mundo. Los espíritus desaparecieron y Antonio cayó al suelo, sin fuerzas. Iván le ayudó a levantarse.
-Tenemos que saltar. -les dijo Carmen. Los chicos tragaron saliva. No les hacía mucha ilusión saltar de un autobús en marcha que



9
EL TIEMPO DEL SUEÑO

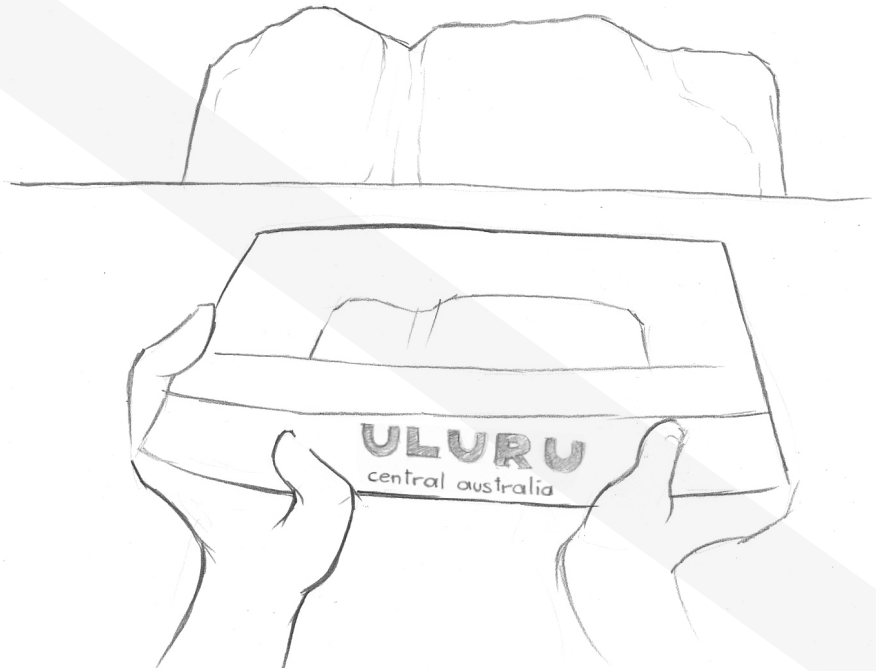
Los chicos, cogidos de las manos, dieron un salto al vacío. El aire les azotó bruscamente en la cara y pronto sintieron el contacto de la cálida tierra bajo su cuerpo. Antonio se incorporó del suelo. Sus brazos estaban llenos de rasguños y su cadera tenía un corte por el cual salía sangre. Se quitó la sudadera y se la ató en la cintura de modo que le servía de venda. Los demás estaban incorporándose también, un tanto aturdidos.

-Chicos, mirad.

El Ulurú se alzaba sobre ellos como un milagro, como si los dioses lo hubiesen colocado en esa explanada con sus propias manos. Era una obra divina. Un montículo rojizo en el corazón del desierto Australiano. De hecho, era el corazón del desierto, era el corazón palpitante de la isla más grande del mundo. Rojo, lleno de energía y pasión, muy llamativo. El Sol se escondía detrás del montículo rojo dándole a sus bordes terrosos una gama y matiz de ocres que se combinaba junto a los tonos

rojizos, ofreciendo un resultado óptico impresionante. Era algo magnifico, fascinante. Antonio comprendió a los aborígenes y sus leyendas. Realmente, con sólo ver el montículo rojizo, el cuerpo se llenaba de fuerzas y vida.
-Los espíritus se han quedado en la ciudad. -les explicó Carmen, guiándose por sus instintos. -Parece que allí tienen faena. Intentad no llamar mucho la atención. Si usáis energía temporal, Kosh nos detectará en un abrir y cerrar de ojos. Por suerte parece que nuestra actuación en el bus no le ha alterado. Ni siquiera se ha dado cuenta. Si no... ya estaríamos muertos. Sólo debemos entrar en acción cuando los elegidos empiecen a luchar.
-Pero si ellos paran el tiempo mientras luchan... nosotros no podremos hacer nada. -pensó Iván, con sus ojos azules llenos de preocupación.
-Claro que sí. -le respondió Carmen mediante otro mensaje telepático. -Si tú eres un temporal, cuando alguien para el tiempo, a ti no te afecta.
Los chicos fueron andando hacia el Ulurú. Antonio consultó su reloj shinense. No funcionaba. Marcos le mostró en su muñeca un reloj que le había cogido al conductor del autobús. Las varillas fosforescentes marcaban las siete y cuarto.
-Toma, Antonio. –Marcos le tendió el reloj. Hablaba un español con mucho acento. –Yo ya tengo uno, el mío terrestre, que lo guardaba como un recuerdo de la Tierra, aunque en Shien no me funcionara. Ya lo he puesto a hora. Puedes quedarte con éste.
-Gracias Marcos. –Antonio se lo colocó en la muñeca. -Maestra, en la imagen que tú viste...
Carmen le pasó mentalmente la imagen. En esta se encontraba el Ulurú ocultando el Sol, en la misma posición en la que se encontraba en esos momentos, sólo que el color que le daba al extraño montículo era diferente. No era rojizo sino anaranjado.
-La batalla tendrá lugar al amanecer. -le explicó Carmen en su mente. -Pero necesitamos la noche para subir a la cima y pasar desapercibidos.

Los chicos anduvieron toda la tarde hasta que el Sol acabó por desaparecer. Llegaron al borde de la Ayers Rock y Carmen decidió explicar una serie de instrucciones que todos debían seguir al pie de la letra.
-Nos vamos a dividir por grupos. -les explicó mentalmente.- Si vamos todos juntos la suma de energías será demasiado notable y nos detectarán. Iván, Kiara. Ambos subiréis por el este, ¿entendido?
Iván asintió convencido pero Kiara no parecía muy contenta.
-¿Y porque no puedo ir yo con Paula? -se quejó.
-Tú harás lo que yo te diga. -Carmen no admitió más quejas. Kiara era la que mejor entendía sus mensajes. Los demás se estaban perdiendo en la explicación, así que decidió pensar cada concepto con más detenimiento. A decir verdad no se comunicaban con palabras, sino con imágenes conceptuales, pero sus propios cerebros las transformaban en todo tipo de oraciones. -Antonio, tú ves con Paula por el lado sur. Ambos habláis el mismo idioma. Marcos y yo iremos por el norte. ¿Entendido? Nos veremos en la cima. Si os pasara algo por el camino no dudéis en volver a Shien. A partir de ahora no podremos comunicarnos entre los diferentes grupos...
-Un momento. -se quejó Antonio. -Sabemos ir de Shien a la Tierra, ¡pero a la inversa no!
-¿Y qué os enseñaron mis hermanas? -Carmen puso los ojos en blanco. -Y se hacen llamar profesoras. ¡Qué remedio! Tenéis que pensar en Shien con mucha intensidad y entrar en contacto con la fuente de vuestra energía temporal que todos habéis manejado durante las clases. Una cosa más. Para teletransportarse en plena lucha hay que ir a Shien y, una vez allí, regresar a la Tierra pensando en el lugar en el que quieres aparecer, por ejemplo, unos metros más a la derecha del lugar donde estabas antes de abandonar la Tierra. Es algo instantáneo que te da mucha ventaja a la hora de luchar, aunque no os recomiendo que lo hagáis porque os enfrentáis ni más ni menos que con Kosh, líder oscuro de Shien, y que no poseéis la suficiente experiencia



para dominar el traslado de dimensiones a vuestro antojo. Podíais desaparecer por el camino.
-Gracias por los consejos. -le dijo Antonio, mentalmente.
-Gracias por los ánimos. -pensó Marcos.
Kiara se cruzó de brazos. A Carmen le llegó una expresión muy clara a su mente de parte de la chica.
-"¡¿Y cómo puñetas quieres que yo me entienda con Iván?!"
Carmen se mordió el labio, pensativa. Paula y Antonio no tendrían problemas de comunicación. Ella y Marcos tampoco, porque se comunicaban mentalmente. Pero Kiara e Iván…
-"Bueno, no me dais otra opción." –Carmen se dirigió al resto de los chicos. –Levantad una barrera temporal a nuestro alrededor, más que nada para evitar que salga mucho poder temporal de esta zona y alertemos al enemigo de nuestra posición."
Los chicos obedecieron. Carmen colocó una mano sobre el hombro de Kiara y otra sobre el de Iván, y ordenó a los otros que hiciesen lo mismo. Quedaron todos cogidos alrededor de un circulo. La niña cerró los ojos con fuerza. Una luz albina los envolvió a todos.
-"Ya está". –les dijo, con una sonrisa de cansancio. Carmen

parecía estar muy débil, y Antonio la sujetó por los brazos.
–"Suelta, idiota. Ahora ya podéis entenderos".
-¡Vaya, que pasada! –exclamó Kiara. – ¡Yo también quiero el poder del psíquico!
-¿Y cómo es que lo controlas tan bien? –preguntó Iván. – ¿Puede hacer eso cualquier temporal que posea el poder del psíquico?
Carmen negó con la cabeza, sin poder disimular su orgullo.
-Se necesita muchísima práctica y confianza en uno mismo para hacerlo. De hecho, no sé si os lo habrán comentado mis hermanas, pero entre los elegidos, el que posee el elemental del psíquico posee unas cualidades muy especiales. Es el único al que se le representa la imagen del lugar donde se abrirá el tiempo en la próxima era y… -los chicos asintieron con la cabeza. Ellos ya conocían esa historia. -… al igual que yo acabo de hacer ahora, si él activa su poder psíquico sobre un elegido, y habéis oído bien, uno y sólo uno, todos los elegidos podrán entenderse a la perfección, aunque él no esté delante, ni presente, ni siquiera es necesario que el tiempo esté abierto. Es una de las armas más potentes de los elegidos, el poder entenderse sin problemas.
Los chicos la miraban con la boca abierta.
-Está claro que el próximo año daré las clases yo. –dijo Carmen, poniendo los ojos en blanco.
-¿En serio? –dijo Antonio, ilusionado.
-Por supuesto que no.
Los chicos se dividieron y emprendieron el ascenso a la loma. La luna y las estrellas eran la única fuente de luz.
Antonio se paró en seco. Paula lo miró extrañada. Se agachó y tomo un poco de arena rojiza.
-Vaya… una gran montaña sedimentaria. –Antonio observaba la arena con sumo interés.
-El color rojizo se debe a la precipitación del hierro después de un proceso de oxidación. –le explicó Paula. –No es todo tan mágico como lo pintan.
-¿Se te da bien la Geología?
-Me lo dijo Kiara antes de subir. –le comentó la chica. –En el

colegio estudié italiano. ¿Ves? Me ha servido de algo.
-Kiara es una friki –dijo Antonio riendo mientras lanzaba la arena al viento.
Se quitó la sudadera y se alivió al ver que el corte ya no sangraba. A parte de ese corte, el resto de arañazos y rasguños no tenían pinta de graves.
-A más altitud, más frío. –le dijo Paula. –Pero en este caso parece que las reglas se invierten.
-¿También te lo ha dicho Kiara?
-¡Eso lo sé yo, tonto! ¡Me estoy achicharrando! –le dijo empujándole.
–Venga, si seguimos así no llegaremos nunca.
Al otro lado del Ulurú, un chico y una niña subían la gran roca roja siguiendo una cadena que les guiaba hacia la cima y les servía de ayuda, debido a la inclinación del montículo.
-Vaya, no hay ni un alma a los alrededores. –pensó Marcos. Se había acostumbrado a ese tipo de conversación con su compañera.
-Normalmente la base del Ulurú está a rebosar de turistas cargados con sus cámaras para fotografiar el monte. Los Anangú recomiendan que no tomen fotografías ni escalen la montaña, por respeto a sus antepasados. Aquí hay cuevas sagradas que incluso se dividen por el sexo. Los hombres pueden visitar unas y las mujeres otras. Algunas están prohibidas con amenaza de muerte. –Carmen recitaba todo esto mientras ascendía la cuesta cogida de la cadena. –Naturalmente, creo que no son más que bobadas. Respeto perfectamente a los aborígenes y sus creencias, pero dudo que ningún turista haya muerto bajo la influencia de las almas que puedan permanecer en este monte.
-Oye, Carmen, ¿es seguro que subamos por aquí? –Marcos no parecía convencido del camino de la cadena, ya que era por el cual los turistas subían para ascender hasta la cima.
-Kosh y los elegidos vendrán al amanecer.
La luna seguía alumbrándolos. Los grandes ojos de Carmen relucían con agudeza mientras miraban al astro blanquecino. Eran similares al de los de un gato, o eso le pareció a Marcos.

-No te pareces a tus hermanas. –pensó.
Carmen arqueó una ceja, sorprendida por el comentario del chico, se encogió de hombros y con esto dio por finalizada la conversación.

Kiara se sentó en el suelo y se cruzó de brazos y piernas, en señal de resignación.
-¿Y ahora qué te pasa? –Iván se secaba el sudor de su frente con la manga del jersey. –¿Sólo llevamos dos horas y ya te has cansado?
-No sé si te habrás dado cuenta pero desde que llegamos a la Tierra estoy empezando a sentir cosas. –le dijo Kiara irónicamente. –¡Y entre una de esas cosas está el sueño!
-Pues no tengo café. –le dijo Iván, devolviéndole la jugada.
Kiara cambió la cara de resignación por una de absoluto cansancio.
-Oye, no puedo más. Me muero de calor. Aquí hará al menos cincuenta grados…
-Cuarenta y dos. –puntualizó el chico.
-¡Me da igual! Sigo pensando que deberíamos tomarnos un descanso. Este monte es muy bonito y de noche no lo vamos a disfrutar. Ya que tenemos que hacer el esfuerzo de subirlo… podríamos haberlo hecho de día, ¿no?
-No tenemos tiempo. Mañana, al amanecer, Kosh se batirá en duelo contra los elegidos. Piensa que estamos aquí por todo el mundo. Tus familiares, Jandro… ¿te acuerdas de él?
Kiara se levantó con una energía nueva y adelantó a Iván con largos pasos.
-No vayas de listo. –le aseguró.
-Te echo una carrera hasta la cima.
Iván le sonrió y ambos empezaron a correr.

Antonio le echó otra mirada al reloj que Marcos le había regalado.
-Son las cuatro y media. –le dijo a Paula. Esta le contestó

con un movimiento afirmativo de cabeza. No podían hablar. El calor los ahogaba y el cansancio también.
Caminaron un rato más.
-Me estoy marean…
Paula cayó en seco. El ruido resonó por la montaña.
-¡Paula, Paula! –Antonio la zarandeó. Nada. Antonio se quitó la sudadera y le hizo aire. La recostó sobre una de las múltiples rocas arenosas de la montaña y se sentó junto a ella.

Paula abrió los ojos y parpadeó varias veces. Miró el reloj de Antonio. Eran las seis y media. Los primeros rayos de Sol relucían en el cielo. Antonio estaba dormido. Paula lo recordó todo.
-¡Toni despierta!
Antonio se incorporó reaccionando a la llamada de Paula. Abrió los ojos asustado.
-¿Qué ocurre?
-¡Está amaneciendo!
Antonio miró el cielo y después su reloj.
-¡Mierda! La maestra nos matará.
Se levantaron y siguieron el camino.
-¡Toni, mira eso! –le dijo Paula con un grito de sorpresa.
Antonio se giró asustado. Se trataba de un canguro pequeño que les observaba desde la entrada de una gruta. Paula se acercó despacio al animal y lo acarició.
Antonio observó la montaña impresionado. La luz matutina del Sol le daba unos tonos diferentes a los de la noche.
-A más altitud, más bonita la vista. –le dijo a Paula.
Esta seguía acariciando al canguro. –Oye, Paula, deja

al pobre animal y vámonos ya, que aún nos queda un trozo de camino.
-Es que es tan mono…
Los dos chicos emprendieron la marcha pero algo les volvió a detener.
-¿No tienes mucho… frío? –a Paula le resultaba raro decir esa palabra cuando antes se había quejado de calor.
-Sí… -Antonio se abrazó a sí mismo. –Qué raro…
Ante sus ojos la arena del camino se iba convirtiendo en hielo.
-¡Paula, mira eso!
El hielo iba congelando todo el camino, toda la montaña. Ambos chicos dieron un salto cuando el hielo congeló la superficie de tierra que tenían bajo sus pies. El pequeño canguro acabó congelado.
-¿Qué es esto? –gritó Paula asustada, temblando tanto de miedo como de frío.
-Vamos a refugiarnos a una cueva. Se acerca una ventisca.
Los dos chicos corrieron hacia la cueva más cercana. El suelo de esta también estaba congelado. Las paredes terrosas de la cueva estaban marcadas por pinturas y grabados antiguos de las tribus australianas. Paula se puso de cuclillas, arropándose a ella misma, temblando, intentando contener el poco calor que emanaba su cuerpo. El frío era incontrolable. El pelo de Antonio, que anteriormente estaba mojado de sudor, ahora se había solidificado, mostrando en algunas mechas rubios rastros de hielo. El chico se quitó la sudadera y se la lanzó a Paula.
-Póntela. –le ordenó, temblando.
Paula, al ver que el chico iba en manga corta, se negó en redondo. Antonio se encogió de hombros y la sudadera se quedó en el suelo. Al cabo de cinco minutos Paula se la puso. Se sentaron los dos juntos para protegerse del frío.
-Si seguimos así moriremos congelados. –le dijo Paula, muy seria.
-Cierto. –le contestó Antonio, dándole la razón –Se ve que la batalla ya ha empezado y el elegido del hielo está en su salsa, ¿no?
Antonio intentó reír pero sólo salía vaho de su boca.

-Entonces también hay otros elegidos y… -murmuró Paula tiritando.
La piel se les había vuelto de un tono blanquecino combinado con tonos morados. El frío congelaba su cuerpo irremediablemente.
De repente un golpe de calor les abofeteó en el rostro pálido y semicongelado. Fue una suave brisa, pero fue suficiente como para quemarles la piel como si de fuego se tratase. Los chicos dejaron de temblar. El hielo empezaba a derretirse y a descender por la pendiente suave del montículo. Los chicos se levantaron. Llevaban la ropa mojada pero el cuerpo helado. El calor aumentaba de intensidad, grado a grado. Era un hecho inexplicable.
Salieron de la cueva y el agua les llegaba a la altura de las rodillas, arrastrándoles hacia abajo e impidiéndoles el ascenso.
-Vaya, hombre, lo que nos faltaba. –se quejó Antonio, que poco a poco recuperaba el color.
-Déjamelo a mí. –le ordenó Paula. –El agua es mi elemento.
-Pero Carmen nos pidió que no utilizáramos nuestro poder excepto en caso de necesidad.
-Esto es una necesidad.
Dicho esto la chica levantó la mano y sus ojos se volvieron de un color azulado. Hizo un gesto con la mano. El agua que corría por sus piernas empezó a formar un pequeño remolino.
-¿Sabes nadar? -le preguntó a Antonio.
-¡Claro que sí! –le contestó este, mirando con cierta desconfianza al agua que se alzaba entorno a ellos como un pequeño cilindro que les protegía del exterior.-Pero… ¿qué es lo que piensas hacer…?
El agua les empujó hacia arriba, a contracorriente. Los ojos de Paula seguían poseídos por el color azul. Antonio se dio cuenta que el agua le arrastraba, que lo único que tenía que hacer era evitar ahogarse.
Estaban ya subiendo por la pendiente a una velocidad tranquila cuando se encontraron a un chico pelirrojo arrastrado por las aguas. Yacía inconsciente y parecía herido. Paula detuvo la corriente y, con un sencillo movimiento

de muñeca, hizo que el agua lo desplazara hasta donde se encontraban ellos.
Antonio le tomó el pulso. Estaba vivo. De pronto empezó a echar espuma por la boca y abrió los ojos. Sus ojos eran negros, rebosaban de oscuridad. Empezó a emitir gritos desgarradores y a patear descontroladamente.
-Por Dios, Antonio, este chico se está muriendo. –le gritó Paula.
-¿Y si es Kosh? –le contestó Antonio, elevando mucho su voz para hacerse oír entre los gemidos del pelirrojo.
-Este chico no es Kosh. Ha sido atacado por Kosh, que no es lo mismo.
Antonio recordó el momento en el que los espíritus le invadieron para quitarle el alma y se resistió mediante su elemento, la luz, el único remedio frente a la oscuridad.
Antonio cogió al chico por los hombros y se puso frente a él, de modo que sus ojos entraron en contacto. El chico dejó de gritar al establecer la mirada con los ojos de Antonio, pero a la vez, estos se iban ennegreciendo, adoptando un tono similar al de los del chico pelirrojo. Paula se mordía el labio inferior nerviosa. La oscuridad desapareció de los ojos del muchacho y reaccionó parpadeando y abriendo unos ojos azules nada semejantes a los anteriores. Antonio, con los ojos negros, cerró las pestañas. Cuando las volvió a abrir sus pupilas habían recuperado su forma y color.
-De esto me encargo yo. –le dijo a Paula. –Es mi elemento.
El pelirrojo los miró desconcertado. No parecía encontrarse muy bien.
-Antonio, no hay tiempo. –le dijo el pelirrojo. –Kosh ha detenido mi hielo. Me ha atacado y no ha faltado ni un pelo para que me robara el alma. Ves a ayudar a Kiara. Ella también ha sido atacada por Kosh.
-Pero, oye, ¿cómo sabes mi nombre? –le preguntó Antonio, sorprendido y confuso.

-Déjate de chorradas y ve a ayudar a Kiara. Sandra también necesita una mano. No sé si saldremos con vida de és… ta…
El chico cerró los ojos. Su respiración era muy leve y se perdía en el susurro del agua. Dejaron al chico pelirrojo en una cueva, tumbado sobre unas rocas para que estas le protegieran del agua, y decidieron ir con más cuidado, ya que Kosh estaba cerca. Debían ayudar a Kiara, ese chico se lo había dicho. Si era el elegido del hielo y estaba en problemas puede que los demás estuvieran en un estado similar al de aquel. Ya casi habían alcanzado la cima cuando oyeron un grito proveniente de más arriba. Una chica ardía en llamas. Paula no lo dudó. Le lanzó un chorro de agua para intentar ayudarla apagando el fuego. Esta chica cayó rodando sobre ella misma hasta donde se encontraban ellos. Era una chica mayor que ellos, al igual que el chico anterior. Tenía el pelo largo y rubio, que se conservaba con perfecta belleza, como si el fuego nunca lo hubiese tocado.
-Paula, un poco más y me apagas. –le dijo la chica, mientras intentaba incorporarse. Su piel estaba cubierta de heridas y rasguños. Sus ropas llenas de polvo rojizo.
-Oye, ¿estás bien? No te has quemado la piel, ni el pelo… ¿Te ha hecho algo el fuego? –le preguntó Paula, entre asustada y sorprendida.
-¿Desde cuándo el fuego me daña? –dijo la chica, casi riendo. Su sonrisa era muy bonita.
-La elegida del fuego… -susurró Antonio.
La chica los miró con el cejo fruncido y pareció comprenderlo todo porque en su cara se dibujó una sonrisa desenfadada y sincera.
-¡Oh! Qué sorpresa. –dijo emocionada. –¡Así que sois vosotros!
-Pero, ¿por qué nos conoce? –le dijo Antonio, cada vez más confundido.
-Qué monada. –le dijo la chica, sonriente, mientras le revolvía el rubio pelo. –Y Paula, que pequeñita, que mona…
-¿Pero quién es usted? –le gritó Antonio, desesperado por no obtener respuesta.
-Peques, tengo cosas que hacer, ¿ok? –les dijo guiñándoles un

ojo. –Volved a Shien inmediatamente. Aquí no podéis hacer nada. Pero muchas gracias por venir. La voluntad también cuenta.
-Pero... ¿cómo que regresemos? –le contestó Antonio, que no parecía convencido por las dulces palabras de la chica. –Pienso dar mi vida aquí, luchando, como vosotros, elegidos.
-Tranquilo rubito. Hay tiempo para todo. –le aseguró.-Eso en otro momento. Ahora toca el de regresar, ¿entendido? Todo depende de vosotros.
La sonrisa no desaparecía de su rostro y eso cada vez enfurecía más a Antonio. Que se creía que era, ¿su madre? Si total, sólo tendría un año o dos más que él.
La chica les dedicó una última mirada sonriente y su cuerpo volvió a encenderse en llamas, llamas que la elevaron hacia la cima y, unos segundos después, explotaron combinándose en rayos. Se avecinaba una tormenta.
-¿Qué hacemos? –le dijo Paula a Antonio, mirando como las nubes oscuras, que habían salido de la nada, cubrían todo el cielo claro y tranquilo tornándolo de un color grisáceo, con destellos luminosos que desembocaban en la cima.
-¿Cómo que qué hacemos? ¡Vamos a luchar!
Iban a escalar el último trozo de camino cuando de pronto, sintieron que su peso se reducía a una cuarta parte, o incluso menos, incluso a nada. Sentían que las cadenas que les ataban a la Tierra se habían roto y ahora sus cuerpos materiales gozaban de plena libertad.
Los chicos se miraron sorprendidos. Paula empezó a elevarse del suelo y a dar volteretas.
-Qué pasada. –dijo Paula, que seguía dando vueltas aéreas.
-La gravedad…
Antonio cogió a Paula de la mano y la arrastró al suelo, pero con el esfuerzo se elevó el también. Paula, al adivinar sus intenciones, apretó fuerte la mano de Antonio y lo acercó a sí. Lo sujetó con un brazo y con el libre se impulsó hacia el cielo con un chorro de agua a propulsión. Salieron disparados hacia arriba, como lo había hecho la muchacha rubia. El problema es que, una vez empujados por esa velocidad…

ya no podían detenerse. Así que fueron guiándose con diferentes chorros de agua en varias direcciones, según les convenía. Por el camino de ascenso se encontraron a Kiara. Les llamaba a gritos mientras daba vueltas en el aire. Parecía que se encontraba perfectamente. Antonio no entendía por qué el pelirrojo le había dado esa noticia. ¿Le había mentido? Parecía muy serio y preocupado cuando se lo dijo…
Paula cogió a Kiara con el brazo que controlaba el agua y los tres siguieron elevándose. Llegaron al nivel de la cima y continuaron ascendiendo. La cima del Ulurú estaba quemada, destrozada, congelada… Era un espectáculo muy curioso, combinado con rayos de Sol y oscuridad, colores de todo tipo. Pero allí no había ni un alma. Todos luchaban en el cielo. Una decena de figuras sobrevolaban el horizonte lanzándose llamas, truenos, agua, viento… La gravedad había elevado el estadio de lucha, el ring.
-Chicos, dejadme esto a mí. –les dijo Kiara. Esta cerró los ojos y, de repente, los tres cayeron desplomados sobre el suelo. Les costaba respirar. No podían levantarse. Se sentían apisonados por el aire, aplastados como moscas.
-La cuestión es acostumbrarse. Mi poder sólo puede tener efecto sobre nuestras cabezas, en un radio de tres metros. Si os alejáis de mi más de esa distancia empezareis a dar vueltas de nuevo. –les aseguró la chica.
-Kiara, lo de la gravedad… ¿lo has hecho tú? –le preguntó Antonio, asombrado.
-No, qué va. –le dijo esta. –La anulación total de la gravedad es algo que supera mis fuerzas. Soy un ser limitado, ¿sabes? Si lo intentara hacer lo más probable es que acabara yo misma con mi vida. Lo ha hecho alguien superior a mí. La elegida de la naturaleza. La vi en el torneo. Es ella. Mi heroína.
-Kiara, ¿e Iván? –preguntó Paula, despertándola de sus pensamientos.
Kiara cambió sus ojos soñadores por unos de total preocupación donde las lágrimas empezaban a aparecer.
-Empezó a caernos arena del cielo. Creíamos que era cosa de Marcos, pero no era así, porque este y Carmen estaban

rodeados de grandes llamas. Marcos y Carmen ya han regresado a Shien. Iván intentó salvarme de acabar sepultada y, con una corriente de viento, me puso fuera del alcance de la arena. Supongo que él habrá regresado a Shien. –dijo Kiara. Su voz temblaba de preocupación. –Pero imagínate que no podía regresar, que no le quedaban energías para hacerlo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo conmigo para ponerme a salvo. ¿Y si ha sido sepultado por la arena?

-Kiara, tranquila. Lo importante es que ahora estés bien y con vida. –Paula abrazó a su amiga.

Antonio apretó los labios.

-La chica tenía razón. Sólo somos un estorbo para los elegidos. –dijo Antonio con una voz que no se asemejaba en nada a la de él. –Vámonos.

-¿A dónde? –preguntó Kiara, con lágrimas en los ojos.

-Volvemos a Shien.

Los tres chicos se cogieron de la mano y cerraron los ojos. De pronto sintieron un frío helado que les recorría la espalda, y una sensación de caída al vacío que no tenía nada que ver en la transportación de un mundo a otro. Antonio abrió los ojos. Un rostro joven, pálido y con una sonrisa angelical. Ojos cubiertos por una capucha que se quitó con la mano derecha. Ojos negros, oscuros, maléficos. Era el mismo tipo que vio una vez en el puerto. El mismo que le tendió la mano el día del naufragio. Era Kosh. Antonio intentó concentrarse en regresar a Shien, pero los ojos de ese demonio lo cautivaban incontrolablemente. Intentó parpadear. No pudo. Entonces rezó porque el ángel rubio le salvara de esta, como otras veces lo había hecho. Y el ángel vino. De su espalda salieron alas. Alas blancas y puras. Largas, cubiertas de plumas… Fue la última escena que vislumbró antes de abandonar la Tierra.

10
Llegó la hora

Antonio aterrizó en el campo de entrenamiento donde tantas mañanas habían pasado aprendiendo a dominar el tiempo. Sus pies levantaron la arena dorada que tanto contrastaba con el polvo rojizo del monte de sueño, el Ulurú o Ayers Rock, que habían dejado atrás, junto a la Tierra, junto a los elegidos, junto a su primo. Antonio se derrumbó de rodillas y se cubrió el rostro con ambas manos. Paula ayudó a Kiara a levantarse y ambas se acercaron a Antonio. Puso una mano sobre la espalda del chico pero este la rechazó. Paula miró a Kiara y esta le devolvió una mirada seria. Unos murmullos junto con el sonido de pasos acelerados empezaron a resonar en sus oídos.

Por el camino que comunicaba el castillo con el campo de entrenamiento apareció Carmen corriendo, quería ser la primera en alcanzarles. Después apreció Juanjo, seguido por Tim. Carol, Marina y Alice iban detrás. Los seguían Marcos e Iván. Marcos se había roto una pierna e Iván le ayudaba a caminar.
Kiara se acercó a los chicos y empezó a interrogarles sobre su salud. Paula se lanzó encima de las tres hermanas, contenta de volverlas a ver, y estas a ella también. Antonio no se movió del sitio. Sin embargo, la cuarta hermana, su padre y Tim se acercaron a él.
-Antonio, deja de hacer el idiota y levántate del suelo.
La voz de su maestra se clavó en su cerebro como una orden indiscutible. El chico levantó la mirada.
-No hemos podido hacer nada. –dijo con voz ronca. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.
-Ingenuos, ignorantes. ¿Qué creíais que podríais hacer, salvar el mundo? –le reprimió Juanjo. Sus palabras le recordaron una conversación que tuvo con Paula en el continente australiano. Antonio tuvo que reconocer que quizá sí se creyera capaz de hacerlo, y ahora se sentía completamente decepcionado. –No habéis hecho más que poner vuestra vida en peligro, junto a la nuestra, que hemos intentado localizaros por toda la Tierra, y junto a la de los elegidos, porque seguro que no les habréis servido de mucha ayuda.
Cada palabra se clavaba en el pecho de Antonio y no salía. Se mantenía clavada, causándole un profundo dolor.
-Juanjo, no exageres tanto. –le reprochó Tim. –Sí que ha servido de algo, aparte de una buena lección.
Tim sonrió. Antonio levantó aún más la vista. A su lado, de pie, con una sonrisa en el rostro, se encontraba su querido primo, el chico que hacía tan poco que había conocido y que tanto había echado de menos. Abrió sus ojos sorprendido, parpadeó varias veces y, como si de un sueño se tratase, alzó una mano para tocarle la pierna. Era sólido, no era ninguna imaginación. Antonio se levantó y abrazó a su primo con tal fuerza que los dos cayeron al suelo.

Tim volvió a sonreír, y Juanjo también lo hizo. Carol, Alice y Kiara lloraban desconsoladamente. Paula se secó alguna lágrima con disimulo. Marina sonrió para sí misma al ver a su hermana pequeña con unos ojos rebosantes de felicidad que no los veía desde que abandonaron el planeta azul, cuando verdaderamente tenía siete años. Marcos e Iván aplaudieron con fuerza.
-Creía que te había perdido. –le dijo Antonio, sonriendo.
-Creo que no te vas a librar de mí tan fácilmente. –le aseguró Jandro, con su típica sonrisa.
-Pero… ¿cómo es que has escapado de Kosh? –Antonio pronunció la pregunta mirando a Tim. Este río con una carcajada seca.
-En verdad le has liberado tú. –le dijo amablemente. –Te recuerdo que posees el elemento de la luz. Con sólo una pequeña mirada tuya Kosh pierde mucha fuerza, ¿sabes? Eres el antídoto de la oscuridad.
-Yo no he hecho nada. –repitió Antonio.
-¿Seguro que no has establecido contacto visual con él?
Antonio recordó los ojos oscuros y negreceos de aquel joven pálido con cara de ángel endemoniado.
-Bueno, sí…
Tim se acercó al chico y le colocó una mano sobre el hombro.
-Tengo una mala noticia, chico. –le dijo a Antonio, con una mal disimulada sonrisa. –Los elegidos han perdido la batalla contra Kosh.
-¿¡Qué!?
Todos los presentes empezaron a emitir gritos, lamentos y quejas. Todo lo que habían hecho no había servido para nada. La Tierra ya no era su lugar, sino el de Kosh, un planeta oscuro y lleno de tinieblas, teñido de negro.
Antonio pensó en sus abuelos, en su pueblo, en el cual todos los niños se metían con él e insultaban a sus padres, tratándolos como brujos endiablados portadores del mal. Antonio no recordaba muy bien a sus padres, ya que murieron en un accidente cuando él era pequeño, pero su abuela le había hablado mucho de ellos y en las fotos parecían buena gente, dulces, considerados… Sin embargo, pondría la mano en el fuego a que esos estúpidos niños adorarían a Kosh y

se pasarían al bando de la oscuridad sin dudarlo, por puro miedo y el afán de sobrevivir. Antonio lo tenía muy claro. Antes muerto que discípulo de Kosh. Pero quizá eso no lo había tenido tan claro en el pasado, ya que estuvo a punto de tenderle la mano al señor de la oscuridad, fascinado por su poder y cegado por sus palabras llenas de falsedad y engaño. Un escalofrío helado le recorrió la espina dorsal. Se sentía avergonzado de sí mismo. La Tierra ya estaba perdida, pero lucharía junto a todos los temporales por proteger Shien. De eso no tenía la menor duda.

-Así que… con la muerte de los elegidos, el tiempo nunca se cerrará, tal y como nos dijeron Alice, Marina y Carol en nuestras clases. Si los elegidos mueren, su voluntad no cuenta. Todo depende de los elegidos que aún estén vivos, en este caso Kosh… -se quejó Antonio, un tanto decepcionado.

-Sí, llevas razón. –le dijo Tim, pensativo. –Si lo ves desde ese punto de vista…

-¿Acaso existe otro maldito punto de vista en el cual nos podamos apoyar? –gritó Paula, enfurecida consigo misma por la impotencia de no haber podido hacer nada contra Kosh. – ¿Tenemos acaso otra salida?

Tim sonrió entrecerrando sus agudos ojos.

-Carmen, querida. ¿Te importaría contarles lo que me has comunicado cuando habéis llegado de la Tierra?

Todas las cabezas presentes se giraron en un ángulo de noventa grados simultáneamente hacia donde se encontraba la niña de ojos grandes.

-Ejem. –Carmen se aclaró la garganta. Iba a hacer uso de su voz física, una voz aguda e infantil. –Antes de irnos, cuando nos encontrábamos en medio de una batalla entre los elegidos y Kosh, me tropecé con el elegido de la luz, un chico rubio que debía tener unos quince años, y algo me tentó a leerle la mente. Acerté. El chico me estaba poniendo ante mis narices un mensaje muy claro con la intención de que yo lo leyese. Tal era así que empezaba por la palabra “Maestra”. Eso fue lo que más me impactó. –Carmen le lanzó a Antonio

una mirada desafiante. El chico parecía más sorprendido que la niña. –Prosigo. El mensaje decía así: “Maestra, ha llegado el momento, esta es la hora en que los elegidos deben retroceder en el tiempo. Habla con Tim.”. Eso fue lo que me dijo, bueno, lo que yo le leí.

Jandro frunció el ceño.

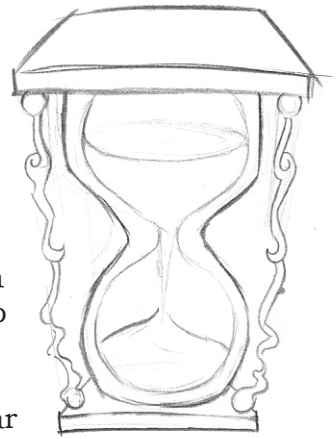
-¿Y eso qué quiere decir? No lo entiendo. –se quejó. – ¿Los elegidos no eran los que hemos visto ahora mismo en la Tierra?

-Retroceder en el tiempo… -murmuró Juanjo entre dientes.

-Vaya… esto se está poniendo interesante… -Kiara se colocó bien sus lentes y fulminó a Tim con la mirada. A continuación la trasladó al rostro de Carmen.

-Ese mensaje me lo transmitió Antonio.

-¡¿Cómo te lo va a transmitir Antonio si acabas de decirnos que te lo había mandado el elegido de la luz?!- le reprochó Iván.



Los chicos se miraron entre ellos.

-No miente… –susurró Jandro, sin acabárselo de creer, después de haberle leído la mente a la niña.

-Entonces… -dijo Antonio, que no había abierto la boca en todo el rato. –Eso quiere decir que…

-Efectivamente.

Los chicos se volvieron hacia el lugar donde provenía la voz, al mismo tiempo. Tim les miraba con una sonrisa radiante.

-Vaya… si al final no seré tan viejo y torpe como dicen.

Paula lo miró extrañada.

-No te entiendo.

Tim se dirigió a Antonio.

-¿No te has preguntado nunca el pasado de tus padres?

Antonio tragó saliva.

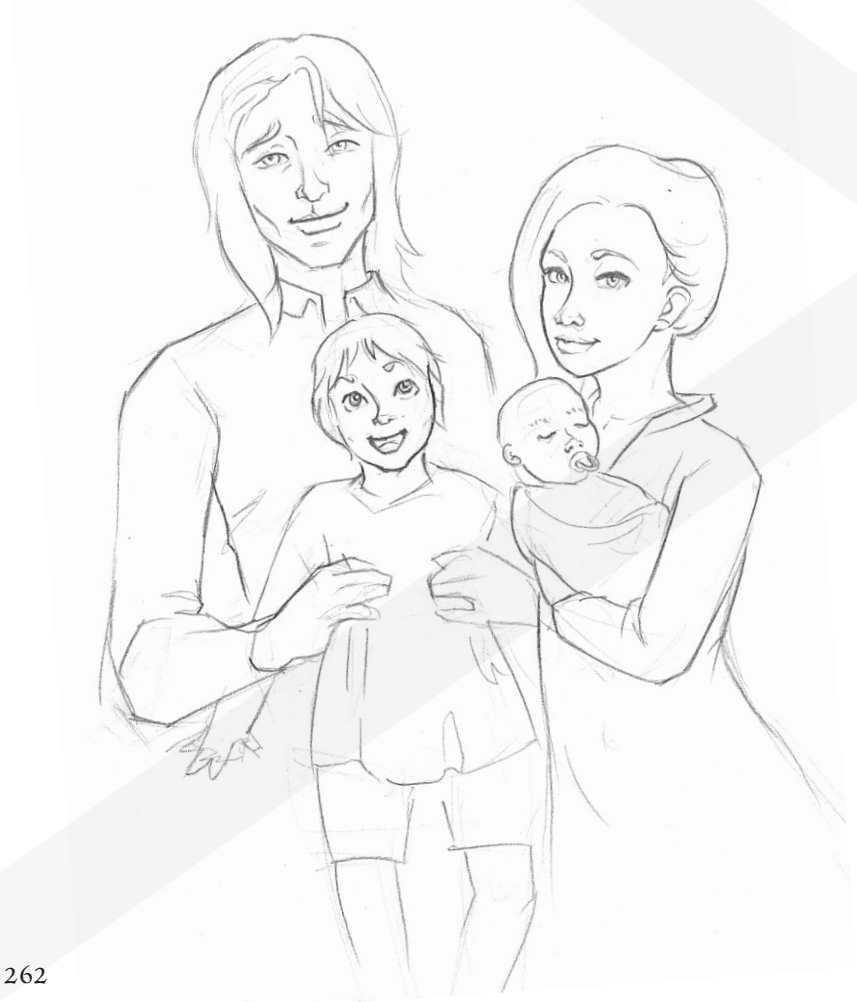
-Pues bien –prosiguió Tim –Tus padres, al igual que el tuyo…

Esta vez se dirigió a Jandro.

-Eran temporales. Pero no temporales normales y corrientes, no. Fueron los elegidos de la tercera era.
Las palabras de Tim resonaron con fuerza en los oídos de los chicos, que notaban la sangre bombeándoles a un ritmo constante en el interior de las orejas.
-No me miréis así. Hace treinta años, en la tercera era, el tiempo se abrió y diez personas recibieron el poder del tiempo. Yo entre una de ellas. Estaba en Grecia en aquel entonces, de marinero en un barco, cuando empecé a notar ciertas anomalías. Podía controlar las olas en las tempestades más peligrosas, incluso una vez, en la que estaba a punto de ahogarme, pude andar sobre el agua. Entonces empezaron a llegar espíritus que me perseguían, y unos señores me llevaron por primera vez aquí. Yo tenía más o menos la edad que tengo ahora, pero era mucho más joven de experiencia, claro. -Los chicos escuchaban emocionados las palabras del marinero, sin poder asimilarlo al cien por cien. –Entonces me explicaron todo lo que sé sobre el tiempo y los elementos, y lo que había que hacer para cerrar el tiempo. Desgraciadamente, el poder de la oscuridad cayó sobre Rahel, un joven que fue controlado por ese mismo elemento y manipulado por los habitantes de Shien, que querían que el tiempo permaneciera abierto para dominar la Tierra. Rahel creó espíritus, pero el número de espíritus que fabricó no se puede comparar con el que Kosh ha creado en esta era. Rahel reflexionó, ya que tenía buen alma, abandonó la tarea de crear espíritus y se marchó al desierto del Sahara, en la Tierra, a meditar y a aprender a controlar el elemento que le controlaba a él. Mientras, nosotros nos dedicamos a buscar a los elegidos. Fue muy fácil, porque en el momento que el tiempo se iba a cerrar en la segunda era, el poseedor del elemento del psíquico tuvo una visión y pudo saber el lugar donde se abriría el tiempo la próxima vez. Como ya habréis dado en las clases, cuando alguien abre el tiempo en el pozo de las sombras, el poder del tiempo elige como elegidos a diez personas con los diferentes diez elementos en un punto

exacto del planeta Tierra. El elemental del psíquico tiene el poder de, en el momento en el que cierran el tiempo todos los elementales, poder ver el lugar donde se abrirá el tempo la próxima vez.
-¿Y por qué no aprovechasteis esa información para encontrar a los diez elegidos de esta era? –preguntó Jandro.
-Porque en el momento en que nosotros cerramos el tiempo, hace treinta años, los seguidores de la oscuridad secuestraron a nuestro amigo, el elemental del psíquico. Nos pilló por sorpresa. Lo tenían extremadamente planeado. Lo torturaron hasta que le sacaron el lugar exacto donde se abriría el tiempo en la próxima era. Luego, mediante un espejo, le hicieron auto borrarse la memoria y lo enviaron a Australia. Es una historia muy popular en las cárceles de Kosh. –contestó Tim, haciendo una mueca. Aún recordaba las crueles anécdotas que comentaban los prisioneros de Kosh en las lóbregas y oscuras cárceles de su dominio.
-¿Y cómo conseguisteis cerrar el tiempo si el que poseía el elemento de la oscuridad estaba poseído por ella?-preguntó Iván.
Tim sonrió.
-Ese joven, después de reflexionar seis meses en pleno desierto, regresó a Shien dispuesto a cerrar el tiempo. Durante el tiempo que estuvo reflexionando aprendió a dominar su elemento. En ese tiempo y gracias a la información del elemental del psíquico en la segunda era, que les dijo a los jefes de Shien que el tiempo se abriría en Grecia la próxima vez, estos lograron encontrarnos uno a uno hasta tener a los nueve elegidos juntos. –Tim se aclaró la garganta. Hacía tiempo que no narraba esa historia a nadie. –Entonces, cuando estábamos preparados para ir a buscar a Rahel, el último elegido que faltaba, vino voluntariamente y cerramos el tiempo.
Antonio se miraba los pies, asimilando la información.
-Rahel… -dijo Tim, mirando a Antonio. –Era tu padre.
El chico levantó la mirada bruscamente. Sus ojos mostraban a un Antonio desorientado, perdido, confuso…
El chico recordó el sueño de Jandro, aquel que tuvo antes de

que los dos viajaran a Shien. Aquel en el que salía un tipo cojo discutiendo con Kosh…
-Entonces, si Rahel era mi padre… quiere decir que yo… yo soy… -la voz temblorosa de Antonio iba tomando un matiz de miedo. El chico miró a Paula, que le lanzó una mirada de ánimo, luego miró a su primo. Jandro parecía tan asustado como él. Este se acordaba perfectamente de su propio sueño.
–Yo soy el hermano de Kosh.
Un silencio frío y seco inundó la escena. Montones de miradas asustadas y desconfiadas se posaron sobre Antonio.



-Ya lo sabía. –dijo Tim, mirando fijamente al chico. –Tú no eres el único hijo de los García. Kosh es tu hermano mayor.
Los murmullos empezaron a crear una atmosfera de tensión. Antonio se sentía mareado, traicionado y solo.
-Tu padre, Rahel, crió a su primer hijo en la Tierra. Ellos, después de cerrar el tiempo, decidieron trasladarse al planeta azul para llevar una vida normal y morir en paz. Tus padres se marcharon a la Tierra y, cuando Cristhian, el verdadero nombre de Kosh, tuvo catorce años, te tuvieron a ti, pero algo sucedió por Shien. Algunos shinenses, los que apoyaban la oscuridad, querían abrir el tiempo de nuevo, y decían que nosotros, los jefes de Shien, habíamos secuestrado a Rahel y lo teníamos cautivo. Hubo una gran revolución. Como ya sabrás, todo aquel que, después de cerrar el tiempo, abandona Shien, no puede regresar más a no ser que recupere el poder temporal. Tuvimos que hacer un poco de trampa, y Juan, el padre de Juanjo y abuelo de vuestras profesoras, y yo rompimos la barrera temporal de Shien gracias a unos conjuros de magia oscura que encontramos en la famosa biblioteca shinense, todo para que tus padres pudiesen regresar. Eso es ilegal, claro, y nos podía caer una buena, porque si alteras el tiempo, este puede alterar tu vida de tal forma que puede acabar con ella de repente o puede alargártela infinitamente. O te puede transportar a la era prehistórica, y no exagero. –les comunicó Tim, mirando de reojo a las tres hermanas profesoras, que afirmaban cada palabra del viejo marinero con un gesto de cabeza. Se habían estudiado la revolución de Shien después de la tercera era, y habían leído alguna leyenda en los libros de la biblioteca, pero nunca la habían escuchado de los labios de un elegido. –Tus padres y tu hermano regresaron a Shien para ayudarnos a poner un poco de orden. Te dejaron a ti en la Tierra, junto a tus abuelos, porque no querían estropear tu vida con tantos problemas ni mezclarte con todo esto. Cristhian se fue con ellos porque conocía la existencia de Shien, ya que tus padres le habían contado su pasado y confiaban en él. Los del bando

oscuro mataron a Juan, el padre de Juanjo, y este ocupó su lugar como jefe del bando de los "habitantes del cielo", que era el bando que apoyaba que el tiempo permaneciera cerrado, para asegurar nuestra existencia y no alterar la vida humana en la Tierra. Los shinenses que querían que el tiempo se abriera se les llamaba "los habitantes del infierno", porque no les importaba el "no existir" y carecer de alma. Tuvimos muchísimos problemas. Tu madre murió, la joven y radiante Marisol. Nunca la olvidaré. Era una de mis mejores amigas y esa fue una de las razones por las que, al igual que tu padre, después de su muerte me rendí entero a la lucha entre ambos bandos junto a él. De repente apareció Cristhian, el hijo de Rahel, como jefe del bando de los "habitantes del infierno". Él quería heredar el poder oscuro y dominar la Tierra, como su padre. Pero se equivocaba. Rahel supo controlar el poder, y nunca ansió a él. A mí, aprovechándose de mi tristeza y desilusión causada por la muerte de tu madre, me cogió prisionero, y eso desalentó más a los shinenses de mi bando, y muchos se pasaron al contrario. Sólo una pequeña minoría, guiada por Juanjo, se resistió a Kosh y su bando oscuro. Se refugiaron en Kandem y pasaron a llamarse "los renegados". Tu padre tuvo que esconderse por Shien, huyendo de su hijo, que quería atraparlo, y huyendo del bando de "los habitantes del cielo", que, al ver a su hijo Cristhian liderando el bando contrario, creían que había sido él el que los había traicionado, y lo querían matar. Tú, mientras, creciste en la Tierra con tus abuelos, ajenos a todo esto.

Antonio no podía mover un músculo ni articular palabra. Estaba en pleno estado de shock.

-Alejandro. –dijo Tim, dirigiéndose al moreno. –Tu padre Jose también era uno de los elegidos. Él decidió abandonar Shien y se marchó a la Tierra. No regresó a aquí con su hermano Rahel. Su papel era diferente. El debía quedarse vigilando en la Tierra por si Cristhian conseguía abrir el tiempo. Y cumplió su papel cuando su sobrino, tu primo Kosh, abrió el tiempo.

Carmen cortó el silencio incómodo que se creó después de la

última palabra pronunciada por Tim.

-Vejete, no te enrolles contándonos tus historietas. Ve al grano y no me asustes más a los chicos. –le riñó la niña.

-Carmen, merecen saber la verdad, al igual que tú. –le dijo Tim, muy serio. –Lo que pasa es que sigues sin querer reconocer que ese chico que tanto querías, tu fiel amigo Cristhian, es en verdad el rey de la oscuridad, el señor de las tinieblas, Kosh-Herg.

Los ojos de Carmen se llenaron de lágrimas. Apretó los puños, furiosa, intentando contenerlas, y se marchó corriendo, dejándoles a todos un tanto pasmados…

Juanjo le colocó una mano en el hombro de Tim.

-Déjala. Yo tampoco me lo creía al principio. –le dijo a su amigo. –Mejor dejemos de hablar del pasado y nos concentremos en el futuro. ¿Cuál era ese punto de vista, esa salida alternativa de la cual nos hablabas después de escuchar el mensaje de Carmen?

Tim miró fijamente a los chicos.

-Debéis retroceder en el tiempo.

Nuevos murmullos estallaron en el campo de entrenamiento.

-Eso es imposible.

-Es una locura.

-No se puede retroceder en el tiempo.

Los murmullos iban creciendo y aumentando de intensidad y de volumen en la voz.

-Calma, dejad que acabe. –les pidió Tim. –Conozco un conjuro que funciona con una cantidad enorme de energía temporal que permite retroceder en el tiempo. Pero esa energía sólo la pueden proporcionar los verdaderos elegidos. Está claro que es magia oscura e ilegal, pero si queremos cerrar el tiempo, no hay más remedio. De hecho, sé que funcionará, porque erais vosotros mismos los que estabais luchando contra Kosh en el monte Ulurú. Los verdaderos elegidos sois vosotros.

-¿Eso puede ser peligroso? –preguntó Paula, asustada.

-Paula, Kiara, Jandro, Marcos, Iván, Antonio. –dijo Juanjo, mirando seriamente a cada uno de ellos. –Vosotros habéis demostrado habilidades extraordinarias y anormales desde

que llegasteis a Shien, propias de los elegidos. Si Tim no se equivoca y vosotros sois los verdaderos elegidos… vuestro deber sería retroceder en el tiempo, ya que en el presente inmediato lo habéis hecho. Pero, por otra parte, yo no puedo garantizaros que sea seguro hacerlo. De hecho, yo lo dudo mucho, por eso no tengo ningún derecho a obligaros a hacerlo. La elección está en vuestras manos. Sois libres de elegir.

Antonio subió a la torre a recoger sus pertenencias, que se podían contar con los dedos de las manos, y se quedó contemplando el paisaje por el ventanal en el cual su mirada se perdía recordando todas las mañanas en las cuales los primeros rayos de Sol se filtraban en su habitación y le despertaban anunciándole un nuevo día.

Ya no volvería a pisar Shien, de eso estaba seguro. Debía emprender una lucha contra Kosh, una batalla en la cual combatiría solo. Bueno, solo no; lo haría en compañía de sus amigos. Pero, sin embargo, se sentía deprimido.

Le dolía pensar en dejar Shien. Había vivido momentos felices allí, en los cuales se sentía integrado, parte de algo, ya que en su pueblo era tratado como un tipo raro y peligroso. Ahora sabía por qué, pero, entonces… ¿quería decir eso que se había terminado su viaje? El emprendió la aventura con el deseo de saber más acerca de sus padres. Ese era el objetivo que le dio a su vida durante aquella tarde de verano que se la pasó sentado encima del campanario de su pueblo. Y si, un año después, había conseguido lo que se había planteado, ¿quería decir eso que su vida no tendría sentido? No. Lo único que necesitaba era otro objetivo por el cual luchar, al igual que el que había tenido cuando quería demostrar la bondad de sus padres y cuando luchó en el Ulurú por su primo. Tenía que sentirse motivado. Decidió que su nuevo objetivo sería vencer a Kosh. Aunque de pronto le asaltaron las dudas. Si lograba acabar con Kosh y cerrar el

tiempo… ¿todo volvería a ser como antes? Cada uno volvería a su casa. Él a su pueblo, con sus abuelos, con el colegio y la profesora de castellano. Empezó a dolerle la barriga y a sentirse mal. Sus amigos; Paula, Carmen, Kiara, Jandro… no, a Jandro lo mantendría. Era su primo, seguramente se verían en vacaciones e incluso podría ir a su casa, en el caso de que los espíritus no lo hubieran destruido todo y en el caso de que sus tíos y abuelos recuperaran su alma. Al menos le quedaría él. Pero había otra cosa que le encogía el alma. Kosh era su hermano. ¿Sería capaz de enfrentarse contra su propio hermano? La misma sangre fluía por sus venas. Quizá él no se diferenciara tanto de Kosh. También había sentido una fuerte tentación por el poder cuando Kosh le tendió la mano aquella vez que se encontraron. Quizá el fuera una persona egoísta que sólo ansiara poder y reconocimiento por parte de la gente que le rodeara. Quizá Paula tuviera razón cuando le dijo todo aquello en Australia.

Respiró tres veces muy profundamente y bajó al salón. Los representantes de los renegados se encontraban allí. La gente de Kandem se encontraba apiñada en la puerta para recibir a sus héroes. Se habían enterado de lo sucedido y ahora lo de los chicos era noticia en el pueblo.

Antonio se acercó a su primo, que tenía el semblante muy serio, y a Paula, que parecía preocupada. Kiara, sentada, apoyando la espalda en la lujosa pared, intentaba dibujar algo. “Algo”. Era la primera vez que Antonio no apreciaba de qué se trataba lo que la chica estaba dibujando. De hecho, ni él sabía ciertamente si ella estaba intentando dibujar algo en concreto. Más bien parecía que trazaba rayas sin rumbo alguno, con la mirada perdida. Estaba claro, a Kiara le faltaba un objetivo para su dibujo, y a Antonio uno para su misión. Paula, que estaba a su lado, le cogió la mano, dándole un fuerte apretón. Tim se acercó a él y le pidió que lo acompañara a dar una vuelta por el castillo. Paula comprendió la indirecta, soltó la mano de su amigo y los dejó solos.

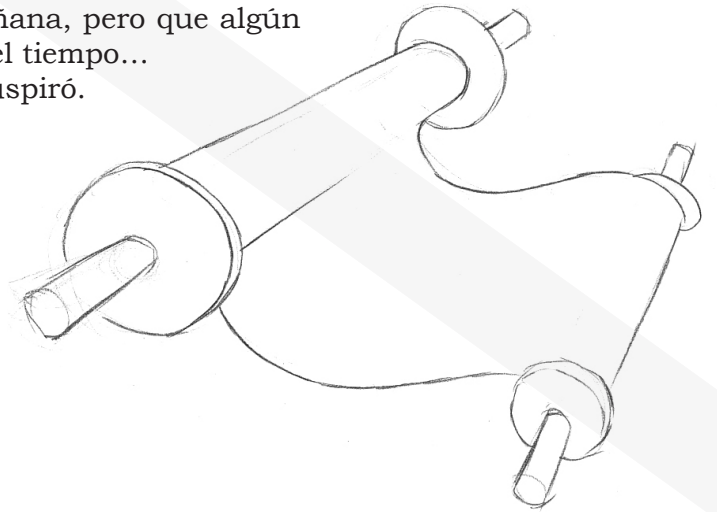
Tim y Antonio se dirigieron al patio interior del castillo,

donde tantas veces habían paseado, donde tantas veces habían hecho los deberes sentados en aquellos bancos blanquecinos de mármol y donde habían pasado algunas de las tardes más bonitas de su vida. Tim le invitó a sentarse en un banco y Antonio lo siguió.
-Antonio, de veras, siento no habértelo contado antes. –se disculpó el marinero. –Pensaba contártelo dentro de unos años, cuando los elegidos de esta era hubieran cerrado el tiempo y Kosh, tu hermano, estuviera libre del poder que la oscuridad ejerce sobre él.
-Mi hermano es un asesino. –dijo Antonio, sin desviar la mirada de la fuente de piedra fría que se alzaba en medio del patio central en el que se encontraban.
-Eso no es del todo cierto. –dijo Tim, pensativo. –La oscuridad es el peor elemento que uno puede poseer, porque es el más poderoso y acaba por controlar al que lo posee. Se requiere una grandísima fuerza de voluntad para controlarlo o, al menos, resistirse a él.
Antonio agachó la cabeza.
-¿Tú crees que si yo poseyera el elemento de la oscuridad hubiese tenido la fuerza de voluntad que tuvo mi padre?
Tim se sintió un poco incómodo, pero le respondió con sinceridad.
-Antonio, no te puedo asegurar nada. Quizá, si te hubiera tocado a ti, habrías acabado igual que tu hermano… pero no es así. Ya te he dicho que se requiere una grandísima fuerza de voluntad que pocas personas poseen.
-Ya… -suspiró Antonio. Ya no le encontraba sentido a nada. Iba a marcharse a la Tierra y a arriesgar su vida para luchar con su hermano, que no tenía por qué ser un asesino, sino que estaba controlado por el poder de la oscuridad. –Así se me va la sed de justicia.
-Mira, hijo, tú eres el elegido de la luz. Si la luz te ha escogido cuando naciste es porque realmente te lo mereces. La gran diferencia entre tu hermano y tú es que poseéis elementos completamente diferentes, pero que a la vez son complementarios. Quiero decir con esto que tu hermano

te necesita a ti para desprenderse de la oscuridad que lo controla. Está claro que él estaba consciente cuando abrió el tiempo y que la oscuridad de su interior no era lo suficiente potente como para controlarlo al cien por cien. Tiene algo de culpa, claro. Pero piensa que en algún momento de nuestra vida todos nos dejamos llevar por la ambición y el poder. Cristhian era un chico revolucionario que quería cambiar el mundo. Quería destacar y ser alguien. No sabía cuál era su papel. Hubo una época en Shien en que los shinenses encerraban a los bebes que nacían con el elemento de la oscuridad o los mataban, para que no pudieran abrir el tiempo en un futuro, ya que normalmente son los poseedores del elemento oscuro los que suelen caer en la fascinación del poder y abrir el tiempo. Tu padre Rahel fue el que abrió el tiempo en la tercera era; luego se arrepintió. Tu padre era una persona maravillosa, pero eso sólo lo sabemos aquellos que conocemos lo que tuvo que sufrir para controlar su elemento cuando este estaba en toda su potencia. Por eso la mayoría de los shinenses lo consideran un traidor y creen que él es el causante de que su hijo haya abierto el tiempo en esta era. Tu padre y tu madre, cuando regresaron al pueblo, tuvieron muchos problemas. La gente del pueblo les culpaba de todas las desapariciones causadas por los espíritus temporales, debido a que, cuando Rahel creó los espíritus, fue tu pueblo al primer lugar donde los envió. Tus padres regresaron a Shien para cuando la revolución, y tú te quedaste con tus abuelos, que conocían la historia. Decidieron que llevarías una vida normal hasta que alcanzaras la mayoría de edad. Entonces yo tenía que ir a buscarte y contarte la verdad. Yo sería tu padrino y moriría en la Tierra feliz y contento, navegando por los mares mediterráneos, como en mi juventud. Pero las cosas, como puedes ver, no sucedieron tal y como habíamos planeado.
Los pájaros canturreaban alegremente, erguidos en las ramas más altas de los árboles.
-Mi madre está muerta…
-Tu madre era encantadora, y muy guapa. Ella era la elegida

de la luz. –dijo Tim con una media sonrisa. –Pero tu padre no aceptó su ayuda para librarse de su elemento. Lo hizo él solito. Ella siempre lo defendía ante todos nosotros, que creíamos que había desaparecido a la Tierra para aumentar su poder, pero ella insistía que era para un buen acto, y así fue. No se equivocaba en nada de lo que decía. Era listísima, inteligente, astuta y encantadora. Físicamente te pareces más a tu padre, pero tu carácter se asemeja al de tu madre.
-Los conocías mucho, ¿verdad?
-Fuimos elegidos, y todos compartimos el peso de la responsabilidad que eso conlleva. Shien y la Tierra en nuestras manos. Eso deja marca, ¿sabes? Cuando cerramos el tiempo nos dimos cuenta de que éramos algo más que compañeros, que nos entendíamos todos, que habíamos compartido los momentos más arriesgados, divertidos y emocionantes de nuestra vida. Aunque entre los diez nos diferenciaba la edad, nuestra nacionalidad, lengua o política; los nueve elegidos de la tercera era llegaron a ser mis mejores amigos, y de hecho, todavía lo son y lo serán siempre, aunque algunos hayan muerto, desaparecido o emigrado a la Tierra.
Antonio sonrió. Había matado dos pájaros de un mismo tiro. El miedo de luchar contra su hermano, sus dudas por su culpabilidad, el miedo de perder a sus amigos y quedarse solo de nuevo… Su hermano le necesitaba, y sus amigos también. Juntos cerrarían el tiempo.
-Gracias, Tim. –le dijo el chico, sonriendo. –Eres un gran hombre.
Juanjo se paseaba por su despacho inquieto. En una frecuencia de pequeños intervalos de tiempo lanzaba una mirada desesperada a la ventana de su torreón, nervioso. El corazón le dio un vuelco cuando escuchó unos sobrios pasos resonando cerca de la puerta de madera que custodiaba la entrada de su habitación. Tomó asiento rápidamente y se enderezó en la cómoda silla que poseía en aquella sala forrada de libros.
-Buenas tardes.

Timotheo entró en la estancia y se sentó frente al jefe de los renegados.
-Te veo inseguro. –le comentó el marinero.
-Es muy arriesgado. –le dijo Juanjo, intentando justificarse. –No deberíamos…
-No tenemos otra opción, y lo sabes.
-Pero… retroceder en el tiempo… -insistió Juanjo. -…significa que vamos a quebrantar uno de los axiomas temporales más importantes…
-Por una buena causa.
-Sigue sin darme buena espina.
Tim se encogió de hombros.
-El conjuro existe. –le dijo a su compañero. –Pero es nuestro as en la manga.
-Ya, pero…
-¿Sabes cuál es la mayor diferencia entre nosotros y Kosh? –insistió Tim. –Que, aunque él conozca el conjuro al igual que nosotros, él no puede ejecutarlo. Necesita una gran fuerza de energía proveniente…
-…de los elegidos, sí.
-Eso nos da mucha ventaja.
Juanjo se incorporó.
-Pero no es cuestión de nosotros sino de ellos. –le explicó al marinero. –Estamos poniéndolos en peligro, un peligro que puede no manifestarse hoy, ni mañana, pero que algún día… el tiempo…
Tim suspiró.



-Es arriesgado, sí. –asintió el viejo. –Pero ellos están dispuestos a asumir el riesgo.
-¡También lo estaba tu amigo Rahel! ¡Y nuestro Cristhian!
Tim se mordió el labio y guardó silencio.
Juanjo parecía preocupado de verdad.
-Todo esto es muy complejo. –se quejó, llevándose las manos a la cabeza.
Tim se miró los pies.
-Tú eres el que debe decidirlo, tú eres el jefe de los renegados. –le dijo el marinero muy serio.
Juanjo asintió.
-Es muy arriesgado…
-Chicos, ¿estáis preparados? -preguntó Antonio. La voz temblorosa delató sus nervios.
Paula lo miró con el ceño fruncido y se
mordió los labios.
-Se me queda grande el papel -comentó Jandro, muy serio. -Yo… toda esta gente confía en nosotros. "¡Somos los elegidos!". Hasta yo mismo, hace sólo unas horas, creía tenerlo todo controlado. Ahora que los elegidos se habían puesto en acción, ¿de qué había que preocuparse? Realmente lo que hacíamos, junto a todos los temporales, era descargar todo nuestro peso en ellos. "Ya se encargaran, ya que son ellos los elegidos, no yo. " Eso pensaba toda esta gente, incluidos nosotros. Pero, ahora que sabemos lo que somos, ahora que sabemos que nosotros somos esos elegidos y que toda la gente cree que podemos salvar Shien, mejor dicho, que somos los únicos destinados a hacerlo, que hemos nacido con esa responsabilidad… creo que esta batalla está perdida. Ojalá no lo fuéramos. Ojalá Carmen haya captado mal el mensaje. Ojalá todo esto sea un sueño…
-No. -Antonio lo interrumpió secamente. Luego se avergonzó de su acto impulsivo.- Quiero decir… si mañana despertásemos, yo… Bueno, pues, que… que preferiría que… ¡No os habría conocido! Yo… no quiero regresar a mi pueblo…

Los chicos se quedaron mirándolo atónitos.
-Pero, Antonio… Es verdad que no nos hubiéramos conocido, pero… es preferible que nada de esto hubiera pasado. El mundo estaría en paz. -dijo Paula, pensativa. -Si me paro a pensarlo, esto del tiempo lo veo una locura, aunque tener el control de un elemento y sentirlo por tus venas, fluyendo por tu cuerpo, ¡es magnífico! Pero ojalá que no hubiese pasado todo este desastre. Podríamos retroceder e impedir que Kosh habrá el tiempo…
-Pero, chicos, esta batalla aún no está perdida. Lo que ha pasado va a pasar. Por mucho que retrocedamos el tiempo y los años… llegará el día en el que nos enfrentemos a esto. Forma parte de la historia del universo. -les dijo Kiara.
-Sólo podemos retroceder en el tiempo hasta el momento en el que este se abrió. Justo hasta que Kosh empiece a conjurar el pozo de las sombras para que el tiempo se abra, lo que quiere decir que sólo tendríamos una o dos horas para detener a Kosh, cosa que es un tanto imposible. –razonó Jandro.
–Y aunque consiguiéramos detenerlo pondría mi mano en el fuego a que se volvería a repetir dentro de unos años. Pueden ser mil o pueden ser tres meses. Al final la tentación del control sobre otras personas puede con la moral. El tiempo se volverá a abrir y a otra gente le tocará hacer lo que vamos a hacer nosotros, y pensarán lo mismo que nosotros, pero al menos lo intentarán. Intentarán arreglarlo todo, cerrar el tiempo, recuperar las almas de la gente, sus compañeros de especie, y recuperar la normalidad de su planeta. También hay gente que prefiere vivir en Shien y conservar el poder temporal y la inmortalidad, por eso está este pueblo de los renegados, todos temporales de la tercera era o anteriores. Para gustos los colores.
Los chicos la miraron sorprendidos. Kiara había encontrado su objetivo.
-¿Qué me decís? ¿Vamos a por Kosh? -Kiara mostró una pícara sonrisa. Sus ojos le brillaban de una forma especial, de modo que contagiaba su ilusión. -Nos esforzaremos a tope,

por nuestra Tierra, por nuestra familia, por nuestros amigos, ¡y por nosotros! ¡Chicos, hasta que la muerte nos separe!
-Esto me suena a boda. Kiara, ¿tienes complejo de cura o qué? -Jandro había recuperado sus comentarios burlescos y su típica sonrisa.
Antonio también sonrió.
-¿Eso quiere decir que, aunque cerremos el tiempo, seguiremos siendo amigos? -preguntó, un poco tímido.
Paula lo abrazó.
-Pues claro tonto, ya has oído a Kiara. Lo haremos juntos. Acabaremos con Kosh y sus aliados oscuros. ¡Cerraremos el tiempo!
Unos aplausos interrumpieron la emoción. Alice y sus dos hermanas parecían sorprendidas y contentas.
-Muy bien dicho. -dijo Alice, con una sonrisa de satisfacción.
-Así se habla. Sabía que vosotros erais especiales. No me defraudareis, estoy segura.
-Menos mal que habéis cambiado la cara. -dijo Marina, sonriendo también. -Parecías muy tristes hace un rato.
-Oye, chicos, ¿me firmaréis un autógrafo...? –les preguntó Carol, la pelirroja, que estaba emocionada.
Jandro se echó a reír. La risa floja era la consecuencia de los nervios acumulados en el estómago.
-¿Y Carmen? -preguntó Antonio. -Desde esta mañana que no la he visto.
-Está en su cuarto. No quiere despedirse de vosotros. Es una maleducada. -se quejó Carol. -Pero no le hagáis caso. Ella es así. Aún está enfadada por lo que le ha dicho Tim esta mañana.
-Chicos, ¿estáis preparados ya para marchar? -les preguntó Alice. -Mi padre me ha dicho que le avise para cuando estéis listos. Cuanto más pronto, mejor.
-Sí... ya estamos listos. -asintió Kiara, después de interrogar con la mirada a sus compañeros. -Cuando quieras.
Carol se echó a llorar.
-¡¡Paula!! ¡¡Kiara!!
-¡¡Carol!!
Las chicas se abrazaron llorando. Alice se sacó un pañuelo

del bolsillo de sus pantalones y, disimuladamente, se limpió una lágrima. No quería que la vieran llorar, a ella no, la princesa de Shien tenía que dar ejemplo. Marina se acercó a los chicos y les dio un abrazo.
-Bueno, cuidaos, ¿eh? -les aconsejó. -No hagáis ninguna tontería.
-Descuida.
Marcos se acercó al grupo con una mochila colgando en el hombro. Marina se echó a reír.
-Es inútil que te lleves nada contigo. Regresarás a la Tierra con todo aquello que tenías antes de dejarla. Nada más. -le dijo sonriéndole.
-Supongo que tienes razón.
Marcos se la descolgó y suspiró. Antonio, inconscientemente, deslizó las yemas de sus dedos por el silbato en forma de colgante que le regalo su amigo Eric tiempo atrás. El colgante lo tenía antes de llegar a Shien, por tanto, lo seguiría teniendo en la Tierra.
-Venga, chicos, ya es la hora. Mi padre nos espera. -les dijo Alice, muy triste.
Los chicos, cabizbajos, desfilaron hacia la puerta. Carol se despidió de todo el grupo y abrazó a sus dos amigas otra vez. Se marchó corriendo, mientras se preguntaba cuando los volvería a ver, si es que regresaban y lo hacían con vida.
Marina cogió a Marcos de la capucha de su sudadera y lo arrastró hacia ella.
-Ya te ibas sin despedirte, ¿eh? -le dijo risueña.
-No sé qué es lo que te hace tanta gracia. -se quejó el chico.
-Yo no quiero morir.
-No vas a morir. -le dijo esta, quitándole importancia.
-Al menos puedes hacer algo por toda esa gente que esta prisionera bajo el poder de la oscuridad. Yo no puedo hacer nada. Mi deber es quedarme “protegiendo Shien”. Me siento una inútil, de verdad.
-¡No digas eso! Eres la mejor maestra que he tenido, y la persona que me ha enseñado a controlar este poder que a veces puede resultar tremendamente peligroso. -le aseguró el chico. Marina sonrió tristemente. -Gracias por todo.

-¡No hay de qué! -Marina volvió a reír con toda su naturalidad que tanto la caracterizaba y, antes de marcharse, se acercó al chico y le besó en la mejilla. -Venga, que tu puedes mucho más de lo que crees. ¡Qué os vaya bien!
La morena también se fue, conservando su sonrisa, aunque en el fondo se sentía tan triste como sus hermanas.
En el salón quedaron Alice y los chicos. La gente había desalojado el lugar.
-¿Por qué se han ido todos? -preguntó Paula, sin entender muy bien lo que estaba pasando ni lo que tenía que pasar.
-Haremos el traslado desde aquí, para que, cuando queráis regresar… – a esta palabra le dio un énfasis especial. Su mirada perdida, ajena a este mundo, le daba un aspecto vacío y frio.
-…lo podáis hacer sin tropezaros con espíritus. Si el traslado se hiciera en el desierto, correrías peligro. Este, sin embargo, es el sitio más seguro y el que mejor vamos a proteger.
-Pero, Alice, cuando estemos en la Tierra, si queremos regresar a Shien, ¿no regresaremos al lugar de Shien que nosotros tengamos en mente?
-Sí, Iván, pero en momentos de extremo peligro, peligro de vida o muerte, uno no puede pararse a pensar en el lugar donde se va a transportar. Uno debe tener una imagen clara de su destino. Hay una pequeña relación entre el último lugar que dejas de un mundo con el esfuerzo que te cuesta llegar a él. Por tanto, aunque la diferencia es relativamente diminuta, volverás más fácilmente al último lugar que pisaste al dejar Shien, o sea, este, que otro que tú quieras pensar. Estas teorías han sido sometidas a años de estudio por los científicos de Shien. Concretamente esta teoría de “cuerdas temporales” fue enunciada por Chisame Kagurazaka; una científica de Kandem. Estas técnicas son utilizadas en el teletransporte...
Juanjo entró en la sala acompañado por dos hombres cargados con sacos en sus espaldas.
-Esta sala no la hemos usado este año prácticamente para nada. Si queréis usar la técnica del teletrasporte, regresad aquí. Podréis usarla porque no habrá peligro de que os

encontréis con nadie. –les dijo Juanjo. –Si lo que queréis es recargar vuestras fuerzas con la arena del desierto o ir a algún lugar concreto de Shien, no os teletransporteis aquí, porque, al salir de esta sala, corréis el riesgo de cruzaros con alguno de nosotros por los pasillos del castillo, y eso supondría un escándalo, ya que nosotros, cuando retrocedáis en el tiempo, no sabremos nada de esto.
Los chicos asintieron.
-Hija, es el momento.
El jefe de los renegados entristeció con estas palabras a la joven, que, mientras explicaba algunas de las curiosidades relacionadas con el tiempo, había olvidado por completo la marcha de los chicos.
Los hombres fornidos que acompañaban a Juanjo echaron la arena que llevaban en los sacos formando un círculo alrededor de los chicos.
-Bien. -Juanjo se puso al medio, y Alice se salió. -Arrodillaos.
Juanjo empezó a murmurar una especie de oración o sortilegio en una lengua desconocida para los chicos. Antonio revisó detenidamente varias veces la sala. En un rincón le pareció vislumbrar, camuflados en la oscuridad, unos ojos marrones de unas dimensiones poco normales que le vigilaban.
-...finitus. -Juanjo le lanzó una última mirada a los chicos, arrodillados en el interior del círculo. -Bueno, llegó la hora. ¿Estáis preparados? Confió en que mis hijas os hayan adiestrado lo mejor posible para la carrera. Normalmente, la educación de un temporal se extiende a cuatro años de clase y dos en los que única y exclusivamente se trabaja la práctica, con viajes a la Tierra incluidos, y cursos extra para conseguir aprender y controlar la técnica del teletransporte, usando traslados sucesivos de un mundo a otro. Pero esta claro que vosotros carecéis de esa formación. Hacedlo lo mejor que podáis. El futuro de Shien y de la Tierra está en vuestras manos...
-¡Papá! -una voz aguda y con mucho carácter gritó desde el otro lado de la sala. -No les asustes así, por favor, que ya eres mayorcito.

-¡Carmen!

Los chicos hicieron el ademán de levantarse pero Juanjo se lo negó con una rápida orden telepática.

-No os mováis o el conjuro de transportación múltiple no habrá servido para nada. -les aseguró, y a continuación miró a su hija. -Quizá tengas razón, me he pasado un poco. ¡Suerte chicos!

Antonio pensó muy fuertemente que la niña se acercara a él, y pareció que esta recibió el mensaje, pues así lo hizo.

-Maestra, pensé que no vendrías a despedirte. -dijo el chico aliviado.

-No soy tan idiota. -le dijo la niña, desde el otro lado del círculo.

-Oye, maestra, espera. -Antonio, con ambas rodillas en el suelo, sin moverlas, se descolgó el colgante que llevaba en el cuello y se lo puso a Carmen. -Quédatelo si vas a estar más tranquila.

-No pienso aceptarlo. -le dijo esta, sin mostrar ningún gesto de agradecimiento.

-Tranquila, no es un regalo. -le dijo Antonio con una pícara sonrisa.

-En el momento que llegue a la Tierra lo recuperaré de nuevo.

-¿Entonces por qué me lo das a mí?

-Para que te quedes tranquila. -le dijo otra vez, sin dejar de sonreír. -Si me muero en la Tierra el colgante que desaparecerá de tu cuello en el momento que yo me marche de aquí, te volverá a aparecer. Mientras no aparezca no tienes por qué preocuparte, yo estaré con vida.

-No pensaba preocuparme. -le dijo Carmen. El resto de la gente les miraba con el ceño fruncido, sin comprender nada, a excepción de Juanjo y Jandro, que podían leer la conversación telepática como si de un libro se tratase.

-Bueno, a ver si este viaje te sirve de entrenamiento de lo que hemos estado practicando este año. Y… -Carmen acercó su cabeza a la de Antonio y le susurró al oído para que los demás no la pudieran escuchar. Mientras puso su mente en blanco para que su padre y Jandro no se la pudieran leer.-Por favor, cuando te encuentres con tu hermano… no le quites la vida. Él no tiene la culpa. Era una persona maravillosa. Sólo que le tentó el poder y… bueno, ya sabes. Por favor, dile que quiero hablar con él y que lo echo muchísimo de menos.

-Intentaré decírselo si no me mata antes. -le dijo Antonio, con una sonrisa nerviosa en el rostro. -¿Crees que… me parezco a él?, quiero decir, ¿qué podría acabar yo como él?

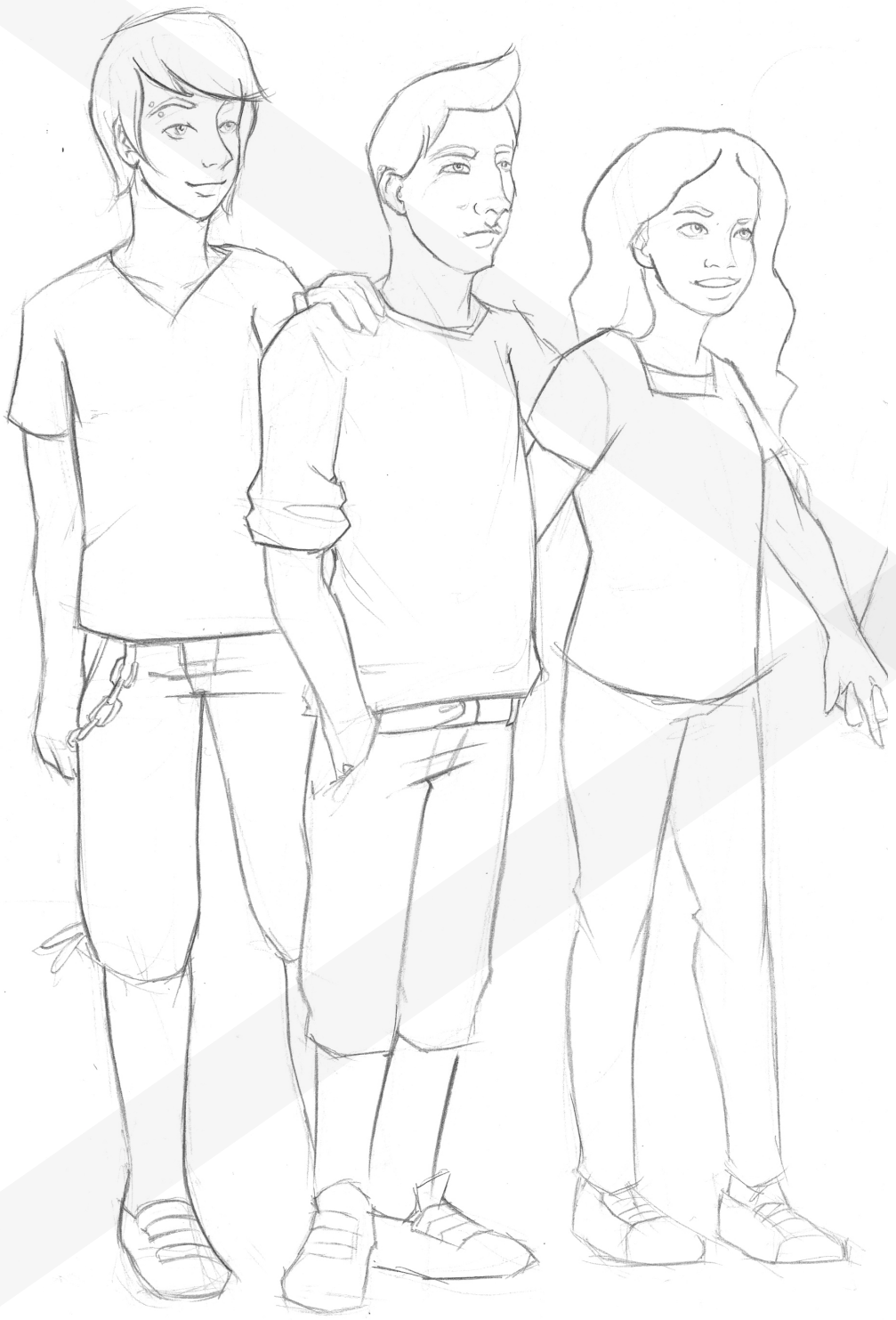
Carmen sonrió.

-No. Tú eres… diferente.

Antonio suspiró aliviado, aunque no del todo convencido. Ya dudaba hasta de la culpabilidad de su hermano. Pero era Kosh, el que había destrozado tantas vidas en la Tierra, se dijo a sí mismo; y las ganas de luchar contra él regresaron a su cuerpo.

-Adiós hermanita. –le dijo a Carmen con una sonrisa.

-Apérite… ¡Terrus!



AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a todos aquellos que me han brindado apoyo durante la escritura de este libro, en especial a mis hermanos Joan y María, y a Jorge Cebrià, que se iban leyendo los capítulos y animándome a continuar con su entusiasmo. Quiero dar las gracias a mi padre, quien me alentó a empezar este relato fingiendo que él también estaba escribiendo uno. También a Mireia Murgui, a Juan Carlos Remolina y a Mari Carmen Gálvez por corregirme detalles y promocionar el libro, y a mi abuela, quien fue de las primeras en leerlo y darme su opinión.

Toda la fantasía que aparece en la novela proviene de muchas fuentes; novelas, videojuegos, películas que han ido dejando una marca en mi vida. Quiero agradecer la influencia de Sonia Sansixto, una fantástica persona que me inició en el mundo de soñar sin necesidad de estar dormida.

Finalmente, darle mi más sincera gratitud a Ángela Escribano, una gran artista y gran amiga, que con sus dibujos ha conseguido plasmar la fantasía de este libro y, al mismo tiempo, uno de mis sueños.

Capítulos

Una oportunidad	6
Cabrera	28
El País del tiempo	64
Concéntrate y vuelve a intentarlo	80
Por el bien de todos	112
El torneo	152
Lo importante es participar	186
De vuelta a la Tierra	208
El tiempo del sueño	236
Llegó la hora	254